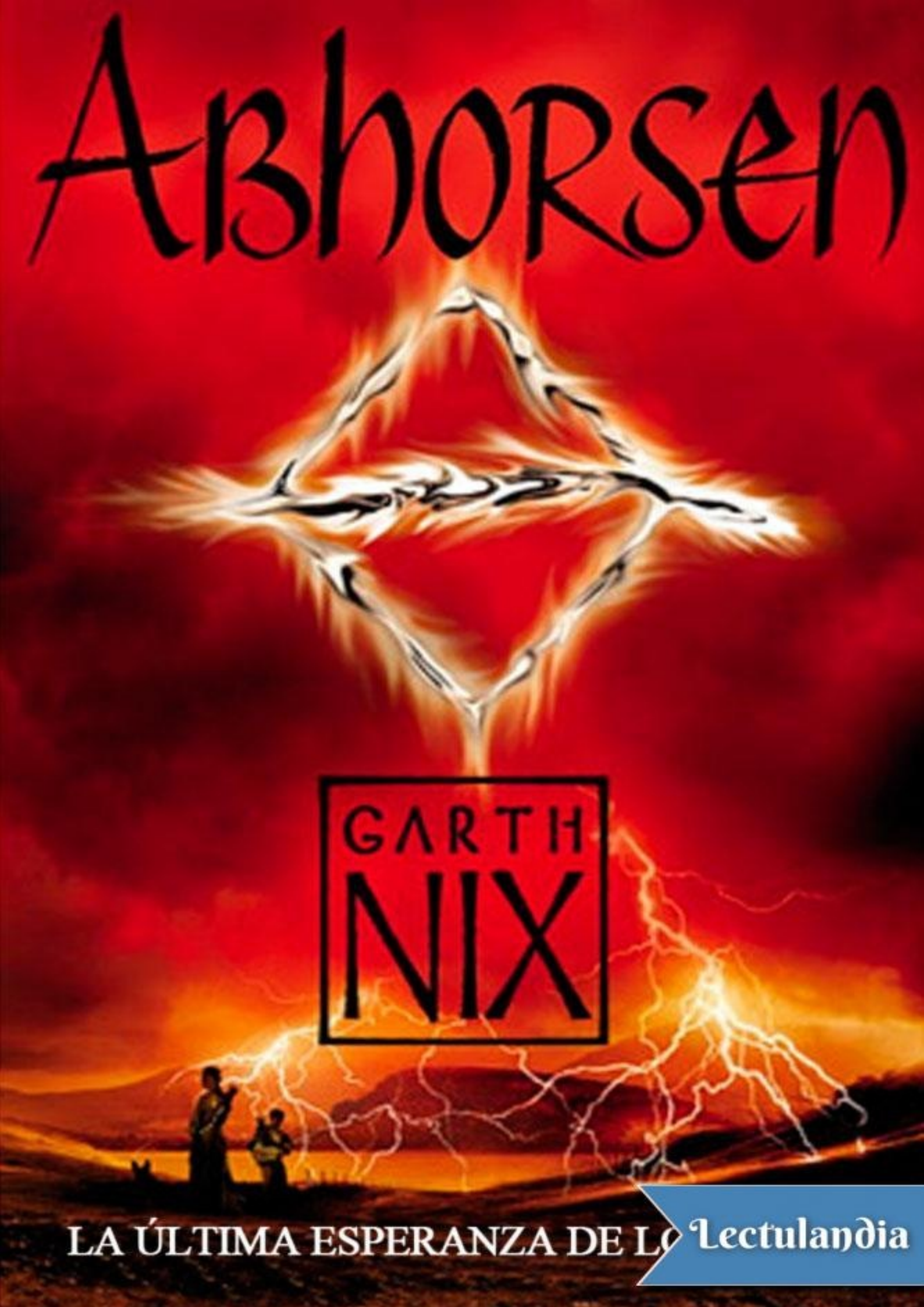


ArbhorSen

The background of the entire cover is a fiery, apocalyptic landscape. The sky is a deep, vibrant red, filled with swirling clouds and streaks of light. In the center of the upper half, a brilliant, diamond-shaped energy source glows with intense white and yellow light, radiating outwards. Below this, a black rectangular box contains the author's name. The lower portion of the image shows a dark, silhouetted horizon with rolling hills. In the foreground, several figures are visible: two people standing on the left, and a group of people on the right, some appearing to be on horseback. Multiple bright, jagged lightning bolts strike across the lower half of the scene, adding to the sense of chaos and danger.

GARTH
NIX

LA ÚLTIMA ESPERANZA DE LOS Lectulandia

Liberado de su prisión subterránea, un antiguo núcleo del mar ha resurgido. Intenta escapar de los hemisferios de plata que lo tienen retenido e impiden que afloren sus poderes terribles. Lirael, recientemente llamada Futura Abhorsen, sabe que el destino del mundo se encuentra en sus manos. Con la ayuda dudosa de sus compañeros, Sam, la Perra Canalla y Zafirón, Lirael emprende una misión peligrosa. La respuesta se encuentra en algún lugar de la Vida o la Muerte. Pero, será capaz una antigua ayudante de bibliotecaria de descubrir la manera de vencer el Destructor antes de que sea demasiado tarde? En esta clausura de la trilogía Abhorsen, ganadora de dos premios Aureal, Garth Nix teje una trama fascinante llena de descubrimientos, peligros y sorpresas.

Lectulandia

Garth Nix

Abhorsen

Trilogia Abhorsen - III

ePUB v1.0

Zephyr 06.02.12

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

La niebla subía desde el río; sus enormes nubes blancas serpenteaban entre el hollín y el humo de la ciudad de Corvere para convertirse en ese híbrido que los periódicos más populares denominaban «neblumo» y The Times, «niebla miasmática». Fría, húmeda y hedionda, resultaba peligrosa fuera cual fuese su nombre. Cuanto más espesa, más ahogaba, y era capaz de transformar la tos más débil en pulmonía.

El carácter insalubre de la niebla no era su principal peligro. Ese peligro se debía a otra de sus características más destacadas. La niebla de Corvere era encubridora, un velo que envolvía las tan cacareadas luces de gas de la ciudad y confundía la vista y el oído. Cuando la niebla flotaba sobre la ciudad, las calles estaban a oscuras, los ecos resultaban extraños y reinaba el caos y la carnicería.

—La niebla no da señales de disiparse —informó Damed, principal guardaespaldas del rey Piedra de Toque.

En la voz se le notaba el disgusto que le producía la niebla, pese a que sabía que se trataba de un fenómeno natural, una mezcla de contaminación industrial y bruma del río. Allá en su tierra, el Reino Antiguo, con frecuencia, esas nieblas eran obra de los hechiceros de la magia libre.

—Además... el teléfono... no funciona y la escolta cuenta con menos efectivos que de costumbre, todos ellos novatos. No tenemos a ninguno de los oficiales experimentados. Creo que no deberíamos ir, mi señor: —advirtió Damed.

Piedra de Toque estaba de pie, al lado de la ventana, espiando a través de los postigos. Días antes se habían visto en la necesidad de cerrar con postigos todas las ventanas, porque algunos de los que formaban parte de la multitud agolpada fuera iban armados con hondas. Los trozos de ladrillo con los que los manifestantes iniciaron la protesta no llegaban demasiado lejos al ser lanzados, pues la mansión en la que se encontraba la embajada del Reino Antiguo estaba rodeada de un parque amurallado y se encontraba bastante lejos de la calle.

El rey Piedra de Toque deseó por enésima vez estar en contacto con el Gremio para alimentarse de su fuerza y conseguir la ayuda de su magia. Por desgracia, se encontraban a más de setecientos kilómetros al sur del Muro y el aire estaba frío e inerte. Sólo cuando el viento soplaba con mucha fuerza desde el norte notaba un toque ligerísimo de su herencia mágica.

Sabriel notaba aún más la ausencia del Gremio. Piedra de Toque lo sabía. Miró de reojo a su mujer. Estaba sentada ante su escritorio, como siempre; escribía alguna carta dirigida a una antigua compañera de estudios, a una destacada empresaria o a un miembro de la Asamblea de Ancelstierre. Prometía oro, o ayuda, o recomendaciones, o quizá transmitía veladas amenazas de lo que podía llegar a pasar si eran lo bastante

tontos para secundar los intentos de Corolini de asentar a cientos de miles de refugiados sureños al otro lado del Muro, en el Reino Antiguo.

A Piedra de Toque se le hacía extraño ver a Sabriel vestida con ropas ancelstierranas, en especial con el atuendo de su corte, uno de cuyos trajes tenía puesto en ese momento. Lo propio era que llevase su tabardo azul y plateado, con las campanas de Abhorsen cruzándole el pecho, la espada al costado. Pero no, lucía un vestido plateado, con la estola de piel de los húsares sobre un hombro y un extraño casquete prendido en el pelo negro azabache. La pequeña pistola automática que ocultaba en su bolso de malla plateado no sustituía adecuadamente la espada.

El rey Piedra de Toque tampoco se sentía cómodo con sus ropas. Una camisa al estilo ancelstierrano, con cuello duro y corbata que apretaban mucho, y el traje que no le ofrecía protección alguna. Una espada afilada habría traspasado la chaqueta cruzada de finísima ana como si se hubiese tratado de un trozo de mantequilla, por no hablar de las balas...

—¿Transmito vuestras disculpas, mi señor? —preguntó Damed.

El rey frunció el ceño y miró a Sabriel. Su esposa había asistido a una escuela de Ancelstierre, entendía a sus habitantes y a su clase dirigente mucho mejor que él. Era ella quien dirigía la diplomacia al sur del Muro, como siempre había hecho.

—No —dijo Sabriel. Se levantó, selló la última carta con un golpecito—. La Asamblea se reúne esta noche, es posible que Corolini presente su proyecto de ley sobre la emigración forzosa. El bloque de Dawforth quizá nos dé votos suficientes para rechazar la propuesta. Debemos ir a su recepción al aire libre.

—¿Con esta niebla? —preguntó Piedra de Toque—. ¿Cómo vamos a ir a una recepción al aire libre?

—Harán caso omiso del tiempo —dijo Sabriel—. Nos quedaremos ahí de pie, como pasmarotes, beberemos absenta verde, comeremos zanahorias cortadas en formas elegantes y fingiremos que lo estamos pasando de maravilla.

—¿Zanahorias?

—Una moda de Dawforth, introducida por su suami —le comentó Sabriel—. Según cuenta Sulyn.

—Está al tanto de todo —dijo Piedra de Toque haciendo una mueca, ante la perspectiva de tomar zanahorias crudas y absenta verde, no de ver a Sulyn.

Sulyn era una de las antiguas compañeras de estudios de su mujer; los había ayudado mucho. Como las ex alumnas del Colegio Wyverley de hacía veinte años, Sulyn había sido testigo de lo que ocurría cuando se despertaba la magia libre y adquiriría fuerza suficiente para cruzar el Muro y causar estragos en Ancelstierre.

—Iremos, Damed —dijo Sabriel—. Aunque, eso sí, lo más sensato será que pongamos en práctica el plan del que hemos hablado.

—Os pido que me disculpéis, mi señora Abhorsen —contestó Damed—, pero

dudo mucho que contribuya a aumentar su seguridad. De hecho, es posible que empeore las cosas.

—Pero será más divertido —sentenció Sabriel—. ¿Están listos los coches? Me pondré el abrigo y unas botas.

Damed asintió no muy convencido y salió de la estancia. Piedra de Toque escogió un sobretodo oscuro de entre varios que había doblados sobre el respaldo de un diván y se lo echó sobre los hombros. Sabriel se puso otro, un abrigo masculino, y se sentó para quitarse los zapatos y calzarse unas botas.

—La preocupación de Damed no es infundada —dijo Piedra de Toque mientras, le daba la mano a Sabriel—. Y la niebla es muy espesa. Si estuviésemos en casa, no dudaría en afirmar que ha sido hecha con maldad premeditada.

—La niebla es del todo natural —contestó Sabriel. Estaban muy juntos, cada uno le anudó la bufanda al otro y se dieron un beso veloz—. Pero estoy de acuerdo en que puede utilizarse en nuestra contra. No obstante, estoy a punto de formar una alianza contra Corolini. Si Dawforth asiste, y los Sayre se abstienen...

—No caerá esa breva a menos que podamos demostrarles que no nos hemos llevado a su adorado hijo y sobrino —rezongó Piedra de Toque, aunque más atento a revisar sus pistolas. Comprobó que el tambor estuviera lleno de balas, el percutor bajado y el seguro puesto—. Ojalá supiéramos algo más sobre el guía que contrató Nicholas. Estoy seguro de haber oído antes el nombre de Hedge, y no en un contexto positivo. Ojalá los hubiésemos encontrado en el Gran Camino del Sur.

—Estoy segura de que pronto tendremos noticias de Ellimere —dijo Sabriel, comprobando también su pistola—. O incluso de Sam. Debemos dejar el asunto al buen sentido de nuestros hijos y ocuparnos de lo que nos espera.

Piedra de Toque hizo una mueca al pensar en el buen sentido de sus hijos, le entregó a Sabriel un sombrero de fieltro gris con una cinta negra, igual que el que él llevaba puesto, y la ayudó a quitarse el casquete y el alfiler, y a recogerse el pelo.

—¿Lista? —le preguntó mientras se abrochaba el cinturón del abrigo.

Con los gorros puestos, los cuellos levantados y las bufandas tapándoles las caras, no se distinguían de Damed y sus demás guardias. Exactamente lo que pretendían.

Fuera esperaban diez guardaespaldas, sin contar los conductores de los dos automóviles HeddenHare blindados hasta el último tornillo. Sabriel y Piedra de Toque se reunieron con ellos y los doce formaron brevemente una pina. Si al otro lado de las paredes los observaba algún enemigo, lo tendría muy difícil para distinguir quién era quién en medio de la niebla.

Dos personas subieron a la parte posterior de cada uno de los coches; las ocho restantes viajaban de pie en el estribo. Los conductores habían calentado los motores un buen rato y los tubos de escape soltaban una nube compacta y caliente de gases en la niebla.

A la señal de Damed, los coches partieron haciendo sonar las bocinas. Era la señal para indicarles a los guardias del portón que lo abrieran y a los policías de Ancelstierre que esperaban fuera que apartaran a la multitud. Últimamente había siempre una muchedumbre ahí fuera, formada, en su mayor parte, por los seguidores de Corolini: matones y agitadores pagados que llevaban el brazalete rojo, distintivo del partido Nuestro País, fundado por Corolini.

Pese a las preocupaciones de Damed, la policía hizo bien su trabajo, apartó a la multitud para que los dos coches pudiesen pasar veloces. Cuando la dejaron atrás, les lanzaron algunos ladrillos y piedras, pero con tan mala puntería que ninguna alcanzó a los guardias que viajaban en los estribos, y alguna que otra rebotó contra los cristales reforzados y la carrocería blindada. Poco después, la multitud quedó lejos, envuelta en la niebla, transformada en una masa oscura y vociferante.

—La escolta no nos sigue —dijo Damed, que viajaba en el estribo, junto al conductor del coche.

Un destacamento de la policía montada debía acompañar al rey Piedra de Toque y a su reina Abhorsen en sus desplazamientos por la ciudad; hasta ese momento habían cumplido su cometido, según los niveles exigidos por el Cuerpo de Policía de Corvere. En esta ocasión, sin embargo, los soldados de caballería seguían de pie, al lado de sus caballos. —A lo mejor no han entendido bien las órdenes —sugirió sin demasiada convicción la conductora, a través de la rendija de la ventanilla entreabierta.

—Será mejor que cambiemos de ruta —ordenó Damed—. Ve por Harald Street. La próxima a la izquierda.

Los coches adelantaron velozmente a otros dos vehículos más lentos, un camión y un carro tirado por un caballo, frenaron bruscamente, doblaron a la izquierda y enfilaron el tramo ancho de Harald Street. Se trataba de uno de los paseos más modernos y mejor iluminados por las farolas de gas que flanqueaban ambos lados a intervalos regulares. Aun así, la niebla no aconsejaba ir a más de veinticinco kilómetros por hora.

—¡Hay algo allá adelante! —informó la conductora. Damed levantó la vista y lanzó un juramento. Cuando los faros del coche traspasaron la niebla, vio una inmensa masa de gente en medio de la calle. No alcanzaba a ver qué ponían las pancartas, aunque resultaba fácil deducir que se trataba de una manifestación del partido Nuestro País. Para colmo, no había ningún policía para contenerlos. Ni un solo agente de casco azul a la vista.

—¡Alto! ¡Retroceded! —gritó Damed.

Le hizo señas al coche que iba detrás, agitó el brazo dos veces, para indicarles que había peligro y que era preciso dar marcha atrás.

Ambos coches empezaron a retroceder. Al hacerlo, la multitud avanzó hacia ellos.

Hasta ese momento habían estado en silencio, pero empezaron a gritar: «¡Fuera, extranjeros!» y

«¡Nuestro País!». A los gritos seguía el lanzamiento de piedras y ladrillos, aunque ninguna alcanzó su objetivo, pues los manifestantes estaban demasiado lejos.

—¡Retroceded! —volvió a gritar Damed. Sacó la pistola y la mantuvo al costado de la pierna—. ¡Más deprisa!

El coche que iba en la cola se encontraba casi en la esquina cuando el camión y el carro que acababan de adelantar se cruzaron en la calzada y bloquearon la calle. Unos enmascarados salieron de las traseras de ambos vehículos y agitaron la niebla al correr. Iban armados.

Damed supo incluso antes de ver las armas que ocurriría lo que había temido desde el principio.

Una emboscada.

—¡Fuera, fuera! —gritó, señalando a los hombres armados—. ¡Disparad!

A su alrededor, los demás guardias abrían las puertas de los coches para cubrirse. Poco después, comenzaron a disparar. El rotundo estallido de las pistolas iba acompañado del ratatatatá de los nuevos fusiles de repetición, mucho más prácticos que los viejos Lewin del ejército. A ninguno de los guardias le gustaban las armas, pero habían practicado mucho desde que estaban al sur del Muro.

—¡No disparéis a la gente! —rugió Piedra de Toque—. ¡Sólo a los que van armados!

Los atacantes no ponían tanto cuidado. Se habían refugiado debajo de sus vehículos, detrás de un buzón y en un sendero junto a una pared de enormes macetas llenas de flores, y disparaban a discreción.

Las balas rebotaban en el suelo y en los coches blindados arrancándoles unos silbidos enloquecedores. El ruido reinaba en todas partes, onidos confusos y estridentes, una mezcla de chillidos y gritos combinados con el tableteo constante de las armas. La multitud, que momentos antes estaba tan ansiosa por abalanzarse sobre ellos, era ahora una masa confusa que intentaba huir en todas direcciones.

Damed corrió hacia un grupo de guardias parapetados detrás del motor del último coche.

—Al río —gritó—. Cruzad la plaza y bajad por la Escalinata del Carcelero. Allí tenemos dos barcas. En la niebla despistaréis a quién os siga.

—¡Podemos abrírnos paso a tiros y volver a la embajada! —respondió Piedra de Toque.

—¡Esto está demasiado bien planeado! ¡Los policías se han esfumado! Debéis salir de Corvere. ¡Abandonar Ancelstierre!

—¡No! —gritó Sabriel—. No hemos terminado...

Se interrumpió cuando Damed la empujó con violencia a ella y a Piedra de Toque

y saltó por encima de ellos. Con su velocidad legendaria, interceptó un largo cilindro negro que atravesaba el aire dejando una estela de humo.

Una bomba.

Damed la agarró y la lanzó con un movimiento rápido, pero ni siquiera él, con su proverbial velocidad, consiguió nada.

La bomba estalló cuando estaba todavía en el aire. Cargada de explosivos y metralla, mató a Damed instantáneamente. La explosión hizo añicos los cristales de las casas situadas en un radio de un kilómetro y dejó sordos y ciegos a cuantos se hallaban a menos de cien metros. El verdadero daño lo causaron los miles de fragmentos metálicos que salieron proyectados por el aire, en medio de un fragor insoportable, y fueron a rebotar contra la piedra y el metal y, con demasiada frecuencia, se hundieron en las carnes de muchos.

La explosión se vio seguida de un silencio interrumpido por el rugido de las llamas de gas de las farolas destrozadas. Incluso la niebla se había retirado a causa de la ola expansiva, dejando un círculo abierto en el cielo. Los débiles rayos del sol se filtraron para lumbrar una escena de devastadora destrucción.

Había cuerpos sembrados por todas partes y debajo de los coches, ni un solo guardia uniformado aguantaba en pie. Los cristales reforzados de los coches también se habían roto y los ocupantes de los vehículos habían quedado acurrucados bajo el peso de la muerte.

Los asesinos supervivientes esperaron unos instantes antes de abandonar la protección del muro de macetas y avanzar riéndose a carcajadas y felicitándose por el éxito de la operación, con las armas al hombro o acunadas entre los brazos, con un aire que ellos imaginaron desenvuelto.

La conversación y las risas eran sonoras, pero ellos no se percataron. Tenían los sentidos embotados, la cabeza en una nube. No sólo por la explosión, sino también por las tremendas escenas que fueron descubriendo a cada paso, por el alivio de verse vivos en medio de tanta muerte y destrucción.

La verdadera sorpresa se debía a que acababan de darse cuenta de que hacía trescientos años que en las calles de Corvere no asesinaban a un rey y una reina. Había vuelto a ocurrir. Ellos eran los artífices de aquella acción.

PRIMERA PARTE

Casa asediada

Muy lejos del neblumo de Corvere había otra niebla. Exactamente a novecientos kilómetros al norte, al otro lado del Muro que separaba Ancelstierre del Reino Antiguo. El Muro donde comenzaba la magia del Reino Antiguo y fallaba la moderna tecnología de Ancelstierre.

Esta niebla era distinta de su prima hermana del lejano sur. No era blanca, sino gris oscura como un nubarrón tormentoso, y de natural tenía bien poco. Era una niebla engendrada a partir del aire y la magia libre, había nacido en lo alto de una colina, lejos del agua. Sobrevivía y se propagaba pese al calor de la tarde primaveral, que debería haberla disipado por completo.

Sin que el sol y las brisas suaves la afectasen, la niebla se propagó desde la colina y bajó hacia el sur y el este, unos finísimos zarcillos partían reptantes desde la masa principal. A media legua de la colina, uno de esos zarcillos se separó hasta formar una nube que se elevó bien alta en el aire y cruzó el río Renegado. Ya en la otra orilla, se precipitó al suelo, donde se quedó sentada como un sapo, en la orilla izquierda, y de ella comenzó a desprenderse una nueva niebla.

Dos brazos de niebla no tardaron en envolver las orillas derecha e izquierda del Renegado, pese a que el sol seguía brillando sobre el río, que quedaba en el medio.

Tanto el río como la niebla fluían a ritmos diferentes hacia los Despeñaderos Largos. El río bajaba caudaloso, cobrando velocidad a medida que se aproximaba a la gran cascada, desde la que se precipitaba a más de trescientos metros. La niebla procedía lenta y amenazante. Se hacía densa y se elevaba a medida que avanzaba.

Poco antes de que llegase a los Despeñaderos Largos, la niebla se detuvo, pero se hizo aún más densa y subió más, amenazando la isla situada en medio del río, al borde de la cascada. Una isla de altos muros blancos que encerraban una casa y unos jardines.

La niebla no se extendía encima del río, tampoco se alejaba mucho al elevarse. Unas defensas invisibles la mantenían a raya, hacían que el sol siguiera brillando sobre los blancos muros, los jardines y la casa de rojo tejado. La niebla era un arma, pero era sólo la primera maniobra de una batalla, el comienzo de un asedio. Se desplegaron los efectivos para la batalla y la casa quedó sitiada.

La isla completamente rodeada por el río era la Casa de la Abhorsen, un cargo que se heredaba por nacimiento. A esta figura correspondía mantener las fronteras entre la vida y la muerte. La Abhorsen, que utilizaba las campanas nigromantes y la magia libre, pero que no era nigromante ni hechicera de la magia libre. La Abhorsen, que se encargaba de devolver a los muertos que regresaban a la vida al lugar de donde habían venido.

La creadora de la niebla sabía que la Abhorsen no estaba en la Casa. La Abhorsen y su marido, el rey, habían sido llevados con malas artes al otro lado del Muro, donde ya se encargarían de ellos. Aquella era una parte del plan de su amo, trazado hacía muchísimo tiempo, pero puesto en práctica recientemente.

El plan constaba de muchas fases, que se cumplirían en muchos países, aunque su razón de ser estaba en el Reino Antiguo. La guerra, el asesinato, los refugiados eran elementos del plan, todos ellos manipulados por una mente intrigante y sutil que había esperado generaciones enteras para que todo llegara a buen término.

Como ocurre con todos los planes, no habían faltado las complicaciones y los problemas. Dos de ellos estaban en la Casa. Uno era una joven mujer, enviada hacia el sur por las brujas que vivían en una montaña cubierta por un glaciar, en el nacimiento del río Renegado. Las clarvis, que veían muchos futuros en el hielo y que, sin lugar a dudas, tratarían de deformar el presente para sus propios fines. La mujer pertenecía a la élite de sus magas, fácilmente identificable por el chaleco de colores que vestía. Un chaleco rojo que la identificaba como auxiliar segunda de la bibliotecaria.

La creadora de la niebla la había visto; era una muchacha de pelo negro y piel blanca, de escasos veinte años, una edad bien insignificante. Había oído el nombre de la mujer, lo había gritado alguien en el fragor de la batalla.

Lirael.

La otra complicación era más conocida, tal vez más enojosa, aunque las pruebas eran contradictorias. Un muchacho, casi un niño, de cabello rizado como su padre, cejas negras como su madre, alto como ambos. Se llamaba Sameth, hijo del rey Piedra de Toque y de la Abhorsen Sabriel.

El príncipe Sameth era el Abhorsen en ciernes, heredero de los poderes de El libro de los muertos y las siete campanas. Pero la creadora de la niebla tenía ahora sus dudas. Era muy vieja y en cierta ocasión había sabido muchas cosas de la extraña familia y de su Casa en el río. Había luchado contra Sameth apenas la noche anterior y el muchacho no había peleado como un Abhorsen; incluso la manera en que utilizaba la magia del Gremio era rara, no guardaba similitud alguna con la línea real ni con los Abhorsens anteriores.

Sameth y Lirael no estaban solos. Recibían el apoyo de dos criaturas que, en apariencia, no eran más que un gatito blanco y díscolo y una perra grande y bonachona, de color negro y castaño. Sin embargo, esos dos animales eran mucho más de lo que parecían, aunque su aturaleza exacta era otro asunto un tanto resbaladizo. Con toda probabilidad se trataba de espíritus de la magia libre, puestos al servicio de la Abhorsen y las clarvis. El gato era conocido hasta cierto punto. Se llamaba Zapirón; algunos libros sobre sabiduría popular hablaban de él. La Perra era otro cantar. Era algo nuevo. O tan tan viejo que si, en algún momento, existieron

libros que hablaran de ella, hacía tiempo que se habían convertido en polvo. La criatura de la niebla creyó que se trataba de esto último. Tanto la joven como su perro venían de la Gran Biblioteca de las clarvis. Lo más probable era que, tal como ocurría con la Biblioteca, ambas encubrieran no pocas sorpresas y poderes desconocidos.

Estos cuatro seres juntos constituían unos contrincantes formidables y eran una seria amenaza. Pero la creadora de la niebla no tenía que luchar contra ellos de forma directa, tampoco podía, porque la Casa estaba demasiado bien protegida gracias a los hechizos y al agua corriente. Ella tenía órdenes de asegurarse de que los cuatro quedasen atrapados en la Casa. Era preciso sitiar la Casa a fin de que, en otra parte, los acontecimientos siguieran su curso hasta que fuese demasiado tarde para que Lirael, Sam o sus mascotas pudiesen hacer nada.

Chlorr, la de la máscara, siseó al pensar en las órdenes que le habían dado y la niebla se esponjó alrededor del sitio donde se suponía que estaba su cabeza. En otros tiempos había sido una nigromante viva y no aceptaba órdenes de nadie. Había cometido un error, un error que la había sumido en la servidumbre y la muerte. Pero su amo no había permitido que fuese hasta la Novena Puerta, ni que la traspusiera. La habían devuelto a la vida, aunque no con una forma viviente. Era una criatura muerta, atrapada por el poder de las campanas, sometida por su nombre secreto. No le gustaban las órdenes que le habían dado, pero no le quedaba más remedio que obedecerlas.

Chlorr bajó los brazos. Unos cuantos zarcillos de niebla, ligeros como plumas, salieron de sus dedos. Estaba rodeada de braceros muertos, cientos y cientos de cadáveres putrefactos, de paso vacilante. Chlorr no había sacado del reino de los muertos a los espíritus que habitaban aquellos cuerpos medio esqueléticos, medio podridos; la habían puesto al frente de todos ellos por alguien que sí lo había hecho. Alzó un brazo largo y delgado de sombras y señaló. En medio de suspiros, gemidos, gritos ahogados y el castañeteo de articulaciones congeladas y huesos rotos, los braceros muertos comenzaron a avanzar, formando torbellinos en la niebla que los envolvía.

—Hay por lo menos doscientos braceros muertos en la orilla derecha y unos ochenta o más en la izquierda —informó Sameth. Apartó el telescopio de bronce y se incorporó—. No he visto a Chlorr, pero imagino que estará ahí fuera, en alguna parte.

Se estremeció de sólo pensar en la última vez que había visto a Chlorr, un ser de maligna oscuridad que se había cernido sobre él, con la llameante espada en alto. Había ocurrido la noche anterior, aunque daba la impresión de que había pasado más tiempo.

—Es posible que algún otrohechicero de la magia libre haya formado esta bruma —dijo Lirael.

Pero no lo creía así. Allá fuera notaba la misma fuerza perturbadora que había

sentido la noche anterior.

Es niebla —dijo la Perra Canalla, que intentaba mantenerse en equilibrio sobre el taburete del observador.

Aparte de que hablaba y de que en el cuello lucía un brillante collar formado por marcas del gremio, tenía el mismo aspecto que cualquier otro chucho negro y castaño. De esos que suelen mover el rabo y ponerse contentos en lugar de ladrar y gruñir.

—Yo diría —agregó la Perra Canalla— que es lo bastante espesa para que la llamemos

«niebla».

La perra, su ama Lirael, el príncipe Sameth y Zapirón, el siervo de la Abhorsen que tenía forma de gato, estaban en el observatorio situado en la última planta de la torre, en el lado norte de la Casa de la Abhorsen.

Las paredes del observatorio eran completamente transparentes; Lirael echaba nerviosas miradas al techo, porque costaba ver de qué manera se sostenía. Las paredes no estaban hechas de cristal, ni de ningún material conocido, detalle que las hacía aún más inquietantes.

Sin embargo, Lirael no quería que se le notase el nerviosismo, de modo que disimuló el respingo de miedo y asintió en señal de aprobación mientras la perra seguía hablando. Sólo la mano de Lirael, posada en el cuello de la perra, en busca del consuelo y el calorcillo de su pelambre y de la magia del Gremio, traicionaba sus sentimientos.

Aunque eran las primeras horas de la tarde y el sol brillaba sobre la Casa, la isla y el río, ambas orillas estaban envueltas en una densísima niebla cuyas nubes se elevaban como muros de varios cientos de metros de alto.

Estaba claro que el origen de aquella niebla era hechiceresco. No se había elevado del río, como hacía normalmente la niebla, ni había llegado con una nube baja. Esta niebla que había llegado del este y del oeste, al mismo tiempo, avanzó veloz pese al viento. Al principio, poco espesa, pero luego había ido adensándose a medida que pasaban los minutos.

Otro detalle indicativo de que se trataba de una niebla extraña se encontraba en el sur, donde se paraba en seco, para no mezclarse con la bruma natural que se desprendía de la gran cascada, donde el río caía por los Despeñaderos Largos.

Los muertos llegaron detrás de la niebla. Cadáveres de andares pesados que trepaban torpes por las orillas del río. pese al pavor que les producía el agua corriente. Algo los impulsaba a seguir, algo oculto en el corazón de la niebla. Casi con toda certeza, ese algo era Chlorr, la de la máscara, en otros tiempos nigromante y ahora uno de los muertos mayores. Se trataba de una combinación peligrosa, Lirael era consciente de ello, porque Chlorr conservaba gran parte de sus conocimientos sobre

magia libre, combinados con los poderes conseguidos en el reino de los muertos. Poderes que, con toda probabilidad, eran negros y extraños. La noche anterior, en el curso de la batalla en las riberas del río, Lirael y la perra habían conseguido ahuyentar brevemente a Chlorr. No habían alcanzado la victoria.

Lirael notaba la presencia de los muertos y la naturaleza encantada de la niebla. Aunque la Casa de la Abhorsen contaba con la protección de aguas profundas y caudalosas, y de muchas defensas mágicas, la muchacha no pudo contener el escalofrío, como si los dedos de una mano helada hubiesen recorrido su piel.

Nadie habló del escalofrío, aunque Lirael se sintió incómoda al pensar en lo obvio que había sido. Nadie dijo nada, pero todos la miraban. Sam, la perra y Zafirón esperaban como si ella fuese a soltar una sensata sentencia o una perla de sabiduría. A Lirael le entró el pánico. No estaba acostumbrada a tomar la iniciativa en las conversaciones, ni en ninguna otra situación. Pero ahora era la Abhorsen en ciernes. En ausencia de Sabriel, que se encontraba en Ancelstierre, al otro lado del Muro, Lirael era la única Abhorsen. Los muertos, la niebla y Chlorr eran problemas de ella. Problemas menores, si se los comparaba con la verdadera amenaza, eso que Hedge y Nicholas estaban desenterrando cerca del lago Rojo.

«Habrà que fingir —pensó Lirael—. Tendré que actuar como una Abhorsen. A lo mejor, si interpreto el papel con la convicción suficiente, hasta yo misma llegaré a creérmelo.»

—Además de las pasaderas, ¿hay alguna otra manera de salir? —preguntó de repente.

Se volvió hacia el sur para ver las piedras pasaderas, visibles a flor de agua, que onducían a las orillas derecha e izquierda. Pasaderas no era el nombre más adecuado, pensó Lirael. «Saltaderas» era más descriptivo, porque estaban dispuestas a metro y medio de distancia unas de otras, y se encontraban muy cerca de la cascada. Si fallabas en un salto, el río te acogía en su seno y la cascada se encargaba de hundirte hasta el fondo, bajo el enorme peso de las aguas.

—¿Sam?

Sam asintió con la cabeza.

—¿Zafirón?

El gatito blanco estaba enroscado sobre el cojín azul y oro que duró encima del taburete del observador bien poco: hasta que el minino lo tiró al suelo; donde le pareció más cómodo descansar. Zafirón no era un gato de verdad, pese a que tenía cuerpo de gato. El collar con las marcas del Gremio y su campana en miniatura, Ranna, la adormecedora, indicaba que se trataba de algo más que un gato parlanchín.

Zafirón abrió un ojo verde brillante y bostezó a sus anchas. Ranna tintineó desde el collar, y Lirael y Sam empezaron a bostezar a su vez.

—Sabriel se llevó la papelonave, así que no podemos salir por el aire —comentó

—. Aunque pudiéramos volar, tendríamos que vérnoslas con los cuervos sanguinarios. Podríamos pedir una barca, pero los muertos nos seguirían por las orillas.

Lirael observó las murallas de niebla. Llevaba apenas dos horas en el cargo de Abhorsen en ciernes y ya no sabía qué era lo que debía hacer. Aunque estaba completamente convencida de que debían abandonar la Casa y llegar al lago Rojo lo antes posible. Debían encontrar a Nicholas, el amigo de Sam, e impedir que siguiera cavando para rescatar lo que fuese que estaba enterrado en las profundidades de la tierra.

—A lo mejor hay otra manera —sugirió la perra.

Se bajó del taburete de un salto y empezó a caminar en círculos, cerca de Zaporón, al tiempo que hablaba, levantaba mucho las patas, como si estuviese aplastando hierba alta, en lugar de andar sobre piedras frías. Cuando pronunció la palabra «manera», se desplomó en el suelo, cerca del gato, y tras darle con una pata en la cabeza, vaticinó:

—Pero a Zaporón no le va a gustar.

—¿Qué manera? —siseó Zaporón arqueando el lomo—. Las únicas maneras de salir de aquí, que yo sepa, son las piedras pasaderas, o por el aire, o por el río... y llevo en esta Casa desde que la construyeron.

—Pero no estabas cuando dividieron el río en dos e hicieron la isla —le recordó la perra con toda la tranquilidad del mundo—. Antes de que los constructores del Muro erigieran las paredes, cuando levantaron la tienda del primer Abhorsen allí, donde ahora crece la higuera.

—Cierto —reconoció Zaporón—. Pero tú tampoco estabas.

Hay un asomo de duda en las últimas palabras de Zaporón, pensó Lirael. Observó a la Perra Canalla con atención, pero el animal se limitó a rascarse la nariz. Con ambas patas antes de continuar.

—En cualquier caso, hubo una vez otra manera de salir de aquí. Si todavía existe, estará muy honda y podría ocultar más de un peligro. Habrá quien diga que sería más seguro cruzar por las pasaderas y abrirnos paso a golpes entre los muertos.

—Pero tú no lo crees así, ¿verdad? —preguntó Lirael—. ¿Crees que hay una alternativa?

Lirael temía a los muertos, pero no hasta el punto de no enfrentarse a ellos si era preciso. No se sentía del todo cómoda en su nuevo papel. Tal vez, una Abhorsen como Sabriel, en la flor de la vida y el poder, era capaz de saltar de pasadera en pasadera, acabar con Chlorr, los braceros fantasma y de poner en fuga a los otros muertos. Lirael creía que, si ella lo intentaba, acabaría retirándose a los saltos por las piedras y, seguramente, erminaría en el fondo del río, despedazada por la cascada.

—Creo que deberíamos investigar —anunció la perra.

Se estiró tanto que a punto estuvo de volver a golpear a Zapirón con las patas, se levantó despacio y bostezó dejando ver un montón de dientes enormes y blanquísimos. Lirael estaba segura de que hacía todo aquello para fastidiar a Zapirón.

El gato miró a la perra con los ojos entrecerrados.

—¿Has dicho «honda»? —maulló Zapirón—. ¿No te estarás refiriendo a lo que estoy pensando? ¡No podemos ir allí!

—Ella ya no está desde hace mucho tiempo —le contestó la perra—. Aunque me imagino que todavía deben quedar unos restos...

—¿Quién es ella? —inquirieron Lirael y Sameth al unísono.

—¿Sabes el pozo que hay en la rosaleda? —preguntó la perra.

Sameth asintió; Lirael intentaba recordar si había visto un pozo, cuando habían atravesado la isla para dirigirse a la Casa. Conservaba un vago recuerdo de las rosas, infinidad de rosas extendidas por las espalderas que se elevaban en el costado oriental del prado, más cerca de la Casa.

—Se puede bajar por el pozo —continuó la perra—. El descenso es largo y el lugar, estrecho. Llegaremos a cuevas muy profundas. Luego tendremos que volver a subir a los despeñaderos, pero espero que podamos hacerlo más hacia el este, evitando a Chlorr y a sus esbirros.

—El pozo está lleno de agua —avisó Sam—. ¡Nos ahogaremos!

—¿Seguro? —preguntó la perra—. ¿Alguna vez has mirado dentro?

—Pues no —contestó Sam—. Está tapado, me parece...

—¿Quién es esa «ella» a la que te has referido? —inquirió Lirael con firmeza.

Por su experiencia pasada, sabía cuándo la Perra Canalla rehuía hablar de algo.

—Alguien vivió allá abajo —contestó la perra—. Alguien que tenía unos poderes considerables. Y peligrosos. A lo mejor quedan vestigios de ella.

— ¿A qué te refieres cuando dices «alguien»? —insistió Lirael, obstinada—. ¿Cómo ha podido nadie vivir en las profundidades de la Casa déla Abhorsen?

—Me niego a acercarme siquiera a ese pozo —apostilló Zapirón—. Supongo que habla de Kalliel, a quien se le ocurrió hurgar en terreno prohibido. ¿Qué sentido tiene añadir nuestros huesos a los de él en algún rincón oscuro de esas profundidades?

Lirael le echó una rápida mirada a Sam y volvió a contemplar a Zapirón. Lo lamentó enseguida, porque de ese modo dejó entrever sus propias dudas y temores. Ahora ella era la Abhorsen en ciernes, tenía que dar ejemplo. Sam había hablado con franqueza de su temor a la muerte y los muertos, y de su deseo de ocultarse en la Casa rodeada de protecciones. Pero había superado su temor, al menos por el momento. ¿Cómo iba Sam a continuar siendo valiente si ella no daba ejemplo?

Lirael era también su tía. No se sentía muy en el papel de tía, pero imaginaba que el parentesco llevaba aparejadas ciertas responsabilidades hacia su sobrino, aunque se tratara de un muchacho con apenas unos años menos que ella.

—¡Perra Canalla! —ordenó Lirael—. Contéstame claramente de una vez. ¿Quién... o qué es lo que hay allá abajo?

—Bueno, es difícil de expresar en palabras —dijo la perra. Volvió a arañar el suelo con las patas delanteras—. Sobre todo porque lo más probable es que allá abajo no haya nadie. Y si hay alguien, me imagino que podríamos llamarla un resto de la creación del Gremio, como lo soy yo y lo son muchos otros de variable importancia. Pero si está allí, o si está una parte de ella, entonces es posible que sea la que era, lo cual resulta peligroso de un modo... bastante elemental; ahora bien, de todo esto ha pasado muchísimo tiempo y no hago más que contaros lo que otros han dicho, escrito o pensado...

—¿Y por qué iba a estar ella allá abajo? —preguntó Sameth—. ¿Por qué debajo de la Casa de la Abhorsen?

—No está exactamente en un lugar concreto —le explicó la perra, que se había puesto a rascarse la nariz con una pata, para no tener que encontrarse con las miradas de sus interlocutores—. Invirtió parte de su poder aquí, de manera que si tuviera que estar en alguna parte concreta, lo más probable es que esté aquí.

—Zapirón, ¿me puedes traducir lo que ha dicho la Perra Canalla? —pidió Lirael.

Zapirón no se dio por aludido. Tenía los ojos cerrados. En algún momento de la respuesta de la perra, se había hecho un ovillo y se había puesto a dormir.

—¡Zapirón! —repitió Lirael.

—Duerme —dijo la perra—. Ranna lo ha llamado al país del sueño.

—Creo que sólo escucha a Ranna cuando le viene en gana —dijo Sam—. Espero que Kerrigor duerma más profundamente.

—Podemos verlo, si quieres —dijo la perra—. Aunque estoy segura de que si estuviese despierto, nos habríamos enterado. Ranna tiene un mango más ligero que Saraneth, pero sabe aguantar cuando hace falta. Además, el poder de Kerrigor estaba en sus seguidores. Su arte radicaba en sacarles partido; su caída se debió a que dependía de ello.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lirael—. Creía que era un hechicero de la magia libre que se había convertido en un muerto mayor.

—Era algo más que eso —le comentó la perra—, porque en sus venas fluía sangre real. Dominar a los demás era algo que llevaba muy arraigado. En algún lugar del reino de los muertos, Kerrigor encontró la forma de utilizar la fuerza de quienes juraron aliarse a él a través de la marca que les quemaba en la carne. Si Sabriel no hubiese utilizado accidentalmente un encantamiento más antiguo para arrebatarse su poder, creo que Kerrigor habría triunfado. Al menos durante un tiempo.

—¿Por qué sólo durante un tiempo? —preguntó Sam deseando no haber hablado de Kerrigor.

—Porque me parece a mí que, a la larga, habría terminado haciendo lo que hace

ahora mismo tu amigo Nicholas —contestó la perra—: habría desenterrado algo que vale más dejar donde está.

Nadie hizo ningún comentario.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Lirael al fin.

Volvió a echar una mirada a la niebla de la orilla derecha. Sentía la presencia de muchos braceros muertos, más de los que podían verse, y de éstos ya había muchísimos. Centinelas putrefactos, envueltos en la niebla. A la espera de que el enemigo se mostrase.

Lirael inspiró hondo y tomó una decisión.

—Perra, si crees que deberíamos bajar por el pozo, entonces eso es lo que vamos a hacer. Con suerte, no nos encontraremos con los restos de los poderes que pudieran estar allí agazapados. Puede incluso que ella sea amable y podamos hablar...

—¡No! —ladró la perra para sorpresa de todos.

Hasta Zapirón abrió un ojo y, al ver que Sam estaba mirándolo, volvió a cerrarlo rápidamente.

—¿Cómo? —dijo Lirael.

—Si está allá abajo, cosa que no es probable, ni se te ocurra dirigirle la palabra —le advirtió la perra—. No debes escucharla ni tocarla bajo ningún concepto.

—¿Alguien la ha oído o tocado? —quiso saber Sam.

—Ningún mortal —contestó Zapirón, levantando la cabeza—. Tampoco ha podido nadie atravesar sus muros, diría yo. Es una locura intentarlo. Siempre me he preguntado qué habría sido de Kalliel.

—¿Tú no estabas durmiendo? —dijo Lirael—. A lo mejor, ella no nos hará ni caso si nosotros tampoco se lo hacemos.

—No es su inquina lo que temo —le explicó Zapirón—. Lo que me da miedo es que nos preste atención, por mínima que ésta sea.

—A lo mejor deberíamos... —comenzó a sugerir Sam.

—¿Qué? —preguntó Zapirón con un tono odioso—. ¿Quedarnos aquí sentaditos, sanos y salvos?

—No —contestó Sam—. Si la voz de esta mujer es tan peligrosa, entonces deberíamos confeccionarnos unos tapones para los oídos antes de partir. Con cera o algo así.

—No servirán de nada —le avisó Zapirón—. Si llega a hablar, la oírás hasta el último de tus huesos. Si canta... Mejor roguemos para que no se le ocurra cantar.

—La evitaremos —dijo la perra—. Confiad en mi olfato. Encontraremos el camino.

—¿No nos puedes contar quién era Kalliel? —preguntó Sam.

—Kalliel fue el duodécimo Abhorsen —contestó Zapirón—. Un personaje de lo más desconfiado. Me tuvo encerrado durante años. El pozo debieron de cavarlo

entonces. Su nieto me soltó al desaparecer Kalliel. Fue él quien heredó las campanas y el título de su abuelo. No me gustaría acabar como Kalliel. Y menos en el fondo del pozo.

Lirael dio un respingo al notar que algo se movía en la niebla. La presencia perturbadora que había merodeado desde lejos comenzaba a moverse. Lo notaba; era un ser mucho más poderoso que los braceros fantasma que comenzaban a aparecer y desaparecer de los confines de la niebla.

Chlorr se acercaba; estaba casi en la misma orilla del río. Si no era Chlorr, era alguien con poderes similares. Tal vez se tratara de algún nigromante al que Lirael había conocido en el más allá.

Hedge. El mismo nigromante que había quemado a Sam. A través de las aberturas de la sobrevesta, Lirael veía las cicatrices que su sobrino conservaba en las muñecas.

Aquella sobrevesta era otro misterio... para resolver otro día, pensó Lirael, cansada. Una sobrevesta que dividía en cuatro cuarteles las torres reales con un símbolo que no se veía desde hacía siglos. La llana de los constructores del Muro.

Sam la pilló mirándolo y se puso a tirar del grueso hilo de oro con el que estaba bordado el símbolo de los constructores del Muro. Poco a poco empezaba a entrarle en la cabeza que los enviados no se habían equivocado al darle la sobrevesta. Para empezar, era nueva, no era una prenda antigua que hubiesen sacado de un armario con olor a moho, ni de una cesta de la colada más vieja que Matusalén. De modo que, con toda probabilidad, existía un motivo que le daba derecho a llevarla. Era un constructor del Muro, además de príncipe. ¿Y eso qué quería decir? Los constructores del Muro habían desaparecido hacía siglos cuando, durante la creación del Muro y los grandes pilares del Gremio, pasaron a formar parte de ellos. En sentido literal, por lo que Sam sabía.

Por un momento, se preguntó si a él iba a tocarle el mismo destino. ¿Se vería obligado a hacer algo que acabara con su vida, al menos en forma de hombre vivo y palpitante? Porque los constructores del Muro no estaban exactamente muertos, reflexionó Sam, al recordar los grandes pilares del Gremio y el Muro. Más bien se habían transformado o transfigurado.

Fuera como fuese, le hacía poca gracia. En cualquier caso, lo más probable es que lo mataran bien muerto, pensó al observar la niebla y notar en ella la fría presencia de los muertos.

Sam tocó el hilo dorado que tenía sobre el pecho y se sintió reconfortado al ver que el miedo a los muertos disminuía. Nunca había querido ser el Abhorsen. La misión de constructor del Muro le hacía más gracia, aunque no sabía a ciencia cierta qué implicaba. Lo que sí tenía claro era que le ofrecería el beneficio adicional de volver loca a Ellimere; su hermana jamás iba a creer que Sam ni sabía ni podía explicar lo que significaba ser un onstructor.

Y eso si alguna vez volvía a ver a Ellimere...

—Será mejor que nos pongamos en marcha —sugirió la perra de pronto.

Sus amigos se estremecieron al oírla. Lirael también había estado enfrascada en sus pensamientos mientras observaba la niebla.

—Sí —contestó Lirael, y apartó la vista.

Por enésima vez deseó estar de vuelta en la Gran Biblioteca de las clarvis. Por desgracia, debía desechar tanto ese deseo como el anhelo de llevar la túnica blanca y la diadema de plata y ópalos, correspondientes a las hijas de las clarvis hechas y derechas. Ahora era una Abhorsen; la esperaba una labor inmensa, de capital importancia.

—Sí —repitió—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Iremos por el pozo.

En las Profundidades

En cuanto tomaron la decisión, tardaron poco más de una hora en completar los preparativos de la partida. Lirael vistió armadura por primera vez desde las lecciones de Arte de la Lucha que había tomado hacía tantos años. No obstante, la cota que le dieron los enviados era mucho más ligera que el camisote de malla, guardado por las clarvis en el cuarto de armas de la escuela. Estaba hecha de diminutas escamas o placas superpuestas de un material que Lirael no consiguió reconocer y, pese a que le llegaba a las rodillas y que las largas mangas llevaban una especie de faldones, resultaba bastante ligera y cómoda. Tampoco tenía el olor característico del acero bien aceitado, algo que Lirael agradeció.

La *Perra Canalla* le contó que las escamas estaban confeccionadas con una cerámica denominada «gezre», hecha con magia del Gremio, pero sin propiedades mágicas, aunque era más fuerte y ligera que cualquier metal. El secreto de su fabricación se había perdido y hacía un milenio que no se hacían cotas nuevas. Lirael palpó una de las escamas y se sorprendió al pensar: «Sam sería capaz de reproducir este material», aunque no tenía motivos verdaderos para suponer que conseguiría hacerlo.

Sobre la cota de malla, Lirael se puso el chaleco con las estrellas doradas y las llaves de plata. Sobre el pecho se cruzaría la bandolera con las campanas, pero todavía no se la había puesto. Sam había cogido la zampona de muy mala gana y Lirael guardó el espejo oscuro en su bolsa. Sabía que era más que probable que tuviese que volver a ver el pasado.

Completaba su equipo con la espada Nehima, el arco y la aljaba de las clarvis y un paquete ligero que, con gran maestría, los enviados habían llenado de todo tipo de cosas que Lirael no tuvo ocasión de mirar.

Antes de reunirse con Sam y Zapirón en la planta de abajo, Lirael se detuvo un instante ante el espejo plateado de cuerpo entero que colgaba de la pared de su cuarto. La imagen que le devolvió se parecía bien poco a la auxiliar segunda de bibliotecaria de las clarvis. Ante ella tenía a una joven guerrera, de gesto adusto y cabello negro recogido con, una cuerdecilla plateada, que le dejaba la cara al descubierto. Ya no llevaba el chaleco de bibliotecaria, y en lugar de la daga propia de su cargo anterior, de su costado colgaba Nehima, la espada larga. Pese a todo, le resultaba imposible olvidarse por completo de su identidad anterior. Tiró de un hilo suelto del chaleco y sacó una fina hebra de seda roja, le dio varias vueltas alrededor del meñique hasta formar un anillo, ató los extremos y lo guardó en la bolsa que le colgaba del cinto, junto con el espejo oscuro. Era probable que ya no volviera a ponerse el chaleco, de esa manera una parte de la prenda viajaría siempre con ella.

Se había convertido en una Abhorsen, pensó Lirael. Al menos por fuera. El signo

más visible de su nueva identidad y de sus nuevos poderes como Abhorsen en ciernes era la bandolera con las campanas, la que Sabriel le había entregado a Sam, después de que apareciera misteriosamente en la Casa el invierno anterior. Lirael desató los morrales de cuero uno por uno, metió los dedos dentro, tocó la plata fría y la caoba, y palpó el delicado equilibrio que mantenían las marcas del Gremio y las de la magia libre labradas en el metal y la madera. Lirael puso sumo cuidado en que las campanas no sonaran, porque hasta el más leve toque bastaba para arrancar a cada campana su voz característica.

La más pequeña se llamaba Ranna. Adormecedora, le decían, porque su voz era una dulce canción de cuna que sumía en el sueño a quienes la escuchaban.

La segunda era Mosrael, la despertadora. Lirael la rozó apenas, porque Mosrael era la responsable del equilibrio entre la vida y la muerte. Cuando se la tañía de forma adecuada, traía a los muertos de vuelta a la vida y a quien la tocaba lo enviaba de la vida al reino de los muertos.

Kibeth era la tercera campana y se la conocía también por el mote de «la caminante». Daba libertad de movimientos a los muertos, aunque también podía utilizarse para hacerlos ir allí donde quisiera quien la hacía tañer. Era también capaz de volverse en contra de quien la empuñaba y obligarlo a marchar a lugares donde jamás hubiese deseado ir.

La cuarta había sido bautizada con el nombre de Dyrin, la habladora. Según la descripción de El libro de los muertos, era la más musical de todas las campanas, y la más difícil de utilizar. Dyrin tenía la capacidad de devolver la palabra a los muertos sumidos en el largo silencio de la nada. También revelaba secretos y permitía incluso leer el pensamiento. Encerraba otros poderes sombríos, fomentados por los nigromantes, porque Dyrin era capaz de hacer callar para siempre a cualquier hablante.

Belgaer era el nombre de la quinta campana, conocida también como «la pensadora». Belgaer tenía la capacidad de subsanar los estragos que la muerte producía en las mentes, devolvía a los muertos el pensamiento y la memoria. Y también podía borrar los pensamientos, tanto en el reino de los vivos como en el de los muertos. Esgrimida por un nigromante, servía para destruir la mente del enemigo y, en ocasiones, destrozaba la mente del nigromante mismo, pues a Belgaer le encantaba el sonido de su propia voz, por ello intentaba aprovechar todas las oportunidades de cantar espontáneamente.

La sexta campana era Saraneth, también conocida como sojuzgadora. Saraneth era la campana preferida de todos los Abhorsens. Grande y fiable, poderosa y fiel. Saraneth se empleaba para dominar y someter a los muertos, para que obedecieran los deseos y las órdenes de quien la tañía.

A Lirael le imponía tocar la séptima campana, aunque era consciente de que no

sería diplomático por su parte hacer caso omiso de la más poderosa de todas, pese a que era fría al tacto y daba mucho miedo.

Astarael, la afligida. La campana que enviaba al reino de los muertos a cuantos oían su toque.

Lirael retiró el dedo y procedió con mucho método a comprobar todos los morrales para asegurarse de que las lengüetas de cuero estuviesen en su sitio, y las correas atadas con firmeza pero no tanto, para poder desatarlas con una mano. Entonces se puso la bandolera. Las campanas le pertenecían; había aceptado las armas de los Abhorsens.

Sam la esperaba en la puerta principal, sentado en los escalones. Iba equipado y armado de forma parecida, aunque no llevaba arco ni bandolera con campanas.

—Encontré esto en la sala de armas —dijo, enseñándole una espada, e inclinó la hoja para que Lirael viese las marcas del Gremio grabadas en el acero—. No es una espada de las que llevan nombre, pero está encantada y permite destruir a los muertos.

—Más vale tarde que nunca —observó Zapirón, sentado en los escalones con cara de amargura.

Sam no le hizo ni caso, del interior de la manga sacó un papel y se lo entregó a Lirael.

—Es el mensaje que remití por halcón mensajero a Barhedrin. El Puesto de la Guardia que hay allí lo enviará al Muro y se distribuirá entre la gente ancelstierrana, ellos a su vez... hum... lo mandarán a mis padres, que están en Corvere, con un sistema llamado telégrafo. Por eso está escrito en idioma telegráfico, que resulta bastante extraño si no se está acostumbrado. En las caballerizas hay cuatro halcones, sin contar el de Ellimere, que no podrá volar hasta dentro de una o dos semanas, así que mandé dos a Belisaere para Ellimere y dos a Barhedrin.

Lirael echó un vistazo al papel y leyó las palabras que Sam había escrito en letra de imprenta.

PARA REY PIEDRA DE TOQUE Y ABHORSEN LIRAELEMBAJADA
REINO ANTIGUO CORVERE ANCELSTIERRE COPIAELLIMERE VÍA
HALCÓN MENSAJERO

CASA RODEADA MUERTOS AHORA CHLORR MUERTA MAYOR STOP
HEDGE ES NIGROMANTE STOP NICK CON HEDGE STOP
DESENTERRARON MALIGNO CERCA EDGE STOP MARCHO EGE CON TÍA
LIRAELEXCLARVI AHORA ABHORDEN EN CIERNES STOP CON ZAPIRÓN
Y PERRA GREMIO DE LIRAELESTOP HAREMOS CUANTO PODAMOS STOP
ENVIAD AYUDA VENID VOSOTROS ULTRAURGENTE STOP ENVIADO DOS
SEMANAS ANTES DÍA SOLSTICIO VERANO SAMETH STOP

El mensaje estaba redactado de un modo extraño, no cabía duda, pero tenía

sentido, pensó Lirael. En vista de la limitada capacidad de la mente de los halcones mensajeros, el lenguaje telegráfico era una buena forma de comunicación, aunque no se utilizara un telégrafo propiamente dicho.

—Espero que los halcones lleguen a destino —comentó mientras Sam recuperaba la hoja de papel.

En algún lugar, allá fuera, en medio de la niebla, merodeaban los cuervos sanguinarios, una bandada de aves cadavéricas animadas por el espíritu de un solo muerto. Los halcones mensajeros se verían obligados a eludir no sólo el peligro que representaban esos seres sino otros más, antes de volar raudos a Barhedrin y Belisaere.

—No podemos contar con ello —dijo la perra—. ¿Lista para descender al pozo?

Lirael bajó los escalones y dio unos cuantos pasos por el sendero de ladrillos rojos. Se acomodó la mochila en lo alto de la espalda y ató las correas. Levantó la vista al cielo soleado, apenas un retazo azul encima de su cabeza, pues las murallas de niebla lo rodeaban por tres lados y la bruma de la cascada remataba el cuarto.

—Supongo que sí —contestó la muchacha.

Sam cogió su mochila, pero antes de colocársela a la espalda, Zapirón se metió en ella de un salto dejando ver apenas los ojos verdes y una peluda oreja blanca.

—Recuerda que te desaconsejé que fueras por este camino —sentenció—. Y cuando alguna desgracia que esté a punto de ocurrir, ocurra, me despiertas, y también si estuviera a punto de mojarme.

Antes de que le contestase nadie, Zapirón se sumergió en el interior de la mochila y entonces desaparecieron también sus ojos y la oreja visible.

—¿Y por qué tengo que cargar yo con él? —preguntó Sam con tono ofendido—. Se supone que es el siervo de la Abhorsen.

Por la mochila asomó una patita y unas uñas arañaron a Sam en la nuca sin llegar a rasgarle la piel. Sam dio un respingo y lanzó una maldición.

La perra dio un salto y apoyó las patas delanteras en la mochila. Sam se tambaleó hacia delante y lanzó otra maldición mientras la perra decía:

—Si no te comportas, nadie va a cargar contigo, Zapirón.

—Tampoco habrá pescado —masculló Sam frotándose la nuca.

Juntas o por separado, las amenazas surtieron efecto, aunque cabía también la posibilidad de que Zapirón se hubiese dormido. En cualquier caso, las uñas no volvieron a verse ni volvió a oírse la voz sarcástica del felino. La perra se bajó, Sam terminó de ajustarse las correas de la mochila y partieron por el sendero de ladrillo.

La puerta principal se cerró a sus espaldas y Lirael se volvió para ver que en todas las ventanas había montones de enviados. Cientos de ellos se apiñaban contra los cristales; sus túnicas con capucha se asemejaban a la piel de una criatura gigantesca y sus manos, levemente brillantes, parecían ojos. No agitaron la mano en señal de

despedida ni se movieron, pero Lirael tuvo la desagradable sensación de que estaban diciéndole adiós. Como si no esperasen ver regresar nunca más a esta Abhorsen en ciernes.

El pozo se encontraba a unos trescientos metros de la puerta principal, oculto debajo de una maraña de rosas silvestres que Lirael y Sam tuvieron que separar a pulso, haciendo continuas pausas para chuparse los dedos llenos de pinchazos. Las espinas eran sumamente largas y afiladas, pensó Lirael, pero su experiencia con las flores era limitada. Las clarvis contaban con jardines subterráneos e inmensos invernaderos iluminados por marcas del Gremio, pero en la mayoría se cultivaban frutas y verduras y sólo tenían un rosal.

Cuando terminaron de quitar la maraña de los rosales, Lirael vio una tapa redonda de madera, hecha con planchas de grueso roble, de dos metros de diámetro, encajada en un murete circular, no muy alto, de piedras blanquecinas. La tapa se hallaba sujeta por cuatro sitios con cadenas de bronce cuyos eslabones estaban fijados a la piedra y atornillados a la madera; por tanto, no hacían falta candados.

La madera y el bronce estaban recorridos por marcas del Gremio de cierre y apertura que relucían haciéndose apenas visibles cuando las tocaba el sol, pero que se iluminaron con gran intensidad en cuanto Sam presionó la tapa.

El muchacho puso la mano sobre una de las cadenas de bronce, notó las marcas que había en ellas y estudió el hechizo. Lirael miraba por encima del hombro de su sobrino. No conocía siquiera la mitad de aquellas marcas, pero oía a Sam mascullar nombres como si estuviese familiarizado con ellas.

—¿Puedes abrirla? —preguntó Lirael.

La Abhorsen en ciernes conocía infinidad de hechizos para abrir puertas y cancelas, y poseía una experiencia práctica sobre cómo entrar en muchos sitios de la Gran Biblioteca de las clarvis que se suponía le estaban vetados. Pero instintivamente supo que ninguno de ellos funcionaría en este caso.

—Eso creo —contestó Sam, dudoso—. Se trata de un encantamiento extraño. Contiene muchas marcas que no conozco. Por lo que puedo descifrar, hay dos formas de abrir la tapa. Una, no la entiendo. Y la otra...

Su voz fue apagándose cuando volvió a tocar la cadena y las marcas del Gremio abandonaron el bronce para deslizarse por su piel y regresar a la madera.

—Me parece que hay que echarles el aliento a las cadenas... o besarlas... pero tiene que hacerlo la persona adecuada. El hechizo dice «el aliento de mis hijos». Lo malo es que no consigo descifrar a los hijos a quien se refiere ni lo que significa. Los hijos de cualquier Abhorsen, me imagino.

—Prueba —sugirió Lirael—. Un solo aliento, por si acaso.

Sam no parecía muy convencido, pero inclinó la cabeza, inspiró hondo y sopló en la cadena.

El bronce se empañó por efecto del aliento y perdió el brillo. Las marcas del Gremio emitieron destellos y se movieron. Lirael contuvo la respiración. Sam se levantó y se alejó un poco, mientras que la *Perra Canalla* se aproximó al pozo y lo olfateó.

De repente, la cadena soltó un fuerte crujido y todos retrocedieron de un salto. Un nuevo eslabón apareció en la sólida piedra, o al menos eso parecía, seguido de otro y otro, mientras la cadena se sacudía y se enrollaba en el suelo. En pocos segundos se formó una pila de metro y medio de alto, que bastó para poder levantar la tapa del pozo por ese punto.

—Bien —dijo la *Perra Canalla*—. Amita, a ti te toca la siguiente.

Lirael se inclinó sobre la siguiente cadena y sopló suavemente. Al principio no pasó nada y la muchacha sintió la punzada de la incertidumbre. Era tan novata en el papel de Abhorsen, y su experiencia, tan precaria, que era lógico que dudase.

La cadena se cubrió de escarcha, las marcas brillaron y los eslabones empezaron a salir de la piedra con un agudo repiqueteo metálico. Desde el extremo opuesto llegó inmediatamente el eco de otra cadena, cuando Sam le echó el aliento.

Lirael sopló sobre la última de las cadenas y le dio un leve toque cuando fue a inspirar. Notó que las marcas se estremecían bajo sus dedos, así reaccionaban los encantamientos del Gremio cuando sabían que les había llegado la hora. Como una persona que tensa los músculos en el instante que precede a la salida de una carrera.

Cuando todas las cadenas se hubieron soltado, Lirael y Sam consiguieron levantar la tapa por un lado y apartarla. Pesaba lo increíble, de modo que tuvieron que arrastrarla hasta quitarla del todo, y dejar un hueco lo bastante grande para que pudieran pasar con las mochilas puestas.

Lirael había esperado que del pozo saliera un fuerte olor a humedad, pese a que la *Perra Canalla* le había advertido que no estaba lleno de agua. Percibió un olor lo bastante fuerte para tapar el aroma de las rosas, pero no era de agua estancada, sino un aroma a hierbas que Lirael no consiguió reconocer.

—¿A qué huele? —le preguntó a la perra, cuyo olfato estaba más que acostumbrado a reconocer perfumes y tufos que Lirael no lograba percibir, ni crear con hechizos, ni imaginar.

—El olfato no es lo tuyo —le contestó la perra—. A menos que últimamente hayas mejorado.

—Noto un olor muy específico que sale del pozo —insistió Lirael con paciencia—. Pero no consigo reconocerlo.

Sam olfateó el aire y arrugó la frente, pensativo.

—Es algo que se usa para cocinar —dijo—. Aunque lo de los pucheros no se me da nada bien. Pero lo he oído en las cocinas de Palacio, cuando asan cordero, creo.

—Es romero —dijo la perra, tajante—. Con un toque de amaranto, aunque seguro

que eso no lo notáis.

—Fidelidad en el amor —dijo una voz desde el interior de la mochila de Sam—. Con la flor siempre viva. ¿Todavía insistes en que no está ahí dentro?

La perra no le contestó a Zapirón, se limitó a meter la cabeza dentro del pozo. Estuvo olfateando un minuto entero, hociqueando cada vez más adentro. Cuando se apartó, estornudó dos veces y sacudió la cabeza.

—Viejos olores regios, viejos sortilegios —dijo—. El aroma ya se está yendo.

Lirael probó a olfatear, pero la perra estaba en lo cierto. En el aire flotaba sólo el perfume de las rosas.

—Hay una escalera —dijo Sam, que también miraba hacia el interior del pozo, mientras una luz conseguida con un conjuro del Gremio se balanceaba encima de su cabeza—. De bronce, como las cadenas. Me pregunto por qué no se ve el fondo... ni el agua.

—Yo iré primero —dijo Lirael.

Sam estuvo a punto de protestar, pero se contuvo y la dejó pasar. Lirael no atinó a saber si era porque tenía miedo o porque cedía a la autoridad de Lirael como tía o como nueva Abhorsen en ciernes.

Miró dentro del pozo. La escalera brillaba cerca de la boca, pero a medida que bajaba, se perdía en la oscuridad. Lirael había estado en todo tipo de túneles negros y peligrosos de la Gran Biblioteca de las clarvis. Sin embargo, aquello había sido en tiempos en que era más inocente aunque, para qué negarlo, había pasado por bastantes peligros. Ahora tenía la sensación de que en el mundo operaban grandes fuerzas malignas, de que se había puesto en marcha un destino terrible. Los muertos que rodeaban la Casa eran apenas una parte isible de todo ello. Recordó la visión que las clarvis le habían mostrado: el foso cerca del lago Rojo y el terrible hedor de la magia libre que emanaba de lo que estaban desenterrando.

Descender por aquel agujero oscuro era sólo el principio, pensó Lirael. El primer paso que diera en aquella escalera de bronce sería en realidad el primero con su nueva identidad, el primer paso de una Abhorsen.

Echó una última mirada al sol haciendo caso omiso de las murallas de niebla que se elevaban a ambos lados. Se arrodilló y con delicadeza se metió dentro del pozo buscando apoyo con los pies en los peldaños.

La siguió la *Perra Canalla*, cuyas patas se alargaron para formar unos dedos regordetes que se agarraban a la escalera mucho mejor que los de las personas. De cuando en cuando, con la cola le rozaba la cara a Lirael y, al notar el contacto, la meneaba con un entusiasmo mayor del que su ama hubiera deseado, pero no se quejaba, porque así le daba confianza.

Sam iba en último lugar, la luz hecha con marcas del Gremio seguía flotando encima de su cabeza, mientras Zapirón iba bien agarrado a la mochila.

Las botas con tachuelas de Sam golpeaban los peldaños y el sonido se mezcló entonces con el traqueteo producido por las cadenas al desenrollarse. Al muchacho apenas le dio tiempo a quitar las manos antes de que la tapa fuera arrastrada a su sitio y encajara en él en medio de un bochinche de metales.

—Por ahí no vamos a volver a salir —dijo Sam con fingida alegría.

—A lo mejor tampoco por ninguna otra parte —susurró Zapirón en voz tan baja que quizá no lo hubiese oído nadie.

Sam vaciló un instante y la perra soltó un gruñido, mientras Lirael seguía bajando, atesorando el último recuerdo del sol a medida que descendían hacia las negras profundidades de la tierra.

Amaranto, Romero y lágrimas

La escalera bajaba y bajaba y bajaba. Al principio, Lirael fue contando los peldaños, pero cuando llegó al novecientos noventa y seis, abandonó. Siguieron descendiendo. Lirael había hecho un conjuro a fin de crear una luz del Gremio para ella. Flotaba alrededor de sus pies para unir su fulgor al que emitía la de Sam, situada sobre su cabeza. Bajo la luz de aquellas dos bolas resplandecientes, mientras las sombras de los peldaños oscilaban en las paredes del pozo, a Lirael no le costó nada imaginar que estaban atrapados en la escalera, descendiendo una y otra vez el mismo tramo.

Un yugo del que nunca podrían escapar. Esa fantasía creció en ella hasta tal punto que la creyó real, y entonces, de repente, su pie tocó piedra en lugar de bronce y la luz del Gremio rebotó hasta que le quedó a la altura de la rodilla.

Habían llegado al fondo del pozo. Lirael pronunció una marca del Gremio y su luz salió olando para unirse a la palabra y hacer un círculo alrededor de su cabeza. Gracias a aquella luz alcanzó a ver que habían llegado a una cámara rectangular, toscamente excavada en la piedra rojiza. Un pasadizo partía de ella y se perdía en la oscuridad. Cerca del pasadizo había un cubo de hierro, lleno de algo que parecían antorchas: trozos de madera con las puntas envueltas en trapos empapados en aceite.

Lirael avanzó y la *Perra Canalla* la siguió de un salto; detrás de ambas fue Sam.

—Supongo que es por aquí —susurró Lirael señalando el pasadizo.

No sabía por qué, pero tuvo la impresión de que lo más seguro era que no levantara la voz. La perra olfateó el aire y asintió.

—Me pregunto si debería llevar... —comenzó a decir Lirael tendiendo la mano hacia una de las antorchas.

Antes de que pudiera tocar siquiera una, la antorcha se convirtió en polvo. Lirael dio un respingo y a punto estuvo de caer encima de la perra, que retrocedió y chocó con Sam.

—¡Cuidado! —gritó Sam.

El eco de su voz se propagó por el pozo, dejó atrás a Lirael y siguió por el corredor. La Abhorsen volvió a tender la mano, con más delicadeza, pero las demás antorchas también se convirtieron en polvo. Al tocar el cubo, éste se transformó en un montón de fragmentos herrumbrados.

—El tiempo jamás flaquea —sentenció la perra, enigmática.

—Supongo que habrá que continuar —dijo Lirael sin dirigirse a nadie en particular, quizás a sí misma.

No necesitaban las antorchas, pero ella se hubiese sentido más arropada con una.

—Cuanto antes, mejor —dijo la perra. Volvía a olfatear el aire—. No nos conviene rezagarnos aquí abajo.

Lirael asintió. Avanzó un paso, titubeó y sacó la espada. Las marcas del Gremio grabadas en la hoja se encendieron en cuanto el arma salió de la vaina, el nombre de la espada recorrió el acero y cambió brevemente para convertirse en la inscripción que Lirael había visto en otra ocasión. ¿O era diferente? No lo recordaba; además, las espadas sufrían estos cambios demasiado deprisa para que pudiera estar segura.

Las clarvis vieron una espada y así yo fui. Recuerda a los constructores del Muro. Acuérdate de mí.

No importaba lo que dijese, la luz extra tranquilizó a Lirael o quizá fuese el hecho de empuñar a Nehima.

Oyó que Sam desenvainaba la espada. El muchacho esperó unos segundos mientras su tía volvía a mirar al frente. Estaba claro que el chico no quería tropezar y empalar por la espalda a la perra o a Lirael, precaución que ésta agradeció infinitamente.

Los primeros cien pasos aproximadamente, el pasadizo era de piedra tallada. Luego acababa de forma abrupta y se encontraron en un túnel que no parecía obra de ninguna herramienta. La piedra rojiza daba paso a otra de color blanco verdoso en la que se reflejaban las luces del Gremio de modo tal que Lirael tuvo que protegerse los ojos. El túnel daba toda la impresión de haber sido erosionado más que excavado; en el techo, el suelo y las paredes se apreciaba una serie de dibujos como de remolinos y olas. También tenían aspecto raro, contrariamente a lo que deberían ser, aunque Lirael no supo por qué. Ella sólo percibía aquella rareza.

—El agua nunca erosiona de esa manera —comentó Sam. Él también hablaba en susurros—. A menos que fluyera en una dirección y luego en otra contraria al mismo tiempo, a diferentes niveles. Y nunca había visto este tipo de piedra.

—Debemos darnos prisa —sugirió la perra.

Algo en la voz de su mascota impulsó a Lirael a apurar el paso con una ansiedad que jamás había sentido y que quizá fuera puro miedo. Caminaron todos más deprisa, tan deprisa como podían sin correr el riesgo de tropezar o caer en algún agujero oculto. El extraño túnel reluciente se prolongaba a lo largo de lo que parecían varios kilómetros y acababa en una caverna, también excavada con medios desconocidos en la misma piedra fosforescente. Aquel túnel se dividía en otros tres y Lirael y Sam se detuvieron mientras la perra olía con cuidado cada entrada.

En un rincón de la caverna había algo parecido a una pila de piedra, pero cuando Lirael la observó más de cerca, se dio cuenta de que era un montón de huesos mezclados con trozos de metal. Al tocar el montón con la punta de la bota, separó varios fragmentos de plata renegrida y un pedazo de mandíbula humana en la que destacaba un diente entero.

—No toques —le advirtió Sam con un rápido murmullo cuando Lirael se inclinó para examinar los fragmentos de metal.

Lirael se detuvo con la mano en el aire.

—¿Por qué no?

—No lo sé —contestó Sam y, sin que pudiera evitarlo, se le erizó el vello de la nuca—. Es metal de las campanas, creo. Más vale que no lo toques.

—De acuerdo —dijo Lirael.

Se levantó recorrida por un estremecimiento. Huesos humanos y metal de campanas.

Habían encontrado a Kalliel. ¿Qué lugar sería ése? ¿Y por qué tardaba tanto la perra en decidir por dónde debían continuar?

Cuando lo preguntó en voz alta, la *Perra Canalla* dejó de oler y con la pata derecha señaló el túnel del medio.

—Por éste —dijo, y Lirael percibió cierta falta de entusiasmo en su mascota.

La perra no había hablado con plena confianza e incluso al señalar había vacilado. De haber participado en un concurso para ver quién señalaba mejor, habría perdido por varios puntos.

El túnel era bastante más ancho que el que acababan de dejar y el techo, más alto. Lirael percibió, además, otra diferencia que nada tenía que ver con el espacio extra. Al principio no logró precisar de qué se trataba, pero tras unos instantes se dio cuenta de que el aire iba enfriándose. Y notó una extraña sensación en los pies y los tobillos, como si algo fluyera por el suelo. Una corriente que iba hacia un lado y luego hacia otro, pero no vio agua por ninguna parte.

¿O sí la había? Cuando miraba al frente o al suelo, Lirael veía metros y metros de piedra. Pero cuando miraba con el rabillo del ojo, notaba el fluir de unas aguas negras que venían desde atrás, los empujaban, se arremolinaban y regresaban, como una ola que barre una playa. Una ola que intentaba derribarlos y arrastrarlos hasta el lugar del que habían partido.

Era algo inquietante, porque a Lirael aquello le recordaba el río del reino de los muertos, y además del frío creciente y de que las aguas sólo se veían mirando de reojo, todos sus sentidos le indicaban que se encontraba firmemente plantada en el mundo de los vivos, aunque estuviese en el interior de un túnel extraño, en las profundidades de la tierra.

Y entonces volvió a oler a romero mezclado con un aroma más dulce, y en ese momento, las campanas de la bandolera que le cruzaba el pecho comenzaron a vibrar en sus morrales. Sus badajos estaban sujetos por las correas de cuero y era imposible que sonaran, pero la Abhorsen sintió que se movían como si intentaran saltarse.

—¡Las campanas! —exclamó con un hilo de voz—. Se están sacudiendo... no sé qué...

—¡La zampona! —gritó Sam, y Lirael oyó una breve algarabía cuando la zampona sonó con las voces de las siete campanas y luego, de repente, el sonido

enmudeció.

—¡No! —gritó una voz que no resultó inmediatamente identificable como la de Zapirón—. ¡No!

—¡Corred! —aulló la perra.

En medio de gritos, chillidos y rugidos, la luz del Gremio que brillaba en lo alto de la Cabeza de Lirael perdió intensidad hasta convertirse en un levísimo fulgor.

Después se apagó del todo.

Lirael se detuvo. Todavía había algo de luz, la que despedían las marcas grabadas en la hoja de Nehima, pero ésta también fue apagándose y la espada se retorció en su mano de un modo muy extraño. Se ondulaba como ningún objeto de acero había hecho jamás, como si hubiese adquirido vida, como si hubiese dejado de ser espada para convertirse en una especie de anguila que se retorció y crecía en el puño de Lirael. La piedra verde del pomo se había transformado en un ojo brillante, sin párpado, y el alambre de plata de la empuñadura era ahora una hilera de dientes relucientes.

Lirael cerró los ojos y guardó la espada encajándola con fuerza en la vaina antes de soltarla con un suspiro de alivio; luego los abrió y miró a su alrededor. O intentó hacerlo. La luz dorada del Gremio había desaparecido y estaba oscuro. La oscuridad total de las profundidades de la tierra.

En el negro vacío, Lirael oyó cómo se rasgaba una tela y Sam lanzó un grito.

—¡Sam!—gritó—. ¡Aquí! ¡*Perra Canalla*!

Nadie respondió; sólo se oyó el gruñido de la perra y una carcajada suave, gutural. Una risa horrible que salía entre dientes, que se regodeaba, que ponía los pelos de punta. Lo peor de todo era que en aquella risa había algo familiar. Era la risa de Zapirón, una risa retorcida, siniestra.

Lirael trató desesperadamente de bucear en las marcas del Gremio para realizar un nuevo conjuro luminoso. No encontró nada. En lugar del Gremio notaba una presencia terrible y gélida que reconoció de inmediato. La muerte. Era cuanto sentía. El Gremio había desaparecido o al menos ella no lograba llegar a él.

El pánico creció en su interior a medida que aquella risa continuaba refocilándose y haciéndose más y más profunda y la oscuridad iba aplastándola. Entonces, con el rabillo del ojo Lirael percibió un leve cambio. Notó unos grises sutiles en la oscuridad y, la momentánea esperanza de que se haría la luz, le infundió ánimos. Fue en aquel momento cuando vio encenderse una chispa diminuta y crecer hasta convertirse en un foco de luz brillante, blanca, cegadora. La luz trajo consigo el pestazo a metal caliente de la magia libre, un olor en oleadas sucesivas que golpearon a Lirael produciéndole unas náuseas incontrolables y haciéndole subir un sabor a bilis por la garganta.

Sam se movió con la luz y en un instante, como si hubiera volado, estuvo al lado

de Lirael. Llevaba la mochila abierta por arriba, y en ella se veían unos bordes cortados, por donde algo había salido. El muchacho iba con la espada envainada y sostenía la zampona con ambas manos, los dedos metidos en los agujeros. Las flautas que la conformaban vibraban emitiendo un murmullo quedo que Sam intentaba acallar por todos los medios. Lirael apretaba la bandolera y las campanas con todo el brazo, para impedir que sonaran.

La perra se encontraba entre el foco de luz blanca y Lirael, pero no era la *Perra Canalla* tal como su ama la conocía. Conservaba su forma de animal, pero el collar con las marcas del Gremio había desaparecido y el can volvió a ser una criatura formada por una intensísima oscuridad delineada por un fuego plateado. La *Perra Canalla* miró hacia atrás y abrió la boca.

—¡Está aquí! —atronó una voz que era y no era la de la perra, porque penetró en los oídos de Lirael provocándole unas punzadas que le recorrieron la mandíbula—. ¡El Zapirón se ha soltado! ¡Corred!

Lirael y Sam se quedaron petrificados al ser embestidos por el eco de la voz de la perra. El foco de luz blanca chisporroteaba y lanzaba destellos al tiempo que giraba en sentido contrario al de las agujas del reloj y se levantaba hasta formar la silueta de una humanoide larguirucha y delgadísima.

Más allá de aquella cosa en que se había convertido Zapirón desencadenado, brillaba una luz aún más brillante. Tan brillante que Lirael se dio cuenta de que había cerrado los ojos y la veía a través de los párpados por los cuales penetró la imagen de una mujer. Una mujer increíblemente alta, tan alta que incluso en el inmenso túnel se veía obligada a inclinar la cabeza, una mujer que intentaba acoger en su seno a la criatura que era Zapirón, a la *Perra Canalla*, a Lirael y a Sam.

Fluía un río alrededor y delante de la mujer luminosa. Un río frío que Lirael reconoció enseguida. Era el río de la muerte, y aquella criatura intentaba conducirlos hasta él. No lo cruzarían, sino que iban a ser tragados y arrastrados, revolcados hasta el fondo para ser devueltos a la superficie y conducidos por la corriente hasta la primera puerta y más allá. Nunca más regresarían.

Lirael tuvo tiempo de que se le cruzaran por la cabeza unos cuantos pensamientos terribles.

Habían fallado demasiado pronto.

Con todo lo que dependía de ellos.

Todo estaba perdido.

La *Perra Canalla* gritó entonces: «¡Huid!», y ladró.

El ladrido estaba cargado de magia libre. Sin abrir los ojos, sin pensarlo siquiera, Lirael se dio la vuelta y notó que estaba corriendo a toda velocidad, corriendo como jamás lo había hecho. Corrió sin reflexionar hacia lo desconocido, lejos del pozo y de la Casa, sus pies encontraban las vueltas del túnel pese a haber dejado atrás la luz

blanca, y era tal la oscuridad que la muchacha no sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados.

Corrió por cavernas y cámaras y estrechos pasadizos, sin saber si Sam la seguía, sin saber si la perseguían. Su motor no era el temor, no sentía miedo. Ella estaba en otra parte, encerrada en su propio cuerpo, una máquina que continuaba adelante sin sentir nada, obedeciendo unas instrucciones que ella no le daba.

Y de la misma forma repentina en que había comenzado, la obsesión por correr cesó. Lirael cayó al suelo, estremecida, tratando de llenar los pulmones sedientos de aire. Notó espasmos en los músculos; los calambres la obligaron a ovillarse y a masajearse las pantorrillas al tiempo que se mordía los labios para ahogar los gritos de dolor.

Alguien yacía a su lado y hacía lo mismo que ella y, a medida que fue recobrando la razón, Lirael comprobó que se trataba de Sam. Desde lejos le llegaba una tenue luz, la suficiente para reconocerlo. Una luz natural, muy difuminada.

Con mano titubeante, Lirael tocó la bandolera con las campanas. Seguía en su sitio; las campanas, en silencio. Palpó la empuñadura de Nehima y sintió alivio al comprobar la solidez de la piedra verde del pomo, y que el alambre de plata no era más que eso.

Sam lanzó un gemido y se levantó. Se reclinó contra la pared apoyándose en la mano izquierda y guardó la zampona con la derecha. Lirael observó cómo revoloteaba aquella mano con un movimiento cuidadoso, y una luz del Gremio se encendió en su palma.

—Había desaparecido —dijo dejándose caer por la pared hasta quedar sentado de cara a Lirael.

Parecía tranquilo, pero todavía no se recuperaba de la impresión. Lirael supo que le pasaba lo mismo cuando al tratar de levantarse vio que no podía.

—Sí—dijo—. El Gremio.

—No sé qué lugar era ése —siguió diciendo Sam—, pero el Gremio y sus marcas no estaban allí. ¿Quién era ésa?

Lirael sacudió la cabeza para despejarse y también para indicar que no tenía ni idea. Volvió a sacudirla inmediatamente después para ver si conseguía hilar los pensamientos.

—Será mejor que... que regresemos—dijo, y pensó en la perra que estaba sola en la oscuridad ante Zapirón y aquella mujer reluciente—. No puedo dejar a la perra.

—¿Y qué me dices de ésa? —insistió Sam, y Lirael supo a qué se refería—. ¿Y de Zapirón?

—No hace falta que regreséis —aconsejó una voz desde las oscuras profundidades del pasadizo.

Lirael y Sam se levantaron de un salto, impelidos por una determinación y una

fuerza nuevas. Empuñaban las espadas y Lirael llevaba a Saraneth en una mano, aunque no tenía ni idea de lo que iba a hacer con la campana. Los sabios consejos de El libro de los muertos y El libro del recuerdo y el olvido no le venían a la cabeza espontáneamente.

—Soy yo —dijo una voz con tono de reproche.

La *Perra Canalla* asomó a paso lento a la zona iluminada, el rabo entre las patas, la cabeza gacha. Sin tener en cuenta la pose poco propia de ella, en todo lo demás parecía haber vuelto a la normalidad, o lo que para ella era normal. En su cuello lucía el brillo profundo e intenso de muchas marcas del Gremio y tenía la misma pelambre de siempre, corta y dorada, a excepción del lomo, que aparecía renegrido.

Lirael no lo dudó. Guardó a Nehima, se abalanzó sobre la perra y sepultó la cara en el cogote de su mascota. La perra lamió la oreja del ama sin su entusiasmo característico y ni siquiera intentó recibirla con un cariñoso mordisco.

Sam se mantuvo en su sitio, con la espada en la mano.

—¿Dónde está Zapirón?

—Ella tenía que hablar con él —respondió la perra echándose a los pies de Lirael con aire derrotado—. Me equivoqué. Amita, os he puesto en un peligro tremendo.

—No lo entiendo —comentó Lirael. De repente, le entró un cansancio infinito—. ¿Qué pasó? El Gremio... era como si de repente... ya no estuviera.

—Es porque llegó ella —dijo la perra—. Ése es su destino, que su consciencia permanezca por siempre fuera de lo que eligió construir, el Gremio, del que su yo inconsciente forma parte. No obstante, se contuvo cuando muy bien habría podido envolverte en sus brazos y llevarte. No sé por qué lo hizo, ni qué significado puede tener. Creía que a ella ya no le interesaban las cosas de este mundo, por eso pensé que podíamos pasar por aquí sin sufrir daño. Sin embargo, remueve fuerzas antiguas y conseguirá despertar muchas cosas. Debí adivinar que sería así. Perdóname.

Lirael nunca había visto a la perra tan mansita, y eso le daba más miedo que lo que había pasado. Le rascó las orejas y la papada para tratar de darle ánimos. Pero le temblaban las manos y tenía la impresión de que en cualquier momento rompería a llorar. Para evitarlo, inspiraba hondo, contaba hasta tres, espiraba, contaba hasta tres.

—¿Qué será de Zapirón? —preguntó Sam con voz trémula—. Ya no está sometido a encantamiento alguno. Intentará matar a la Abhorsen... ¡A mi madre o a Lirael! ¡No dispongo del anillo para volver a sojuzgarlo!

—Zapirón lleva mucho tiempo evitándola —masculló la perra. Tras una ligera vacilación, añadió—: Creo que ya no tenemos que preocuparnos más de Zapirón.

Lirael soltó el aire y no volvió a inspirar. ¿Cómo era posible que Zapirón no regresara?

—¿Cómo? Pero si... —dijo Sam—. Pero si es... no sé... poderoso... un espíritu de la magia libre.

—¿Quién es ella? —quiso saber Lirael.

Su tono era imperioso; aferró a la *Perra Canalla* de la mandíbula y la miró fijamente a los ojos negros. La perra intentó soltarse, pero su ama la asía con fuerza. La mascota cerró los ojos; de inmediato, Lirael, que se las sabía todas, le sopló en la nariz y el animal tuvo que abrirlos.

—No te ayudaré a saberlo, porque no lo entenderías —dijo la perra con tono de gran agobio—. Ella ya no existe, salvo de vez en cuando, aquí y allá, en pequeñas cosas, de forma imperceptible. Si no hubiésemos venido por aquí, no habría sido y, ahora que hemos asado, dejará de ser.

—¡Cuéntamelo!

—Sabes quién es, al menos hasta cierto punto —le explicó la perra.

Se acercó a su ama y con la nariz rozó la bandolera, dejó una marca húmeda en el cuero de la séptima campana y una lágrima le bajó despacio hasta el hocico y fue a caer en la mano de Lirael.

—¿Astarael? —susurró Sam, incrédulo. La campana más temible, la que nunca había tocado siquiera en su breve papel de custodio de esa bandolera—. ¿La afligida?

Lirael soltó a la perra y ésta se apresuró a apoyar la cabeza en el regazo de su ama y a soltar un profundo suspiro. La muchacha volvió a rascarle las orejas a su mascota y, pese al calorcillo que notaba en la mano, no pudo evitar volver a formular una pregunta que había hecho en otras ocasiones.

—Entonces, ¿qué eres tú? ¿Por qué te dejó ir Astarael?

La perra la miró y se limitó a contestarle:

—Soy la *Perra Canalla*, fiel servidora del Gremio y amiga tuya. Por siempre jamás.

Lirael se echó a llorar al oír la respuesta, se secó los ojos, levantó a la perra por el collar, la apartó y se puso en pie. Sam recogió a Nehima y en silencio le entregó la espada. Las marcas del Gremio de la hoja oscilaron cuando Lirael tocó la empuñadura, pero no apareció inscripción alguna.

—Si estás segura de que Zapirón no regresará, esté sometido o no a encantamientos, entonces debemos seguir —anunció Lirael.

—Supongo —dijo Sam, no muy seguro—. Aunque siento... me siento raro. Me había acostumbrado a Zapirón y ahora... ¿ahora ya no está? Acaso... ¿acaso ella... lo ha matado?

—¡No! —exclamó la perra, sorprendida por el comentario—. No.

—¿Entonces qué hizo con él? —inquirió Sam.

—No nos está permitido saberlo —contestó la *Perra Canalla*—. Tenemos por delante una tarea que cumplir. A Zapirón lo hemos dejado atrás.

—¿Estás completamente segura de que no vendrá por mi madre ni Lirael? —preguntó Sam.

Conocía bien la historia reciente de Zapirón y, desde que era niño, le habían advertido del peligro de quitarle el collar al gato.

—Estoy segura de que al otro lado del Muro tu madre está a salvo de Zapirón. — La perra contestó a medias la pregunta de Sam.

El muchacho no parecía del todo convencido, pero asintió indicando así que aceptaba, aunque con renuencia, la explicación de la perra.

—No hemos empezado con buen pie —masculló Sam—. Espero que la cosa mejore.

—Allá adelante brilla el sol y podremos salir —dijo la perra—. Estarás más contento cuando te dé el sol.

—A estas horas habrá oscurecido. ¿Cuánto llevamos bajo tierra?

—Cuatro o cinco horas —contestó Lirael frunciendo el ceño—. Tal vez más, así que eso que ves no puede ser el sol.

Se puso al frente de la expedición y cruzó la caverna, pero cuando se acercaron a la entrada, resultó claro que brillaba el sol. No tardaron en ver una estrecha hendidura por la que espionaron un cielo azul claro, cubierto del rocío de la gran cascada.

Cuando se metieron por la hendidura, se encontraron a varios cientos de metros al oeste de la cascada, al pie de los Despeñaderos Largos. El sol estaba en el cenit y sus rayos formaban un arco iris en la grandiosa nube de rocío que envolvía las cascadas.

—Es de tarde —dijo Sam, y con la mano hizo visera sobre los ojos para ver el sol. Observó las cimas de los despeñaderos y levantó la mano para calcular a cuántos dedos por encima del horizonte se encontraba el sol—. Todavía no son las cuatro.

—¡Hemos perdido casi todo el día! —exclamó Lirael.

Cada retraso aumentaba la posibilidad de un fracaso y el corazón le dio un vuelco al pensarlo. ¿Cómo podían haber pasado casi veinticuatro horas bajo tierra?

—No —le dijo la *Perra Canalla*, que observaba el sol y olisqueaba el aire—. No hemos perdido un día.

—¿Hemos perdido más de uno? —susurró Lirael.

Seguramente no. Porque si, de algún modo, se habían pasado semanas bajo tierra, sería demasiado tarde para hacer nada...

—No —prosiguió la perra—. Estamos en el mismo día en que nos fuimos de la Casa. Es posible que haya pasado una hora desde que bajamos al pozo. Tal vez menos.

—Pero... —Sam iba a decir algo, lo pensó mejor y cerró la boca. Sacudió la cabeza y volvió a mirar la hendidura del despeñadero.

—El tiempo y la muerte duermen espalda con espalda —dijo la perra—. Y los dos están bajo el dominio de Astarael. A su manera, ella también nos ha ayudado.

Lirael estuvo de acuerdo, aunque en el fondo no tuviera la sensación de que la habían ayudado. Estaba horrorizada, muerta de cansancio, le dolían las piernas. Tenía

ganas de ovillarse al sol y despertarse en la Gran Biblioteca de las clarvis con dolor de cuello, por haberse quedado dormida en su escritorio, y el vago recuerdo de inquietantes pesadillas.

—No noto la presencia de ningún muerto —dijo dejándose de fantasías—. En vista de que nos han regalado una tarde, será mejor que la utilicemos. ¿Cómo se puede subir a los despeñaderos?

—Por un sendero que está a una legua y media hacia el oeste —dijo Sam—. Es estrecho, casi todo formado por escalones, pero poco o nada transitado. Al llegar arriba, estará despejado, no encontraremos la niebla ni a los esbirros de Chlorr. Después, como a doce leguas, encontraremos el Barranco Occidental. Por ahí pasa el camino.

—¿Cómo se llama el sendero de escalones? —preguntó la perra.

—Ni idea. Mi madre lo llamaba la Escalera, me parece. Bien raro es, por cierto. El sendero es estrechísimo y sólo cabe una persona, pero los escalones son bajos y profundos.

—Ya lo sé —dijo la perra—. Tres mil escalones para llegar al agua dulce que hay debajo.

—Un manantial, es cierto —asintió Sam—. Y el agua es muy buena. ¿Quieres decir que alguien construyó el sendero para permitirse el lujo de tomar un sorbo de agua clara?

—Es agua, sí, pero no para beber —dijo la perra—. Me alegro de que el sendero siga allí. Vamos.

Dicho esto, la perra se levantó y saltó por encima de unas piedras detrás de las cuales se ocultaba la hendidura y las cuevas que había detrás.

Lirael y Sam la siguieron con más calma, trepando por las piedras. Los dos estaban doloridos y tenían muchas cosas en que pensar. Lirael rumiaba las palabras de la perra: «Remueve fuerzas antiguas, y conseguirás despertar muchas cosas». Sabía que lo que Nicholas estaba desenterrando era poderoso y maligno, y estaba claro que el hecho de que hubiese salido a la luz había puesto en movimiento una serie de cosas, incluida la resurrección de los muertos en todo el Reino. Pero no había tenido en cuenta que también se podía despertar a muchos otros poderes ni cómo afectaría eso a sus planes.

En realidad, lo que tenían no podía llamarse plan, pensó Lirael. Se limitaban a lanzarse de cabeza a detener a Hedge y salvar a Nicholas y mantener aquella cosa, fuera lo que fuese, sepultada bajo tierra.

—Deberíamos contar con un plan con cara y ojos —murmuró para sus adentros.

Las ideas brillantes y las estrategias maravillosas se negaban a surgir en la mente de Lirael, por lo que éste se concentró en trepar por las piedras mientras recorría detrás de la *Perra Canalla* la base de los Despeñaderos Largos, seguida de cerca por

Sam.

Desayuno de cuervos

El sol ya casi se había puesto cuando Lirael, Sam y la *Perra Canalla* llegaron al pie de la Escalera, y la sombra de los Despeñaderos Largos se extendía por toda la llanura del Renegado. Lirael encontró sin dificultades la fuente, un manantial de agua clara y burbujeante de diez metros de ancho. Tardaron algo más en descubrir el comienzo de la Escalera, pues el sendero era estrecho, excavado profundamente en la cara del precipicio y oculto tras salientes y contrafuertes de piedra afilada.

—¿Podemos subir de noche? —preguntó Lirael, indecisa, al tiempo que levantaba la vista y contemplaba la mole de piedra del despeñadero que se cernía sobre ellos y los últimos rayos de sol, a trescientos metros de donde se encontraban.

No acababa allí el despeñadero, sino que continuaba y no se veía la cima. Lirael había subido muchas escaleras y recorrido estrechísimos pasadizos en el Glaciar de las Clarvis, pero nunca había viajado al aire libre, bajo el sol o la luna.

—No deberíamos arriesgarnos a encender luces —comentó la perra, hasta ese momento sumida en un silencio poco habitual en ella. Seguía con el rabo entre las patas, en lugar de menearlo alegremente, como hacía siempre—. Podría guiaros, aunque en la oscuridad será peligroso si alguno de los escalones se ha desmoronado.

—Habrà luz de luna —comentó Sam—. Anoche estaba en cuarto creciente y el cielo está bastante despejado. Pero no saldrá hasta primeras horas de la madrugada. Por lo menos una hora después de medianoche. Deberíamos esperar hasta entonces o bien hasta mañana.

—No quiero esperar —masculló Lirael—. Siento... una sensación de ansiedad que no logro describir. En la visión de la que me hablaron las clarvis, me veían a Nicholas y a mí en el lago Rojo... noto que se está alejando, como si de alguna manera ese momento fuera a escapárseme. Que se convertirá en pasado en lugar de en un posible futuro.

—Si nos caemos de los Despeñaderos Largos en plena noche, no llegaremos más deprisa —dijo Sam—. Me vendría bien comer algo y descansar unas horas antes de empezar el ascenso.

Lirael estuvo de acuerdo. También estaba cansada. Le dolían las pantorrillas y tenía los hombros resentidos por el peso de la mochila. Notaba además otro cansancio y estaba segura de que a Sam le pasaba lo mismo. Era un cansancio del espíritu derivado del impacto de haber perdido a Zapirón, y sentía de veras unas ganas enormes de acostarse al lado del fresco manantial y de dormir, con la vana esperanza de que el nuevo día fuese más propicio. Recordaba aquella sensación de sus días de infancia. Entonces, ansiaba conciliar el sueño con la esperanza de que por la mañana, al despertar, hubiese adquirido el don de la visión. Ahora sabía que el nuevo día no le depararía nada bueno. Necesitaban descansar, aunque no mucho tiempo. Hedge y

Nicholas no descansarían; tampoco Chloir y sus braceros muertos.

—Esperaremos a que salga la luna'—dijo descargando la mochila y sentándose cerca de ella, en una piedra.

En cuanto se hubo sentado, se levantó de un salto con la espada en la mano a tal velocidad que ni siquiera fue consciente de haber desenvainado; la perra se plantó como una flecha delante de su ama y empezó a ladrar. Lirael se dio cuenta al cabo de un momento de que el ladrido no contenía resonancias mágicas y vio entonces el destinatario del ataque de su mascota.

Un conejo corría en zigzag entre las piedras caídas tratando desesperadamente de que la perra no lo agarrara. La persecución acabó a poca distancia aunque el resultado no quedaba claro. Un montón de tierra salió volando por el aire, se levantó una nube de polvo y piedras, y Lirael supo que el conejo se había metido en su madriguera y la perra había empezado a cavar.

Sam seguía sentado junto a su mochila. Se había levantado unos segundos después que Lirael y, al darse cuenta de lo que ocurría, había vuelto a sentarse. Miraba el agujero abierto en la parte alta de la mochila.

—Al menos estamos vivos —dijo Lirael interpretando aquel silencioso examen de la rotura como remordimientos de conciencia por la pérdida de Zapirón.

Sam levantó la vista, sorprendido. Tenía en la mano un costurero y se disponía a abrirlo.

—Ah, no, no estaba pensando en Zapirón. Al menos en este momento. Me preguntaba cuál sería la mejor forma de coser el agujero. Supongo que tendré que ponerle un remiendo.

A Lirael se le escapó una carcajada no muy entusiasta y le dijo:

—Me alegro de que pienses en remendar la mochila. Yo no... no puedo dejar de darle vueltas a lo que pasó. Las campanas que trataban de sonar por sí solas, la dama blanca... Astarael... la presencia de la muerte.

Sam eligió una aguja larga y cortó con los dientes un buen trozo de hilo negro del carrete. Frunció el ceño al enhebrarla y, para no mirar a Lirael, se volvió hacia el sol poniente y comenzó a hablar.

—Resulta raro, porque desde que me enteré de que tú eras la Abhorsen en ciernes y no yo, no he tenido miedo. Bueno, que yo también me llevé un buen susto, pero no era lo mismo. Ahora no soy responsable. Quiero decir, soy responsable, porque soy un príncipe del Reino, pero de cosas normales. No de los nigromantes, de la muerte y de las criaturas de la magia libre.

Hizo una pausa para anudar el extremo del hilo y miró a Lirael.

—Y los enviados me dieron esta sobrevesta. Y la llana. La llana de los constructores del Muro. Me la dieron y... estuve pensando que es como si mis antepasados me estuviesen diciendo que es correcto construir cosas. Sirvo para eso,

para hacer cosas y para ayudar a la Abhorsen y al rey. Y eso es lo que voy a hacer, y me esmeraré cuanto pueda, y si con eso no basta, al menos habré hecho cuanto podía, cuanto estaba en mi mano hacer. No tengo que tratar de ser otro, alguien que jamás podría ser.

Lirael no le contestó. Apartó la vista y contempló a la perra que regresaba con un conejo muerto entre los dientes.

—Acena —dijo la perra y, tras soltar su presa a los pies de Lirael, repitió—: La cena. —Algo más animada, movió la punta de la cola y añadió—: Iré a por otro.

Lirael recogió el conejo. La perra le había partido el pescuezo causándole la muerte instantánea. La muchacha sintió que el espíritu del animal estaba cerca, en el reino de la muerte, pero se concentró y borró la sensación. Le pesaba aquel cuerpecito inerte y le habría gustado arreglárselas con un poco del pan y el queso que los enviados le habían etido en la mochila. Pero ya se sabe cómo son los perros, pensó, y si se les presenta un conejo...

—Lo despellejo yo —se ofreció Sam.

—¿Cómo lo cocinaremos? —preguntó Lirael entregando encantada el animal.

Había comido conejo en otras ocasiones, pero crudo, cuando llevaba la piel de búho bramador, o guisado y servido en los refectorios de las clarvis.

—Bastará con una pequeña fogata debajo de una de estas piedras —le dijo Sam—. Lo haré dentro de un rato, para que no se vea el humo y podamos ocultar bien la llama.

—Lo dejo en tus manos. La perra se comerá el suyo crudo, estoy segura.

—Deberías dormir —le sugirió Sam mientras con el pulgar comprobaba el filo del cuchillo—. Tienes una hora antes de que el conejo esté listo.

—Cuidas de tu vieja tía, ¿eh? —comentó Lirael sonriendo.

Era apenas dos años mayor que Sameth, pero en cierta ocasión le había dicho que era mucho mayor y él la había creído.

—Ayudo a la Abhorsen en ciernes —dijo Sameth, y le hizo una reverencia, aunque no del todo en broma.

Se inclinó y con un movimiento diestro cortó la piel del animal y lo despellejó entero, como quien le quita la funda a una almohada.

Lirael lo observó un momento, luego se alejó, se acostó en el suelo de piedra y apoyó la cabeza en la mochila. Cómoda no estaba, porque todavía llevaba la armadura y las botas puestas. Pero le daba igual. Se acostó boca arriba y miró el cielo mientras el último azul iba desapareciendo y aparecía el negro y las estrellas comenzaban a titilar. No notaba cerca la presencia de ninguna criatura muerta ni de magia libre y el cansancio que llevaba dentro apareció de golpe multiplicado por mil. Parpadeó dos veces, tres veces, no pudo mantener los ojos abiertos más tiempo y se quedó dormida como un tronco.

Despertó en medio de la oscuridad y percibió el brillo de las estrellas y el pálido fulgor rojo de una fogata escondida con arte. Vio la silueta de la perra sentada cerca, pero de Sam no había señales, hasta que advirtió un bulto, del tamaño de un hombre, tumbado en el suelo.

—¿Qué hora es? —murmuró; la perra se movió y se le acercó con sigilo.

—Cerca de medianoche —le contestó en voz baja—. Nos pareció mejor dejar que durmieras y luego convencí a Sam para que se echara a descansar y me dejara a mí de guardia.

—No te habrá sido fácil —dijo Lirael, se incorporó y al estirarse lanzó un gemido—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. Todo está tranquilo, salvo las cosas habituales que ocurren de noche. Espero que Chlorr y los muertos sigan vigilando la Casa y que sigan haciéndolo varios días más.

Lirael deseó lo mismo mientras andaba a tientas entre los peñascos y, con paso delicado, se acercó a la fuente. Era la única mancha brillante en medio de la noche serena y oscura; su superficie reflejaba la luz de las estrellas. La muchacha se lavó la cara y las manos; al contacto del agua fría se despertó del todo.

—¿Te has comido mi ración de conejo? —susurró Lirael mientras intentaba regresar donde había dejado la mochila.

—¡Ni pensarlo! —exclamó la perra—. ¡Como si fuera capaz de hacerlo! Además, Sameth lo dejó en el puchero y le puso la tapa.

Eso no habría sido ningún impedimento para la perra, pensó Lirael cuando dio con el puchero de hierro fundido que había junto al fuego medio apagado. Los trozos de carne se habían cocido demasiado, pero el guiso estaba tibio y tenía buen sabor. Una de dos, o Sam había encontrado hierbas o los enviados las habían incluido en el equipaje. Lirael se puso contenta al notar que no llevaba romero; no quería ni oler esa hierba.

Cuando terminó de dar cuenta del guiso, de lavarse las manos y de fregar el puchero con un puñado de arena de la fuente, la luna había empezado a asomar. Tal como había dicho Sam, llevaba unos días en cuarto creciente, estaba casi llena e iluminaba todo el cielo. Bajo su luz, la muchacha veía claramente el suelo. Bastaría para subir la Escalera.

Cuando Lirael sacudió a Sam, el chico se despertó de inmediato y llevó la mano a la espada. No hablaron. En la quietud de la noche había algo que impedía conversar. Lirael cubrió el fuego con tierra, Sam se echó agua en la cara y se ayudaron a echarse las mochilas a la espalda. La perra daba vueltas nerviosamente mientras ellos se preparaban, movía la cola sin cesar, ansiosa por emprender la marcha.

La Escalera comenzaba en un corte profundo que se adentraba en el acantilado unos veinte metros, de modo que al principio daba la impresión de que se convertiría

en un túnel. Aunque estaba abierto al cielo y no tardó en describir una curva y comenzar a ascender por el acantilado hacia el oeste. Los escalones eran idénticos, con el mismo ancho, la misma altura y profundidad: aunque subía de forma acompasada y sin complicaciones, resultaba agotador.

A medida que subían, Lirael comprendió que el acantilado no era, como ella había pensado, una cara única, casi vertical, de piedra dura. En realidad se componía de varios cientos de caras de piedra escalonada, como si alguien hubiera aireado una resma de papel y las hojas hubiesen caído desde lo alto. El sendero escalonado estaba construido entre las caras y encima de ellas, avanzaba hasta que debía doblar y entonces se adentraba más en el acantilado para llegar hasta la cara que había por encima.

La luna se elevó más a medida que subían y el cielo se hizo más claro. Cada vez que se detenían a descansar, sus cuerpos proyectaban una sombra, y Lirael observaba las tierras de allá abajo, las colinas lejanas hacia el sur y la zigzagueante cinta de plata del río Renegado que fluía hacia el este. Con la forma de un búho había sobrevolado muchas veces el Glaciar de las Clarvis y los montes gemelos Estrella y Ocaso, pero era algo distinto. Los sentidos del búho no eran lo mismo, y en sus anteriores incursiones siempre había sabido que al amanecer estaría a salvo y arropada en su cama, en la seguridad del refugio de las clarvis. Aquellos vuelos habían sido pura aventura. Éste era mucho más serio, por lo que le resultaba imposible disfrutar del frescor de la noche y del brillo de la luna.

Sam también oteaba el horizonte. Hacia el sur no veía el Muro, estaba muy lejos, pero reconoció los montes. Barhedrin era uno, antes llamado Cima Partida, donde había una piedra del Gremio y, desde los tiempos de la Restauración, una torre que constituía el cuartel general de la Guardia situado más al sur. Al otro lado del Muro se encontraba el país de Ancelstierre. Un país extraño, incluso para Sameth, que había vivido en él cuando era estudiante. Un país sin el Gremio ni la magia libre, exceptuando sus regiones del norte, las más próximas al Reino Antiguo. Sameth pensó en sus padres, que se encontraban al sur de aquel país. Intentaban hallar una solución diplomática para impedir que los habitantes de Ancelstierre enviasen a los refugiados sureños al otro lado del Muro, a una muerte segura que, después, los sometería al caprichoso mando del nigromante Hedge. No podía tratarse de una coincidencia, pensó Sam sombríamente, que el problema de los refugiados sureños se hubiese planteado al mismo tiempo que Hedge dirigía la excavación para desenterrar un mal antiquísimo que se encontraba encerrado cerca del lago Rojo. Todo indicaba que estaban ante un plan a largo plazo bien pergeñado a ambos lados del Muro. Algo realmente inusual que no presagiaba nada bueno. ¿Qué esperaba conseguir un nigromante del Reino Antiguo en el mundo que había al otro lado del Muro? Sabriel y

Piedra de Toque creían que el enemigo planificaba conseguir que cientos de miles de sureños cruzaran el Muro para matarlos con un veneno o un hechizo y convertirlos en un ejército de muertos. Cuanto más pensaba en ello, más dudas le entraban a Sam. Si ésa era la única intención del enemigo, ¿qué era lo que estaban desenterrando? ¿Y qué papel desempeñaba en todo aquello su amigo Nicholas?

Los descansos se hicieron más frecuentes a medida que la luna fue bajando por el cielo. Pese a la regularidad y la buena factura de los escalones, la subida era empinada y estaban cansados. La *Perra Canalla* seguía corriendo como una desaforada delante de ellos, a veces volvía sobre sus pasos para asegurarse de que su ama la seguía, pero Lirael y Sam comenzaban a perder fuelle. Caminaban con regularidad mecánica, la cabeza inclinada. Un nido lleno de polluelos de búho de los acantilados, que encontraron cerca del sendero, apenas mereció una breve mirada de Lirael y ni siquiera un somero vistazo de Sameth.

Seguían subiendo cuando el este se tiñó de rojo y la fría luz de la luna cobró color. Pronto hubo claridad suficiente para que la luna desapareciera y los pájaros comenzaran a cantar. Los vencejos salían de las hendiduras del acantilado y echaban a volar en busca de los insectos llevados por la brisa matinal.

—Debemos de estar cerca de la cima —dijo Sam en un descanso, los tres dispersos por el angosto sendero, la perra casi a la altura de la cabeza de Lirael, Sameth más abajo, su cabeza llegaba al nivel de la rodilla de su tía.

Sam se apoyó en la cara del acantilado mientras hablaba y de inmediato se apartó lanzando un grito: se había pinchado las piernas con las ramas de un espino.

Lirael temió por un momento que fuese a despeñarse, pero el chico recuperó el equilibrio y se dobló para arrancarse las espinas.

La Escalera daba más miedo a la luz del día, pensó Lirael mientras miraba hacia abajo. Un solo paso a la izquierda y caería, tal vez no llegara al suelo, pero al menos a la saliente de roca de más abajo, a veinte metros de donde estaba, altura suficiente para romperse los huesos o matarse directamente.

—¡No me había dado cuenta! —dijo Sam, que había dejado de arrancarse las espinas y se había arrodillado para quitar el polvo y los restos de piedra de los escalones que tenía más a mano—. Los escalones son de ladrillos. De todos modos tuvieron que excavar la piedra, ¿para qué recubrirla de ladrillos?

—No tengo ni idea —contestó Lirael y, al darse cuenta de lo que Sam estaba preguntándose, añadió—: ¿Tiene alguna importancia?

Sam se levantó y se sacudió las rodillas.

—Supongo que no. Pero choca. Debe de haber sido un trabajo titánico, sobre todo porque no se aprecian signos de ayuda mágica. Imagino que utilizarían enviados, aunque ellos suelen dejar alguna marca...

—Sigamos —dijo Lirael—. Vayamos hasta la cima. A lo mejor allí

encontraremos alguna pista sobre la construcción de la Escalera.

Mucho antes de llegar a la cima de la Escalera, Lirael había perdido todo interés por las placas y los monumentos de los constructores. El terrible presentimiento que le rondaba por la cabeza fue haciéndose más y más fuerte a medida que ascendían las últimas decenas de metros y, poco a poco, fue tomando forma concreta. Notó un frío en las tripas; supo que lo que esperaba en lo alto sería un lugar donde merodeaba la muerte. No se trataba de uertes recientes, ni de muertes inminentes, pero eran muertes al fin.

Supo que Sam también lo sentía. Se miraron con aire sombrío mientras la Escalera se ensanchaba por fin al llegar a lo alto. Sin necesidad de hacer ningún tipo de comentarios, dejaron de avanzar en fila india y formaron un frente común. La perra se hizo algo más grande y se mantuvo al lado de su ama.

El sentido de la muerte de Lirael se vio confirmado por la brisa que los golpeó en los últimos escalones. Una brisa que llevaba consigo un hedor insoportable y les sirvió de advertencia momentos antes de llegar a lo alto de la Escalera, desde donde vieron un campo yermo sembrado de cadáveres de cientos de hombres y muías. Una nube de cuervos se apiñaba sobre los cuerpos, arrancaban la carne con picos afilados y se disputaban los trozos.

Por suerte, se vio enseguida que los cuervos eran pájaros normales. En cuanto la *Perra Canalla* corrió hacia ellos se dispersaron graznando su disgusto porque les habían interrumpido el desayuno. Lirael no notaba la presencia de ningún muerto; no obstante, sacó a Saraneth y empuñó a Nehima, su espada. Pese a la distancia, sus sentidos nigrománticos le indicaban que los cuerpos llevaban días allí, aunque en realidad habría bastado con el olfato, pues el hedor era inaguantable.

La perra volvió corriendo junto a su ama e inclinó la cabeza, inquisitiva. Lirael asintió y su mascota se alejó mientras iba olfateando el suelo alrededor de los cuerpos cada vez en círculos más amplios, hasta que desapareció detrás de una mata de espinos particularmente poblada. Del árbol más alto colgaba un cuerpo, lanzado allí por algún viento huracanado o por alguna criatura más fuerte que cualquier hombre.

Sam se acercó a Lirael espada en mano; las marcas del Gremio del arma desprendían un pálido reflejo bajo los rayos del sol. Había amanecido del todo, la luz era intensa, algo bastante extraño para tratarse de un campo de la muerte, pensó Lirael. ¿Cómo era posible que un sol tan rico luciera en un lugar semejante? Debería estar sumido en la oscuridad y envuelto en la niebla.

—Por el aspecto parecen un grupo de mercaderes —comentó Sam cuando se acercaron más—. Me pregunto qué...

Por la forma en que estaban esparcidos los cadáveres resultaba evidente que huían de algo. Todos los cuerpos de los mercaderes, que se distinguían por sus ropas suntuosas y la falta de armas, se encontraban más cerca de la Escalera. Los guardias

habían caído en la defensa de sus amos, en una línea situada unos veinte metros más atrás. Un último intento por resistir a un enemigo que no pudieron dejar atrás.

—Hará de esto una semana o más —dijo Lirael caminando hacia los cuerpos—. Hace mucho ya que sus espíritus partieron. Espero que hacia el reino de los muertos, aunque no estoy segura de que no hayan sido... recolectados para usarlos en el mundo de los vivos.

—¿Y por qué dejarían los cuerpos? —preguntó Sam—. ¿Y qué pudo causar esas heridas?

Señaló a los guardias muertos, cuyos plaquines de malla habían sido atravesados en dos sitios. Los agujeros eran del tamaño del puño de Sam y tenían los bordes chamuscados; los anillos de acero y el cuero que había debajo estaban negros, como si los hubiese tocado el fuego.

Lirael guardó con cuidado a Saraneth y se acercó para ver mejor el cuerpo y las extrañas heridas. Intentó contener la respiración a medida que avanzaba, pero al llegar a poca distancia del cadáver, se detuvo y aspiró hondo. El hedor insoportable le penetró en la nariz y los pulmones. Era tan asqueroso que le dieron arcadas y se apartó para vomitar. Inmediatamente después, Sam hizo otro tanto y los dos arrojaron el conejo y el pan que habían comido.

—Lo siento —dijo Sam—. No soporto que la gente vomite. ¿Te encuentras bien?

—Lo conocía —comentó Lirael.

Echó otro vistazo al guardia. Al hablar se le quebraba la voz hasta que inspiró bien hondo y siguió diciendo:

—Lo conocía. Hace años fue al Glaciar y habló conmigo en el refectorio inferior. Entonces el plaquín le quedaba grande.

Aceptó la botella que le ofrecía Sam, se echó agua en las manos y se enjuagó la boca.

—Se llamaba... la verdad es que no me acuerdo bien. Larrow o Harrow, o algo por el estilo. Me preguntó cómo me llamaba y no le contesté...

Vaciló, iba a agregar algo más, pero calló al ver que Sam se volvía como mordido por una serpiente.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Que?

—Un ruido, por ahí —contestó Sam, señalando una muía muerta tendida al borde de un barranco no muy profundo que bajaba a los acantilados. No se le veía la cabeza porque le colgaba hacia el barranco.

Mientras la observaban, la muía se movió ligeramente, luego dio una sacudida y se deslizó hacia el barranco. Se le veían los cuartos traseros; el resto quedaba oculto. A continuación, la grupa y las patas traseras de la muía comenzaron a agitarse.

—¡Algo se la está comiendo! —exclamó Lirael con asco.

Vio en el suelo las marcas dejadas por el animal tras ser arrastrado, todas conducían al barranco. Allí había habido otros cuerpos de hombres y de muías. Alguien... o algo los había arrastrado hacia la estrecha zanja.

—No veo nada muerto —dijo Sam, nervioso—. ¿Y tú?

Lirael negó con la cabeza. Se quitó la mochila y sacó el arco, lo tensó y colocó una flecha. Sam desenvainó otra vez la espada.

Avanzaron poco a poco hacia el barranco mientras la muía desaparecía gradualmente de la vista. Poco antes de llegar al borde oyeron un ruido seco, como de deglución, aunque también sonaba como si alguien estuviera paleando arena. De vez en cuando, el sonido iba acompañado de un borboteo.

Seguían sin ver nada. El barranco era profundo, de apenas un metro de ancho, y lo que estuviera en él debía de encontrarse justo debajo de la muía. Lirael no sentía nada muerto, pero en el aire flotaba un olor penetrante.

Los dos reconocieron a la vez de qué se trataba. El olor acre y metálico, característico de la magia libre. Era tan sutil que resultaba imposible saber de dónde provenía. Tal vez del barranco o quizá viajara con la brisa.

Cuando se encontraron a pocos pasos del borde del barranco, las patas traseras de la muía desaparecieron del todo, los cascos salieron volando en una lúgubre parodia de la vida. El mismo borboteo acompañó la desaparición del cuerpo.

Lirael se detuvo en el borde y miró hacia abajo; llevaba el arco dispuesto, con una flecha preparada, hecha con un encantamiento del Gremio. Pero no había nada ni nadie a quien disparar. Sólo una larga cinta de barro en el fondo del barranco donde un casco de mula se hundía despacio. El olor de la magia libre se hizo más fuerte, pero no era el hedor corrosivo que desprendían los stilken u otros seres elementales de la magia libre.

—¿Qué es? —susurró Sam.

Su mano izquierda estaba contraída, dispuesta en un gesto para lanzar un encantamiento; de la punta de cada dedo brotaba una llama dorada, preparada para destruirlo todo.

—No lo sé —contestó Lirael—. Alguna cosa de la magia libre. No se trata de nada de lo que he leído. Me pregunto cómo...

En cuanto hubo pronunciado la última palabra, el barro comenzó a bullir, se partió en os y dejó al descubierto unas fauces profundas que no eran ni de tierra ni de carne, sino de pura oscuridad, iluminada por una larga lengua bífida de fuego plateado. Al abrirse las fauces surgió un hedor a magia libre y carne putrefacta que quitaba el aliento, fue como una agresión física que hizo retroceder a Lirael y a Sam, mientras la lengua de fuego plateado subía en el aire para precipitarse donde Lirael había estado un momento antes. Una inmensa cabeza de serpiente surgió del barro, detrás de la lengua, partió como una flecha desde el barranco y se elevó por encima

de ellos.

Lirael lanzó la flecha y siguió retrocediendo; Sam estiró la mano y gritó las marcas activadoras que mandaron una lluvia de fuego crepitante hacia la cosa de barro, sangre y oscuridad que se alzaba ante sus ojos. El fuego topó con la lengua plateada y saltaron chispas en todas direcciones que prendieron en la hierba. Ni la flecha ni el fuego del Gremio parecían afectar a aquella criatura, pero se replegó, y Lirael y Sam no dudaron en seguir alejándose.

—¿Quién se atreve a interrumpir mi banquete? —rugió una voz que era muchas voces y era una sola, mezclada con rebuznos de muías y gritos de hombres agonizantes—. ¡El banquete que he estado esperando durante tanto tiempo!

Lirael soltó el arco a modo de respuesta y desenvainó a Nehima. Sam masculló unas marcas y las dibujó en el aire con la espada y la mano, tejiendo muchos símbolos complejos. Lirael dio un paso al frente para proteger a Sam mientras completaba el hechizo.

Sam terminó con una marca maestra cuyas llamas doradas se le enroscaron en la mano a medida que la dibujaba en el aire. Lirael sabía que aquella marca era capaz de inmolar fácilmente a quien la lanzara sin estar preparado y dio un respingo al verla aparecer. Mas partió de la mano de Sam con facilidad y el hechizo flotó en el aire, las marcas se enlazaron como un encaje de bolillos y formaron un cinturón de estrellas relucientes. El muchacho tomó con delicadeza un extremo, lo revoleó por encima de la cabeza y lo soltó hacia la criatura, al tiempo que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡No mires!

Se produjo un destello enceguecedor, seguido de un coro de gritos, y luego un silencio. Cuando miraron otra vez, la criatura había desaparecido. En la hierba sólo quedaban pequeñas fogatas cuyas volutas de humo envolvían el campo como un paño mortuario.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lirael.

—Un hechizo para sojuzgar algo —contestó Sam—. Aunque no te podría explicar con exactitud lo que era. ¿Crees que habrá funcionado?

—No —contestó la perra, y con su súbita aparición dio un susto de muerte a Lirael y a Sam—. Pero su brillo ha bastado para que todas las cosas muertas que hay de aquí hasta el lago Rojo se enteren de dónde estamos.

—Si no ha funcionado, ¿dónde ha ido esa cosa? —preguntó Sam.

Miró a su alrededor con nerviosismo. Lirael lo imitó. Seguía oliendo a magia libre, pero se trataba de un olor apenas perceptible y, en medio de la humareda, resultaba imposible saber de dónde venía.

—Probablemente esté debajo de nuestros pies —dijo la perra, que metió la nariz en un agujero y bufó.

El bufido levantó un montón de tierra. Lirael y Sam se apartaron de un salto y,

tras una levísima vacilación, se colocaron espalda contra espalda, con las armas dispuestas.

¡Que sople el viento, que caiga la lluvia!

—¿Debajo de nuestros pies? ¿Exactamente dónde? —quiso saber Sam.

Miró hacia abajo con desespero, la espada dispuesta, la mano preparada para lanzar otro encantamiento.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Lirael—. ¿Sabes lo que era eso? ¿Cómo podemos vencerlo?

La perra olisqueó el suelo, desdeñosa.

—No hará falta que luchemos. Era un ferenk carroñero. Los ferenks son todos unos allitos. Éste se encontrará ahora debajo de unos cuantos palmos de tierra y piedra. No volverá a salir hasta que oscurezca, puede incluso que hasta mañana por la noche.

Sam examinó el suelo porque no confiaba en la opinión de la perra, mientras que Lirael se inclinaba para hablar con su mascota.

—Nunca he leído nada sobre las criaturas de la magia libre llamadas ferenks —dijo Lirael—. Al menos en los libros que consulté cuando quise averiguar cosas sobre el stilken.

—Aquí no debería haber ningún ferenk —reflexionó la perra—. Se trata de seres elementales, espíritus de piedra y barro. Cuando se creó el Gremio, se convirtieron en piedra y barro. Es posible que algunos logaran escapar a esa suerte, pero no aquí... en un lugar tan transitado...

—Si eso era un carroñero, ¿qué mató a esta pobre gente? —preguntó Lirael.

Le tenían intrigada las heridas que había visto y le disgustaba el rumbo que tomaban sus pensamientos. Casi todos los cadáveres, como el del guardia, tenían dos agujeros que los traspasaban, agujeros donde la tela y la piel tenían los bordes quemados.

—Sin duda ha sido obra de una o varias criaturas de la magia libre —contestó la perra—. Aunque no un ferenk. Algo parecido a un stilken, creo yo. A lo mejor un jerreq o un siseante. Hubo miles de criaturas de la magia libre que eludieron la creación del Gremio, aunque después a la mayoría de ellas las encarcelaron o utilizaron de algún modo. Las había de distintas razas y de naturaleza singular, de manera que no puedo hablar con absoluta certeza. Resulta complicado porque hace mucho tiempo, en este lugar, dentro del anillo de espinas, hubo una fragua. La piedra del yunque de esa fragua encerraba en su interior una criatura, la cuestión es que no encuentro ni el yunque ni ningún otro vestigio. Quizá, lo que aquí estuvo sometido y sojuzgado mató a esta gente, pero no creo que...

La perra hizo una pausa para volver a oler el suelo, dio vueltas en círculo, se mordió la cola distraídamente y luego se sentó para dar a conocer su conclusión.

—A lo mejor esto lo hicieron unos jerreq hermanados, pero me inclino a pensar

que estas muertes son obra de dos siseantes. Sea cual fuere la criatura que lo hizo, actuó al servicio de un nigromante.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Sam.

El muchacho había dejado de dar vueltas cuando la perra se puso a hablar, pero siguió mirando el suelo. Buscaba restos de un yunque de piedra además de signos de erupción de un ferenk. Aunque lo cierto era que en esa zona no había visto jamás yunque alguno.

—Por las huellas y las señales —contestó la perra—. Las heridas, los olores que quedan, una huella de tres dedos dejada en la tierra blanda, el cuerpo colgado en el árbol, las espinas arrancadas de siete ramas para celebrarlo... todo esto me indica qué fue lo que pasó por aquí, pero hasta cierto punto. En cuanto al nigromante, hace siglos que ni un solo jerreq, ni un solo siseante ni ninguna de las demás criaturas peligrosas de la magia libre se han levantado, a no ser que se las convocara con el sonido de Mosrael y Saraneth o invocando sus nombres secretos.

—Por aquí ha pasado Hedge —susurró Lirael.

Sam dio un respingo al oír el nombre y las cicatrices de las quemaduras que llevaba en las muñecas se oscurecieron. Pero no se atrevió a mirarlas ni a moverse de donde estaba.

—Es posible —dijo la perra—. De todos modos no fue Chlorr. Los muertos mayores habrían dejado otras señales.

—Murieron hace ocho días —continuó Lirael. La muchacha no se preguntó cómo conocía ese dato. Tras ver los cadáveres más de cerca, lo supo. Formaba parte de su trabajo de Abhorsen—. No se llevaron sus espíritus. Según El libro de los muertos, no deberían encontrarse más allá de la cuarta puerta. Podría internarme en el reino de los muertos, buscar a uno de ellos...

Se calló al ver que tanto la perra como Sam negaban con la cabeza.

—No creo que sea buena idea —comentó Sam—. ¿Qué podrías averiguar de ese modo? Sabemos que por aquí merodean bandas de muertos y nigromantes y vete a saber qué más.

—Sam tiene razón —dijo la perra—. No ganamos nada con enterarnos de cómo murieron. Y dado que Sam ya ha anunciado nuestra presencia con magia del Gremio, entreguemos a esta pobre gente al fuego purificador, para que nadie pueda usar sus cuerpos. Eso sí, mejor que nos demos prisa.

Lirael paseó la mirada por el campo sin dejar de pestañear porque el sol le daba en los ojos, y observó al joven que en vida había sido Barra. El nombre le vino a la cabeza mientras lo observaba. Se le había ocurrido buscar a Barra en el reino de la muerte para decirle a su espíritu que la muchacha de la que él tal vez se hubiese olvidado hacía años, siempre había deseado hablar con él, besarlo incluso, cualquier otra cosa menos ocultarse detrás de la mata de pelo y llorar. Aunque hubiese

conseguido encontrar a Barra en el más allá, Lirael sabía que él ya no estaría interesado en el mundo de los vivos. De haber ido en busca del espíritu de Barra no lo habría hecho por él, sino por ella misma, y no podía permitirse semejante lujo.

Los tres se colocaron junto al cuerpo más próximo. Sam dibujó la marca del Gremio que representaba el fuego, la *Perra Canalla* ladró otra para limpiar y Lirael dibujó las de la paz y el sueño y las unió todas. Las marcas se encontraron, chisporrotearon en el pecho del hombre, se convirtieron en saltarinas llamas doradas y, un segundo más tarde, estallaron para inmolar el cuerpo entero. A los pocos minutos, el fuego se apagó tan deprisa como había prendido, dejando sólo cenizas y la hebilla del cinto y la hoja del puñal convertidas en trozos de metal fundido.

—Adiós —dijo Sam.

—Viaja en paz —dijo Lirael.

—No vuelvas —dijo la perra.

Siguieron con el ritual individualmente, caminando a toda prisa entre los cadáveres. Lirael se dio cuenta de que al principio Sam se mostró sorprendido, y luego visiblemente aliviado, de que la *Perra Canalla* fuese capaz de lanzar marcas del Gremio y cumplir con el ritual que ni los nigromantes ni las criaturas hijas de la magia libre eran capaces de realizar debido a que el ritual mismo se oponía a las fuerzas esgrimidas por ellos.

Pese a que los tres trabajaron juntos para cumplir con el rito del fuego purificador, cuando terminaron el sol estaba muy alto y la mañana tocaba a su fin. Sin contar el número desconocido de cuerpos que el ferenk se había llevado a su guarida de barro, en el campo de espinos habían muerto treinta y ocho personas. Ahora no eran más que montones de cenizas en un campo cubierto de muías en estado de descomposición, donde sobrevolaban los cuervos, que habían vuelto a graznar su descontento porque les habían echado a perder el festín.

Fue Lirael la primera en darse cuenta de que uno de los cuervos no estaba realmente vivo. Se había posado en la cabeza de una muía y fingía que la picoteaba, pero sus ojos negros estaban clavados en Lirael. La muchacha había notado su presencia antes de verlo, pero no estaba segura de si lo que notaba era lo ocurrido allí hacía una semana o la presencia de otros muertos. En cuanto su mirada se topó con la del ave, lo supo. El espíritu del cuervo había desaparecido hacía mucho, y algo maligno y putrefacto vivía encerrado en aquel montón de plumas. Algo que había sido humano, transformado por los siglos transcurridos en el reino de los muertos, malgastados en una lucha sin fin por regresar al inundo de los vivos.

No era un cuervo sanguinario; pese a que llevaba el cuerpo de una de esas aves carnívoras, en este caso tenía un espíritu mucho más fuerte que ninguno de los utilizados para animar a una bandada de cuervos recién muertos. Se encontraba a pleno sol, de anera que debía de tratarse de un vigilante de la cuarta o quinta puerta.

El cuerpo del cuervo que lo contenía debía de ser fresco, porque un espíritu así corroía la carne del envoltorio elegido en un solo día.

Lirael echó mano de Saraneth y, en cuanto sacó la campana, la criatura muerta se elevó en el aire y voló hacia el oeste, pegada al suelo y esquivando los espinos. En el vuelo fue perdiendo trozos de carne y algunas plumas. En cuanto se hubiera alejado un poco más se habría convertido en esqueleto, aunque no necesitaba plumas para volar, pensó Lirael. Lo impulsaba la magia libre, no los músculos palpitantes.

—Debiste atraparlo —la criticó la perra—. Podía oír la campana, aunque estuviese más allá de esos espinos. Ojalá se tratara de un espíritu independiente; de lo contrario, no tardaremos en estar rodeados de cuervos sanguinarios.

Lirael guardó a Saraneth en su morral, sujetando con cuidado el badajo hasta que la lengüeta de cuero quedó atada para mantener la campana sujeta.

—Es que me pilló desprevenida —dijo ella en voz baja—. La próxima vez seré más rápida.

—Mejor nos vamos —sugirió Sam. Observó el cielo y suspiró—. Me hubiera gustado descansar un poco. Hace mucho calor para caminar.

—¿Adonde vamos? —inquirió Lirael—. ¿Hay por aquí cerca algún bosque donde podamos ocultarnos de los cuervos sanguinarios?

—No estoy seguro —contestó Sam. Señaló hacia el norte, donde se veía una loma no muy alta, allí donde los espinos dejaban paso a un campo que en otros tiempos debía de haber estado cultivado, aunque ahora lo cubría la maleza—. Podemos verlo desde lo alto de esa loma. Debemos ir más o menos en dirección noroeste.

No volvieron la vista atrás cuando abandonaron el lugar que se había convertido en un cementerio. Lirael intentó mirar hacia otro lado, mantuvo su sentido de la muerte alerta por si percibía algún signo de la presencia de los muertos. La perra correteaba a su lado y Sam caminaba a su izquierda, unos pasos por detrás.

Seguían los restos de un muro bajo de piedra que subía la loma. En otros tiempos había separado dos campos, y en los pastizales de arriba debía de pastar algún rebaño de ovejas, mientras que en la parte de abajo las tierras estarían sembradas. De eso hacía mucho ya y el muro llevaba décadas sin ser reparado. En algún lugar, a menos de una legua de allí, habría alguna casa de labranza en ruinas, con los patios cubiertos de escombros y el pozo seco. Por todas partes había señales de que en aquel lugar había vivido gente a la que las cosas no le habían ido bien.

Desde lo alto de la loma vieron los Despeñaderos Largos que se extendían hacia el este y el oeste, y la meseta cubierta de colinas. Divisaron el río Renegado, que discurría de norte a sur, y la blanca pluma de la cascada. La Casa de la Abhorsen quedaba oculta detrás de las colinas pero, como una pesadilla, seguían visibles los bancos de niebla que la envolvían.

Hacía varios siglos, antes de la ascensión de Kerrigor, también habrían visto

granjas, pueblecitos y campos cultivados. Ahora, incluso tras veinte años desde la restauración del rey Piedra de Toque, esta parte del Reino seguía en su mayor parte desierta. Los bosques se habían ido uniendo para formar otros mayores, los árboles aislados habían pasado a ser tupidas arboledas y los pantanos drenados, extensas marismas. En alguna parte había aldeas, Lirael estaba segura, pero no las veía. Eran pocas y estaban muy aisladas porque sólo había sido posible reemplazar o restaurar unas pocas piedras del Gremio. Sólo los magos del Gremio, pertenecientes a la realeza, estaban capacitados para hacer o arreglar una piedra del Gremio, aunque bastaba la sangre de cualquier mago del Gremio para romperlas. En los doscientos años del Interregno se habían roto demasiadas piedras del Gremio y veinte años no bastaban para restaurarlas.

—De aquí a Edge hay dos o tres días de marcha continua —dijo Sam, señalando hacia el noroeste—. El lago Rojo está detrás de esas montañas, que pasaremos hacia el sur, por suerte.

Lirael hizo visera con la mano porque el sol la cegaba y entrecerró los ojos. A lo lejos apenas lograba divisar los picos de una cadena montañosa.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo.

Con la mano haciendo todavía de visera, caminó despacio en círculo y miró al cielo. Era de un azul claro y hermoso, pero Lirael sabía que muy pronto vería las manchas negras delatoras que identificaban a las bandadas de cuervos sanguinarios.

—Podríamos ir primero en dirección al pueblo del Roble —sugirió Sam, que también observaba el cielo—. De todos modos, dentro de poco Hedge sabrá dónde estamos y en el Roble quizá consigamos ayuda. Allí habrá un puesto de la guardia.

—No —dijo Lirael, pensativa. Hacia el norte veía un frente de nubes esponjosas manchadas de negro y se le había ocurrido una idea—. Con eso lo único que haríamos es meter a otros en problemas. Además, creo que sé como podemos deshacernos de los cuervos sanguinarios, o al menos ocultarnos de ellos, aunque no será agradable. Lo intentaremos un poco más tarde. Cerca del anochecer.

—¿Qué tienes pensado, amita? —preguntó la perra. Se había tumbado a los pies de Lirael, la lengua le colgaba hacia un lado mientras descansaba antes de emprender la subida. Le esperaba una difícil tarea, porque el cielo estaba despejado y, a medida que el sol continuaba su recorrido, hacía cada vez más calor.

—Mediante silbidos haremos que esas nubes cargadas de lluvia descarguen el agua que llevan —contestó Lirael, señalando los densos nubarrones—. Una buena tormenta, con un viento fuerte, alejará a los cuervos sanguinarios, impedirá que nos encuentren y cubrirá nuestras huellas. ¿Qué opinas?

—¡Es un plan excelente! —contestó la perra con entusiasmo.

—¿Crees que podremos traer la lluvia hasta aquí? —inquirió Sam, dubitativo—. Me parece que debe de estar por la zona de Puente de Arriba.

—Lo intentaremos —dijo Lirael—. Aunque hacia el oeste hay más nubes...

Su voz fue apagándose cuando miró con más atención el nubarrón más negro que había al otro lado de las lomas, cerca de las montañas occidentales. Pese a la distancia, presentía que había algo maligno en aquel nubarrón y, mientras lo observaba, vio en su interior el fulgor de un relámpago.

—A ese nubarrón, mejor lo dejamos tranquilo.

—Mucho mejor —gruñó la perra, y la voz profunda le resonó en el pecho—. Viene de donde Hedge y Nicholas están cavando. Me temo que ya han desenterrado lo que buscaban.

—Estoy seguro de que Nick no es consciente de que hace algo malo —se apresuró a aclarar Sam—. Es un buen hombre. Expresamente no haría nada que pudiera dañar a nadie.

—Eso espero —dijo Lirael.

Volvió a preguntarse qué harían cuando llegaran a su destino. ¿Por qué necesitaba Hedge a Nicholas? ¿Qué era lo que estaban desenterrando? ¿Cuál era el plan del enemigo?

—De todos modos, sigamos —dijo la muchacha, apartando la vista del oscuro nubarrón lejano y de sus relámpagos, para observar la extensión de tierras que había al oeste—. ¿Y si seguimos por ese valle? Va en la dirección correcta, está cubierto de árboles y lo recorre un arroyo.

—Un arroyo que lleva muy poca agua —matizó Sam—. No sé qué habrá pasado con las lluvias primaverales en esta zona.

—En el tiempo podemos influir de dos maneras —dijo la perra distraídamente. Miraba hacia las montañas—. Es posible que no sea casualidad que las nubes cargadas de lluvia estén concentradas en el norte. Sería bueno traerlas hacia el sur por varios motivos. Es más, estaría encintada si pudiésemos detener esa tormenta de relámpagos.

—Podría intentarlo —se ofreció Sam, no muy convencido, pero la perra negó con la cabeza.

—Esa tormenta no reaccionará a la magia meteorológica —le dijo—. Hay demasiados relámpagos, lo cual confirma el peor de mis temores. No pensé que lo encontraran tan pronto, ni que se pudiera desenterrar con tanta facilidad. Debí saberlo. Astarael no pisa la tierra a la ligera, y además han soltado ya a un ferenk...

—Desembucha de una vez —pidió Lirael muy nerviosa. —Se trata de esa cosa que Hedge está desenterrando —dijo la perra—. Te daré más detalles cuando sea preciso. No quiero que se te meta el miedo en el cuerpo, ni contar historias antiguas porque sí. Existen varias explicaciones posibles y hay una serie de salvaguardas que quizás aguanten el embate incluso si ocurre lo peor. ¡Pero debemos darnos prisa!

Dicho esto, la perra se levantó de un alto, salió corriendo colina abajo y avanzó

zigzagueando entre arbolillos de corteza blanca y hojitas verdes hasta llegar a otro muro derruido.

Lirael y Sam se miraron y volvieron a observar el aparato eléctrico.

—Siempre me hace lo mismo, me gustaría que no fuese así —se quejó Lirael, que se había quedado con la boca abierta, a punto de formular otra pregunta.

Siguió a su perra a paso bastante más lento. Los canes mágicos no se cansaban pero Lirael ya no podía más. Les esperaba una tarde larga y agotadora, aunque sólo fuera porque siempre cabía la posibilidad de que los cuervos sanguinarios dieran con ellos.

—¿Qué has hecho, Nick? —susurró Sam, y siguió a Lirael con los labios apretados, mientras pensaba en las marcas del Gremio necesarias para atraer a una nube cargada de lluvia situada a más de trescientos kilómetros de distancia.

Caminaron sin cesar casi toda la tarde, con breves pausas, siguiendo siempre el curso del arroyo que recorría el valle entre dos líneas más o menos paralelas de lomas. El valle estaba cubierto de bosquecillos cuya sombra los protegía del sol, que a Lirael estaba causándole muchos problemas. Ya se le habían quemado la nariz y las mejillas y no tenía ni tiempo ni fuerzas para aliviar el ardor con un hechizo. Aquella reacción de su piel era un molesto recordatorio de las diferencias que la habían perseguido toda la vida. Las clarvis de verdad tenían la piel más oscura y nunca se quemaban; la exposición al sol las bronceaba más sin quemarlas.

Cuando el sol comenzó a descender despacio detrás de las montañas occidentales, sólo la perra seguía moviéndose con gracia. Lirael y Sam llevaban dieciocho horas en pie, subiendo los Despeñaderos Largos o caminando. Avanzaban dando tumbos, durmiéndose de pie, pese a los esfuerzos tremendos por mantenerse despiertos. Al final, Lirael decidió que debían descansar y que se detendrían en cuanto vieran un lugar con buenas defensas, preferentemente un curso de agua en uno de sus lados. Media hora más tarde seguían dando tumbos, el valle comenzó a estrecharse y el terreno a elevarse; Lirael estaba dispuesta a conformarse con cualquier sitio donde dejarse caer, tuviera o no agua corriente para ayudarlos a defenderse de los muertos. A medida que iban subiendo, los árboles también comenzaron a escasear para dar paso a unos arbustos bajos y unas hierbas secas. Otro campo asilvestrado, imposible de defender.

Cuando Lirael y Sam ya no podían dar un paso más, encontraron el sitio perfecto. El suave borboteo de una cascada anunció dónde estaba, y vieron entonces la cabaña de un pastor, construida sobre pilotes, al pie de una cascada importante, aunque no muy alta. La abaña servía de cobijo y puente, estaba sólidamente construida en hierro forjado y el único signo de deterioro apreciable era la falta de unas pocas tejas.

La perra olisqueó la cabaña del río, dejó constancia de que estaba sucia pero era habitable y, acto seguido, se puso delante de Lirael y Sam mientras intentaban subir

los escalones y entrar. En el interior se acumulaba la basura dejada por alguna inundación. Lirael y Sam no estaban para minucias, les daba igual dormir en el suelo que en una cabaña sucia.

—Perra, ¿puedes ocuparte del primer turno de guardia? —preguntó Lirael y, con mucho alivio, se quitó la mochila y la depositó en un rincón.

—Puedo montar guardia yo —protestó Sam remachando sus palabras con un bostezo descomunal.

—La guardia la haré yo —dijo la *Perra Canalla*—. Aunque a lo mejor encuentro algún conejo...

—Si te pones a perseguir alguno, hazlo donde yo pueda verte —le advirtió Lirael.

Dicho esto, desenfundó a Nehima y depositó la espada junto a la mochila, a mano, por si hacía falta. Hizo otro tanto con la bandolera de las campanas. Se dejó las botas puestas, sin pensar siquiera en el estado en que tendría los pies después de dos días de viaje.

—Despiértanos dentro de cuatro horas —añadió Lirael, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda contra la pared—. Tenemos que invocar a las nubes para que descarguen aquí su lluvia.

—Sí, amita —contestó la perra. No había entrado en la cabaña, sino que se había sentado junto al agua corriente, con las orejas levantadas por si oía algún ruido. De liebres, quizás—. ¿Quieres que te traiga un huevo cocido y tostadas?

No hubo respuesta. Cuando la perra se asomó, Lirael y Sam dormían a pierna suelta, acurrucados contra las mochilas. El animal lanzó un profundo suspiro y se sentó con las orejas tiesas, ojo avizor. Así se quedó, mirando la lejanía hasta mucho después de que la última luz estival se hubo fundido con el negro de la noche.

Cerca de medianoche, la perra se sacudió, despertó a Lirael con un lengüetazo en la cara y a Sam, plantándole una pata en el pecho. Los dos se sobresaltaron y echaron mano de la espada antes de que los ojos se les acostumbraran al tenue fulgor de las marcas del Gremio del collar de la perra.

El agua fría del arroyo los despertó casi del todo y, tras alejarse un poco de la cabaña, hicieron sus abluciones. Cuando regresaron, los tres dieron cuenta con gran fruición de un poco de cecina, galletas deshidratadas y frutos secos, aunque la perra echó en falta la carne de conejo o incluso un bocado de lagarto.

De noche no veían las nubes de lluvia, pese a que el cielo estaba tachonado de estrellas y la luna comenzaba a asomar. Pero sabían que las nubes estaban allí, muy lejos, hacia el norte.

—Tendremos que partir en cuanto hayamos completado el hechizo —advirtió la perra, mientras Lirael y Sam discutían bajo las estrellas cómo iban a hacer para invocar las nubes y la lluvia—. Ese tipo de magia del Gremio atraerá hasta aquí a los muertos que se encuentren en toda la región, e incluso a las criaturas de la magia

libre.

—De todos modos debemos intentarlo —dijo Lirael. El sueño le había restituido un poco de energía, aunque de mil amores hubiera vuelto a la silla de dormir que tenía en su cuartito de la Gran Biblioteca de las clarvis—. ¿Estás listo, Sam?

Sam dejó de tararear y contestó:

—Sí, pero me preguntaba si no estarías dispuesta a tener en cuenta una ligera variante en el hechizo habitual. Creo que necesitaremos un poco más de fuerza, si queremos atraer unas nubes desde tan lejos.

—Bien, ¿qué tienes pensado?

Sam se lo explicó rápidamente primero y luego le dio todos los detalles, para que Lirael tuviera la absoluta certeza de que entendía lo que pensaba hacer. El hechizo consistía en que ambos silbaran las mismas marcas a la vez. Sam quería que silbaran marcas diferentes, pero complementarias, que combinaran dos encantamientos meteorológicos. Para rematarlo, activarían el hechizo pronunciando dos marcas maestras a la vez, cuando lo normal era pronunciar sólo una.

—¿Funcionará? —preguntó Lirael, angustiada.

Nunca había trabajado con otro mago del Gremio en un hechizo tan complejo.

—Será mucho más fuerte —contestó Sam, confiado.

Lirael miró a la perra en busca de confirmación, pero ésta no le hizo ni caso. Miraba hacia el sur, concentrada en algo que ni Lirael ni Sam podían sentir o intuir.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —contestó la perra, inclinando la cabeza hacia un lado. Le temblaban las orejas mientras escuchaba los ruidos nocturnos—. Creo que nos sigue algo, pero está muy lejos...

Entonces miró a Lirael y a Sam y les dijo:

—¡Haced vuestro hechizo meteorológico y vayámonos!

A una legua o más de la cabaña del pastor, corriente abajo, un hombre bajito, casi enano, remaba en las aguas poco profundas. Tenía la piel blanca como la leche, y el pelo y la barba todavía más blancos, tanto que le brillaban en la oscuridad, incluso cuando pasaba debajo de los árboles cuyas ramas se proyectaban sobre el agua.

—Le voy a enseñar yo a ésa —masculló el albino, aunque no había testigos que presenciaran su enfado—. Dos mil años de servidumbre y ahora me...

Se interrumpió en mitad de la frase y se metió en la parte honda del arroyo hundiéndose en el agua una mano nudosa. Poco después, salió sujetando un pez que pugnaba por escurrirse, pero aquel ser le dio un mordisco en la cabeza y le partió la espina dorsal. A la luz de las estrellas, sus dientes brillaron y se adivinaba que eran mucho más afilados que los de cualquier ser humano.

El enano le pegó otro bocado al pescado y la sangre le chorreó por la barba. En unos instantes dio cuenta de su presa y escupió las espinas en re maldiciones porque

le hubiera apetecido comer una trucha y había pescado un salmón.

Cuando hubo terminado, se limpió la cara y la barba, se secó los pies, pero dejó las manchas de sangre en la túnica sencilla con la que se cubría. A medida que recorría la orilla del arroyo, las manchas desaparecieron y la tela volvió a estar limpia y blanca como si fuese nueva.

El hombrecillo llevaba la túnica sujeta con un cinturón de cuero rojo, y en el lugar de la hebilla se veía una campanita. El albino había pasado lodo el rato sujetándosela, y para atrapar el pescado y limpiarse había empleado una sola mano. Tantas precauciones le sirvieron de poco al tropezar en la hierba mojada. Cuando el hombrecillo cayó sobre una rodilla, la campana sonó y su sonido nítido, por paradójico que pareciera, hizo bostezar al albino. Por un momento dio la impresión de que se echaría a dormir allí mismo, pero con un esfuerzo evidente sacudió la cabeza y se levantó.

—No, no, hermana —masculló mientras sujetaba la campana con más fuerza—. Tengo un trabajo que hacer. No puedo dormirme, ahora no. Me quedan muchos kilómetros por recorrer y debo sacar partido de estas dos piernas y estas dos manos mientras las conserve.

Muy cerca se oyó el canto de un pájaro nocturno, el hombre volvió rápidamente la cabeza y lo vio al instante. Sin soltar la campana, se humedeció los labios con la lengua y avanzó poco a poco para acecharlo. El pájaro estaba alerta y, antes de que el albino pudiera atraparlo, echó a volar, lanzando a la noche su grito quejumbroso.

—A mí nunca me toca postre —protestó el hombrecillo.

Se volvió al arroyo y siguió por él hacia el este, sin dejar de sujetar la campana y de quejarse.

Los Hemisferios de plata

Pese a que había amanecido, a unos doscientos kilómetros al noroeste de la Casa de la Abhorsen, las costas orientales del lago Rojo continuaban envueltas en la oscuridad. Se avecinaba una tormenta y el cielo estaba cubierto de nubarrones negros que abarcaban varias leguas a la redonda. La oscuridad se había instalado en aquel paraje desde hacía más de una semana. La poca luz del sol que se filtraba entre las nubes era débil y pálida, y los días estaban teñidos por una extraña penumbra que no favorecía en nada a los seres vivos. Del epicentro de las inmóviles nubes tormentosas surgía la única otra luz, el repentino, cruel y blanquísimo fulgor del relámpago.

Nicholas Sayre se había acostumbrado a la penumbra, de la misma manera que se había habituado a muchas otras cosas, y ya le parecía ini luso normal. Sin embargo, su cuerpo se rebelaba, aunque su mente se había abandonado. Tosió y se tapó la nariz y la boca con el pañuelo. La cuadrilla nocturna de Hedge estaba formada por trabajadores de un valor inestimable, pero olían fatal, como si la carne se les pudriera en los huesos. Por lo general, no le gustaba acercarse demasiado a ellos, pues temía que tuvieran algo contagioso, pero en esta ocasión, si deseaba comprobar lo que ocurría, no le quedaba más remedio.

—Verás, amo —le explicó Hedge—, no podemos acercar más los dos hemisferios. Hay una fuerza que los mantiene separados, independientemente de los métodos que utilicemos. Como si se tratara de polos idénticos de un imán.

Nick escuchaba atentamente mientras asimilaba la información. Tal como había soñado, había dos hemisferios de plata ocultos en las profundidades de la tierra y los habían encontrado gracias a su excavación. La sensación de triunfo que lo invadió tras el descubrimiento se disipó muy pronto debido a los problemas logísticos planteados por la recuperación de los hemisferios. Medían dos metros diez de diámetro y el extraño metal del que estaban hechos era mucho más pesado que el oro.

Los hemisferios habían sido enterrados a seis metros de distancia, separados por una extraña barrera construida de siete materiales distintos, incluido el hueso. Cuando comenzaron a sacarlos, resultó evidente que esa barrera había contribuido a neutralizar la fuerza repulsiva, pues era imposible acercar los hemisferios a más de quince metros.

Con la ayuda de rodillos, cuerdas y unos doscientos trabajadores del turno de noche, abían conseguido arrastrar uno de los hemisferios por una rampa en espiral hasta el borde del foso. El otro continuaba abandonado al final de la rampa, a una distancia considerable. La última vez que habían intentado subir el hemisferio inferior, la fuerza repulsiva había sido tan poderosa que cayó y aplastó a un montón de trabajadores bajo su peso.

Además de aquella extraña fuerza repulsiva, Nick notó otros efectos en la

proximidad de los hemisferios. Desprendían un olor acre, a metal caliente que lograba cubrir incluso el hedor fétido de la cuadrilla nocturna. Aquel olor le daba náuseas, aunque no parecía afectar ni a Hedge ni a sus peculiares trabajadores.

Los relámpagos eran otro factor. Nick dio un respingo y quedó deslumbrado al producirse otra descarga, seguida de cerca por un trueno ensordecedor. Los relámpagos se sucedían con más frecuencia que antes, y ahora que ambos hemisferios estaban al aire libre, Nick detectó una cadencia. Cada hemisferio recibía ocho relámpagos seguidos, pero el noveno fallaba invariablemente y alcanzaba a los trabajadores.

Pese a ello, no parecían afectados, según observó Nick con una parte de su mente. Si no se prendían fuego o quedaban completamente descuartizados, seguían trabajando. Sin embargo, este detalle no consiguió cuajar en su mente, pues los pensamientos de Nick siempre volvían a su objetivo principal y se concentraban en él con una fuerza que impedía cualquier otra elucubración.

—Habrà que mover un poco el primer hemisferio —dijo pugnando por recuperar el aliento que siempre le faltaba cuando sentía los embates de la náusea toda vez que se acercaba demasiado al metal de plata—. Precisaremos una barcaza más. Los dos hemisferios no cabrán en la que i encinos, y menos con una separación de quince metros. Espero que la licencia de importación que tengo permita dos embarques... En cualquier caso, no nos queda otra salida. No debemos demorarnos más.

—Como digas, amo —contestó Hedge, pero siguió mirando con fijeza a Nick, como si esperase algo más.

—Quería preguntarte si has encontrado otra cuadrilla —dijo Nick al fin, cuando el silencio se convirtió en una incómoda losa—. Para las barcazas.

—Sí —contestó Hedge—. Están junto al lago. Hombres como yo, .uno. Sirvieron en el ejército ancelstierrano, en las trincheras de la frontera. Al menos hasta que la noche los apartó de sus piquetes y puestos de guardia y los obligó a cruzar el Muro.

—¿Quieres decir que son desertores? ¿Serán de fiar? —preguntó Nick, molesto.

Lo único que le faltaba era perder uno de los hemisferios por culpa de la estupidez humana, o que surgiera alguna otra complicación cuando cruzaran de vuelta a Ancestierre. Era algo que bajo ningún concepto debía suceder.

—No son desertores, señor, no —contestó Hedge, con una sonrisa—. Simplemente se han perdido en combate y se encuentran demasiado lejos de casa. Son muy de fiar. Me he encargado de ello.

—¿Y la segunda barcaza? —preguntó Nick.

Hedge no le contestó, levantó la vista de repente, las aletas de la nariz se le ensancharon mientras olía el aire. Nick también miró hacia el cielo y una gruesa gota de agua le cayó en la boca. Se lamió los labios y escupió enseguida al notar que la garganta perdía sensibilidad.

—Esto no puede ser —dijo Hedge por lo bajo, al comprobar que empezaba a llover con fuerza y a soplar el viento—. Lluvia de conjuro, viene del noreste. Será mejor que investigue, amo.

Nick se encogió de hombros, sin comprender del todo de qué le hablaba Hedge. La lluvia le hacía sentir raro, le recordaba cosas de sí mismo que yacían ocultas. A su alrededor todo parecía irreal y, por primera vez, se preguntó qué diablos hacía allí.

En ese mismo instante, notó un dolor agudísimo en el pecho que lo obligó a doblarse.

Hedge lo agarró y lo tendió en la tierra, que se convertía rápidamente en lodo.

—¿Qué ocurre, amo? —preguntó Hedge con un tono más inquisitivo que solícito.

Nick gimíó y se agarró el pecho, las piernas no lo sostenían. Intentó hablar; de su boca no salió más que baba. Sus ojos miraban feroces a ambos lados, luego se quedaron en blanco.

Hedge se arrodilló junto a él y esperó. La lluvia siguió cayendo sobre la cara de Nick, pero en cuanto lo tocaba empezaba a hervir soltando un vapor que le chamuscaba la piel. Poco después, un denso humo blanco comenzó a salir por la nariz y la boca del muchacho y, en contacto con la lluvia, despedía un sonido siseante.

—¿Qué ocurre, amo? —repitió Hedge empezando a ponerse nervioso.

Nick abrió la boca y de ella salió más humo. Entonces movió la mano a una velocidad tal que Hedge no la vio, los dedos agarraron la pierna del nigromante con una fuerza descomunal. Hedge apretó los dientes para aguantar el dolor y volvió a preguntar:

—¿Qué pasa, amo?

—¡Idiota! —dijo la cosa que usaba a Nick para expresarse—. Ahora no es el momento de buscar a nuestro enemigo. Ellos encontrarán el foso muy pronto, pero para entonces estaremos lejos. Debes encontrar otra barcaza de inmediato y cargar los hemisferios. Y aparta este cuerpo de la lluvia, porque ya está demasiado deteriorado y aún nos queda mucho por hacer. ¡Demasiado por hacer para que mis siervos se dediquen a holgazanear y a decir tonterías!

Las últimas palabras estaban cargadas de inquina y Hedge lanzó un grito al notar que los dedos se le hundían en la pierna como una trampa dentada de acero. Cuando lo soltaron, cayó en el barro.

—Deprisa —susurró la voz—. Muévete, Hedge. Muévete.

Hedge hizo una reverencia desde donde se encontraba, no se atrevió a hablar. Quiso apartarse de aquellas manos que lo aferraban con fuerza sobrehumana, pero temía moverse.

La lluvia caía con más intensidad, y el humo blanco volvió a meterse por la nariz, y la boca de Nick. Al cabo de unos segundos, desapareció del todo y el muchacho quedó inerte.

Hedge le agarró la cabeza justo antes de que cayera en un charco. Lo levantó y lo cargó a hombros. A un hombre normal, la fuerza ejercida a través de la mano de Nick le habría roto la pierna, pero Hedge no era un hombre normal. Cargó sin problemas con Nick, y apenas hizo una mueca de dolor.

Estaba a punto de llegar a la tienda cuando el cuerpo inmóvil que llevaba a hombros se movió y el muchacho empezó a toser.

—Tranquilo, amo —dijo Hedge, apurando el paso—. Yo te resguardaré de la lluvia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nick, con voz ronca.

Notaba la garganta como si acabara de fumarse una docena de cigarros y de beberse una botella de coñac.

—Un desmayo —contestó Hedge entrando en la tienda de campana—. ¿Podrás secarte y meterte en la cama?

—Sí, sí, claro —le soltó Nick, pero las piernas le temblaron cuando Hedge lo depositó en el suelo y tuvo que apoyarse en un baúl.

La lluvia golpeaba la lona a ritmo pausado; de cuando en cuando, se oía el retumbo grave del trueno.

—Bien —contestó Hedge entregándole una toalla—. Debo irme para dar instrucciones a la cuadrilla nocturna, luego debo... comprar otra barcaza. Será mejor que descanses aquí, amo. Me aseguraré de que alguien, que no esté afectado, te traiga algo de comer, vacíe el orinal y demás.

—Sé cuidarme solo —contestó Nick, sin poder dejar de temblar mientras se quitaba la camisa y comenzaba a secarse el pecho y los brazos—. E incluso puedo controlar a la cuadrilla nocturna.

—No será necesario —dijo Hedge.

Se inclinó sobre Nick y sus ojos parecieron hacerse más grandes y llenarse de una luz rojiza, como si fuesen ventanas que asomaran a un horno que ardía en el interior de su cráneo.

—Será mejor que descanses aquí —insistió Hedge, y echó el aliento caliente, con olor a metal, a la cara de Nick—. No hace falta que con roles el trabajo.

—De acuerdo —convino Nick, como ausente, con la toalla en la mano—. Será mejor que descanse... aquí.

—Esperarás aquí hasta que regrese —le ordenó Hedge.

El tono sumiso desapareció por completo mientras se cernía sobre Nick como un director de escuela que se dispone a azotar a un alumno.

—Esperaré hasta que tú regreses —repitió Nick.

—Bien —dijo Hedge.

Sonrió, se dio media vuelta y salió a grandes zancadas bajo la lluvia. En cuanto las gotas tocaban su cabeza, se evaporaban al instante, envolviéndolo con un extraño

halo. Al cabo de un rato, el vapor se disolvió, el agua siguió cayendo sobre su cabeza y le dejó el pelo completamente empapado.

En la tienda, Nick prosiguió secándose como si nada. Cuando terminó, se puso un pijama muy remendado y se metió en la cama cubierta de pieles. La cama traída desde Ancelstierre se había roto hacía días, los muelles se habían herrumbrado y la lona se había deshecho por obra del moho.

El sueño no tardó en llegar, no así el reposo. Soñó con los dos hemisferios de plata y la central productora de rayos que estaban construyendo al otro lado del Muro. Vio los dos hemisferios que absorbían la potencia de mil relámpagos y con esa energía lograban vencer la fuerza que los mantenía separados. Los vio juntarse con violencia, cargados con la energía de diez mil tormentas... y entonces el sueño volvía a empezar desde el principio, de modo que no lograba ver el momento en que los hemisferios se juntaban.

Fuera, la lluvia caía torrencialmente y alrededor del foso los relámpagos se sucedían sin pausa. Los truenos retumbaban y lo hacían vibrar todo mientras los braceros muertos de la cuadrilla nocturna tiraban de las cuerdas y arrastraban lentamente el primero de los hemisferios de plata hacia el lago Rojo, mientras el segundo iba ascendiendo hacia la boca del foso.

Última petición

Dos días después del hechizo meteorológico de Lirael y Sam continuaba lloviendo. Había sido todo un éxito. Aunque en la Casa los enviados les habían puesto en las mochilas unos chubasqueros, el agua les había calado hasta los huesos. Por suerte, el hechizo comenzaba a perder fuerza, sobre todo la parte que invocaba a los vientos, de modo que la lluvia había amainado, ya no caía sesgada sobre sus caras y dejaron de recibir el embate de ramas, hojas y demás restos llevados por el viento.

Lo positivo, tal como Lirael venía repitiéndose cada pocas horas, era que la lluvia había evitado que los cuervos sanguinarios los encontraran. De todas maneras, ese hecho no era tan alentador como había esperado.

Tampoco hacía frío, otro aspecto positivo. De lo contrario habrían muerto congelados o se habrían quedado tiesos del cansancio tras utilizar la magia del Gremio para mantenerse vivos. El viento y la lluvia eran cálidos y, aunque habían cesado un par de horas, a Lirael le parecía que el encantamiento meteorológico había sido un gran éxito. Sin embargo, tal como estaban las cosas, el orgullo por el trabajo bien hecho se vio en c uno modo empañado.

Se acercaban al lago Rojo; Abed y sus hermanos subían por las estribaciones cubiertas de bosques tupidos del monte. Los árboles crecían apretados formando encima de las cabezas un techo donde se distinguían helechos y plantas que Lirael sólo había visto en los libros. La hojarasca formaba una espesa alfombra que cubría el terreno embarrado. La lluvia había dejado por todas partes cientos de pequeños cursos de agua que caían en cascada entre las raíces de los árboles, bajaban por las piedras y se arremolinaban alrededor de los tobillos de Lirael. Cuando lograba verse los tobillos, porque la mayor parte del tiempo caminaba hundida hasta la espinilla en una mezcla de hojas mojadas y fango.

Resultaba penoso andar y Lirael estaba más cansada que nunca. Durante las paradas, cuando descansaban, buscaban el árbol más frondoso, con el follaje más denso, para que les hiciera de paraguas, y las raíces más elevadas para sentarse en ellas, lejos del barro. Lirael descubrió que era capaz de dormir incluso en esas condiciones, aunque más de una vez, al cabo de las dos horas escasas que se permitían, se despertaba para encontrarse tendida en el barro en vez de estar sentada lejos de él.

Por supuesto, bajo la lluvia, el barro desaparecía. Lirael no sabía bien qué era peor. Si el barro o la lluvia. O el término medio, los primeros diez minutos después de haber encontrado un refugio: cuando el barro era lavado por la lluvia y le caía por la cara, las manos y las piernas.

Llevaba exactamente diez minutos de descanso, y estaba muy concentrada en quitarse el barro de los ojos mientras trepaba por el enésimo barranco, cuando

encontró a un miembro de la Guardia Real agonizante, apoyado contra el tronco de un árbol que le daba cobijo. Mejor dicho, lo encontró la *Perra Canalla* guiándose por el olfato mientras escarbaba a cierta distancia de Lirael y Sam.

La guardia estaba inconsciente, su sobrevesta roja y gualda se había oscurecido con la sangre, y llevaba el plaquín roto por varios sitios. Seguía empuñando una espada desafilada en la mano derecha, mientras que la izquierda había quedado inmovilizada en el acto de lanzar un hechizo que jamás podría completar.

Lirael y Sam supieron que estaba más allá que aquí, pues su espíritu había llegado a la frontera del reino de los muertos. Sam se arrodilló a toda prisa y lanzó el hechizo curativo más potente que conocía. En el instante en que la primera marca del Gremio comenzaba a brillar con fuerza en su mente, la mujer ya había muerto. El leve fulgor vital que brillaba en sus ojos desapareció para ser reemplazado por la mirada vidriosa y ciega de los muertos. Sam soltó la marca curativa y le cerró los párpados.

—Era una de las guardias de mi padre —dijo con pesar—. Aunque no la conocía. Probablemente pertenecía a la torre de la Guardia del pueblo del Roble o a la de Lado Alto. Me pregunto qué habrá estado haciendo...

Lirael no podía apartar los ojos del cadáver. Se sentía del todo inútil. Seguía llegando tarde y siendo demasiado lenta. El sureño del río, tras la batalla con Chlorr. Barra y los mercaderes. Y ahora esta mujer. ¡Era tan injusto que hubiese muerto sola, con una diferencia de pocos minutos entre la muerte y la salvación! Si hubiesen subido la colina más deprisa, si no se hubiesen detenido a descansar la última vez...

—Tardó varios días en morir —dijo la *Perra Canalla* olfateando el cuerpo—. Pero no venía de muy lejos, amita. Y menos con esas heridas.

—Entonces debemos de estar cerca de Hedge y Nick —dedujo Sam, y se incorporó para echar una mirada inquieta a su alrededor—. Es difícil de precisar con tanto árbol. Podríamos estar cerca de la cima o encontrarnos a varios kilómetros.

—Será mejor que averigüemos qué la mató y dónde está el enemigo —dijo Lirael sin apartar la vista del cadáver de la guardia.

—Hay que darse prisa —sugirió la perra, y se levantó dando un salto lleno de entusiasmo—. El río debe de haberla llevado ya un buen trecho.

—¿Te adentrarás en el más allá? —preguntó Sam—. ¿Es prudente? Hedge podría andar cerca... incluso podría estar esperándonos en el más allá.

—Ya lo sé —dijo Lirael. Eso mismo había pensado ella—. Pero creo que vale la pena correr ese riesgo. Debemos averiguar exactamente dónde se encuentra la excavación de Nick y qué le pasó a esta guardia. No podemos seguir avanzando a ciegas.

—Supongo que no —comentó Sam, y se mordió el labio sin darse cuenta—. ¿Y yo qué hago?

—En mi ausencia, vigilarás mi cuerpo —dijo Lirael.

—Pero no utilices la magia del Gremio a menos que sea preciso —añadió la perra—. Los seres como Hedge la huelen de muy lejos. Incluso con esta lluvia.

—Ya lo sé —contestó Sam.

Se notaba que estaba nervioso porque desenvainó la espada y sus ojos no paraban de mirar cada árbol, cada arbusto. Llegó incluso a levantar la vista en el preciso momento en que la lluvia logró abrirse paso entre las espesas ramas. El agua le bajó por el cuello y se le metió debajo del chubasquero aumentando de ese modo su incomodidad. Entre las ramas de los árboles no había nada al acecho y en el trocito de cielo que alcanzaba a ver allá arriba sólo había nubes y lluvia.

Lirael también desenvainó la espada. Con la mano posada en la bandolera, tuvo un momento de duda sobre qué campana elegir. Había entrado en el reino de la muerte una sola vez, cuando Hedge estuvo a punto de derrotarla y convertirla en su esclava. En esta ocasión, dijo para sus adentros, sería más fuerte y estaría mejor preparada. Eso exigía saber elegir la campana correcta. Rozó apenas con los dedos los morrales hasta llegar al sexto y lo abrió con cuidado. Sacó la campana y la sujetó por el badajo para que no sonara. Había elegido a Saraneth, la sojuzgadora. La más fuerte de todas las campanas después de Astarael.

—Yo también voy, ¿no? —preguntó la perra dando saltos impacientes a los pies de Lirael y moviendo la cola a gran velocidad.

Lirael asintió y se puso a buscar el más allá. Desde donde estaban resultaba fácil, porque el fallecimiento de la guardia había creado una puerta que en ese mismo lugar conectaría durante varios días la vida y la muerte. Una puerta que servía para entrar. Pero también para salir.

El frío llegó de inmediato y eliminó la humedad de la lluvia cálida. Lirael se estremeció pero siguió avanzando hacia el reino de los muertos hasta que la lluvia, el viento, el aroma de las hojas mojadas y la cara ansiosa de Sam desaparecieron para dar paso a la luz helada y gris de la muerte.

El río tiraba de ella y la impulsaba a avanzar. Por un momento, Lirael se resistió, le costaba abandonar el calor agradable de la vida que notaba a sus espaldas. Bastaba con que retrocediera un solo paso, tendiera la mano hacia el mundo de los vivos y estaría de regreso en el bosque. Si volvía, no iba a averiguar nada...

—Soy la Abhorsen en ciernes —susurró, y notó que la corriente del río se hacía menos intensa.

O quizá lo imaginara. De todos modos, se sintió mejor. Tenía derecho a estar allí.

Dio el primer paso con gran cautela. Luego avanzó otro y otro más, hasta que echó a andar a buen ritmo, seguida por los saltos de la *Perra Canalla*.

«Si tengo suerte —pensó Lirael—, la guardia estará todavía a este lado de la primera puerta.» Pero no vio nada que se moviera, ni siquiera que flotara en la superficie. A lo lejos se oían rugir las aguas de la puerta.

Aguzó el oído, pues el estruendo del agua cesaría en cuanto pasara la mujer, y siguió avanzando y tanteando el suelo en busca de agujeros. La marcha se hacía más fácil si se dejaba llevar por la corriente, y se relajó un poco, aunque continuó empuñando la espada y la campana.

—Está allá adelante, amita —susurró la perra, con el hocico al ras del agua—. A la izquierda.

Lirael siguió hacia donde le indicaba la perra con la pata y bajo el agua vio una silueta que la corriente arrastraba hacia la primera puerta. Instintivamente, dio un paso al frente con la intención de aferrar a la guardia. Advirtió entonces su error y se detuvo.

Los recién muertos también podían resultar peligrosos y quien en vida había sido amigo no necesariamente seguía siéndolo allí. Lo más prudente era no tocar nada. Envainó la espada; con una mano continuó sujetando el badajo de Saraneth mientras con la otra aferraba el mango de caoba de la campana. Lirael sabía que debía haberla hecho sonar con una sola mano y con más rapidez, y tenía la certeza de que iba a poder hacerlo, pero le pareció más sensato obrar con cautela. Al fin y al cabo nunca había utilizado las campanas. Sólo la zampona, que era un instrumento de poder muy inferior.

—A Saraneth la oirán muchos y desde muy lejos —musitó la perra—. ¿Por qué no me dejas que me acerque de un salto y la agarre del tobillo?

—No. —Lirael frunció el ceño—. Muerta o viva, es miembro de la Guardia Real y debemos tratarla con respeto. Veré si consigo llamar su atención. Además, no podemos quedarnos por aquí a esperar.

Hizo tañer la campana con un movimiento en arco, el más simple de los descritos en El libro de los muertos para Saraneth. Al mismo tiempo, se concentró en el sonido y lo dirigió hacia el cuerpo que flotaba semihundido a poca distancia.

El toque de la campana fue muy potente, tanto que se impuso al leve estruendo de la cascada de la primera puerta. Su eco se propagó por todas partes y fue como si aumentara en lugar de hacerse más tenue; su vibración formó en el agua una serie de ondas concéntricas alrededor de Lirael y la perra, ondas que se movían incluso contra la corriente.

El sonido envolvió entonces al espíritu de la guardia y Lirael la notó estremecerse y acudirse involuntariamente como un pescado que acaba de morder el anzuelo. En el eco de la campana oyó un nombre, y supo que Saraneth lo había averiguado y estaba diciéndoselo. A veces era necesario recurrir a un hechizo del Gremio para descubrir un nombre, pero esta guardia carecía de defensas contra las campanas de la Abhorsen.

—Mareyn —dijo el eco de Saraneth, un eco que sonaba sólo en la cabeza de Lirael.

La guardia se llamaba Mareyn.

—Quédate, Mareyn —le ordenó con tono imperioso—. Levántate, que deseo hablar contigo.

Lirael notó que la guardia se resistía débilmente. Al cabo de un momento, las frías aguas del río se escarcharon y luego empezaron a echar burbujas, y el espíritu de Mareyn se levantó y se dio la vuelta para enfrentarse a quien sujetaba la campana y la había sojuzgado.

La guardia había fallecido hacía muy poco tiempo y su transformación acababa de comenzar, de modo que su espíritu tenía el mismo aspecto que el de su cuerpo cuando estaba viva. Era una mujer alta, corpulenta; bajo la rara luz del reino de los muertos, los rasgos de su armadura y las heridas de su cuerpo se veían con la misma claridad que bajo el sol.

—Habla, si puedes —le ordenó Lirael.

Y como Mareyn acababa de morir, si le apetecía, podía hablar. Quienes habitaban mucho tiempo en el reino de los muertos perdían el habla y sólo la recuperaban por la intercesión de Dyrin, la campana habladora.

—Pu... puedo —respondió Mareyn con voz ronca—. ¿Qué quieres de mí, ama?

—Soy la Abhorsen en ciernes —anunció Lirael, y el eco de sus palabras se propagó en el reino de la muerte sepultando la vocecita que en su interior ansiaba decir: «Soy una hija de las clarvis». Tras pensarlo, añadió—: Quiero saber cómo has muerto y qué sabes de un hombre llamado Nicholas y del foso que ha cavado.

—Me has sojuzgado con tu campana y debo contestar —dijo Mareyn, sin asomo de emoción en la voz—. Pero quisiera pedirte un favor, si es posible.

—Habla —concedió Lirael mirando de reojo a la *Perra Canalla*, que se había colocado detrás de Mareyn como un lobo que persigue a un cordero.

La perra vio que su ama la observaba, movió el rabo y retrocedió. Era evidente que estaba jugando, aunque Lirael no lograba entender cómo podía tomarse las cosas tan a la ligera en el reino de la muerte.

—El nigromante del foso cuyo nombre no me atrevo a pronunciar —dijo Mareyn — mato a mis compañeros y, riéndose de mí, me dejó escapar como estaba, muy malherida; me prometió que sus siervos me buscarían en el reino de los muertos para someterme a su servicio. Percibo que así ocurrió pues he dejado atrás mi cuerpo que no ha sido quemado. No deseo regresar, ama, ni servir a nadie como ése. Te ruego que me envíes donde ningún poder pueda hacerme volver.

—Eso haré —aseguró Lirael.

Sin embargo, las palabras de Mareyn le produjeron pavor. Si Hedge había dejado ir a Mareyn, probablemente había mandado a alguien para que la siguiera y ahora sabía dónde estaba su cuerpo. Tal vez en ese momento se encontraba bajo observación, y no era nada complicado vigilar el espíritu de Mareyn cuando llegara al

reino de los muertos. Hedge o sus siervos podían estar acercándose en ese mismo instante, tanto en el reino de la muerte como en el de la vida.

En cuanto lo pensó, la perra levantó las orejas y gruñó. Un segundo después, Lirael oyó que el estruendo de la primera puerta perdía intensidad hasta acallarse del todo.

—Algo se acerca —le avisó la perra mientras olfateaba el río—. Algo malo.

—Deprisa —dijo Lirael. Guardó a Saraneth, sacó a Kibeth y pasó la campana a la mano izquierda para poder desenvainar a Nehima—. Mareyn, dime dónde está el foso en relación con tu cuerpo.

—El foso se encuentra en el siguiente valle, al otro lado de las montañas —contestó Mareyn con calma—. Hay allí muchos muertos envueltos en nubes y relámpagos constantes. Han construido un camino que cruza el valle y va hasta el lago. El joven Nicholas vive en una tienda remendada al este del foso... Algo viene en mi busca, ama. Por favor, te pido que me dejes proseguir mi viaje.

Lirael notó el miedo del espíritu de Mareyn, pese a que su voz tenía el tono firme e impersonal de los muertos. Al oírla, reaccionó al instante haciendo tañer a Kibeth por encima de la cabeza dibujando un ocho en el aire.

—Vete, Mareyn —dijo con dureza, y sus palabras se entrelazaron con el tañido de la campana—. Intérnate en el reino de los muertos, no te entretengas ni permitas que nada se interponga en tu camino. Te ordeno que camines hasta la Novena Puerta y la cruces, porque te has ganado el merecido descanso. ¡Vete!

Mareyn se dio media vuelta al oír la última palabra y echó a andar, la cabeza erguida, los brazos cadenciosos, como seguramente había hecho en vida, cuando desfilaba frente al cuartel de Belisaere. Marchó en línea recta, como una flecha, en dirección a la primera puerta. Lirael la vio vacilar un instante, como si algo hubiese intentado abordarla, pero ella siguió adelante, hasta que el rugido de la primera puerta se interrumpió para indicar que la había cruzado.

—Se ha ido —observó la perra—. Pero lo que ha salido de allí, anda por aquí. Lo huelo.

—Yo también lo siento —susurró Lirael.

Volvió a cambiar de campanas y cogió a Saraneth. Le gustaba la seguridad que le daba la campana grande y la profunda autoridad de su toque.

—Deberíamos volver —dijo la perra, mientras miraba de un lado a otro tratando de localizar a la criatura—. No me gusta cuando son listos.

—¿Sabes lo que es? —musitó Lirael mientras volvían sobre sus pasos, de regreso al mundo de los vivos, zigzagueando para no quedar nunca de espaldas.

Tal como había ocurrido en el primer viaje, era mucho más difícil ir contra la corriente; más fría que nunca, parecía absorber su espíritu.

—Un intruso que viene de la quinta puerta, creo —dijo la perra—. Chiquito y

muy mermado respecto a lo que era... ¡Ahí está!

Empezó a ladrar y se metió en el agua a la carrera. Lirael vio una especie de rata ahusada y flaca, con los ojos como ascuas, que saltó a un lado cuando la perra la atacó. Y luego se dirigió hacia ella pues notó su espíritu frío y poderoso levantarse de aquella forma de roedor para crecer más allá de toda proporción.

Lanzó un grito y lo golpeó con la espada; el aire se llenó de chispas azules y blancas. Pero aquella cosa fue demasiado veloz. La estocada rebotó y aquel ser le dio en el brazo izquierdo, en la mano con la que sujetaba la campana. Sus mandíbulas alcanzaron la manga reforzada y de entre sus dientes afilados como cuchillos salieron llamas rojinegras.

La perra mordió a la criatura justo en el centro y se la quitó de encima a Lirael; el espeluznante gruñido de la *Perra Canalla* se sumó a los chillidos que profería aquella cosa y al grito de Lirael. Poco después, quedaron ahogados por el profundo toque de Saraneth cuando la Abhorsen en ciernes retrocedió, movió la campana, la cogió por el manto y la hizo tocar, todo en un solo movimiento.

La prueba de Sameth

Sam recorrió de nuevo el reducido perímetro y se cercioró de que nada estuviera acercándose. Aunque entre la lluvia que caía y la espesura de los árboles no veía demasiado bien. Para el caso, tampoco oiría nada hasta que estuviese demasiado cerca para poder defenderse.

Volvió a observar a Lirael por si había experimentado algún cambio, pero seguía en el reino de los muertos, su cuerpo era como una estatua, envuelto en hielo, el frío partía de ella en oleadas y congelaba los charcos que se formaban a sus pies. Sam pensó en romper un trozo de hielo para refrescarse pero, tras una breve reflexión, decidió que no era una buena idea. En el centro del charco congelado había varias huellas de perro, porque la

Perra Canalla, a diferencia de su ama, era capaz de cruzar con su cuerpo la frontera e internarse en el reino de los muertos, lo cual confirmaba la intuición de Sam de que la forma física del can era pura magia.

El cuerpo de la guardia seguía apoyado contra el árbol. Sam quiso tenderla como era debido, pero le pareció una tontería porque hubiera supuesto acostarla en el barro. Deseaba darle un final adecuado a aquel cuerpo, pero no se atrevía a utilizar la magia del Gremio que se precisaba. Al menos hasta que Lirael hubiese regresado.

Sam suspiró al pensar en ello y deseó poder refugiarse de la lluvia debajo del árbol mientras volvía Lirael. Se sentía muy responsable de la seguridad de Lirael y no se atrevió. Estaba de nuevo solo, y esta vez ni siquiera contaba con la dudosa compañía de Zapirón. Estaba nervioso, pero el miedo, que no lo había abandonado en toda su huida de Belisaere, había desaparecido. En esta ocasión, sencillamente no quería decepcionar a tía Lirael. Sopesó la espada y volvió a pasearse por el estrecho círculo de árboles que había elegido como ruta de vigilancia.

Había completado la mitad del círculo cuando, por encima del ruido cadencioso de la lluvia, oyó algo. El chasquido amortiguado de unas ramas húmedas al romperse bajo unos pies, o algo parecido. Un sonido bastante impropio de aquel paraje.

De inmediato, Sam se arrodilló detrás del abigarrado tronco de un helecho inmenso y se quedó inmóvil para oír mejor.

Al principio, no oyó más que la lluvia y los latidos de su corazón. Y entonces oyó de nuevo el ruido. Una pisada leve, las hojas aplastadas bajo unos pies. Alguien o algo intentaba pillarlo por sorpresa. El ruido se encontraba a unos seis metros, por la ladera de la loma, oculto entre la maleza verde. Se acercaba muy despacio, paso a paso.

Sam volvió a mirar a Lirael. No había señales de que regresara del reino de los muertos. Por un instante, pensó en echar a correr y darle un golpecito en el hombro, para avisarle que regresara. Resultaba tentador, porque entonces tomaría las riendas

de la situación.

Desechó aquel pensamiento. Lirael tenía que cumplir una misión y él también. Tendría tiempo suficiente de llamarla si hacía falta. Quizá no fuera más que un lagarto grande que andaba merodeando entre los helechos o un perro salvaje, o uno de esos pájaros grandes y negros que no volaban y que vivían en las montañas. No recordaba cómo se llamaban.

No era nada muerto. Lo había notado, estaba seguro. Una criatura de la magia libre estaría echando chispas bajo la lluvia y la habría olido. Alo mejor...

Se movió otra vez, pero no subió la colina. Sam advirtió que estaba tratando de rodearlo. Tal vez su intención era dejarlos atrás para atacar desde una posición más ventajosa. Para esa clase de trucos había que ser humano.

Quizá se tratara de un nigromante, pensó Sam. No estaba muerto, de manera que no podía detectarlo. Usaba magia libre y no era producto de ella, de manera que no podía olerlo. ¿Y si fuera él? ¿El mismo Hedge?

A Sam empezó a temblarle la mano con la que empuñaba la espada. La asió con más fuerza, se obligó a dejar de temblar. Las cicatrices de la quemadura que tenía en las muñecas se pusieron moradas y brillaron a raíz del esfuerzo.

«Me ha llegado la hora—se dijo—. Me ha tocado la prueba.» Si no se enfrentaba a eso que estaba ahí fuera, sabría de una vez por todas que era un cobarde. Lirael no lo tenía por un cobarde, la perra tampoco. El príncipe Sameth había conseguido huir de Astarael, pero no del miedo, aunque la huida había sido producto de la magia; Lirael también había echado a correr por obra de la magia. No había por qué avergonzarse.

La cosa se movió otra vez, sigilosa. Sam no la veía, pero estaba seguro de dónde se encontraba.

Buscó en el Gremio; notó que el corazón, hasta ese momento desbocado, comenzaba a latirle más despacio cuando se entregó a la calma familiar de la magia que unía todas las osas vivas. Con una mano dibujó en el aire cuatro brillantes marcas del Gremio. Pronunció la quinta con Un hilo de voz, haciendo bocina con la mano. Cuando las marcas se juntaron, Sam sujetaba una daga parecida a un rayo de luz. Era tan brillante que deslumbraba y, si se le echaba un vistazo, se percibía un fulgor Jurado.

—¡Por el Gremio!

Con la daga solar en una mano y la espada en la otra, Sam lanzó un grito de batalla y de un salto se internó entre los helechos; a punto estuvo de resbalar en el barro y de caer colina abajo. Vio un movimiento veloz detrás de un árbol y cambió de dirección, gritando como un poseso; la sangre enfurecida de su padre le latía en las sienes. Ante él vio al enemigo, un hombrecillo raro y pálido...

Y desapareció.

Sam intentó detenerse. Enterró los talones, pero los pies resbalaron en el barro y fue a estrellarse contra el tronco de un árbol, rebotó en un helecho y cayó de espaldas. Tendido en el barro, se acordó de su maestro de armas cuando le decía: «La mayoría de los que se caen durante Una batalla, no vuelven a levantarse. O sea, que ni se te ocurra caerte, ¡maldita sea!».

Sam soltó la daga solar, que se apagó de inmediato, sus marcas se disolvieron en el suelo, y se levantó. Llevaba en el suelo apenas unos segundos, pensó mientras miraba a su alrededor como enloquecido. No había señales de... de lo que fuese aquello...

Lirael.

Se acordó de golpe e inmediatamente subió corriendo la ladera por la que acababa de caer, agarrándose a los helechos y las ramas para avanzar más deprisa. ¡Debía regresar! ¿Qué pasaría si a Lirael la atacaban mientras seguía en el reino de los muertos? ¿Si la atacaban por la espalda con una daga o un puñal? No tendría posibilidad de salvación.

Llegó al pequeño claro. Lirael continuaba allí. Las gotas de lluvia que caían de sus brazos se habían congelado formando pequeños carámbanos. El charco helado que rodeaba sus pies había crecido y resultaba de lo más raro en aquel bosque cálido. Su tía no había sufrido daño alguno. —Una suerte que yo estuviera aquí —dijo una voz a espaldas de Sam. Una voz familiar. La voz de Zapirón. Sam se volvió como un rayo. —¿Zapirón? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Aquí, y lo lamento, como de costumbre —contestó Zapirón. Un garito blanco asomó detrás de un helecho.

Sam no bajó la guardia. Comprobó que Zapirón seguía llevando el collar con la campana. Pero podía tratarse de una trampa. ¿Y dónde estaría... y quién sería aquel extraño hombrecito pálido?

—Vi a un hombre —dijo Sam—. Tenía el pelo y la piel blancos como la nieve. Blancos como tu pelambre...

—Sí —bostezó Zapirón—. Era yo. Pero Jerizael me prohibió utilizar esa forma, ya sabes, ella fue... vamos a ver... fue la cuadragésimo octava Abhorsen. No puedo utilizarla en presencia de un Abhorsen, aunque se trate de un aprendiz, sin permiso previo. Tu madre casi siempre me lo niega, pero su padre era más flexible. En estos momentos, Lirael no puede decir esta boca es mía, de manera que vuelves a verme como soy.

—La perra dijo que ella... que Astarael no te iba a soltar —explicó Sam.

No había bajado la espada.

Zapirón bostezó otra vez y la campana que le colgaba del collar sonó. Era Ranna. Sam la reconoció por el tañido y por su propia reacción: le fue imposible reprimir un bostezo.

—¿Eso dijo el chucho ese? —comentó el gato. Se acercó a la mochila de Sam y de un zarpazo deshizo las puntadas del remiendo y se metió dentro—. ¿Astarael? ¿Entonces era ella? Ha pasado tanto tiempo que ya no sé quién es quién. En cualquier caso, dijo lo que quería decir y luego me marché. Despiértame cuando estemos en un lugar seco y cómodo, ríncipe Sameth. Con comida civilizada.

Sam bajó despacio la espada y suspiró, exasperado. Era Zapirón, no había duda. No estaba seguro de si se alegraba o no de que el felino hubiese regresado. No se quitaba de la cabeza la risita y el regodeo que había oído en el túnel debajo de la Casa y el olor y el brillo de la magia libre...

Se oyó crujir el hielo. Sam se volvió; el corazón le martilleaba en el pecho. Tras el crujido del hielo, oyó el eco lejano de una campanada. Tan lejano que podía haber sido un recuerdo o producto de su imaginación.

Se oyó crujir el hielo otra vez y Lirael cayó sobre una rodilla; el hielo se desprendió de todo su cuerpo como si se tratara de una pequeña tormenta de nieve. Siguió un resplandor y apareció la perra saltando nerviosa por todas partes y gruñendo a más no poder.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sam—. ¿Estás herida?

—No mucho —dijo Lirael con una mueca que demostraba que algo no le había sucedido, y levantó la muñeca izquierda—. Un horrible vigilante de la quinta puerta intentó mordirme el brazo. Pero no consiguió perforarme el abrigo... sólo tengo magulladuras.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Sam.

La perra seguía corriendo en círculos como si la criatura muerta fue a aparecer de repente.

—La perra lo partió en dos de un mordisco —contestó Lirael, y pugno por inspirar bien hondo—. Aunque con eso no se detuvo, pude conseguir que me obedeciera. Está de camino a la Novena Puerta... y ya no volverá.

—Ahora sí que eres la Abhorsen en ciernes —dijo Sam, lleno de admiración.

—Supongo —contestó Lirael.

La muchacha tuvo la sensación de que había adquirido algo cuando en el reino de los muertos se había presentado como la Abhorsen. Al mismo tiempo, había perdido algo. Una cosa era coger las campanas en la Casa. Y otra bien distinta, utilizarlas en el reino de los muertos. Su vida anterior le parecía muy lejana. Ya no volvería nunca más. Y todavía ignoraba qué le depararía la nueva que iniciaba; por no saber, todavía no sabía quién era. Se sentía incómoda en su propia piel y esa incomodidad nada tenía que ver con el hielo que se derretía, ni con la lluvia ni con el barro.

—Huelo algo —anunció la perra.

Lirael levantó la mirada y, por primera vez, notó que Sam llevaba encima más barro que nunca y que en la mano tenía una herida que le sangraba, aunque él no

parecía notar nada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la muchacha.

—Ha regresado Zapirón —contestó Sam—. Bueno, creo que es Zapirón. Está en mi mochila. Al principio era una especie de enano albino y lo tomé por un enemigo...

Se interrumpió cuando la perra fue hasta la mochila y la olfateó. Una pata blanca salió a toda velocidad y la *Perra Canalla* se echó atrás justo a tiempo para evitar el zarpazo en la nariz. Se sentó sobre las patas traseras y, llena de asombro, frunció la frente.

—Es el Zapirón —confirmó—. Pero no lo entiendo... —Es que me ha dado lo que, según ella, es otra oportunidad —dijo una voz desde el interior de la mochila—. Más de lo que has hecho tú.

—¿Otra oportunidad para qué? —gruñó la perra—. ¡No tenemos tiempo para tus jueguecitos! ¿Sabes lo que están desenterrando a cuatro leguas de aquí?

Zapirón asomó la cabeza por la mochila. Ranna tintineó y la modorra invadió a cuantos oyeron la campana.

—¡Claro que lo sé! —escupió el gatito—. No me importaba antes ni me importa ahora. ¡Es El Destructor! ¡El que todo lo deshace! ¡El que todo lo desbarata...! El...

Zapirón calló para recuperar el aliento. Y cuando se disponía a continuar, la perra soltó un ladrido corto e intenso, cargado de poder. Zapirón maulló como si alguien le hubiese isado el rabo y se metió en la mochila siseando.

—No pronuncies su nombre —le ordenó la perra—. Y menos con rabia, y menos cuando estamos tan cerca.

Zapirón guardó silencio. Lirael, Sam y la perra miraban la mochila.

—Tenemos que marcharnos de aquí —suspiró Lirael, secándose las gotas de lluvia de la frente antes de que se le metieran en los ojos—. Pero primero quiero aclarar una cosa.

Se acercó a la mochila de Sam y se inclinó sobre ella manteniéndose fuera del alcance de los zarpazos.

—Zapirón. Sigues obligado a ser sirviente de los Abhorsens, ¿verdad?

—Sí —contestó de mala gana—. Por desgracia.

—Entonces me vas a ayudar, nos vas a ayudar, ¿verdad?

No le contestó.

—Conseguiré un poco de pescado —intervino Sam—. Quiero decir, cuando encontremos un lugar donde haya pescado.

—Y un par de ratones —añadió Lirael—. Si te gustan los ratones, claro está.

Los ratones se comían los libros. Todas las bibliotecarias detestaban los ratones y Lirael no era ninguna excepción. Comprobó con satisfacción que convertirse en una Abhorsen no le había hecho olvidar su pasado de bibliotecaria, tan esencial para ella. Y además de disgustarle los ratones, odiaba los lepismas.

—No tiene sentido tratar de convencer a ese felino —dijo la perra—. Hará lo que se le ordene.

—El pescado, cuando lo encontremos, y los ratones y un pájaro cantor —dijo Zapirón saliendo de la mochila, y se lamió los bigotes con la lengua rosada como si estuviera ya en presencia de unos ricos pescados.

—Nada de pájaros cantores —dijo Lirael con firmeza.

—Bueno —convino Zapirón. Lanzó una mirada desdeñosa a la perra—. Un acuerdo civilizado, muy acorde con mi forma actual. Comida y alojamiento a cambio de la ayuda que pueda prestar. Es mejor que ser un esclavo.

—Eres un... —comenzó a protestar la perra, con rabia, pero Lirael la agarró del collar y se calmó, aunque no dejó de gruñir.

—No hay tiempo para discutir —dijo Lirael—. Hedge dejó que Mareyn, la guardia, se fuera con la intención de esclavizar su espíritu más adelante, una muerte lenta hace que el espíritu se fortalezca. Sabe más o menos dónde murió la guardia y es posible que en el reino de los muertos cuente con otros siervos que le hablarán de mi presencia. Debemos marcharnos.

—Deberíamos... —comenzó a decir Sam cuando Lirael echó a andar—. Debemos darle a la guardia un fin adecuado.

Lirael movió la cabeza en diagonal en un gesto que no era ni de aceptación ni de rechazo, sólo de fatiga.

—Debo de estar cansada —dijo, y volvió a secarse la frente—. Le prometí que así lo haría.

Igual que había ocurrido con los cuerpos del grupo de mercaderes, si dejaban el de Mareyn donde estaba, corrían el riesgo de que lo habitase otro espíritu muerto, cabía incluso la posibilidad de que Hedge lo utilizara con peores fines.

—¿Puedes hacerlo, Sam? —preguntó Lirael mientras se restregaba la muñeca—. Estoy un poco cansada, la verdad.

—Hedge olerá la magia —les advirtió la *Perra Canalla*—. Igual que las criaturas muertas que se encuentren a la distancia adecuada. Aunque la lluvia ayudará.

—Ya he lanzado un encantamiento —dijo Sam en tono de disculpa—. Creí que nos estaban atacando...

—No te preocupes —lo interrumpió Lirael—. Pero date prisa.

Sam se acercó al cadáver y dibujó en el aire las marcas del Gremio. Poco después, una mortaja incandescente lo envolvió casi del todo, excepto las partes de la cota de malla ennegrecida.

Sam se dio la vuelta para marcharse; Lirael avanzó y de su mano abierta partieron tres marcas del Gremio sencillas que fueron a clavarse en la corteza del árbol, encima de las cenizas.

Pronunció las marcas y allí dejó grabadas sus palabras para que en años futuros

las oyeran los magos del Gremio, mientras el árbol siguiera en pie.

«Aquí murió Mareyn, lejos de su hogar y sus amigos. Fue miembro de la Guardia Real. Mujer valiente que luchó contra un enemigo demasiado fuerte y no pudo con él. Pero cumplió su deber incluso en el reino de los muertos. Será recordada siempre. Adiós, Mareyn.»

—Un detalle muy adecuado —comentó la perra—. Y...

—Bastante estúpido, por cierto —interrumpió Zapirón asomando detrás de la cabeza de Sam—. Los muertos se nos echarán encima en menos que canta un gallo si seguís haciendo magia cada dos por tres.

—Gracias, Zapirón —dijo Lirael—. Me alegra que ya nos estés ayudando. Nos vamos, así podrás volver a dormirte. Perra... adelántate a explorar el terreno. Sam... tú sígueme.

Sin esperar respuesta, se dirigió a la cadena de montañas, hacia un lugar donde los árboles crecían más tupidos. La perra corrió detrás de ella y luego la adelantó sin dejar de menear el rabo.

—Qué mandona, ¿no? —le comentó Zapirón a Sam, que avanzaba más despacio—. Me recuerda a tu madre.

—Cállate —le ordenó Sam, y apartó una rama que amenazaba con golpearle la cara.

—Sabes de sobra que deberíamos correr a toda velocidad en dirección contraria —dijo Zapirón—. ¿O no lo sabes?

—En la Casa me dijiste que no tiene sentido salir corriendo ni tratar de esconderse —le soltó Sam—. ¿O no me lo dijiste?

Zapirón no le contestó, pero Sam sabía que no se había vuelto a dormir. Lo notaba moverse dentro de la mochila. Sam no repitió la pregunta porque la ladera fue haciéndose más empinada y prefirió no malgastar el aliento. La conversación quedó descartada a medida que fueron subiendo y sorteando los árboles que seguían en pie y los que el viento había derribado porque carecían de raíces profundas.

Finalmente llegaron a la cima, empapados a pesar de los chubasqueros, muertos de cansancio tras el ascenso. El sol se había perdido entre las nubes y estaba a punto de ponerse, por lo que tuvieron claro que antes del anochecer no iban a avanzar mucho más.

Lirael pensó en anunciar un descanso, pero cuando le hizo una seña a la perra, ésta la pasó por alto y fingió no ver las frenéticas indicaciones de su ama. Lirael suspiró y continuó andando, agradecida de que la perra hubiese dirigido sus pasos hacia el oeste y siguiera la cadena montañosa en lugar de descender. Continuaron así una media hora más, aunque se les hizo eterna, hasta que al final llegaron donde un desprendimiento de piedras había cavado una especie de senda despejada en la cara norte de la cresta de las montañas.

La perra se detuvo entonces y escogió un matorral de helechos que les daría cobijo. Lirael se sentó a su lado, Sam llegó poco después y se dejó caer como un acordeón roto. En cuanto se sentó, Zapirón saltó de la mochila, se acomodó sobre las patas traseras y apoyó las. Los cuatro miraron hacia abajo, en dirección al claro, y pasearon la vista por el valle hasta el lago Rojo, que se veía a lo lejos como una extensión de agua oscura, iluminada por los destellos de los relámpagos y los pocos rayos del sol poniente que conseguían abrirse paso entre las nubes.

El foso de Nick también se veía con claridad, era una herida desagradable de tierra roja y arcilla amarilla en la verde inmensidad del valle. Sobre los campos que lo rodeaban caían constantemente los relámpagos; el retumbo del trueno regresaba hasta los cuatro observadores como ruido de fondo. Cientos de siluetas empequeñecidas por la distancia se afanaban alrededor del foso. Incluso a kilómetros de distancia, Lirael y Sam notaban que se trataba de seres muertos.

—¿Qué hacen los braceros? —murmuró Lirael.

Aunque estaban bien escondidos en la cima, entre árboles y helechos, la Abhorsen en ciernes presentía que Hedge y sus siervos podían descubrirlos de un momento a otro.

—No sabría decirte —contestó Sam—. Mueven algo... una cosa que brilla... me parece. La llevan al lago.

—Sí—dijo la perra, sentada completamente tesa junto a Lirael—. Están arrastrando dos hemisferios de plata que se encuentran a trescientos pasos de distancia el uno del otro.

Zapirón siseó junto a la oreja de Sam y éste notó que un escalofrío bajaba por su espalda.

—Cada hemisferio encierra la mitad de un espíritu antiguo —dijo la perra en voz muy baja—. Un espíritu del principio, de antes de que se creara el Gremio.

—Ese que le prohibiste nombrar a Zapirón —musitó Lirael—. El Destructor.

—Sí —asintió la perra—. Lo apresaron hace mucho tiempo y lo encerraron en el interior de los hemisferios de plata. Los hemisferios fueron enterrados en lo más hondo, bajo defensas de plata, oro y plomo, serbal, fresno y roble. La séptima defensa era de huesos.

—¿Entonces sigue sojuzgado? —preguntó Sam con un hilo de voz—. Quiero decir que habrán desenterrado los hemisferios, pero el espíritu continúa preso en su interior, ¿no es así?

—Por ahora —dijo la perra—. Si fallara la prisión, poca esperanza podemos depositar en los vínculos que lo atan. Alguien debe de haber encontrado el modo de unir los hemisferios, aunque no entiendo cómo, ni adonde los llevan... —Tras una pausa añadió—: Siento haberte fallado, amita. —Se dejó caer sobre el vientre y hundió el morro en el suelo, completamente abatida.

—¿Cómo? —preguntó Lirael, y contempló a la perra hundida en la tristeza.

No supo qué decir. En su interior una vocecita le insistía, machacona, «¿Que haría una Abhorsen?». Y entonces lo vio claro, debía mostrarse como se suponía que tenía que hacerlo. Animosa, aunque tuviera el ánimo por los suelos.

—¿De qué hablas? Tú no tienes la culpa.

La voz le tembló un instante y para disimularlo tosió un poco antes de continuar:

—Además, el... El Destructor sigue sojuzgado. Sólo tendremos que impedir que los hemisferios se unan o lo que sea que Hedge esté planeando hacer con ellos.

—Deberíamos rescatar a Nick —dijo Sam. Tragó con tanta fuerza que lo oyeron todos—. Aunque allá abajo hay un montón de muertos.

—¡Eso es! —exclamó Lirael—. Eso es lo que haremos. Al menos para empezar. Nick sabrá exactamente adonde piensan llevar los hemisferios.

—Y además, planifica igual que tu madre —dijo Zapirón—. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Llegar hasta ahí andando y pedirle a Hedge que nos entregue al muchacho?

—Zapirón... —comenzó a protestar Sam, y la perra le gruñó, pero Lirael se impuso sobre todos.

Se le acababa de ocurrir un plan y quería comentarlo antes de que le sonara descabellado incluso a ella.

—No seas tonto, Zapirón. Descansaremos un rato; luego me pondré la piel del Gremio que hice en la barca y volaré hasta allá abajo en forma de búho. La perra también puede bajar volando y entre las dos encontraremos a Nick y nos lo llevaremos. Sam y tú podéis bajar y nos reuniremos cerca de un curso de agua... ese arroyo de ahí. Para entonces ya será de día y tendremos luz y agua corriente. Entonces Nick nos contará lo que está pasando. ¿Qué os parece?

—Es el cuarto plan más estúpido que le oigo proponer a una Abhorsen —contestó Zapirón—. Lo que más me gusta es lo de dormir un rato. Ah, y se te ha olvidado hablar de la cena.

—No estoy seguro de que debas ser tú quien baje volando —dijo Sam, incómodo—. Creo que con un poco de concentración podría cogerle el truco a la piel de búho y me parece que soy el más adecuado para convencer a Nick de que nos acompañe. ¿Y cómo puede volar la perra?

—No hará falta que lo convenzas —gruñó la perra—. Tu amigo Nick debe de estar ahora dominado por El Destructor. Habrá que obligarlo... y además, tendremos que ser precavidos con él y con los poderes que quizá le hayan concedido. En cuanto a lo de volar, me hago más pequeñita y me crecen alas.

—Ah —dijo Sam—. Ya. Te crecen alas.

—También habrá que vigilar a Hedge —añadió Lirael, y empezó a preguntarse tardíamente si no habría otro plan mejor—. Pero yo tendré que usar la piel del

Gremio. La hice a mi medida. A ti no te cabría. Espero que dentro de la mochila no se haya arrugado demasiado.

—Sin poder volar, tardaré al menos dos horas en bajar al arroyo de allá abajo —explicó Sam mirando desde la cima—. Quizá convenga que nosotros salgamos más tarde, luego vosotras podéis volar desde aquí. De esa manera estaré más cerca y preparado por si hubiera algún problema. Y mejor me prestas tu arco, así preparo algunas flechas hechizadas mientras espero.

—Buena idea —dijo Lirael—. Debemos seguir. El arco te servirá de poco si continúa lloviendo... y ya no podemos arriesgarnos a hacer más encantamientos meteorológicos para parar la lluvia. Nos delataríamos.

—Dejará de llover antes del amanecer —comentó la perra con gran autoridad.

—¡Ja! —exclamó Zapirón—. Eso lo sabe cualquiera. Para que sepas, ya está escampando.

Sam y Lirael miraron el dosel de árboles y, en efecto, aunque la tormenta continuaba hacia el noroeste, las nubes que cubrían el cielo en lo alto y hacia el este estaban abriéndose y dando paso a la luz rojiza del sol poniente y al lucero vespertino. Era Uallus, la estrella roja que indicaba el norte. Lirael se animó al verla, aunque sabía que eso de que Uallus daba suerte si era la primera estrella en asomar al cielo no era más que un cuento de pastores.

—Bien —dijo Lirael—. No me gusta nada volar bajo la lluvia. Las plumas mojadas son un engorro.

Sam no hizo comentarios. Oscurecía, pero los relámpagos que rodeaban el foso permitían divisar algunas de las cosas que pululaban por el valle, aunque con intermitencias. Se veía una mancha cuadrada que muy bien podía ser una tienda. Quizá la de Nick, porque no había ninguna otra a la vista.

—Aguanta, Nick —murmuró Sam—. Te salvaremos.

Primer Interludio

La mano de Piedra de Toque aferró del hombro a Sabriel mientras yacían debajo del coche. Tras la explosión, los dos se quedaron sordos y desorientados por el impacto. Muchos de sus guardias habían muerto, sus cuerpos estaban sembrados por todas partes; sus ojos se negaban a creer que la carnicería que contemplaban era real. En cualquier caso, estaban clavados en sus supuestos asesinos, pues veían sus pies mientras avanzaban y el sonido de sus carcajadas llegaba lejano, amortiguado, como el jaleo de unos vecinos ruidosos al otro lado de la pared.

Piedra de Toque y Sabriel se arrastraron hacia delante empuñando las pistolas. Los dos guardias que habían logrado parapetarse debajo del coche se arrastraron con ellos. Sabriel comprobó que una era Verán, que seguía sosteniendo su pistola pese a que las manos le sangraban. El otro superviviente era el mayor de los guardias, Barlest; tenía el pelo entrecano manchado y ya no se apreciaba el blanco. Apuntaba con una ametralladora y se preparó para disparar.

Los asesinos vieron el movimiento, pero fue demasiado tarde. Los cuatro supervivientes abrieron fuego casi al mismo tiempo, y las carcajadas quedaron ahogadas por el tableteo de las balas. Los casquillos vacíos caían con ruido metálico debajo del coche y una nube de humo acre fue colándose entre las ruedas.

—¡A la barca! —le gritó Barlest a Sabriel, señalando a su espalda.

No entendió lo que le decía hasta que le gritó tres veces—: ¡Barca! ¡Barca! ¡Barca!

Piedra de Toque también lo oyó. Miró a Sabriel y la Abhorsen vio el miedo en los ojos del rey. Supo que temía por ella, no por él. Sabriel indicó el sendero que discurría entre las casas, a sus espaldas. Por él llegarían a la plaza de Larnery y a la Escalinata del Carcelero. Allí estaban las barcas y más guardias disfrazados de mercaderes fluviales. Damed había preparado con cuidado varios caminos por donde huir, éste era el más próximo. Como de costumbre, sólo había pensado en la seguridad de los reyes.

—¡Márchense! —gritó Barlest.

Acababa de llenar el cargador de su fusil automático y disparó unas cuantas veces a derecha e izquierda, obligando a los atacantes que se habían aproximado a retroceder para conservar la cabeza sobre los hombros.

Piedra de Toque aferró a Barlest del hombro un segundo, luego se volvió y se arrastró hacia el otro extremo del coche. Sabriel se arrastró a su lado y se tocaron las manos un momento. Verán, que estaba al lado de la reina, inspiró hondo y salió de debajo del vehículo, se levantó de un salto y salió como una flecha. Llegó al sendero, se ocultó detrás de una boca de incendios y cubrió a Sabriel y a Piedra de Toque cuando la siguieron. De momento no se oyeron más disparos que los del arma de

Barlest, que continuaba debajo del coche.

—¡Vamos! —rugió Piedra de Toque, y se volvió hacia el comienzo del sendero.

Veran no obedeció y agarró a Piedra de Toque y a Sabriel, los empujó hacia el sendero y les gritó:

—¡Márchense!

Se oyó entonces el grito de guerra de Barlest y sus pisadas cuando salió de debajo del coche y echó a correr en dirección opuesta. Se oyó una prolongada ráfaga de un arma automática y varios disparos aislados, más sonoros. Y luego, en medio del silencio, solamente se oyeron el taconeo de las botas sobre el empedrado, la respiración entrecortada de ambos y el latido de sus corazones.

La plaza de Larnery estaba desierta. El jardín central, habitualmente lleno de niñeras con sus pequeños, estaba sin vida. La explosión había ocurrido pocos minutos antes, pero fue suficiente. Desde el ascenso de Corolini y sus esbirros del partido Nuestro País, en Corvere no cesaban los problemas y el ciudadano de a pie había aprendido a abandonar a toda prisa las calles.

Piedra de Toque, Sabriel y Veran cruzaron la plaza a la carrera y bajaron estrepitosamente la Escalinata del Carcelero que estaba al otro lado. Los vio un barquero borracho, eran tres figuras armadas, cubiertas de sangre con muy mala pinta, pero no estaba tan borracho para interponerse en su camino. Se apartó, acobardado, y se hizo un ovillo.

Las sucias aguas del río Sethem pasaban junto al muelle corto al final de la escalinata. Se encontraron allí a un hombre calzado con botas impermeables que le llegaban a los muslos y cubierto con un montón de harapos rescatados del lecho del río por un dragador; tenía las manos metidas en un barril que, al parecer, acababa de sacar de las lodosas aguas del río. Al oír el estrépito en la escalinata, extrajo del barril un fusil de cañones recortados y lo amartilló.

—¡Querel! ¡Debes rescatarnos! —gritó Verán.

El hombre guardó el arma con cuidado, sacó un silbato de la camisa cubierta de remiendos y sopló varias veces. Otro silbato le contestó y de una barca oculta debajo del muelle, pues la marea estaba baja, saltaron varios miembros de la Guardia Real. Los guardias iban todos armados y preparados para luchar, pero por sus caras ninguno esperaba encontrarse con semejante espectáculo.

—Una emboscada —gritó Piedra de Toque brevemente al aproximarse—. Debemos partir de inmediato.

Antes de que pudiera añadir nada más, varias manos lo agarraron a él y Sabriel y prácticamente los arrojaron a la cubierta de la barca; Veran saltó detrás de ellos. La embarcación, un carguero de servicio irregular que había sido transformado, se encontraba a casi dos metros por debajo del muelle, pero otras manos amortiguaron la caída. Cuando los metían sin muchos miramientos en el camarote rodeado de sacos

terreros, el motor comenzó a rugir y la embarcación se puso en movimiento.

Sabriel y Piedra de Toque se miraron para comprobar que seguían vivos y casi sin haber sufrido daño, aunque los dos sangraban por los pequeños cortes causados por la metralla.

—Se acabó —dijo Piedra de Toque con rabia mientras dejaba la pistola sobre la cubierta—. He terminado con Ancelstierre.

—O Ancelstierre ha terminado con nosotros —puntualizó Sabriel—. Aquí ya no encontraremos ayuda.

Piedra de Toque suspiró, cogió una toalla y le quitó la sangre que cubría la cara a Sabriel. Ella hizo lo mismo por él; luego se abrazaron brevemente. Temblaban y no intentaron ocultarlo.

—Será mejor que veamos las heridas de Veran —dijo Sabriel cuando se separaron—. Y debemos planear una ruta para volver a casa.

—¡A casa! —confirmó Piedra de Toque, aunque ninguno de los dos lograba pronunciar aquella palabra sin sentir un miedo tácito.

Con lo cerca que habían estado de la muerte, temían que a sus hijos les esperaran eligros aún mayores, pues como bien sabían, había destinos mucho peores que la muerte.

Segunda parte

Sueño con búhos y perros voladores

Nick volvía a tener el mismo sueño en el que veía la central productora de rayos y los hemisferios que se juntaban. Entonces el sueño cambiaba de repente y se veía acostado en una cama de pieles, dentro de una tienda. La lluvia repiqueteaba lenta en la lona, sobre su cabeza, y se oía el retumbo del trueno y la tienda se iluminaba con la luz titilante de los relámpagos.

Nick se incorporó y encima de su baúl de viaje vio un búho que lo miraba con sus ojazos dorados. Al lado de su cama vio a un perro sentado. Un perro color negro y habano, del tamaño de un terrier, al que de los hombros le salían unas alas enormes.

«Al menos es un sueño diferente», pensó vagamente Nick. Debía de estar casi del todo despierto, y lo que veía debía de ser uno de esos fragmentos del sueño que preceden el estado de completa vigilia, donde fantasía y realidad se mezclan. Sabía que estaba en su tienda, pero... ¡un búho y un perro alado!

«Me pregunto qué significado tendrán», pensó Nick, mientras parpadeaba para despejarse.

Lirael y la *Perra Canalla* observaban al muchacho mientras éste las miraba con ojos soñolientos, cargados de un brillo febril. Con la mano se agarraba el pecho, los dedos curvados como si quisieran llegarle al corazón. Parpadeó dos veces, cerró los ojos y volvió a acostarse sobre el lecho de pieles.¹¹³

—Está enfermísimo —susurró Lirael—. Tiene muy mal aspecto. Y hay algo más en él... Con esta forma que llevo ahora no puedo precisarlo. Le noto algo mal.

—Hay en él algo del Destructor —gruñó la perra suavemente—. Seguramente una pequeña esquirra de uno de los hemisferios de plata, empapada con una parte pequeñísima de sus poderes. Lo está carcomiendo en cuerpo y alma. Lo están utilizando como avatar del Destructor. Como portavoz. No debemos despertar esta fuerza que lleva dentro.

—¿Y cómo lo sacaremos de aquí sin hacerlo? —preguntó Lirael—. Da la impresión de que no tiene fuerzas ni para levantarse de la cama, mucho menos para caminar.

—Puedo andar —protestó Nick, abrió los ojos y volvió a incorporarse. Como se trataba de su sueño, podía muy bien intervenir en la conversación entre el perro alado y el búho parlanchín—. ¿Quién es El Destructor y qué es lo que me carcome? Acabo de pasar una gripe o algo así.

»Que además me da alucinaciones —añadió—. Y unos sueños que parecen reales. ¡Un perro alado! ¡Bah!

—Se cree que está soñando —dijo la perra—. Mejor así. El Destructor no despertará en su interior a menos que se sienta amenazado o haya magia del Gremio cerca de él. ¡Amita, procura que tu piel del Gremio no lo toque!

—No dejaré que un búho se me pose en la cabeza —rió Nick, soñador—. Y menos un perro.

—Apuesto a que no es capaz de levantarse y vestirse solo —comentó Lirael, maliciosa.

—Ya lo verás —contestó Nick y, a toda prisa, se levantó de la cama—. En sueños soy capaz de hacer cualquier cosa. Lo que sea.

Se tambaleó un poco pero consiguió quitarse el pijama; las criaturas de sus sueños no le inspiraron pudor alguno y ante ellas quedó completamente desnudo. Lirael comprobó que estaba muy delgado y se sorprendió al notar cómo la asaltaba la preocupación. Se le veían las costillas... y todo lo demás, para qué negarlo.

—¿Lo ves? Ya estoy levantado y vestido —dijo el muchacho.

—Necesitas más ropa —sugirió Lirael—. Por si llueve otra vez.

—Llevo paraguas —le comentó Nick. La cara le cambió de expresión y añadió—: No... se me ha roto. Cogeré el abrigo.

Mientras tarareaba para sus adentros, fue hasta el baúl y quiso abrir la tapa. Sorprendida, Lirael echó a volar justo a tiempo y se posó en la cama.

—El búho y el gatito se fueron... —canturreó Nick mientras sacaba del baúl ropa interior, pantalones, un abrigo largo y se los ponía, pero nada de camisa—. Aunque en mi sueño está todo mal... porque no eres un gatito. Eres un...

»Un perro alado —concluyó.

Tendió la mano y le tocó la nariz a la *Perra Canalla*. La solidez que notó entonces lo sorprendió y el arrebol de la fiebre le tiñó más la cara.

—¿Estoy soñando? —preguntó de pronto, dándose unas bofetadas en la cara—. No estoy soñando, ¿verdad? Me estoy... me estoy volviendo loco.

—No estás loco —lo tranquilizó Lirael—. Sino muy enfermo. Tienes fiebre.

—Sí, es cierto —convino Nick con ansiedad al notar la frente empañada al pasarse el dorso de la mano—. Tengo que meterme otra vez en la cama. Hedge me lo dijo antes de que se fuera a buscar otra barcaza.

—No —le ordenó Lirael y su voz sonó extrañamente intensa a través del pequeño pico del búho. Al enterarse de que Hedge no se encontraba allí, tuvo la certeza de que debía aprovechar la oportunidad—. Necesitas que te dé el aire. Perra... ¿puedes ayudarlo a andar? ¿Como hiciste con el hombre de la ballesta?

—A lo mejor —gruñó la perra—. Noto que en su interior hay varias fuerzas en pugna, y por más pequeño que sea el fragmento del Destructor sojuzgado, su poder no debe ser desdeñado. Además, alertará a los muertos.

—Siguen arrastrando los hemisferios hacia el lago —dijo Lirael—. Tardarán un rato en llegar hasta aquí. Será mejor que lo ayudes.

—Me vuelvo a la cama —declaró Nick mientras se aguantaba la cabeza con ambas manos—. Y cuanto antes llegue a mi casa de Ancelstierre, mejor.

—No vas a volver a la cama —gruñó la perra y avanzó hacia él—. ¡Saldrás a dar un paseo!

Dicho lo cual, ladró. Su ladrido fue tan profundo y fuerte que la tienda se sacudió y los palos se estremecieron. Lirael notó que el sonido la golpeaba y encrespó las plumas. Su reacción fue tan virulenta que echó chispas, cuando la magia libre luchó contra las marcas del Gremio de su forma postiza.

—¡Sígueme! —ordenó la perra, se dio la vuelta y salió de la tienda.

Nick dio tres pasos tras ella, pero se detuvo en la entrada y agarró la puerta de lona.

—No, no, no puedo —masculló, los músculos del cuello y de las manos se vieron recorridos por espasmos—. Hedge me dijo que me quedara. Será mejor que me quede.

La perra volvió a ladrar con más fuerza, el sonido llegó incluso a imponerse a los truenos constantes. Una corona de chispas saltó alrededor de Lirael y el pijama sobre el que se había posado se prendió fuego, con lo que se vio obligada a salir volando de la tienda.

Nick se echó a temblar y comenzó a retorcerse cuando la fuerza del ladrido le dio de lleno. Cayó de rodillas y salió arrastrándose de la tienda, gimiendo y llamando a Hedge. Lirael voló en círculos encima de él, mientras miraba hacia el oeste.

—Levántate —le ordenó la perra—. Camina. Sígueme.

Nick se levantó, dio varios pasos, se quedó inmóvil. Puso los ojos en blanco y unas volutas de humo comenzaron a salirle por la boca.

—¡Ama! —gritó la perra—. ¡El fragmento que lleva dentro ha despertado! ¡Debes recuperar tu forma y sofocarlo con las campanas!

Lirael cayó como una piedra y al instante conjuró las marcas del Gremio para deshacer la piel de búho que llevaba. Antes que eso ocurriera, sus enormes ojos dorados de búho habían penetrado la noche recorrida por los relámpagos hasta ver el sitio donde los muertos rabajaban afanosamente para mover los hemisferios de plata. Cientos de braceros muertos comenzaron a soltar las cuerdas y a dirigirse hacia la tienda. Un momento más tarde, echaron a correr, el sonido masivo de cientos de coyunturas resacas al entrechocar aportaron un trasfondo fantasmal al retumbo de los truenos. Los braceros que iban delante se peleaban entre sí para pasar primero al ser atraídos por la magia y la promesa de una vida palpitante de la cual apoderarse. La vida que iba a permitirles saciar su hambre eterna.

La perra ladró otra vez al ver que a Nick le salía humo por la nariz, pero de poco le sirvió. Lirael no pudo hacer otra cosa que observar cómo se enroscaba el humo cuando se vio momentáneamente atrapada en un tornado de luz mientras la piel del Gremio se deshacía en las marcas que la componían.

Y apareció entonces con su propio cuerpo, las manos buscaron a Saraneth y a

Nehima. Sin embargo, allí había algo más, una presencia que ardía dentro de Nick llenándolo de un fulgor que hacía hervir las gotas de lluvia en cuanto le tocaban la piel. El olor a metal caliente de la magia libre brotó de él en oleadas cuando una voz que no era la de Nicholas salió de su boca, acompañada de bocanadas de humo.

—¿Cómo os atrevéis? Ah... debí suponer que tú, entrometida y una de tus hermanas me...

—Deprisa, Lirael —gritó la perra—. ¡Ranna y Saraneth juntas con mi ladrido!

—¡A mí, mis siervos! —gritó la voz que salía de Nick, la voz más fuerte y más horrenda que pudiera partir de una garganta humana.

Se impuso al trueno y cruzó el valle. Todos los muertos la oyeron, incluso los que seguían tirando de las cuerdas como autómatas, todos abandonaron lo que hacían y salieron corriendo, una marea de carne putrefacta fluyó a ambos lados del foso y se dirigió hacia el faro de la tienda en llamas, donde el supremo amo los llamaba.

Otros oyeron aquella voz, aunque estaban muy lejos, donde el sonido no llegaba. Hedge lanzó una maldición, se volvió y mató a un pobre caballo, para conseguir una montura que no temiera cargar con él. Muchas leguas hacia el este, Chloorr se apartó de la orilla del río, cerca de la Casa de la Abhorsen y empezó a correr, una silueta inmensa de fuego y oscuridad que corría a una velocidad increíble.

Lirael dejó la espada y sacó a Ranna con tanta rapidez que la campana tintineó brevemente y una oleada de cansancio la invadió. La muñeca le seguía haciendo daño tras el encuentro en el reino de los muertos, pero ni el dolor ni la protesta de Ranna bastaron para detenerla. Las páginas correspondientes de El libro de los muertos brillaron en su mente indicándole lo que debía hacer. Y eso hizo, unió el sonido suave de Ranna con el profundo y fuerte de Saraneth y a ellos le sumó el ladrido agudo de la *Perra Canalla*.

El sonido envolvió a Nick y la voz que salía por su boca quedó ahogada. Sin embargo, una voluntad de hierro, una voluntad enfurecida luchaba contra el hechizo y Lirael la sentía empujar contra ella y oponerse encarnizadamente a los poderes combinados de las campanas y el ladrido. Y de repente, la resistencia cesó y Nick cayó al suelo, el humo blanco entró rápidamente en su nariz y su garganta.

—¡Deprisa, deprisa! ¡Ponlo en pie! —la exhortó la perra—. Enfila hacia el sur, al punto de reunión. ¡Yo me encargaré de hacerles frente!

—Pero... Ranna y Saraneth... el chico estará dormido —protestó Lirael mientras guardaba las campanas y levantaba a Nick.

Pesaba menos de lo que esperaba, incluso menos de lo que aparentaba. Era evidente que estaba en los huesos.

—No, sólo duerme el fragmento que lleva dentro —dijo la perra a toda prisa. Las alas se le absorbieron para que pudiera asumir su tamaño de combate—. ¡Dale unos bofetones... y corred!

Lirael obedeció, aunque se sintió cruel. El bofetón le ardió en la palma de la mano, pero consiguió despertar a Nick. El muchacho gimió, miró a su alrededor con ojos extraviados y pugnó por soltarse.

—¡Corre! —le ordenó y mientras tiraba de él hizo una pausa para empuñar a Nehima—. Corre... o te clavo la espada.

Nick miró a Lirael, observó la tienda en llamas, a la perra y la horda que, según él, eran trabajadores enfermos, con cara de sorpresa y asombro. Y echó a correr obedeciendo a Lirael que lo empujaba para que fuese hacia el sur.

Detrás de ellos, la perra se quedó junto a la luz que desprendía el incendio; era una sombra negra que hasta las paletillas medía metro y medio. Las marcas del Gremio recorrían su collar soltando un brillo fantasmal multicolor, que se imponía a los rojos y amarillos de las llamas que devoraban la tienda. La magia libre palpitaba debajo del collar y por la boca despedía fuego.

La primera masa de braceros muertos la vio y aminoró la marcha pues no sabían qué tenían delante, ni qué peligro revestía.

La *Perra Canalla* ladró y los braceros muertos comenzaron a aullar cuando una fuerza que conocían y temían se apoderó de ellos, un ataque de magia libre que estremeció sus cuerpos putrefactos y los obligó a regresar al reino de la muerte.

Desgraciadamente, por cada muerto que caía, surgían decenas que comenzaba a cargar, las manos esqueléticas dispuestas a aferrar y destrozar, los dientes rotos y manchados ansiosos por clavarse en la carne, mágica o no.

El príncipe Sameth y Hedge

Lirael había recorrido la mitad del camino para acudir a la cita con Sam cuando Nick se cayó y ya no pudo levantarse. Tenía la cara desfigurada por la fiebre y el esfuerzo y le faltaba el aire. Quedó tumbado de espaldas y la miraba con gesto alelado, como si esperara que lo ejecutasen.

Advirtió entonces que quizás ésa fuese la impresión que daba, pues estaba junto a él y lo miraba desde arriba, con la espada en alto. Lirael envainó a Nehima y dejó de fruncir el ceño, pero comprobó que Nick estaba demasiado enfermo y cansado para comprender que intentaba infundirle ánimos.

—Me parece que tendré que cargar contigo —dijo con una mezcla de agotamiento y desesperación.

No pesaba casi nada, pero quedaba más de medio kilómetro para llegar al arroyo. Ignoraba cuánto tiempo permanecería adormecido el fragmento del Destructor o lo que fuese que habitaba el interior del muchacho.

—¿Por qué... por qué lo haces? —preguntó Nick con voz ronca cuando Lirael se lo echó a la espalda—. El experimento continuará sin mí, ya lo sabes.

En la Gran Biblioteca de las clarvis, Lirael había aprendido a cargar a un herido a la manera de los bomberos, aunque llevaba años sin practicar. Desde que la destilería ilegal de Kemmeru se había incendiado cuando Lirael cubría su turno en el cuerpo antiincendios de las bibliotecas. Se alegró de no haberse olvidado de la técnica, y de que Nick fuese mucho más ligero que Kemmeru. No era una comparación justa, pues Kemmery había insistido en que la sacaran junto con sus libros preferidos.

—Tu amigo Sam te lo explicará —jadeó Lirael.

La muchacha oyó a la perra ladrar a sus espaldas, lo cual la reconfortó, pero le costaba mucho trabajo ver por dónde iba, pues no había amanecido y aunque el cielo empezara a clarear, la poca luz disponible no bastaba para proyectar sombras. Había sido mucho más fácil cruzar esa parte del valle con su forma de búho.

—¿Sam? —dijo Nick—. ¿Qué tiene Sam que ver en esto?

—Él te lo explicará —contestó Lirael brevemente para ahorrar aliento.

Miró hacia arriba para determinar su posición por Uallus. Pero seguían demasiado cerca del foso y lo único que veía eran nubes tormentosas y relámpagos. Al menos había dejado de llover y las nubes más naturales comenzaban a aparecer en lo alto.

Lirael siguió avanzando con la creciente sospecha de que se había desviado del sendero y ya no iba en la dirección correcta. Debería haber prestado más atención al sobrevolar la zona, pensó Lirael, cuando todo se extendía allá abajo como un hermoso centón.

—Hedge me rescatará —susurró Nick débilmente, con la voz ronca y rara, sobre todo porque provenía de algún punto cercano a la hebilla del cinto de Lirael, pues

llevaba al muchacho colgando.

Lirael no le hizo caso. Ya no oía a la perra y, bajo sus pies, el terreno comenzaba a volverse pantanoso, y eso sí que le dio muy mala espina. A lo lejos comenzaba a divisarse una masa tenue. Quizá fuesen arbustos. A lo mejor eran los que flanqueaban el arroyo donde la esperaba Sam.

Lirael apretó el paso. El peso de Nick hacía que se hundiese en el terreno empapado. Al acercarse un poco más y gracias a la luz del sol naciente vio lo que había más adelante. Eran juncos y no arbustos. Unos juncos altos, de puntas rojas florecidas, los que daban nombre al lago Rojo, pues el polen que desprendían teñía las orillas del lago de un intenso y brillante tono escarlata.

Había equivocado por completo el camino. Sin saber ni cómo, había ido hacia el oeste. Se encontraba a orillas del lago y los cuervos sanguinarios no tardarían en descubrirla. A menos que no la viesan, pensó. Levantó un poco más a Nick y se inclinó para equilibrar la carga. El muchacho gimió de dolor, pero Lirael no le hizo caso y se metió entre los juncos.

El barro no tardó en dar paso al agua que le llegaba a la altura de las espinillas. Los juncos crecían tupidos, y sus puntas florecidas se elevaban por encima de la cabeza de Lirael. Sin embargo, entre ellos se veía un estrecho sendero donde estaban todos caídos y permitían el paso. Siguió ese sendero serpenteante que se internaba en la marisma.

Sam extrajo otra marca del flujo infinito del Gremio, la obligó a meterse en la flecha que sujetaba entre las rodillas y la vio extenderse como aceite por el acero de la punta. Era la última para aquella flecha, pues había dotado ya de marcas para la puntería y la fuerza a la varilla, para el vuelo y la buena suerte a las plumas y para desenmarañar y enviar al destierro a la punta.

Era la última de veinte flechas, todas hechizadas para convertirlas en armas de gran utilidad al menos contra los muertos menores. Sam había tardado dos horas y estaba un poco cansado. Ignoraba que la mayoría de magos del Gremio habrían tardado una jornada entera. A Sam siempre le había resultado fácil infundir magia a los objetos inanimados.

Completó el trabajo sentado en el extremo seco de un tronco medio hundido en el arroyo. En opinión de Sam era un arroyo muy bueno, porque tenía al menos quinientos metros de ancho y sus aguas eran profundas y caudalosas. Se podía cruzar usando el tronco y saltando por unas cuantas pasaderas enormes, pero Sam dudaba de que los muertos se atrevieran a tanto.

El muchacho guardó la flecha terminada en la aljaba que había hecho en la mochila de Lirael y se la echó a la espalda. Su propia mochila estaba en el suelo, cerca del arroyo, con Zapirón cómodamente dormido en lo alto. Al inclinarse para ver mejor bajo la primera luz del amanecer, Sam comprobó que el felino se había ido. El

bulto oscuro posado en lo alto de la mochila había desaparecido por completo y no había señales del gato en el bolsillo interior.

Sam buscó a su alrededor sin ver nada que se moviera, aunque la luz no bastaba para distinguir nada, estuviera quieto u oculto. Tampoco escuchó nada sospechoso, sólo el borboteo del arroyo y, a lo lejos, el retumbo del trueno que llegaba tras los relámpagos que rodeaba el foso.

Zapirón nunca se había marchado de aquella manera; Sam confiaba en el gatito blanco mucho menos que antes de su experiencia en los extraños túneles que había debajo de la Casa. Cogió el arco de Lirael y preparó una flecha. Tenía la espada al costado, pero como ya amanecía, había luz suficiente para disparar y dar en el blanco. Al menos hasta el otro lado del arroyo, que Sam no tenía la menor intención de cruzar.

Algo se movió en la otra orilla. Una silueta pequeña y blanca que se escurría cerca del agua. Quizá fuese Zapirón, pensó Sam, mirando con atención en la penumbra. Quizá.

Se acercó más y el muchacho tensó el arco.

—¿Zapirón? —susurró, con los nervios tan tensos como el arco.

—¿Quién iba a ser si no, tonto? —contestó la silueta blanca y saltó ágilmente de piedra en piedra hasta llegar al tronco—. Ahorra las flechas... que buena falta te van a hacer. ¡Hay como doscientos braceros muertos que vienen hacia aquí!

—¿Qué? —gritó Sam—. ¿Y Lirael y Nick? ¿Están bien?

—No tengo ni idea —contestó Zapirón tranquilamente—. Fui a ver qué pasaba cuando nuestra compañera canina se puso a ladrar. Viene hacia aquí, la persiguen muy de cerca, pero no vi ni a Lirael ni al problemático de tu amigo. Ah... y creo que ahora se llama Perra Asquerosa.

A las palabras de Zapirón siguió un sonoro chapuzón, el que se dio la perra cuando apareció de pronto en la orilla opuesta y se tiró de cabeza al arroyo salpicando agua en todas direcciones, pero sobre todo hacia donde se encontraba Zapirón.

En un abrir y cerrar de ojos, la perra estuvo al lado de ellos y se sacudió con tanta fuerza que Sam hubo de apartar el arco para que no se le mojara.

—Deprisa —jadeó—. ¡Debemos huir de aquí! ¡Quédate de este lado y ve corriente abajo!

En cuanto hubo hablado, la perra se echó a correr otra vez por la orilla del arroyo. Sam saltó del tronco, recogió su mochila y salió tras la perra, mientras iba desgranando una serie de preguntas. Con la mochila de Lirael a la espalda, el arco y una flecha en una mano y su mochila en la otra, tuvo que concentrarse a fondo para no caer al arroyo.

—¿Lirael... y Nick? ¿No... podemos parar... y hablar un poco...?

—Lirael se metió en los juncos, pero el nigromante apareció de pronto y ya no

pude seguirla, de lo contrario, la habría descubierto —dijo la perra y volvió la cabeza sin dejar de correr—. ¡Por eso no podemos parar!

Sam también miró atrás, tropezó con la mochila y perdió el arco y la flecha. Se levantó lo más deprisa que pudo y vio que un muro de braceros muertos se detenía al borde del arroyo, cerca del tronco hundido. Eran cientos y cientos, una masa oscura de siluetas que se retorcían y que, de inmediato, comenzaron a seguir a la perra en paralelo desde la orilla opuesta.

En el centro de los braceros muertos destacaba una figura. Un hombre envuelto en llamas rojas, a lomos del esqueleto de un caballo que sólo conservaba carne en el cuello y la cruz.

Hedge. Sam notó su presencia como un cubo de agua helada y un dolor agudo en las muñecas. Hedge gritaba algo, quizás un encantamiento, pero Sam no lo oyó pues se afanaba por recoger el arco y sacar otra flecha. Todavía estaba bastante oscuro y calculó que la distancia que los separaba era considerable, pero creía que con un poco de suerte, el disparo conseguiría atravesar la quietud y dar en el blanco.

Fue pensarlo y tener la flecha tensada en el arco. Por un momento, dedicó toda su concentración en una línea entre él y aquella silueta de fuego y oscuridad.

Y entonces disparó y la flecha encantada partió de él como una chispa azul. Sam siguió su trayectoria lleno de esperanza y la vio volar certera hasta clavarse en el nigromante con un resplandor blanco que lució en el fuego rojo. Hedge cayó del esqueleto del caballo que, tras retroceder, echó a correr hacia delante, arremetiendo contra varias filas de braceros muertos y zambulléndose en el agua en medio de una explosión de chispas blancas y un chillido que resonó con fuerza. El animal supo instintivamente cómo soltarse y morir para siempre.

—Eso lo hará enfadar —dijo Zapirón a los pies de Sam.

Las esperanzas de Sam se esfumaron cuando vio que Hedge se levantaba, se arrancaba la flecha clavada en la garganta y la lanzaba al suelo.

—No gastes otra en él —dijo la perra—. No hay flecha que pueda matarlo, por más hechizos que lleven.

Sam asintió sombríamente, lanzó el arco a un lado y desenvainó la espada. Aunque el arroyo pudiese frenar el avance de los braceros muertos, sabía que a Hedge no lo detendría.

El nigromante desenvainó su espada y avanzó, sus braceros muertos se apartaron para formar un pasillo. En el borde del arroyo, Hedge esbozó una amplia sonrisa y las llamas rojas le envolvieron los dientes. Hundió una bota en el agua y volvió a sonreír mientras el agua comenzaba a soltar vapor.

—¡Ve y ayuda a Lirael! —le ordenó Sam a la perra—. Entretendré a Hedge todo lo que pueda. Zapirón, ¿me vas a ayudar?

Zapirón no le contestó; no había ni rastro del felino.

—Buena suerte —le deseó la perra y partió a toda carrera a lo largo de la orilla, rumbo al oeste.

Sam inspiró hondo y adoptó una postura de defensa. Sus peores temores se habían hecho realidad: debería enfrentarse otra vez solo a Hedge.

El muchacho se sumergió en el Gremio en busca de consuelo y de algún hechizo. Respiró de forma más acompasada en cuanto notó a su alrededor el flujo familiar y, casi sin pensar, empezó a dibujar marcas del Gremio, susurrando sus nombres a medida que caían en la palma de su mano.

Hedge avanzó un paso más. Estaba envuelto en vapor y casi completamente oscurecido; corriente arriba y abajo el arroyo era como una inmensa olla con agua hirviendo. Encogido de temor, Sam comprobó que el nigromante intentaba evaporar el arroyo. A sus pies había ucha menos agua, empezaba a verse el lecho del arroyo y los braceros muertos comenzaban a avanzar.

Hedge ni siquiera se molestaría en luchar contra él, pensó Sam. Lo único que tenía que hacer era quedarse en el arroyo mientras sus braceros muertos lo cruzaban y acababan con Sam. Aunque llevaba la zampona, Sam no sabía usarla como era debido y además los braceros eran muchísimos.

Le quedaba una solución. Atacar a Hedge en el arroyo y matarlo antes de que los braceros cruzaran. «Si es que conseguía eliminar a Hedge —dijo una vocecita regañona en su interior—. ¿No sería mejor que huyeras? Antes de que vuelva a quemarte, antes de que el nigromante te arranque el espíritu de las carnes y se lo lleve...»

Sam desechó el pensamiento y obligó a la vocecita regañona a que se ocultara en lo más profundo de su mente hasta quedar reducida a un chillido apenas perceptible. Dejó que las marcas del Gremio que tenía en la mano se disolvieran, volvió a buscar en el Gremio y extrajo una nueva ristra de marcas. Al invocarlas, Sam las trazó rápidamente con el dedo sobre la pierna. Eran marcas para proteger, reflejar, distraer. Se unieron, brillaron y le envolvieron las piernas con una armadura producto de la magia del gremio que resistiría el vapor y el agua calientes.

Se miró durante apenas diez o quince segundos. Cuando volvió a levantar la vista, Hedge había desaparecido. El vapor se estaba disipando y el agua volvía a fluir. Los braceros muertos le volvieron la espalda y se marcharon a trompicones dejando un rastro de pedazos de carne putrefacta y huesos astillados.

—Príncipe Sameth, o has nacido para morir de otro modo —observó Zapirón que apareció a los pies de Sam como si acabara de brotar del suelo—, o Hedge acaba de encontrar algo más importante que hacer.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Sam.

El muchacho se sentía extrañamente abatido. Estaba dispuesto a lanzarse al arroyo para luchar contra él y, de repente, la mañana volvía a estar tranquila. Incluso

había salido el sol y los pájaros volvían a cantar. Aunque sólo de su lado del arroyo, según notó Sam.

—Pues me escondí, que es lo que cualquier persona sensata haría cuando se le aparece un nigromante tan poderoso como Hedge —respondió Zapirón.

—¿Tan poderoso es? —quiso saber Sam—. Debes de haber conocido a muchos nigromantes mientras servías a mi madre y los demás Abhorsens.

—No contaban con la ayuda del Destructor —dijo Zapirón—. He de reconocer que me sorprende ver lo que es capaz de hacer, incluso sojuzgado. Una lección para todos nosotros, aunque atrapado en el interior de un trozo de metal plateado...

—¿Adonde crees que fue Hedge? —lo interrumpió Sam sin prestarle ninguna atención.

—Pues regresó junto a esos trozos de metal, por supuesto —bostezó Zapirón—. O quizá fuera por Lirael. Me parece que ha llegado la hora de que me eche una siestecita.

El gato volvió a bostezar y luego gruñó sorprendido cuando Sam lo agarró y lo sacudió haciendo que Ranna, colgada de su collar, tintineara.

—¡Tienes que buscar a la perra! Tienes que ir a ayudar a Lirael.

—Ésas no son formas de pedírmelo —bostezó Zapirón, al notar que la somnolencia de Ranna los invadía a ambos.

Sam descubrió de pronto que se había sentado y que el suelo le parecía la mar de cómodo. No tenía más que acostarse, colocar las manos detrás de la cabeza y...

—¡No, no! —protestó.

Se puso en pie, se metió en el arroyo y hundió la cara en el agua.

Cuando salió, Zapirón se había vuelto a meter en su mochila. Estaba completamente dormido y lucía una sonrisa malvada.

Sam lo observó y se pasó las manos por el pelo empapado. La perra había partido orriente abajo. ¿Qué le había dicho? «Lirael se metió en los juncos.»

De modo que si Sam seguía el arroyo hasta el lago Rojo, era muy probable que la encontrase. O a lo mejor alguna señal de ella, o de la perra. Con algo de suerte, Zapirón podía despertarse.

O Hedge podía regresar...

Sam no quería quedarse sentado donde estaba. Lirael podía necesitar su ayuda. Nicholas podía necesitar su ayuda. Debía encontrarlos. Juntos, quizá sobreviviesen lo suficiente para hacer algo con El Destructor atrapado en los hemisferios de plata. Solos, no les quedaba más que el fracaso y la caída.

Sam guardó el arco de Lirael y tiró la flecha. Cargó una mochila en cada hombro, se aseguró de que Zapirón no se cayera de ella, aunque se lo tuviese merecido y se fue hacia el oeste, siguiendo el curso del arroyo.

Oculto entre los juncos

Lirael esperaba encontrar una barca hecha con juncos trenzados, pues las clarvis así habían descrito la embarcación en la que la habían visto a ella y a Nicholas en su visión del lago Rojo. Aun así, sintió un gran alivio cuando tropezó con un extraño botecito, porque el agua le llegaba ya por encima de los muslos. Si se hacía más profunda, se habría visto obligada a regresar, pues si seguía adelante, se arriesgaba a que Nick se ahogara, porque no podía cargar con él más que a la manera de los bomberos, con lo cual la cabeza del muchacho quedaba más de medio metro por debajo de la de ella.

Lo depositó con cuidado en el centro de lo que parecía una canoa, y aferró los bordes cuando seladeó. La longitud de la barca duplicaba la altura de la muchacha, pero era muy estrecha, salvo por la parte central, de manera que apenas había espacio para los dos.

Nick estaba medio inconsciente, pero se recuperó un poco tras llevar sentado un rato en la barca, y Lirael sopesó sus posibilidades. Los juncos se elevaban por encima de sus cabezas, formando una enramada que los ocultaba a la vista; los pájaros acuáticos lanzaban sus gritos plañideros y de vez en cuando se zambullían para pescar algún bocado.

Lirael se sentó con la espada en el regazo, una mano en la bandolera con las campanas y escuchó atentamente. Los pájaros de las marismas piaban alegremente mientras pescaban y luego, de repente, se quedaban en silencio y se ocultaban entre los juncos. Lirael sabía que era por culpa de los cuervos sanguinarios que volaban en lo alto. Notaba el frío espíritu que los habitaba y que obedecía ciegamente las órdenes de su amo nigromante. La estaban buscando.

La barca era tal y como la habían descrito las clarvis, pero Lirael sintió un temor nuevo y extraño mientras se balanceaba en su interior. La visión de las clarvis había llegado hasta ese momento. La habían visto allí, en compañía de Nicholas, pero no habían logrado adivinar quién era Nicholas. ¿Acaso su visión estaba limitada porque era el fin? ¿Iba Hedge a aparecer entre los juncos? ¿Acaso El Destructor surgiría del interior del muchacho flaco que tenía sentado enfrente?

—¿Qué esperas? —le preguntó Nick de pronto, mostrándose más recuperado de lo que la muchacha creía.

Lirael dio un respingo y la barca se balanceó con violencia. La voz de Nick sonó fuerte y extraña en el tranquilo mundo de los juncos.

—¡Silencio! —le ordenó Lirael con severidad.

—¿Y si no qué? —preguntó Nick, bravucón.

Pero bajó el tono de voz sin dejar de observar la espada.

Pasaron unos segundos y Lirael le dijo:

—Esperamos que se haga mediodía y el sol brille más, entonces los muertos estarán más débiles. Iremos hacia la orilla del lago y, con suerte, llegaremos al lugar de reunión donde estará tu amigo Sameth.

—Los muertos —dijo Nick con una sonrisa de superioridad—. Unos cuantos espíritus locales a los que hay que aplacar, supongo. Y a Sam ya lo mencionaste antes. ¿Qué tiene él que ver en todo esto? ¿A él también lo has raptado?

—Los muertos son... los muertos —contestó Lirael frunciendo el ceño. Sam le había comentado que Nick no entendía ni intentaba comprender cómo funcionaba el Reino Antiguo, pero su ceguera para captar la realidad no podía ser natural—. Los tienes trabajando en tu foso. Los braceros muertos de Hedge. Y no, Sam está trabajando conmigo para rescatarte. Es evidente que no tienes idea del peligro.

—No me digas que Sam ha vuelto a caer presa de la superstición —dijo Nick—. Los muertos, como los llamas, no son más que unos pobres desgraciados que padecen algún tipo de lepra. Y tú no me estás rescatando, ni mucho menos, sino que me estás alejando de un importante experimento científico.

—Me viste con forma de búho—dijo Lirael llena de curiosidad por saber exactamente hasta qué punto las anteojeras le impedían percibir la realidad—. Con la perra alada.

—Hipnosis... o alucinaciones —dijo Nick—. Como podrás comprobar, no me encuentro bien. Otro de los motivos por los que no debería estar en esta... esta porquería de embarcación.

—Curioso —dijo Lirael, pensativa—. Debe de ser la cosa que llevas dentro la que te cierra la mente. Me pregunto cuál será la finalidad de semejante ceguera.

Nick no contestó, pero puso los ojos en blanco, desestimando cualquier comentario que Lirael pudiese hacer.

—Hedge me rescatará, ya lo sabes —le dijo—. Es un tipo lleno de recursos, y está tan empeñado como yo en cumplir con los plazos. De modo que sea cual fuere la loca idea que tengas, deberías olvidarla y regresar a casa. De hecho, estoy seguro de que si me devuelves, recibirás alguna recompensa.

—¿Una recompensa? —Lirael se echó a reír amargamente—. ¿Una muerte horrible y servidumbre eterna? Ésa es la recompensa que recibe todo ser vivo que se acerca a Hedge. Pero dime una cosa, ¿de qué se trata tu experimento?

—Si te lo cuento, ¿me soltarás? —preguntó Nick—. Claro que no es ningún secreto. Al fin y al cabo, tú no vas a publicar en las revistas científicas de Ancelstierre, ¿verdad?

Lirael no respondió ninguna de las dos preguntas. Se lo quedó mirando y esperó que hablara. Al principio, Nick le sostuvo la mirada, pero luego tuvo que mirar para otro lado. Los ojos de aquella muchacha tenían algo inquietante. Una dureza que nunca había visto en las jóvenes que había conocido en los bailes de presentación en

sociedad de Corvere. Quiso hablar en parte por eso y en parte porque deseaba impresionarla con sus conocimientos y su inteligencia.

—Los hemisferios están hechos de un metal desconocido que, según mi hipótesis, tiene una capacidad infinita de absorber energía eléctrica para su posterior descarga —dijo juntando los dedos de las manos—. Al mismo tiempo, crean una especie de campo onizado que atrae las tormentas de truenos, que a su vez producen relámpagos que son atraídos por el metal. Por desgracia, ese campo ionizado es lo que impide trabajar el metal, pues es imposible acercarse a él ninguna herramienta de hierro o acero.

<<Tengo la intención de conectar los hemisferios a una Central Productora de Rayos que un socio de mi confianza está construyendo en Ancelstierre, en este mismo momento. La Central Productora de Rayos estará compuesta de mil pararrayos conectados que captarán toda la fuerza eléctrica de una tormenta, no sólo cierto número de relámpagos, y esa energía pasará a los hemisferios. Esta potencia... eh... repolarizará... es decir, desmantalará los dos hemisferios para que puedan juntarse y formar uno. Ése es el objetivo final. Hay que juntarlos, ¿comprendes? ¡Es esencial!

Se dejó caer al pronunciar la última palabra entre jadeos, casi sin aliento.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lirael.

A ella le sonaba más bien a la palabrería empleada por falsos visionarios y magos charlatanes cuyo único objetivo era convencerlos a ellos mismos.

—Pues lo sé —musitó Nick—. Soy científico. Cuando los hemisferios estén en Ancelstierre, podré probar mis teorías con la ayuda y los instrumentos adecuados.

—¿Y por qué hay que juntar los hemisferios? —preguntó Lirael.

Ese parecía ser el punto más débil de las creencias del muchacho. Y el más peligroso, porque unir los hemisferios implicaría que lo que se hallaba atrapado en su interior volvería a estar entero. En cuanto formuló esa pregunta, se dio cuenta de que había otra más importante.

—Es preciso que se junten —contestó Nick, con el desconcierto dibujado en la cara. Era evidente que no tenía las ideas demasiado claras—. Está claro como el agua.

—Como el agua —dijo Lirael, para calmarlo—. Lo que me intriga es saber cómo llevarás los hemisferios hasta Ancelstierre. ¿Y dónde está exactamente tu Central Productora de Rayos? Ha de ser muy difícil montar algo tan complicado. No sé, debe de ocupar mucho espacio.

—No creas, no es tan difícil —dijo Nick. Se mostró aliviado de poder abandonar el tema de la unión de los hemisferios—. Llevaremos el metal hasta el mar en barcas y luego seguiremos por la costa hacia el sur. Al parecer, las aguas están muy agitadas y hay demasiada niebla para continuar todo el trayecto por mar. Los llevaremos a la costa justo al norte del Muro, cruzaremos al otro lado y después, hasta la serrería de Forwin serán unos catorce o quince kilómetros. Si todo va bien, estará

terminado cuando lleguemos.

—Pero... ¿como cruzarás el Muro? Hace de barrera a los muertos y cosas así. No podrás llevar los hemisferios al otro lado del Muro.

—¡Tonterías! —exclamó Nick—. Eres tan mala como Hedge. Con la diferencia de que él al menos está dispuesto a intentarlo, siempre y cuando lo deje soltar antes unas cuantas supercherías.

—Ah —dijo Lirael.

Era evidente que Hedge, o mejor dicho, su amo, había encontrado la manera de transportar los hemisferios al otro lado del Muro. La esperanza resultó vana porque Lirael sabía que Hedge había cruzado en más de una ocasión, y Kerrigor y su ejército lo habían hecho hacía años. Por un momento había soñado con la posibilidad de que los hemisferios no pudiesen pasar.

—¿No tendréis... no tendréis problemas con las autoridades de Ancelstierre? —preguntó Lirael, expectante.

Sam le habló de la frontera que los habitantes de Ancelstierre habían construido para impedir que nadie entrara en su país desde el norte. La Abhorsen en ciernes no tenía ni idea de lo que se podía hacer en caso de que los hemisferios salieran del Reino Antiguo.

—No —contestó Nick—. Hedge dice que no habrá ningún problema que él no pueda olucionar. Creo que en el pasado fue contrabandista y que sus métodos son poco convencionales. Yo prefiero mantenerme dentro de los marcos legales, de modo que conseguí los permisos de aduana y los certificados pertinentes. Debo reconocer que no son para cosas provenientes del Reino Antiguo, porque oficialmente éste no existe, de manera que no hay impresos. Por ello dispongo de una carta de mi tío en la que me concede el permiso para cruzar del otro lado lo que precise para mi experimento.

—¿Tu tío?

—Es el ministro supremo —contestó Nick, orgulloso—. Este año llevará diecisiete en el cargo, con una interrupción de tres años en la mitad, cuando fue ocupado por los Reformistas Moderados. Se trata del ministro supremo de mayor éxito que ha tenido el país, aunque ahora tiene algún que otro problema con las guerras continentales y todos los refugiados sureños que entran a raudales. De todas maneras, dudo que Corolini y el grupo variopinto del que se rodea consigan apoyos para destituirlo. Es el hermano mayor de mi madre, y un tipo realmente bueno. Siempre dispuesto a ayudar a un sobrino que se lo merece.

—¿Y esos documentos no se quemaron cuando se prendió fuego tu tienda? —preguntó Lirael aferrándose a esta otra esperanza.

—No —contestó Nick—. Y eso gracias otra vez a Hedge. Él sugirió que se los dejara al hombre que se reunirá con nosotros al otro lado del Muro. Dijo que se

podrían, y ahora, con la sabiduría que da la experiencia, veo que es cierto. ¿Me dejarás ir ahora?

—No —dijo Lirael—. Te vamos a rescatar, te guste o no.

—En ese caso, no te contaré nada más —declaró Nick con petulancia.

Se volvió a recostar rozando los juncos.

Lirael lo observó mientras no paraba de darle vueltas a la cabeza. Esperaba que Ellimere hubiese recibido el mensaje de Sam y que en ese momento un ejército de guardias acudiera al rescate. Sabriel y Piedra de Toque quizá también viajaran hacia el norte desde Corvere. Tal vez estuviesen incluso a punto de cruzar el Muro.

Todos ellos, sin embargo, se dirigirían hacia Edge, mientras los hemisferios que encerraban a la cosa sojuzgada se alejaban hacia Ancelstierre, donde el espíritu antiguo de la destrucción recuperaría la libertad, liberado de la interferencia de las únicas personas que comprendían el peligro.

Lirael se dio cuenta de que Nick también la observaba mientras todas esas ideas le bullían en la cabeza. Pero no la miraba con desconcierto ni animadversión. Simplemente la contemplaba, la cabeza inclinada, un ojo entrecerrado.

—Perdona —se disculpó—. Me preguntaba cómo es que conoces a Sam. ¿Eres... eres una princesa? No sé, si eres su novia o algo así, creo que debería estar enterado. Para... digo... para darle la enhorabuena. Y ni siquiera sé cómo te llamas.

—Lirael —contestó la muchacha—. Soy la tía de Sam. Soy la Ab... Digamos que trabajo con la madre de Sam y también... fui auxiliar segunda de la bibliotecaria e hija de las clarvis, aunque dudo que sepas lo que significan esos títulos. En este momento, ni yo misma lo sé.

—¡Su tía! —exclamó Nick y se le arrebolaron las mejillas esta vez de vergüenza, no por la fiebre—. ¿Cómo es posible? No sé... es que no tenía ni idea. Perdona.

—Soy... soy mucho mayor de lo que parezco —añadió Lirael—. Por si lo preguntas.

Se sentía un poco incómoda, aunque no sabía por qué. Todavía no sabía cómo hablar de su madre. En cierta manera le resultaba más doloroso pensar en ella ahora que sabía quién era su padre y cómo la habían engendrado. Algún día, pensó, averiguaría exactamente lo que le había pasado a Arielle y por qué había decidido marcharse.

—No se me ocurriría en la vida —contestó Nick—. Te parecerá una tontería, pero aquí me siento mucho mejor que en estas últimas semanas. Jamás habría dicho que el aire de las marismas pudiese tener efectos tonificantes. Hoy ni siquiera me he desmayado.

—Sí, una vez —le dijo Lirael—. Cuando te sacamos de la tienda.

—¿De veras? ¡Qué vergüenza! —exclamó Nick—. Da la impresión de que me desmayo con mucha frecuencia. Por suerte, suele pasarme cuando Hedge está cerca

para agarrarme.

—¿Notas cuándo te vas a desmayar? —preguntó Lirael.

No olvidaba la advertencia que le había hecho la *Perra Canalla* sobre el tiempo que el fragmento permanecería dominado, y estaba bastante segura de que ella sola no sería capaz de aplacarlo.

—Normalmente, sí —contestó Nick—. Primero me entran náuseas y empiezo a ver raro... todo se tiñe de rojo. Y algo me pasa en el olfato, porque huelo a quemado, como un motor eléctrico al que se le saltan los fusibles. Pero ahora me siento mucho mejor. Quizá se me haya ido la fiebre.

—No es fiebre —le aclaró Lirael con tono cansino—. Aunque espero que hayas mejorado por el bien de los dos. Quédate quietecito ahora, remaré un trecho más. No saldremos de entre los juncos, pero quiero ver lo que pasa en el lago. Y por favor, guarda silencio.

—De acuerdo —contestó Nick—. No me queda otro remedio, ¿verdad?

Lirael estuvo a punto de disculparse, pero se calló. Nick le daba pena. Él no tenía la culpa de que un espíritu antiguo del mal lo hubiese elegido como avatar. El chico le inspiraba incluso un sentimiento maternal. Era de los que necesitan que lo arrojen en la cama y le den a beber un té de corteza de sauce. Ese pensamiento condujo a otro y Lirael se preguntó qué aspecto tendría el muchacho si se encontrara bien. Era bastante guapo, pensó Lirael, pero de inmediato desechó esa idea. Quizá fuese un enemigo involuntario, pero enemigo al fin.

La barca de juncos era ligera, no obstante, resultaba arduo remar sólo con las manos. En especial porque también debía vigilar a Nicholas por si causaba problemas. Aunque se conformó con acostarse en la proa de la barca de juncos. Lirael lo sorprendió mirándola con disimulo, pero aparte de eso, el muchacho no trató de escapar ni de gritar.

Después de remar durante veinte durísimos minutos, los juncos comenzaron a ralear, el agua roja viró a rosa y Lirael vio el fondo lodoso del lago. El sol estaba alto, de manera que Lirael se arriesgó a llevar la barca hasta el borde de las marismas de juncos desde donde ver lo que ocurría en el lago sin ser vista.

Los juncos seguían doblándose por encima de sus cabezas y formaban un dosel que los ocultaba. Pese a ello, Lirael sintió alivio al comprobar que no notaba la presencia de los cuervos sanguinarios. Probablemente era por la combinación del sol resplandeciente y del agua que fluía rauda más allá de las costas cubiertas de juncos.

No había cuervos sanguinarios a la vista, era verdad, pero algo se movía en la superficie del lago. Por un segundo, Lirael se alegró al pensar que quizá fuese Sam o una partida de guardias. Y entonces, justo cuando Nick le hablaba, se dio cuenta de lo que era.

—¡Mira... mis barcazas! —gritó, se incorporó y se puso a agitar los brazos—.

Hedge debe de haber conseguido la otra... y ya la ha cargado.

—¡Calla! —siseó Lirael y lo obligó a agacharse. Él no opuso resistencia, pero de repente frunció el ceño y se agarró el pecho.

—Me parece que... me parece que he vendido la piel del oso antes... —¡Lucha! ¡Resístete! —lo interrumpió Lirael—. ¡Nick... tienes que resistirte!

—Lo intentaré... —comenzó a decir Nick, pero no acabó la frase, y la cabeza se le ladeó y fue a golpear contra los juncos.

Puso los ojos en blanco y Lirael vio una fina voluta de humo que le salía por la nariz y la boca. Lo abofeteó con fuerza.

—¡Lucha y aguanta! ¡Eres Nicholas Sayre! ¡Dime quién eres! Los ojos de Nick olvieron a la normalidad aunque seguía despidiendo humo por la nariz.

—Soy... soy Nicholas John Andrew Sayre —susurró—. Soy Nicholas... Nicholas...

—¡Sí! —lo exhortó Lirael. Dejó la espada a un lado, lo agarró de las manos y se estremeció al sentir que, bajo la piel helada del muchacho, la magia libre le fluía por las venas—. ¡Háblame de ti, Nicholas John Andrew Sayre! ¿Dónde naciste?

—Nací en Amberne, en la casa de mi padre—musitó Nick. Su voz fue recobrando fuerza a medida que el humo retrocedía—. En la sala del billar. No, es broma. Si me oyese mi madre, me mataría. Nací como está mandado que nazca un Sayre, rodeado del médico y las parteras. Nada menos que dos parteras, y el médico de la sociedad...

Nick cerró los ojos y Lirael le apretó con fuerza las manos.

—¡Cuéntame lo que sea! —le ordenó.

—La gravedad específica de la orbilita en suspensión de azogue es... no sé lo que es... La nieve en Lorrovia sólo cae en los Alpes del sur, y los puertos principales de montaña son Kriskadt, Jorstschi y Korbuk... En sus cincuenta y cuatro años de vida, el frailecillo normal de cola azul pone veintiséis huevos... Más de cien mil sureños entraron de forma ilegal en el último año... El árbol de chocolate es un invento de...

Se detuvo de pronto, inspiró hondo y abrió los ojos. Lirael siguió sujetándole las manos un momento, cuando comprobó que el humo había dejado de salirle por la nariz y que ya no tenía la mirada rara, lo soltó y volvió a empuñar la espada para depositarla sobre su regazo.

—Estoy metido en un buen lío, ¿no? —dijo Nick con voz trémula.

Miró hacia el fondo de la barca para ocultar la cara mientras respiraba acompasadamente.

—Sí—respondió Lirael—. Pero Sameth y yo y la... y nuestros amigos... haremos todo lo posible por salvarte.

—Aunque no sabes si podrás hacerlo —comentó Nicholas con un hilo de voz—. Esto... que llevo dentro. ¿Qué es?

—No lo sé. Pero forma parte de un mal antiquísimo y muy grande. Y tú estás

contribuyendo a liberarlo. A causar destrucción.

Nick asintió despacio. Y luego levantó la vista y la clavó en los ojos de Lirael.

—Ha sido como un sueño —le confesó—. Me paso la mayor parte del tiempo sin saber si estoy despierto o no. Me olvido de las cosas fácilmente. No puedo pensar más que en los hemis...

Guardó silencio. El miedo se reflejó en sus ojos; tendió la mano y buscó la de Lirael. La muchacha lo aferró de la izquierda, pero no soltó la espada. Si la cosa que Nick llevaba dentro llegaba a tomar las riendas y no la dejaba marchar, sabía que iba a tener que soltarse a estocada limpia.

—Calma, calma, calma —repetía Nick por lo bajo y mientras hablaba se iba meciendo—. Lo tengo controlado. Dime qué debo hacer.

—¡Seguir luchando! —le contestó Lirael y ya no supo qué más sugerirle—. Si no conseguimos contenerte, entonces, cuando llegue el momento, debes hacer lo que haga falta para... para detenerlo. ¡Promételo!

—Te lo prometo —contestó Nick con los dientes apretados—. Palabra de un Sayre. ¡Lo voy a detener! ¡Lo juro! Por favor, Lirael, háblame. Tengo que pensar en otra cosa. Cuéntame... cuéntame dónde naciste.

—En el Glaciar de las Clarvis —respondió Lirael, nerviosa. Nick la apretaba con más fuerza y no le hacía ninguna gracia—. En la sala de partos de la enfermería. Aunque algunas clarvis tienen a sus hijos en sus habitaciones, la mayoría de nosotras... quiero decir, la mayoría de ellas tienen a sus niños en la sala de partos donde todo el mundo está presente y resulta más comunitario y divertido.

—Tus padres —pronunció Nick entrecortadamente y, tras estremecerse, añadió a toda prisa—: Háblame de ellos. De los míos tengo poco que contar. Mi padre es un mal político, aunque entusiasta. Su hermano mayor es el que ha tenido éxito. Mi madre asiste a fiestas y bebe demasiado. ¿Cómo es que eres la tía de Sameth? No entiendo cómo puedes ser hermana de Piedra de Toque o de Sabriel. Los conozco. Son mucho mayores que tú. Viejísimos. Calculo que tendrán unos cuarenta años o más... Háblame, por favor, háblame...

—Soy hermana de Sabriel —contestó Lirael, pero aquellas palabras le sonaron muy raras en sus propios labios—. Hermana de Sabriel. Pero de distinta madre. Su... mi padre estuvo... hum... con mi madre muy poquito tiempo y luego murió. No supe quién era hasta hace poco. Mi madre... mi madre se marchó cuando yo tenía cinco años. De manera que no me enteré de que mi padre era el Abhorsen... ¡Ay, no!

—¡Abhorsen! —gritó Nick.

Su cuerpo se agitó y Lirael notó que de repente la piel del muchacho se había vuelto más fría. Se soltó rápidamente de su mano, se apartó cuanto pudo y se maldijo por haber pronunciado la palabra «Abhorsen» cuando Nicholas ya estaba a punto de perder el control. Eso daría rienda suelta a la magia libre que llevaba dentro.

Nick comenzó a echar humo blanco por la nariz y la boca. De su lengua se desprendían chispas blancas cada vez que intentaba hablar. Movi6 los labios, pero sólo consiguió despedir humo. Lirael tardó un momento en descifrar lo que intentaba decir.

—¡No! —o quizá—: ¡Vete!

El destructor dentro de Nicholas

Lirael vaciló un instante, incapaz de decidir si saltar de la barca y huir o sacar las campanas. Puso manos a la obra, sacó a Rana y a Saraneth, operación complicada estando sentada con la espada sobre el regazo.

Nick todavía no se había movido, pero el humo blanco salía despacio en forma de zarcillos que iban de aquí para allá, como dotados de vida propia. El hedor nauseabundo de la magia libre se propagó con ellos, mundo la nariz de Lirael que, como reacción, comenzó a sentir arcadas.

No esperó a ver más, se limitó a tañer las dos campanas juntas y a concentrar toda su fuerza de voluntad en una orden perentoria dirigida .i la figura sentada delante de ella y al humo que flotaba en el aire.

«Duerme», pensó Lirael, mientras todo su cuerpo se tensaba en el esfuerzo de concentrar la fuerza de las dos campanas. Sintió la canción de cuna de Ranna y la coacción de Saraneth cuando el eco de ambas cruzó lis aguas. Juntas coronaron a Nicholas de magia y sonido y enviaron el espíritu de la magia libre que habitaba en su interior de vuelta a su sueño parasitario.

Lirael comprobó que tal vez no era eso lo que ocurría, pues el humo blanco se limitó a retroceder y las campanas comenzaron a brillar y a emitir un extraño calor rojo mientras sus voces perdían intensidad y nitidez. Entonces Nick se incorporó, con los ojos en blanco, ciegos a todo, y El Destructor habló por su boca.

Sus palabras golpearon a Lirael con fuerza, notó de pronto que le ardía hasta la médula de los huesos y un zumbido tan fuerte en los oídos que comenzaron a punzarle.

—¡Estúpida! ¡Tus poderes son una pobre herencia para enfrentarte a mí! Casi siento lástima de que Saraneth y Ranna sólo vivan en ti y en tus baratijas. ¡Quédate quieta!

Las dos últimas palabras las pronunció con tanta fuerza que Lirael lanzó un grito lacerante. El grito se convirtió en un gorgoteo ahogado cuando se quedó sin aire. La cosa que Nicle llevaba dentro, el fragmento, la había sojuzgado tan deprisa que se le habían helado hasta los pulmones. Intentó respirar por todos los medios, de nada le sirvió. Estaba completamente paralizada, por dentro y por fuera, sujeta por una fuerza que ni siquiera sabía cómo combatir.

—Adiós —dijo El Destructor.

Después, hizo que el cuerpo de Nicle se pusiera en pie y mantuviera el equilibrio cuando la barca de juncos se ladeó, y comenzó a hacer señas a las barcas. Al mismo tiempo, gritó un nombre que resonó por todo el lago.

—¡Hedge!

Presa del pánico, Lirael intentó respirar una y otra vez. Su pecho se mantenía

congelado y las campanas yacían sin vida en sus manos inertes. Desesperada, repasó mentalmente las marcas del Gremio e intentó pensar en algo que la liberase antes de morir asfixiada.

No se le ocurrió nada, nada en absoluto, hasta que de pronto notó que conservaba algo de sensibilidad en los muslos, donde Nehima seguía apoyada en su regazo. La veía muy de refilón, porque no podía mover los ojos, pero las marcas del Gremio ardían en la hoja y desde allí fluían hacia ella para luchar contra la magia libre que la mantenía asida en su garra mortal.

Las marcas a duras penas lograban combatir el hechizo. Iba a tener que hacer algo ella también, porque a ese paso se ahogaría antes de que sus pulmones recobraran la libertad.

Era tanta su desesperación por hacer lo que fuese, que descubrió que era capaz de mover las pantorrillas hacia los lados y de ese modo podría mecer la barca. No era muy estable, e manera que si conseguía volcarla y distraer al espíritu de la magia libre... quizás el sortilegio se rompería.

Meció más la barca y empezó a llenarse de agua que empapó los juncos firmemente tejidos. El cuerpo de Nick continuó sin volverse, sus piernas se adaptaron sin notarlo al balanceo. La cosa que llevaba en su interior estaba concentrada en las barcasas que se aproximaban y en los hemisferios que contenían su yo completo.

Lirael perdió el conocimiento por la falta de oxígeno. Volvió en sí en un instante, cuando la adrenalina le fluyó por las venas como un torrente— y entonces volvió a mecer la barca con el alma entera.

La embarcación de juncos se balanceaba sin cesar pero no volcaba. Lirael gritó por dentro y tuvo la certeza de prepararse para mecer la barca por última vez, por lo que empleó toda la fuerza que la espada había liberado.

El agua entró a raudales y, por un instante, la barca estuvo a punto de zozobrar. Por desgracia, los pueblos del lago la habían tejido tan bien que volvió a enderezarse. Al cuerpo de Nick, sorprendido por la violencia del movimiento, no le ocurrió lo mismo. Se inclinó hacia un lado, intentó agarrarse de la proa, se inclinó hacia el otro... y cayó al lago.

Lirael inspiró hondo. Los pulmones siguieron helados durante un momento, luego se llenaron de aire y la muchacha notó que un estremecimiento la recorría toda. El sortilegio se había roto con la caída de Nick. Sin poder contener los sollozos, la muchacha guardó las campanas en sus morrales y levantó la espada. Las marcas del Gremio de la empuñadura latieron para infundirle calor y ánimos.

En todo ese rato no dejó de buscar a Nick y a eso que llevaba dentro. Al principio, no vio nada moverse en el agua. A unos cuantos metros de la barca, se elevó una columna de vapor y el agua comenzó a soltar burbujas, como si el lago estuviese hirviendo. Una mano, la mano de Nick, salió del agua, agarró el costado de la barca y,

con fuerza descomunal, le arrancó un trozo; escupió agua por la boca y luego soltó un agudísimo grito de rabia; al oírlo, todos los pájaros del lago huyeron en desbandada.

Alcanzó también a Lirael. Instintivamente, la muchacha saltó por el otro costado de la barca lo más lejos que pudo, se golpeó contra los juncos y el agua y echó a correr por el agua. El terrible grito se repitió, seguido de un violento chapoteo. Por un momento Lirael pensó que tenía a Nick pisándole los talones y entonces se oyó una violenta explosión de agua y juncos rotos: Nick había levantado la barca y se la había lanzado. De haber corrido un poco más despacio, la barca le habría dado de lleno en la espalda; sin embargo, la suerte estuvo de su parte y sólo recibió una lluvia de agua y trozos de junco.

Antes de que Nicle pudiese hacer nada más, Lirael redobló sus esfuerzos por escapar. El agua no era tan profunda como esperaba, le llegaba al pecho, pero frenaba su avance, de manera que a cada instante temía que la criatura se le echara encima o le lanzara un encantamiento. Desesperada, regresó hacia la zona de aguas menos profundas, partiendo los juncos con estocadas de Nehima.

No miró atrás, le faltaba valor para enfrentarse a lo que vería; tampoco se detuvo, ni siquiera cuando se perdió entre los juncos sin saber adonde iba, ni siquiera cuando los pulmones y los músculos le dolían a causa del esfuerzo.

Llegó un momento en que no le quedó más remedio que parar, cuando ya no pudo aguantar el calambre que le atenazaba el costado y las piernas se le hundían en el agua. Por suerte, era poco profunda, apenas le llegaba a las rodillas, de modo que Lirael se sentó aplastando los juncos hasta formar un asiento mojado y lodoso.

Aguzó los cinco sentidos, pero no parecía haber nada a su espalda... al menos nada que lograra oír por encima de los latidos del corazón cuyo eco reverberaba hasta en la última vena de su cuerpo.

Descansó en el agua llena de barro durante un tiempo que le pareció muy largo.

Después, cuando sintió que podía ponerse en marcha sin que se le saltaran las lágrimas o le dieran ganas de vomitar, se levantó y echó a andar otra vez.

Mientras avanzaba, pensó en lo que había hecho... mejor dicho, en lo que no había hecho. La escena se repetía hasta la saciedad en su cabeza. Debía de haber sido más rápida con las campanas, pensó, al recordar su vacilación y su torpeza. Tal vez debería haber traspasado a Nick con la espada... aunque no le parecía correcto, puesto que el pobre no tenía idea de lo que llevaba oculto en su interior, a la espera de la oportunidad adecuada para manifestarse. Probablemente no habría servido de mucho, puesto que, muerto el muchacho, el fragmento quizá pudiera seguir dentro de él, campando por sus respetos como había hecho cuando estaba vivo. Cabía incluso la posibilidad de que se le metiera a ella en el cuerpo...

En su mente destacaba también la visión de las clarvis de un mundo destruido. ¿Había perdido la oportunidad de detener al Destructor? ¿Acaso los minutos pasados

con Nick en la barca de juncos eran un momento culminante del destino? ¿Una oportunidad vital que ella no consiguió aprovechar?

En eso seguía pensando cuando el agua por donde corría se convirtió prácticamente en barro espeso. Los juncos comenzaron a ralear, por lo que dedujo que estaba llegando al borde de las marismas. Pese a que esa parte de las marismas, con la vegetación menos densa, ocupaba más de treinta kilómetros de la costa oriental del lago Rojo, Lirael seguía sin saber dónde se encontraba.

Adivinó dónde estaba el sur por la posición del sol y la longitud de la sombra de un junco, y hacia allá fue, manteniéndose en el borde de las marismas. Era más difícil avanzar que en terreno seco, pero resultaba más seguro, si en la zona había muertos a los que Hedge hubiese obligado a salir a la luz del sol.

Dos horas más tarde, Lirael estaba más mojada y más desanimada que nunca, sobre todo por culpa de un inesperado y profundo agujero con el que había topado por el camino. Estaba cubierta de la cabeza a los pies de una mezcla asquerosa de polen rojo de junco y barro negro. La mezcla apestaba, ella apestaba, las marismas parecían no acabar nunca y, además, no había señales de sus amigos.

Las dudas comenzaron a asaltarla con más fuerza; Lirael empezó a temer por sus compañeros, sobre todo por la *Perra Canalla*. ¿Y si se había visto superada por el ingente número de muertos? ¿Y si Hedge había logrado dominarla del mismo modo que el fragmento que Nick llevaba dentro había desbaratado su magia como si tal cosa?

A lo mejor estaban heridos o seguían luchando, pensó y apuró el paso. Sin ella y las campanas, les faltaría fuerza para enfrentarse a los muertos. Sam ni siquiera había terminado de leer El libro de los muertos. Ni siquiera había alcanzado el grado de Abhorsen. ¿Y si los estuviera persiguiendo un mordicante o alguna otra criatura lo bastante fuerte para aguantar el sol de mediodía?

Mientras iba así pensando, dejó atrás los juncos y empezó a correr y a andar por terreno más firme. Corría cien zancadas y caminaba cien pasos... sin dejar de vigilar por si aparecían cuervos sanguinarios, otros muertos o los siervos humanos de Hedge.

Hubo un momento en que vio y sintió la presencia de muertos muy cerca, pero se trataba de braceros, estaban lejos y huían para refugiarse del sol que les carcomía la carne y el espíritu, el sol capaz de enviarlos de regreso al reino de la muerte si no se resguardaban en alguna cueva o tumba desocupada.

No tardó en sentirse como un animal que es cazador y presa a la vez, como un zorro o un lobo. Sólo conseguía concentrar su atención en llegar al arroyo lo antes posible, buscar a lo largo de sus orillas a sus amigos o, como temía, alguna prueba de lo que les había ocurrido. Al mismo tiempo, tuvo la desagradable sensación de que, de un momento a otro, el enemigo la sorprendería desde detrás de algún árbol o alguna elevación del terreno o incluso desde el cielo.

Era un consuelo ver por dónde caminaba, pensó Lirael, cuando divisó la hilera de árboles y arbustos que indicaba la situación del arroyo. Estaba a poco más de quinientos metros; corrió más deprisa, aumentando las zancadas a doscientas.

Iba por la zancada ciento setenta y tres cuando algo salió de la hilera de árboles y fue hacia ella.

Lirael llevó instintivamente la mano al arco, pero no lo encontró. Se palpó el costado para desenfundar la espada y siguió corriendo.

Se disponía a cargar contra el enemigo cuando reconoció a la *Perra Canalla*, se detuvo y lanzó un grito de gozo, recibido por el ladrido alegre de su mascota.

La perra comenzó a saltar alrededor de su ama y a lamerle la cara y Lirael se abrazó a ella al tiempo que mantenía la espada en equilibrio para no dañarla.

—¡Eres tú, eres tú, eres tú! —canturreó la perra, meneando el rabo.

Lirael no dijo nada. Se arrodilló, apoyó la cabeza en el codo de la *Perra Canalla* y lanzó un suspiro cargado de preocupaciones.

—Hueles peor que yo, que ya es decir —comentó la perra una vez pasado el entusiasmo inicial, cuando ya tuvo ocasión de olfatear la capa de barro que cubría a su ama—. Será mejor que te levantes. Debemos volver al arroyo. Todavía quedan muchos muertos sueltos... parece que Hedge los ha dejado para que hagan lo que les venga en gana. O eso suponemos, pues la tormenta de relámpagos se ha trasladado al lago, supuestamente siguiendo el recorrido de los hemisferios.

—En efecto —dijo Lirael mientras caminaban de vuelta al arroyo—.

Hedge está allí. Nick... la cosa que lleva dentro lo llamó desde los juncos. Tienen dos barcas y se disponen a transportar los hemisferios hasta Ancelstierre.

—Volvió a surgir dentro de Nick —comentó la perra—. Sí que tardó poco. Caramba, el fragmento es más fuerte de lo que suponía.

—Más fuerte de lo que jamás llegué a imaginar —aclaró Lirael con un estremecimiento.

Habían llegado al arroyo donde Sam las esperaba a la sombra de los árboles, con una flecha tensada en el arco, listo para disparar. ¿Cómo iba a explicarle que había rescatado a Nicholas... para volver a perderlo?

Y entonces Sam se movió. Lirael se detuvo, sorprendida. Daba la impresión de ir a dispararle a ella... o a la *Perra Canalla*. Apenas le dio tiempo a agacharse: el arco se destensó y la flecha salió disparada hacia su cabeza.

Detalles acerca de la *Perra Canalla*

Al agacharse, Lirael notó de pronto la gélida presencia de un cuervo sanguinario justo encima de la cabeza. Segundos después, detuvo su descenso y cayó al suelo con un ruido seco, traspasado por la flecha de Sam, la magia del Gremio que había introducido en la afilada punta chisporroteó al devorar la pequeña porción del espíritu muerto que intentaba escapar.

Lirael sacó instintivamente una campana y miró al cielo en busca de otros cuervos sanguinarios. Vio a otro que bajaba a toda velocidad; una flecha acudió a su encuentro, traspasó la bola de plumas y huesos resacos y siguió su trayectoria, pero el cuervo sanguinario se detuvo, y otro fragmento de espíritu muerto cayó al suelo, retorciéndose con desesperación junto al primero que seguía sufriendo bajo el sol.

Lirael miró la campana que tenía en la mano y luego observó los fragmentos de espíritu, pozos negros como la tinta que se arrastraron hasta juntarse para sumar fuerzas. La campana adecuada en esos casos era Kibeth. Lirael la agitó dibujando una S en el aire y se oyó una melodía clara y alegre que impulsó a su pie izquierdo a dar un paso de baile. El efecto sobre los fragmentos de espíritu de los cuervos sanguinarios fue letal. Las dos manchas se encogieron como las babosas cuando les echas sal y casi dieron una voltereta tratando de escapar del sonido. No había modo de eludir el llamado perentorio de Kibeth, no había dónde refugiarse. Salvo el sitio al que el espíritu no quería regresar. Aunque no le quedaba más remedio. Desgarrado por dentro, el espíritu obedeció a la campana y las dos manchas desaparecieron en el reino de los muertos. Lirael observó otra vez el cielo y sonrió satisfecha al comprobar que, a lo lejos, otros tres puntos negros caían en picado hacia la tierra. Se trataba de los cuervos sanguinarios destruidos cuando los dos primeros fragmentos desterrados se llevaban a cuantos compartían el espíritu que había regresado al reino de los muertos. Lirael guardó la campana y fue a saludar a Sam, mientras la *Perra Canalla* se acercó a olfatear las plumas del cuervo para asegurarse de que el espíritu ya no estaba y no quedaba nada comestible.

Igual que la perra, Sam también pareció muy contento de ver a Lirael, incluso estuvo a punto de recibirla con un abrazo, hasta que olió el barro. Al hacerlo, juntó los brazos abiertos y optó por un elocuente gesto de bienvenida. Lirael comprobó que su sobrino no había dejado en ningún momento de observar a lo lejos, por si se acercaba alguien.

—Gracias por matar a los cuervos —le dijo. Y luego añadió—: He perdido a Nick.

—¡Lo has perdido!

—Lleva dentro un fragmento del Destructor que se apoderó de él. No pude detenerlo. Estuvo a punto de matarme cuando lo intenté.

—¿Un fragmento del Destructor? ¿Cómo hizo para entrar en Nick?

—¡No tengo ni idea! —le soltó Lirael. Inspiró hondo antes de proseguir—. Lo siento. La perra dice que Nicholas lleva dentro una esquirla del metal de uno de los hemisferios. Es todo lo que sé, aunque basta para explicar por qué trabaja con Hedge.

—¿Y dónde está? —preguntó Sam—. ¿Qué... qué vamos a hacer ahora?

—Seguramente está en las barcasas que Hedge utiliza para transportar los hemisferios a Ancelstierre —contestó Lirael.

—¡A Ancelstierre! —exclamó Sam.

De inmediato, como haciéndose eco de su sorpresa, Zapirón salió de la mochila de Sam. El gatito dio varios pasos en dirección a Lirael, frunció el hocico y retrocedió.

—Sí —resopló Lirael sin hacer caso de la reacción de Zapirón—. Al parecer, Hedge... o El Destructor mismo, supongo, saben cómo cruzar el Muro. Llevan los hemisferios en las barcasas y con ellas tratarán de acercarse todo lo posible. Una vez hayan cruzado el Muro, irán a un sitio llamado la serrería de Forwin, donde Nick utilizará mil pararrayos para canalizar toda la fuerza de una tormenta y transmitirla a los hemisferios. Eso permitirá que se junten. Entonces, me imagino que eso que hay dentro volverá a estar entero y libre. Sólo el Gremio sabe lo que pasará entonces.

—La destrucción total —dijo la perra sombríamente—. Será el fin de la vida.

Sus palabras fueron recibidas con un profundo silencio. La perra levantó la cabeza y vio que Sam y Lirael se miraban. El único que seguía impertérrito era Zapirón que aprovechó el momento para lamerse las patitas.

—Creo que ha llegado el momento de que os diga a qué nos enfrentamos —dijo la perra—. Antes debemos encontrar un sitio defendible. Todos los muertos que Hedge utilizó para cavar el foso siguen sueltos y los que tienen fuerzas para salir a la luz del día estarán deseosos de encontrar vidas.

—En la boca del arroyo hay una isla —dijo Sam—. No es gran cosa, pero es mejor que nada.

—Llévanos hasta ahí —le pidió Lirael cansinamente.

Sentía unas ganas inmensas de dejarse caer ahí mismo y taparse las orejas para no oír lo que la perra les iba a contar. Aunque era inútil, porque de nada serviría, debían enterarse.

La isla era un pedazo de tierra cubierto de piedras y árboles raquíuticos. En otros tiempos había sido una loma al borde del lago y el arroyo fluía a un costado, pero siglos atrás, el nivel del agua del lago había subido o bien el lecho del arroyo se había partido. La isla se hallaba ahora en la ancha boca del arroyo, limitada al norte, al sur y al este por aguas rápidas y por el este, por las aguas profundas del lago.

Cruzaron hasta allí; Zapirón lo hizo sentado encima de los hombros de Sam y la perra fue nadando por el medio. Lirael se dio cuenta de que, a diferencia de muchos

perros, su mascota metía la cabeza en el agua, orejas incluidas. El poder que el agua corriente tenía sobre los muertos y otras criaturas de la magia libre no surtía efecto en la *Perra Canalla*.

—¿Cómo es posible que te guste nadar y detestes que te bañen? —le preguntó Lirael, una vez en terreno seco, donde se acomodaron en una extensión de arena entre las piedras e improvisaron un campamento.

—Pues porque nadando el olor no se va —contesto la perra—. Y cuando me bañan usan jabón.

—¡Lo que daría yo ahora por un poco de jabón! —exclamó Lirael.

En el arroyo había logrado quitarse parte del barro y el polen rojo, aunque no todo. Se sentía tan sucia que no era capaz de pensar como era debido. Sin embargo, sabía por experiencia que no debía entretenerse porque si lo hacía, la perra acabaría por no contarles nada. Se sentó encima de la mochila y miró a la *Perra Canalla* con expectación. Sam imitó a su tía, y Zapirón saltó al suelo, se estiró un poco y luego se acomodó en la arena cálida.

—Habla —le ordenó Lirael—. ¿Qué es eso que está encerrado en el interior de los hemisferios?

—Supongo que el sol ya está lo bastante alto —dijo la perra—. No nos molestarán durante unas cuantas horas. Aunque quizá...

—¡Habla de una vez!

—De acuerdo, de acuerdo —protestó la *Perra Canalla*, muy digna—. Tengo que encontrar las palabras adecuadas. El Destructor era conocido con muchos nombres, pero el más común es el que escribiré aquí. No lo pronunciéis a menos que sea absolutamente imprescindible, porque hasta su nombre está cargado de poder, ahora que los hemisferios de plata han sido desenterrados.

La perra flexionó la pata y apareció una uña afilada. Garrapateó siete— letras en la arena utilizando la versión moderna del alfabeto más popular entre los magos del Gremio para la comunicación no mágica sobre temas mágicos.

Las letras que trazó formaban una sola palabra.

ORANNIS.

—¿Quién... o qué es esa cosa? —quiso saber Lirael tras haber leído el nombre.

Tuvo la sensación de que sería algo peor de lo que esperaba. En la forma en que Zapirón se agazapaba se notaba una tensión sutil, sus ojos verdes estaban fijos en las letras y la perra se negaba a mirar a su ama.

La mascota de Lirael no contestó a la pregunta, se limitó a mover las patas y a toser.

—Habla, por favor —suplicó Lirael—. Debemos saberlo.

—Es la Novena Eminencia, el ser más poderoso de la magia libre, el que al principio luchó contra los Siete, cuando se formó el Gremio —dijo la perra—. Es El

Destructor de mundos y está en su naturaleza oponerse a la creación mediante la aniquilación. Hace mucho tiempo, tanto que no hay forma de calcularlo en años, fue derrotado y partido en os. Cada mitad quedó sojuzgada en el interior de un hemisferio de plata y esos hemisferios quedaron protegidos con siete vínculos y sepultados en lo más profundo de la tierra, de donde no saldría jamás. O eso se creía.

Lirael se mesó nerviosamente el cabello y deseó poder desaparecer para siempre detrás de él. Le entraron unas ganas enormes de reír, gritar, tirarse al suelo y llorar. Miró a Sam, que se mordía el labio sin darse cuenta de que se lo había mordido de veras y la sangre le bajaba por la barbilla.

La perra no dijo nada más y Zapirón siguió mirando fijamente las letras.

ORANNIS.

—¿Y qué haremos para derrotar a algo así? —soltó de repente Lirael—. ¡Ni siquiera soy una Abhorsen hecha y derecha!

Sam sacudió la cabeza mientras hablaba su tía, pero Lirael no logró precisar si lo hacía para negar o afirmar. Siguió sacudiendo la cabeza y la muchacha cayó en la cuenta de que era porque no acababa de entender lo que la perra les había explicado.

—Sigue sojuzgado —dijo la *Perra Canalla* con un susurro y lamió la mano de su ama para infundirle ánimos—. Mientras los hemisferios sigan separados, El Destructor sólo puede emplear una pequeña parte de su poder y ninguno de sus atributos más destructivos.

—¿Cómo es que no me lo dijiste antes?

—Porque no disponías de la fuerza interior necesaria —respondió la perra—. No sabías quién eres. Ahora lo sabes y estás preparada para conocer a lo que nos enfrentamos. Además, yo tampoco estaba demasiado segura hasta que vi la tormenta de relámpagos.

—Yo lo sabía —dijo Zapirón. Se levantó, se estiró hasta alcanzar una longitud sorprendente, volvió a sentarse y se dedicó a mirarse la pata derecha—. Desde hace siglos.

La perra frunció el hocico con incredulidad y siguió hablando.

—El aspecto más inquietante de todo esto es que Hedge transporta los hemisferios a Ancelstierre. Cuando hayan cruzado el Muro, no sé qué puede ocurrir. Es posible que los pararrayos conectados de los que habla Nick permitan al Destructor unir los hemisferios. Si lo consigue, todos los seres y todas las cosas a ambos lados del Muro están condenados.

—Siempre fue el más poderoso y astuto de los Nueve —aventuró Zapirón—. Debe de haber descubierto que sólo podría volver a ser uno y estar entero en un lugar donde jamás hubiese existido. Y además, debe de haberse enterado de que hemos vulnerado un mundo más allá del nuestro, porque El Destructor fue sojuzgado mucho antes de que se construyera el Muro. ¡Es listo, muy listo!

—Ni que lo admiraras —observó Sam amargamente—. No es la actitud más adecuada en un siervo de los Abhorsens, no sé si te habrás dado cuenta, Zapirón.

—Claro que admiro al Destructor —contestó Zapirón, soñoliento, y se lamió los blancos dientes con la lengua rosada—. Pero de lejos. Para que sepas, no tendría el menor reparo en aniquilarme a mí también, porque me negué a aliarme a él en contra de los Siete cuando reunió a sus huestes hace tantos y tantos sueños perdidos.

—Lo único sensato que has hecho en tu vida —gruñó la perra—. Aunque podías haberte mostrado siempre así de sensato.

—No estoy ni a favor ni en contra —dijo Zapirón—. Habría sido mi condenada. De todas maneras, al final, nadar entre dos aguas me sirvió de poco, porque acabé perdiendo la mayor parte de mi ser. ¡Mala suerte! La vida continúa, en el río hay peces y El Destructor sigue hacia Ancelstierre en pos de la libertad. Siento curiosidad por conocer tu siguiente plan, señora Abhorsen en ciernes.

—No estoy segura de tenerlo —contestó Lirael.

El peligro le saturaba el cerebro. No acababa de entender del todo la amenaza que suponía El Destructor. Eso dio pie a que el cansancio, el hambre y una rabia feroz por notarse maloliente y verse cubierta de barro se impusieran a todos los demás pensamientos.

—Tengo que lavarme y comer algo. Antes tengo una pregunta. O dos, creo. En primer lugar, si El Destructor vuelve a ser uno en Ancelstierre, ¿puede hacer algo? Quiero decir que la magia libre y la del Gremio no funcionan al otro lado del Muro, ¿no es así?

—La magia pierde fuerza —contestó Sam—. Utilizaba la magia del gremio en la escuela, a unos cincuenta kilómetros al sur del Muro, pero en Corvere ya no. También depende de si el viento sopla o no desde el norte.

—En cualquier caso, El Destructor es una fuente de magia libre en sí mismo —aclaró la perra, con aire pensativo—. Si vuelve a ser uno y a quedar libre, podrá ir donde le dé la gana, aunque no sé cómo se manifestaría fuera del Reino. El Muro no conseguiría detenerlo, porque las piedras sólo contienen la fuerza de dos de los Siete. Hace mucho, cuando El Destructor fue sojuzgado, tuvieron que intervenir todos.

—Eso me lleva a la siguiente pregunta —comentó Lirael no sin cierto agobio—. ¿Alguno de vosotros sabe o recuerda exactamente cómo hicieron los Siete para partirlo en dos y encerrarlo en los hemisferios?

—Yo ya estaba sojuzgado, como tantos otros —respondió Zapirón, desdeñoso—. Además, si ahora no soy ni la sombra de quien era hace mil años, con el que fui al principio no guardo parecido alguno.

—En cierto modo yo estuve presente —dijo la perra tras una larga pausa—. Aunque yo también soy apenas una sombra de lo que fui y mis recuerdos nítidos arrancan de una época posterior. Desconozco la respuesta a tu pregunta.

Lirael pensó en un pasaje determinado de El libro del recuerdo y el olvido y suspiró. Había oído la expresión «el principio», aunque no se dio cuenta de que la había visto en ese libro hasta ese mismo instante.

—Creo que sé cómo averiguarlo, aunque no sé si lo conseguiré. En fin, ahora lo único que quiero es lavarme antes de que el barro que llevo pegado a la ropa se convierta en una costra.

—¿Y pensarás algún plan? —inquirió Sam, esperanzado—. Imagino que deberemos de impedir que los hemisferios crucen el Muro, ¿no es así?

—Así es —respondió Lirael—. Monta guardia, ¿quieres?

Caminó con cuidado hasta el arroyo agradecida por que hiciera un día inusualmente caluroso. Por un momento pensó en desnudarse y lavarse a fondo, pero desechó la idea. Ignoraba de qué estaban hechas las escamas de su armadura, pero estaba segura de que no eran metálicas, de manera que la prenda no corría peligro de herrumbrarse. No le hacía ninguna gracia que los muertos la pillaran semidesnuda. Además, hacía calor y ya no llovía, de modo que se iba a secar muy deprisa.

Dejó la espada en la orilla, al alcance de la mano, y junto a ella depositó la bandolera con las campanas. Tendría que limpiarlas a fondo y darle cera a la bandolera. Llevaba tanto barro en la sobrevesta que casi tuvo que arrancársela de encima. La enrolló y la depositó en un remanso no muy profundo, alejado de la corriente.

Oyó un ruido y se volvió para mirar: era la *Perra Canalla* que bajaba por la orilla con algo amarillo y brillante en la boca. Cuando estuvo al lado de su ama lo escupió con una mezcla de baba y burbujas.

—¡Puaj! —dijo la perra—. Jabón. ¿Ves cuánto te quiero?

Lirael sonrió, cogió el jabón, lo lavó para quitarle los restos de baba perruna y empezó a enjabonarse el cuerpo y la ropa. No tardó en quedar cubierta de espuma, pero eso no contribuyó a dejarla más limpia, pues el barro y el polen rojizo eran muy resistentes al jabón y al agua. La sobrevesta tenía toda la pinta de que iba a quedar manchada para siempre hasta que Lirael dispusiera del tiempo y la energía para hacer una colada mágica.

Lavarse la ropa sin emplear medios mágicos le dio algo en que ocuparse mientras pensaba en el siguiente paso. Cuantas más vueltas le daba, más evidente resultaba que eran incapaces de impedir que Hedge recorriera todo el Reino Antiguo con los hemisferios. La única oportunidad de hacer algo para evitarlo la tendrían en el Muro. Ello suponía ir a Ancelstierre a conseguir toda la ayuda que pudiesen.

Si pese a sus esfuerzos, Hedge cruzaba el Muro con los hemisferios, les quedaba otra posibilidad, impedir que la central productora de rayos de Nick fuese utilizada para devolver al Destructor su unidad.

Y si eso llegaba a fallar... Lirael no quería ni pensar qué recursos debería utilizar

después.

Cuando le pareció que estaba bastante limpia, pese a no haberse mudado de ropa, la muchacha caminó hasta donde había dejado sus instrumentos. Limpió cuidadosamente la bandolera y la untó con una capa de cera de abeja, que olía maravillosamente bien, luego cogió un trapo, lo embebió en grasa de ganso y repasó bien a Nehima. Acto seguido, se colocó la sobrevesta, la bandolera con las campanas y el tahalí encima de la armadura.

Sam y la *Perra Canalla* estaban en la piedra más grande, vigilando la orilla del lago y el cielo. De Zapirón no había ni señales; lo más probable era que se hubiese refugiado en la mochila de Sam. Lirael subió a la piedra. Escogió un sitio entre ambos, donde daba el sol, se sentó al lado de Sam y de la perra, y empezó a comer una galleta de canela para matar el gusanillo.

Sam la observaba mientras comía; se lo notaba tan impaciente que lo más probable era que no la dejara acabar de comer sin darle conversación.

Lirael no le hizo caso, hasta que sacó una moneda de oro y la lanzó al aire. La moneda subió y subió dando vueltas, y cuando Lirael creyó que caería, flotó en el aire sin dejar de dar vueltas. Sam la observó un rato, suspiró y chasqueó los dedos. Al instante, la moneda cayó sobre la palma abierta de su mano.

Repitió la operación varias veces hasta que Lirael le preguntó:

—¿Se puede saber qué es eso?

—Ah, ya has terminado —dijo Sam como quien no quiere la cosa—. ¿Esto? Es una monedapluma. La hice yo.

—¿Para qué sirve?

—Para nada. Es un juguete.

—Sirve para fastidiar a la gente —se oyó decir a Zapirón desde el fondo de la mochila de Sam—. Si no la guardas, me la como.

Sam cerró la mano y la moneda volvió a ocultarse en su manga.

—Imagino que fastidia a la gente —dijo—. Esta que viste es sólo la cuarta que hago. Mi madre rompió dos. Ellimere cogió la última y la aplanó a martillazos, de manera que sólo podía bambolearse a ras del suelo. Bien, ahora que has terminado de comer...

—¿Qué? —dijo Lirael.

—Pues nada, que esperaba que hablásemos de... de lo que vamos a hacer.

—¿Tú qué crees que deberíamos hacer? —preguntó Lirael conteniendo la irritación que le había producido la monedapluma.

Pese a todo, Sam se mostraba menos tenso y nervioso de lo que la muchacha había esperado. A lo mejor se había vuelto fatalista; se preguntó si a ella no le habría pasado lo mismo. Ante la perspectiva de enfrentarse a un enemigo que los superaba de forma tan clara, estaban resignados a hacer lo que podían antes de que los mataran

o los esclavizaran. Pero ella no se sentía fatalista. Ahora que estaba limpia, se sentía curiosamente esperanzada, como si de veras pudiesen hacer algo.

—Bueno, a mí me parece —dijo Sam e hizo una pausa para morderse el labio con aire pensativo—. A mí me parece que deberíamos llegar hasta Molino de Forwin...

—La serrería de Forwin —lo corrigió Lirael.

—De Forwin —continuó Sam—. Deberíamos llegar allí primero, con la ayuda que odamos reunir entre los ancelstierranos. No les gusta que nadie lleve a sus tierras nada proveniente del Reino Antiguo, y menos si se trata de algo mágico que no comprenden. Así que si conseguimos llegar allí los primeros y que nos ayuden, podríamos desmontar la central productora de rayos de Nick o quizá podríamos destruirla antes de que Hedge y Nick lleguen con los hemisferios. Sin la central productora de rayos, Nick no será capaz de alimentar los hemisferios con la energía eléctrica necesaria, de manera que lo que hay dentro de ellos continuará sojuzgado.

—Es un buen plan —comentó Lirael—. Pero a mí me parece que deberíamos concentrarnos en impedir que los hemisferios crucen el Muro.

—Existe otra cuestión que hace que ambos planes sean algo inciertos —comentó Sam en tono dudoso—. Me parece que las barcasas que partieron de Edge con destino a la boca del lago Rojo pueden cubrir esa distancia en dos días. Más deprisa si cuentan con la ayuda de vientos conjurados por medios mágicos. De allí, el Muro no queda muy lejos, posiblemente a medio día de camino, en función de la velocidad con que consigan arrastrar los hemisferios. Nosotros tardaremos por lo menos cuatro o cinco días en cubrir esa distancia a pie. Aunque hoy consigamos caballos, llevaremos un día de retraso.

—O más —comentó Lirael—. Yo no sé montar.

—Vaya. Se me olvida siempre que eres una clarvi. Nunca he visto a una montada a lomos de un caballo... Habrá que confiar, pues, en que los habitantes de Ancestier no les permitan pasar. Dudo mucho que sean capaces de detener a Hedge, a menos que hubiera una fuerte presencia de Exploradores del Paso Fronterizo...

Lirael sacudió la cabeza y le comentó:

—Tu amigo Nick tiene una carta de su tío. No sé lo que es un ministro supremo, pero Nick parecía muy seguro de poder obligar a los ancelstierranos a que le permitieran cruzar el Muro con los hemisferios.

—¿Por qué te refieres a él como «tu amigo Nick» cuando nos pone las cosas difíciles? —protestó Sam—. Es mi amigo, pero no te olvides que El Destructor y Hedge lo obligan a hacer lo que hace. Él no tiene la culpa.

—Lo siento. Ya sé que él no tiene la culpa, y no volveré a referirme a él como «tu amigo Nick». Pero lo cierto es que tiene esa carta. O mejor dicho, alguien que está al otro lado del Muro la tiene y se va a encontrar con él.

Sam se rascó la cabeza y frunció el ceño, exasperado.

—Depende de por dónde crucen y quién esté al mando —dijo con desaliento—. Imagino que en la frontera los interceptará alguna patrulla formada por miembros del ejército y no del Cuerpo de Exploradores, que son todos magos del gremio. Así que es probable que dejen a Nick, a Hedge y a todos cruzar la frontera. De todos modos, dudo mucho de que las patrullas normales sean capaces de detener a Hedge, aunque se lo propusieran. ¡Ay, si pudiéramos llegar antes que ellos! Conozco bien al teniente Tindall, comandante de la frontera. Podríamos enviar un telegrama a mis padres, a la embajada de Corvere. Si es que siguen allí.

—¿Y nosotros no podríamos ir navegando? —preguntó Lirael—. ¿Dónde podríamos conseguir una embarcación más veloz que las barcas?

—Edge sería el lugar más cercano —respondió Sam—. Queda a un día de camino hacia el norte, de manera que perderíamos tanto tiempo como el que ahorraríamos. Si Edge sigue estando donde estaba. No quiero ni imaginar cómo consiguió Hedge sus barcas.

—¿Y corriente abajo? —preguntó Lirael—. ¿No hay algún pueblo de pescadores?

Sam negó con la cabeza distraídamente. Había una manera y él la conocía. Notaba que la idea pugnaba por formarse en su mente, pero no alcanzaba a tomar cuerpo. ¿Cómo llegar al Muro más deprisa que Nick y Hedge?

Tierra, mar... y aire.

—¡Iremos volando! —exclamó levantándose de un salto y tendiendo los brazos al cielo—. ¡Iremos volando con tu piel del Gremio, la del búho!

Esta vez le tocó a Lirael negar con la cabeza.

—Tardaría al menos doce horas en confeccionar dos pieles del Gremio. Tal vez más, porque antes tengo que descansar. Y para aprender a volar como está mandado se precisan dos semanas.

—No hará falta —comentó Sam lleno de entusiasmo—. Mira... me fijé bien cuando hacías la piel del búho bramador y comprobé que sólo hay un par de marcas del Gremio que son clave para determinar su tamaño, ¿o no?

—Tal vez... —dijo Lirael, no muy segura.

—Pues bien, mi idea es que confecciones la piel de un búho bien grande, lo suficiente para llevarme a mí y a Zapirón cogido con tus zarpas—explicó Sam gesticulando como un loco—. No tardarías más de lo normal. Entonces volamos hasta el Muro... lo cruzamos... y ahí vemos cómo proseguimos.

—Excelente idea —dijo la perra con una mezcla de sorpresa y aprobación.

—No sé. No estoy segura de que una piel del Gremio gigante funcione.

—Funcionará —dijo Sam, lleno de confianza.

—Imagino que no nos quedan muchas alternativas —sentenció Lirael en voz baja—. Será mejor que lo intente. ¿Dónde está Zapirón? Me gustaría saber qué opina de

tu plan.

—Es un asco —sentenció la voz apagada de Zafirón desde la sombra de la piedra donde estaban sentados los demás—. Aunque no veo por qué no deba dar resultado.

—Hay una cosa más que tal vez deba hacer después —dijo Lirael, con tono de duda—. ¿Desde el otro lado del Muro se puede entrar en el reino de los muertos?

—Claro, depende de cuánto te internes en Ancelstierre, ocurre lo mismo que con la magia —contestó Sam poniéndose muy serio—. ¿Y qué es eso que debes hacer después?

—Utilizar el espejo oscuro para ver el pasado —contestó Lirael y, sin que ella se diera cuenta, su voz adquirió el tono profético de las clarvis—, regresar hasta el principio y ver cómo hicieron los Siete para vencer al Destructor.

Vuelo hacia el muro

—Era enorme —sollozó el hombre; el pánico se reflejaba en sus ojos y en su voz—. Más grande que un caballo y tenía alas... unas alas que tapaban el cielo. Llevaba un hombre colgando de las garras... ¡fue horrendo, horrendo! El alarido... ¿oísteis el alarido?

Los demás componentes de la banda de viajeros asintieron; muchos levantaron la cabeza y observaron el cielo donde la luz iba desapareciendo.

—Y con eso volaba otra cosa más —susurró el hombre—. Un perro. ¡Un perro con alas!

Sus interlocutores se miraron sin dar crédito a lo que oían. Un búho gigante, vaya y pase, porque después de todo lo habían oído ulular. No había que perder de vista que se encontraban en las Tierras Fronterizas y en tiempos difíciles. En los últimos días, habían visto hollar la tierra muchas cosas que jamás habrían imaginado. Pero ¿un perro con alas?

—Será mejor que continuemos —dijo la guía, una mujer de aspecto duro, que llevaba la marca del Gremio en la frente. Olfateó el aire y añadió—: Sí, hay algo extraño, para qué negarlo. Seguiremos hasta el Descanso del Gorrino, a menos que tengáis una idea mejor. Y que alguien ayude a Elluf. Dadle un poco de vino.

Los viajeros desmontaron rápidamente el campamento y desataron los caballos. Empezaron viaje al norte; entretanto, el desafortunado Elluf iba echando tragos del odre como si llevara agua.

Al sur de donde estaban los viajeros, Lirael volaba batiendo alas cada vez más despacio. La operación resultaba muchísimo más difícil cuando el tamaño del búho bramador era veinte veces más grande que el normal y, además, cargando con Sam, Zapirón y dos mochilas. Sam la ayudó en el viaje lanzando marcas del Gremio para dotarla de fuerza y resistencia, pero gran parte de la magia de apoyo se la llevaba la piel del Gremio misma.

—Tengo que posarme —le gritó a la *Perra Canalla*, que volaba detrás de ella.

Había notado un fuerte dolor en las alas. Planeó sobre la arboleda y se dispuso a bajar.

Entonces vio su destino, al otro lado del bosque, una línea larga y gris que serpenteaba en la cima de unas colinas bajas y discurría de este a oeste hasta donde alcanzaba la vista: el Muro que separaba el Reino Antiguo de Ancelstierre.

Al otro lado del Muro sólo había oscuridad. La oscuridad profunda de la noche primaveral ancelsierrana llegaba hasta el Muro y allí se encontraba con el calor de un atardecer estival del Reino Antiguo. Los ojos de búho de Lirael fueron incapaces de adaptarse a la contradicción, de un lado el crepúsculo, del otro, la noche. A la muchacha le entró dolor de cabeza.

El Muro se alzaba allá abajo; alentada por aquella visión, Lirael se olvidó del dolor y de sus intenciones de bajar. Agitó las alas, volvió a ascender y fue directamente hacia el

Muro; su alarido triunfal hendió la noche.

—¡No intentes cruzar! —gritó Sam desde abajo balanceándose en el arnés improvisado con los tahalíes de las espadas y las correas de las mochilas que Lirael sujetaba con fuerza con sus garras—. ¡Acuérdate que debemos bajar de este lado!

Lirael lo oyó, se acordó de las advertencias del muchacho sobre la frontera y el lado de Ancelstierre y dejó caer un ala. De inmediato, cayó en picado y tuvo que ponerse a batir alas otra vez como una desesperada pues había calculado mal la velocidad y estaba a punto de barrer el suelo con Sam, Zapirón y ella misma.

El aleteo funcionó en cierta manera. Sam se levantó, comprobó si las rodillas magulladas seguían funcionando y se acercó al enorme búho que yacía cerca de él, medio atontado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, preocupado, sin saber cómo hacer para comprobarlo.

¿Cómo se hacía para tomarle el pulso a un búho, especialmente a un búho de seis metros de largo?

Lirael no contestó. La piel del búho gigantesco se vio recorrida por infinitos haces de tenue luz dorada. Los haces se fueron sumando hasta que Sam vio las marcas del Gremio individuales. Todo el conjunto comenzó a brillar entonces con tanta fuerza que Sam tuvo que retroceder y taparse los ojos.

Al cabo de poco tiempo, Sam sólo vio una leve penumbra: el sol se ponía lentamente en el Reino Antiguo. Y vio a Lirael, tumbada boca abajo, con los brazos y las piernas desplegados. Se quejaba.

—Me duele hasta el último músculo —masculló mientras se afirmaba sobre las manos para incorporarse—. ¡Y me siento muy sucia! Esa piel del Gremio es peor que el barro. ¿Y la *Perra Canalla*?

—Aquí, amita —contestó el can, se echó encima de Lirael y le dio un lametón en la boca—. ¡Qué divertido! Sobre todo cuando volamos encima de ese hombre.

—No fue a propósito —dijo Lirael y utilizó a la perra de muleta para levantarse—. Yo me sorprendí tanto como él. Ojalá hayamos ahorrado tiempo suficiente y podamos aprovecharlo.

—Si esta noche conseguimos cruzar el Muro y la frontera, por fuerza tenemos que haber adelantado a Hedge —dijo Sam—. Al fin y al cabo, ¿a qué velocidad puede navegar una barcaza?

Se trataba de una respuesta retórica que, no obstante, obtuvo una contestación.

—Con un viento nigromántico podían cubrir más de sesenta leguas en un día y una noche —dijo Zapirón, la voz autorizada, oculta en la mochila de Sam—. Calculo

que llegaron a la boca del Lago Rojo hoy a mediodía. A partir de allí, cualquiera sabe. Depende de la velocidad a la que puedan mover los hemisferios. Cabe la posibilidad de que hayan cruzado. Por otra parte, el tiempo entre el Reino Antiguo y Ancelstierre está desfasado. Hedge, auxiliado por El Destructor, pudo muy bien haber manipulado esa diferencia para ganar un día... o dos.

—Tú siempre tan alegre, ¿eh, Zapirón? —comentó Lirael.

Por extraño que pareciera, se sentía muy alegre y no tan cansada como había creído. Estaba muy orgullosa de que la piel del Gremio del búho gigante hubiera funcionado, y tenía la certeza de que habían conseguido adelantar a Hedge y sus barcas.

—Bueno, habrá que continuar—anunció. Más valía no quitarle la piel al oso antes de haberlo cazado—. Sam, la verdad es que no se me había ocurrido, pero ¿cómo haremos para entrar en Ancelstierre? ¿Cómo cruzamos el Muro?

—El Muro es lo más fácil —contestó Sam—. Hay muchas puertas antiguas. Estarán cerradas a cal y canto y protegidas con encantamientos, salvo la que se encuentra en el

Paso Fronterizo actual, pero creo que podré abrirlas.

—Estoy segura —dijo Lirael para infundirle valor.

—Lo de la frontera ya resulta más complicado. Le disparan a todo lo que se mueve, aunque gran parte de las tropas se encuentran cerca del Paso Fronterizo, como estamos muy al oeste, cabe sólo la posibilidad de que nos topemos con alguna que otra patrulla. Para ir sobre seguro, he pensado que deberíamos mostrarnos como oficial y sargento del Cuerpo de Exploradores del Paso Fronterizo. Tú puedes ser la sargento, con una herida en la cabeza que te impide hablar, así no nos meterás en líos. Con un poco de suerte se lo tragarán... al menos el tiempo suficiente para no dispararnos sin preguntar.

—¿Qué hacemos con Zapirón y la *Perra Canalla*?

—Zapirón puede seguir en mi mochila —dijo Sam. Miró de reojo al gato y añadió—: Tendrás que prometerme que te estarás callado, Zapirón. Una mochila parlante significará una muerte segura.

Zapirón no se dignó a contestar. Ante la falta de protestas, Sam y Lirael se inclinaron por pensar que el felino asentía a regañadientes.

—A la perra la podemos disfrazar con un hechizo —continuó Sam—. Le pondremos collar y peto, como los perros rastreadores del ejército.

—¿Y qué rastrean? —preguntó la perra, interesada.

—Pues... bombas y otros artefactos, que se parecen a las marcas explosivas que usamos nosotros, pero que se hacen con productos químicos y no con magia —le explicó Sam—. Así lo hacen en el sur. En la frontera tienen perros especiales que rastrean a los muertos y la magia libre. Los perros detectan esas cosas mucho mejor

que los ancelstierranos.

—Supongo que a mí tampoco me está permitido hablar —aventuró la *Perra Canalla*.

—Tú tampoco podrás hablar —confirmó Sam—. Te daremos un nombre y un número, como a los perros rastreadores. ¿Qué tal Bachicha? Conocí un perro que llevaba ese nombre. Y puedes usar mi antiguo número de servicio del cuerpo de cadetes de la escuela. Dos ocho dos nueve siete tres. Para abreviar, nueve siete tres Bachicha.

—Nueve siete tres Bachicha —repitió la perra, divertida, mascando las sílabas como si se tratara de algo comestible—. Curioso nombre.

—Será mejor que hagamos el hechizo aquí, antes de continuar —sugirió Sam—. Antes de cruzar el Muro.

Observó la oscuridad total de la noche ancelstierrana, al otro lado del Muro y añadió:

—Debemos cruzar antes de que amanezca dentro de pocas horas. De noche existen menos probabilidades de que nos topemos con una patrulla.

—Nunca me he disfrazado con hechizos —comentó Lirael con tono inseguro.

—De todos modos los tengo que hacer yo —le contestó Sam—. Tú no sabes cómo tenemos que vernos. No son difíciles, decididamente mucho más sencillos que tus pieles del Gremio. No tardo nada en hacer los tres que precisamos.

—Gracias —dijo Lirael.

Se sentó al lado de la perra, relajó los músculos doloridos y acarició a su mascota. Sam se alejó unos cuantos pasos y empezó a bucear en el Gremio en busca de las marcas necesarias para confeccionar los disfraces mágicos.

—¡Qué cosa! Pensar que es mi sobrino —le susurró Lirael a la perra—. Se me hace raro. Una familia de verdad y no un clan de primas como las clarvis. Ser tía y sobrina. Tener una hermana...

—Se te hace raro, ¿pero te parece bien? —preguntó la perra.

—No he tenido tiempo de pensar —contestó Lirael tras un breve silencio—. Es bonito y triste a la vez. Bonito porque... porque soy una Abhorsen de los pies a la cabeza, y eso me ha permitido darle un sentido a todo. Es triste porque me pasé toda mi vida anterior con la sensación de estar fuera de lugar por no ser una verdadera clarvi. ¡Tantos años empeñada en ser algo que no era! Ahora me pregunto, si hubiera podido convertirme en una clarvi, ¿me habría conformado? ¿O acaso habría sido incapaz de imaginarme siendo algo distinto?

Tuvo un momento de vacilación y luego añadió en voz baja:

—Me pregunto si mi madre sabría cómo iba a ser mi niñez. Claro que Arielle era una clarvi y es muy probable que no comprendiera a fondo lo que se siente al criarse en el Glaciar sin tener el don de la visión.

—Eso me recuerda —dijo Zapirón de repente y asomó la cabeza por la mochila con tanta prisa que le quedó una oreja doblada—. Arielle. Tu madre. Me dejó un mensaje cuando estuvo en la Casa.

—¡Qué! —exclamó Lirael, se levantó de un salto y agarró a Zapirón del cogote haciendo caso omiso de la invitación de Ranna al sueño y del desagradable intercambio entre la magia libre de la piel del felino y el collar hecho con un encantamiento del Gremio—. ¿Qué mensaje? ¿Por qué no me lo diste antes?

—Hummm —contestó Zapirón.

Tiró para soltarse y se le enganchó el collar en la mano de Lirael. Ella lo dejó ir antes de que se lo quitara y el toque de advertencia de Ranna obligó al gato a dejar de retorcerse.

—Si me escuchas, te lo transmito...

—¡Zapirón! —gruñó la perra, se acercó al gato y le echó el aliento en la cara.

—Arielle me vio contigo, cerca del Muro —dijo Zapirón a toda prisa—. Estaba sentada en su papelonave y yo le entregaba un paquete... como comprenderás, entonces yo tenía otra forma bien distinta. De hecho, quizá no me habría acordado de esto, de no haber vuelto a adoptar esa forma después de la conversación forzada que mantuve debajo de la Casa. Resulta extraño comprobar que con forma de hombre recuerdo ciertas cosas. Imagino que he tenido que olvidarlas para volver a acordarme de ellas sólo cuando estuviera donde ella me vio...

—¡Zapirón! ¡El mensaje! —suplicó Lirael.

Zapirón asintió y se lamió los labios. Estaba claro que iba a continuar cuando le viniera en gana.

—Le entregué el paquete —prosiguió—. Ella observaba la bruma que se elevaba sobre la cascada. Ese día había un arco iris, pero ella no lo vio. Me di cuenta de que se le empañaban los ojos con la visión y entonces fue cuando dijo: «Estarás al lado de mi hija, cerca del Muro. La verás ya de mayor, yo no podré. Dile a Lirael que... que mi partida será... habrá sido... contra mi voluntad. He unido su vida y la mía a la del Abhorsen y he puesto los pies de madre e hija en el sendero que limitará nuestras decisiones. Dile también que la quiero, que siempre la querré y que la dejo con el corazón destrozado».

Lirael escuchaba atentamente y no era la voz de Zapirón la que oía, sino la de su madre. Cuando el gato calló, la muchacha observó el cielo rojizo y las estrellas titilantes al otro lado del Muro; por su mejilla rodó una única lágrima que dejó una señal de plata iluminada por la última luz del atardecer.

—Ya está hecho tu disfraz —anunció Sam, tan concentrado en su trabajo que se perdió cuanto Zapirón refirió—. Sólo tienes que meterte en él. Asegúrate de mantener los ojos cerrados.

Lirael se dio la vuelta, vio flotar en el aire un contorno reluciente y se metió en él.

Antes de hacerlo, cerró bien los ojos. El fuego dorado se extendió por su cara como unas manos cálidas y suaves y enjugaron sus lágrimas.

La frontera

—Sargento, algo se mueve allá adelante —susurró el soldado Horrocks observando por la mirilla de su ametralladora Lewin—. ¿Disparo unas ráfagas?

—¡Ni lo sueñes! —murmuró el sargento Evans—. ¿Para qué tienes la cabeza? ¡Si se trata de un rondador, un glim o algo así, nos caerá encima y se nos comerá las entrañas! Scazlo... vuelve y avisa al teniente que hay algo. Los demás, avisad a los demás que monten las bayonetas sin hacer ruido. Y que nadie haga nada hasta que yo lo diga.

Evans volvió a mirar a lo lejos mientras Scazlo bajaba por la trinchera de comunicaciones que partía a sus espaldas. En la trinchera principal se oyeron los chasquidos amortiguados de las bayonetas cuando los soldados las montaron tratando de no hacer ruido. Evans tensó el arco y cargó la pistola con una bengala roja. El rojo era la señal indicadora de una incursión proveniente del otro lado del Muro. Sería la señal si llegaba a funcionar, pensó. Desde el Reino Antiguo soplaba un viento suave del norte. Resultaba muy útil para quitar la humedad helada del barro de las trincheras, pues la primavera no había terminado de batir en retirada al invierno; sin embargo, ese mismo viento hacía que las armas, los aviones, las bengalas y cualquier otro producto de la tecnología dejaran de funcionar.

—Van dos... y algo que parece un perro —murmuró Horrocks al tiempo que doblaba despacio el dedo índice que, hasta ese momento, había mantenido relajado sobre el gatillo.

Evans oteó la oscuridad tratando de distinguir algo. Horrocks no era particularmente sagaz, pero tenía vista de lince. Mucho mejor que la de Evans, que no veía nada. Sin embargo, las latas que colgaban del alambre comenzaron a tintinear. Alguien... o algo... avanzaba despacio.

Horrocks tensó el dedo en el gatillo; su arma estaba preparada, sin el seguro, con el tambor lleno de munición y balas listas en la recámara. Sólo le faltaba recibir la orden, y quizá que el viento cambiara.

De pronto lanzó un suspiro, quitó el dedo del gatillo y se apartó del borde de la trinchera.

—Parece que son de los nuestros —dijo, y dejó de suspirar—. Exploradores. Un oficial y un pobre infeliz con la cabeza vendada. Y uno de éstos, ya sabe usted, uno de esos perros de rastreo.

—Rastreadores —lo corrigió Evans automáticamente—. Cállate.

Evans pensó en qué debía hacer. Nunca había oído hablar que las criaturas del Reino Antiguo adoptaran forma de oficiales ancelstierranos ni de perro del ejército. Sombras prácticamente invisibles, sin duda. Gente corriente del Reino Antiguo, sin duda. Horrendas criaturas voladoras, sin duda. Aunque siempre hay una primera

vez...

—¿Qué pasa, Evans? —inquirió una voz a espaldas del sargento y éste sintió un alivio que nunca iba a dejar traslucir.

El teniente Tindall sería hijo de un general, pero desde luego no era un oficial inútil. Conocía la frontera a fondo, en la frente llevaba la marca de Gremio que así lo atestiguaba.

—Algo se mueve allá fuera, a unos cincuenta metros —informó—. Horrocks cree que ve a una pareja de exploradores, uno de ellos está herido.

—Y un perro de rastreo... quiero decir, rastreador —añadió Horrocks.

Tindall no le hizo caso, se encaramó al parapeto para observar. Fueran lo que fuesen, se acercaban dos siluetas apenas visibles. No percibió en ellas fuerzas hostiles ni magias peligrosas. Aunque... si eran exploradores del Paso Fronterizo, también debían ser magos del Gremio.

—¿Ha probado con una bengala blanca? —preguntó.

—No, mi teniente —contestó Evans—. El viento sopla del norte. Pensé que no iba a funcionar.

—Muy bien —asintió el teniente—. Avise a los hombres de que voy a lanzar una luz allá adelante. Todo el mundo preparado hasta que yo diga.

—¡Sí, mi teniente! —confirmó Evans. Se volvió al hombre que estaba a su lado y en voz baja le ordenó—: ¡A la banqueta de tiro! ¡Luz al frente! Pásalo.

A lo largo de la trinchera se corrió la voz; los hombres ocuparon las banquetas de tiro; la tensión se notaba en sus posturas. Evans no alcanzaba a ver al pelotón entero, estaba demasiado oscuro, pero sabía que sus cabos, apostados en los extremos, lo harían por él.

—Lanzaré el hechizo ahora —anunció el teniente Tindall.

Una tenue marca del Gremio, la propia de la luz, apareció en el hueco de su mano. A medida que se volvía más brillante, la lanzó al aire como si fuese una pelota de criquet, en dirección al frente.

La chispa blanca cobró vida mientras se elevaba hasta convertirse en un sol diminuto que quedó suspendido de forma poco natural en tierra de nadie. Bajo su cruda luz todas las sombras huyeron en desbandada y dos siluetas surgieron nítidas: avanzaban en zigzag por el sendero que atravesaba la alambrada. Tal como había dicho Horrocks, llevaban un perro rastreador, y, bajo la cota de malla, propia de las fuerzas fronterizas, las dos siluetas vestían el uniforme caqui del ejército ancelstierrano. El correa y las armas presentaban un aspecto poco convencional que distinguía a ambas personas como miembros de la Unidad de Reconocimiento de la Frontera Norte, más conocidos como Exploradores del Paso Fronterizo.

Cuando la luz dio de lleno sobre ellos, uno de los dos hombres levantó las manos. El otro, el de la cabeza vendada, lo imitó más despacio.

—¡Fuerzas amistosas! ¡No disparen! —gritó Sameth mientras la luz del Gremio se apagaba poco a poco encima de su cabeza—. Teniente Petrus y sargento Clairus, presentes. ¡Acompañados de perro rastreador!

—¡No bajéis las manos y aproximaos en fila india! —ordenó Tindall. A su sargento le preguntó—: ¿Teniente Petrus? ¿Sargento Clairus?

Evans negó con la cabeza y aclaró:

—No los conozco, mi teniente. Pero ya sabe usted cómo somos los exploradores de reservados. El teniente Petrus me resulta familiar.

—Sí—murmuró Tindall con el ceño fruncido.

El oficial que se aproximaba le sonaba de algo. El sargento herido avanzaba con el paso cansino de quien se obliga a moverse pese a sufrir un dolor intenso. El perro rastreador llevaba el peto color caqui reglamentario, con el número grabado en blanco y un collar de cuero ancho, lleno de púas. En general, parecían auténticos.

—¡Alto ahí! —gritó Tindall justo cuando Sameth bajaba con el pie un trozo de alambrada a diez metros de la trinchera—. Saldré a comprobar vuestras marcas del Gremio.

—Cúbrame —le ordenó a Evans—. Ya conoce el procedimiento si no son lo que parecen.

Evans asintió, en el barro, entre los tablones del sendero, plantó cuatro flechas con punta de plata para tenerlas a mano y tensó otra en el arco. El ejército no distribuía ni reconocía el uso de arcos y flechas de plata, pero tal como ocurría en la frontera, con otros tipos de armas poco habituales, todas las unidades las usaban. Muchos de los soldados eran arqueros consumados; Evans se encontraba entre los mejores.

El teniente Tindall miró las dos siluetas envueltas en la penumbra, pues su encantamiento comenzaba a apagarse. Había cerrado un ojo, como le enseñaron, para que a luz no lo cegara y, una vez apagada ésta, pudiera ver en la oscuridad. Abrió ese ojo y, por enésima vez, se dijo que la precaución había servido de bien poco.

Desenvainó la espada, cuyas listas plateadas brillaron bajo la luz de las estrellas, y salió de la trinchera; el corazón le galopaba con tanta fuerza en el pecho que notaba el eco de los latidos en el estómago.

El teniente Petrus esperaba con las manos en alto. Tindall se acercó a él con cautela, con los sentidos abiertos para percibir cualquier sensación, cualquier insinuación, cualquier olor a magia libre o a los muertos. Sólo percibió magia del Gremio, un encantamiento difuso envolvía a los dos hombres y al perro. Un hechizo protector, quizá.

Se mantuvo a distancia y colocó la punta de la espada en la garganta del teniente, dos centímetros por encima de donde se ataba la cota de malla. Se acercó y, con el índice de la mano izquierda, le tocó la marca del Gremio de la frente.

La marca despidió un fuego dorado en cuanto la rozó y Tindall sintió que caía en el conocido e infinito remolino del Gremio. Se trataba de una marca impoluta; Tindall sintió que el alivio le recorría el cuerpo con la misma intensidad que el Gremio.

—Francis Tindall, ¿verdad? —dijo Sam, agradecido de haberle puesto un poblado bigote al encantamiento con el que había creado el disfraz de uniforme y el equipo de oficial de los Exploradores.

El año anterior había visto en varias ocasiones al joven teniente, durante las actividades oficiales a las que solía asistir como parte de su educación. El teniente tenía pocos años más que Sam. El padre de Francis, el general Tindall, estaba al mando de la Guarnición de la Frontera.

—Sí—contestó Francis, sorprendido—. No me acuerdo de quién...

—Sam Petrus —contestó Sameth. Sin bajar las manos, inclinó la cabeza hacia atrás—. Será mejor que vea al sargento Clairus. Cuidado con la cabeza, tiene una herida de flecha en el costado izquierdo. Está medio grogui.

Tindall asintió, pasó delante de él y repitió con el sargento herido el procedimiento con la espada y la mano. El hombre llevaba casi toda la cabeza vendada, pero la marca del Gremio se veía bien, de manera que la tocó. Una vez más, comprobó que permanecía incorrupta. Advirtió también que el poder del sargento era inmenso, igual que el del teniente Petrus. Ambos soldados eran magos del Gremio con una fuerza increíble, los más fuertes y poderosos que había visto nunca.

—¡Pueden pasar! —le gritó al sargento Evans—. ¡Que bajen todos de las banquetas de tiro y dispongan otra vez los puestos de escucha!

—Me preguntaba cómo hicieron para detectarnos —comentó Sam—. No esperaba que las trincheras estuviesen guarnecidas.

—Hacia el oeste se ha producido una emergencia —le explicó Tindall, mientras se abría paso hacia la trinchera—. Nos mandaron hacia aquí hace apenas una hora. Es una suerte que siguiéramos aquí, pues el cesto del batallón se encuentra a medio camino hacia Bain. Los mandaron llamar para apoyar a las autoridades civiles. Tal vez se hayan producido más problemas con los campamentos de sureños o los manifestantes del partido Nuestro País.

—¿Una emergencia al oeste de aquí? —preguntó Sam, nervioso—. ¿Qué tipo de emergencia?

—No tengo más datos —contestó Tindall—. ¿Sabes algo?

—No —contestó Sam—. Pero debo ponerme en contacto con el cuartel general lo antes posible. ¿Llevas un teléfono portátil?

—Sí—respondió Tindall—. No funciona, supongo que a causa del viento que sopla desde el Muro. El del puesto de mando de la compañía quizá funcione, aunque tendrás que volver andando hasta la carretera.

—¡Maldita sea! —exclamó Sam saltando dentro de la trinchera.

Una emergencia en el oeste. Seguro que estaba relacionada con Hedge y Nicholas. Respondió distraídamente al saludo de Evans y observó las caras pálidas que lo miraban desde la oscuridad de la trinchera, caras en las que se veía reflejado el agradecimiento de no encontrarse ante una criatura del Reino Antiguo.

El perro saltó a su lado y los soldados que se encontraban más cerca dieron un respingo. Lirael bajó despacio, detrás del chucho, todavía le dolía todo el cuerpo a causa del vuelo. La frontera le resultaba extraña y aterradora. Notaba el peso inmenso de muchas muertes a su alrededor. Muchos muertos hacían fuerza para trasponer la frontera del reino de los vivos; la silenciosa melodía de las flautas eólicas plantadas en tierra de nadie les impedían cruzar. Sabía que eran obra de Sabriel, pues las flautas eólicas se mantenían activas mientras viviera la actual Abhorsen. Cuando desapareciera, estos instrumentos protectores dejarían de tocar en cuanto saliera la luna llena, y los muertos se levantarían hasta que volviesen a ser sojuzgados y sometidos por el nuevo Abhorsen. Lirael sabía que ella sería la siguiente.

El teniente Tindall notó cómo se estremecía y la miró lleno de preocupación.

—¿No deberíamos llevar a tu sargento al puesto de primeros auxilios del regimiento? —preguntó.

El sargento le resultaba bastante peculiar, tenía algo que impedía al teniente Tindall mirarlo directamente a los ojos. Si espiaba con el rabillo del ojo, Tindall notaba un aura difusa que no encajaba del todo con el perfil que esperaba. La bandolera que llevaba también le resultaba rara. ¿Desde cuándo los exploradores llevaban bandoleras con munición para el fusil? Máxime cuando ninguno de ellos tenía fusil.

—No —se apresuró a contestar Sam—. Se pondrá bien. Debemos conseguir un teléfono lo antes posible y hablar con el coronel Dwyer.

Tindall asintió sin decir palabra. El gesto contribuyó a disimular la mueca de preocupación de su cara y los pensamientos que bullían en su interior. El teniente coronel Dwyer, al mando de los Exploradores del Paso Fronterizo, llevaba dos meses de permiso. Tindall se había despedido de él tras una memorable cena en el cuartel general de su padre.

—Será mejor que vengas conmigo al puesto de mando de la Compañía —dijo al fin—. El mayor Greene querrá hablar contigo.

—Debo telefonear—insistió Sam—. ¡No hay tiempo para hablar!

—Es posible que el teléfono del mayor funcione —dijo Tindall tratando de mantener el tono calmado—. Sargento Evans, ocúpese del pelotón. Byatt y Emerson... mantengan las bayonetas montadas. Ah, Evans... mande a un corredor a buscar al teniente Gotley para que le avise que se reúna conmigo en el puesto de mando. Tal vez precisemos de sus conocimientos de las señales.

Se abrió paso hacia la trinchera de comunicaciones seguido de Sam, Lirael y la

Perra Canalla. Evans, que había visto la mirada del teniente cuando mandó llamar al otro mago del Gremio de la compañía, aparte del mayor Greene, contuvo a Byatt y a Emerson unos instantes y les susurró:

—Aquí pasa algo raro, muchachos. Si el jefe da la orden, o si llega a presentarse el mínimo problema, clavadles la bayoneta en la espalda a esos dos.

Un mayor decide

Sameth se hundió en el desánimo cuando el teniente Tindall los condujo hasta una profunda excavación de unos cien metros, situada detrás de la trinchera de combate. Pese a la escasa luz proyectada por la lámpara de aceite, alcanzó a ver que se trataba de la morada de un oficial perezoso, amante de las comodidades, que probablemente ni se molestaría en escucharlo, y ni siquiera comprendería lo que había que hacer.

En un rincón ardía una estufa llena de troncos, sobre la mesa de los mapas se veía una botella de whisky y una cómoda butaca metida a presión en una esquina. El mayor Greene, a su vez, estaba metido a presión en la butaca; se trataba de un hombre coloradísimo, con aspecto de cascarrabias. Eso sí, llevaba las botas puestas, según notó Sam, y la espada se encontraba al lado de la butaca, además de una cartuchera con un revólver, colgada por su cordón en el perchero.

—¿Qué ocurre? —preguntó el mayor con su vozarrón y se levantó acompañado de un concierto de chirridos de muelles mientras ellos agachaban la cabeza, cruzaban el dintel y se colocaban alrededor de la mesa de mapas.

Era viejo para ser mayor, pensó Sam. Tendría al menos cincuenta y pronto le tocaría retirarse.

Antes de que pudiera abrir la boca, el teniente Tindall, que se paseaba detrás de ellos, dijo:

—Impostores, señor. Aunque no estoy seguro de qué tipo y llevan marcas del Gremio incorruptas.

Al oír la palabra «impostores», Sam se puso tenso y vio que Lirael sujetaba a la perra del collar cuando el animal se puso a gruñir con rabia.

—Conque impostores ¿eh? —dijo el mayor Greene. Miró a Sam y el muchacho se dio cuenta por primera vez de que el oficial llevaba una marca del Gremio en la frente—. ¿Qué tienen que decir?

—Soy el teniente Petrus de la URFN —contestó Sam fríamente—. Ésos son el sargento Clairus y Bachicha, el perro rastreador. Debo telefonear urgentemente al cuartel general...

—¡Mentira! —rugió el mayor sin rabia—. Conozco a todos los oficiales de los Exploradores, incluidos los suboficiales. ¡Me pasé mucho tiempo como suboficial! Estoy muy familiarizado con los perros rastreadores y ése de ahí no es de la raza adecuada. Ese chucho no es siquiera capaz de oler una salchicha en una cocina.

—¡Y tanto que sería capaz! —dijo la *Perra Canalla*, indignada.

Sus palabras fueron recibidas con un profundo silencio; el mayor empuñó la espada y los apuntó con ella; el teniente Tindall y sus hombres avanzaron y acercaron la espada y las bayonetas a escasos centímetros de los cuellos descubiertos de Sam y Lirael.

—¡Vaya! —dijo la perra, se sentó, apoyó la cabeza sobre las patas y añadió—: Perdóname, amita.

—¿Amita? —rugió Greene poniéndose más colorado aún—. ¿Quiénes sois vosotros dos? ¿Y qué es eso?

Tras lanzar un suspiro, Sam respondió:

—Soy el príncipe Sameth del Reino Antiguo y mi acompañante es Lirael, la Abhorsen en ciernes. La perra es una amiga. Los tres llevamos un hechizo de disfraz. ¿Tengo permiso para deshacerlo? Brillaremos un poco, pero no habrá peligro.

El mayor enrojeció más, pero asintió.

Poco después, Sam y Lirael estaban delante del mayor Greene, con sus propias caras y ropas. Se los notaba muy cansados y era evidente que en los últimos días habían sufrido mucho. El mayor los observó de arriba abajo, luego miró a la *Perra Canalla*. Había perdido el peto de identificación, su collar era diferente y parecía más grande que antes. La perra lo miró a su vez con ojos afligidos y lo echó todo a perder cuando parpadeó.

—Es el príncipe Sameth —declaró el teniente Tindall que se había plantado delante de ellos para verles las caras. Tenía una expresión extraña. Una mirada de pena que sorprendió a Sameth—. Y ella se parece a... disculpe usted, señora. Quiero decir que se parece mucho a Sabriel, a la Abhorsen.

—Sí, soy el príncipe Sameth —reconoció Sam en voz baja, sin demasiadas esperanzas de que el gordo del mayor, que pronto se jubilaría, fuera a servirles de mucha ayuda—. Necesito ponerme en contacto cuanto antes con el coronel Dwyer.

—El teléfono no funciona —le dijo el mayor—. Además, el coronel Dwyer está de permiso. ¿A qué viene tanta urgencia?

Lirael le contestó con voz ronca porque comenzaba a pillar un resfriado a causa del paso epentino del cálido verano del Reino Antiguo a la fresca primavera ancelstierrana. La lámpara de aceite vaciló mientras ella hablaba proyectando su sombra danzante sobre la mesa.

—Un mal antiquísimo y terrible está a punto de ser introducido en Ancelestierre. Necesitamos ayuda para encontrarlo y detenerlo... antes de que destruya su país y luego el nuestro.

El mayor la miró con una mueca en la cara enrojecida. No se trataba de una mueca de incredulidad, como Sam había temido.

—Si no supiera lo que significa su título y reconociera las campanas que lleva —dijo el mayor despacio—, la tacharía de exagerada. Nunca he oído hablar de un mal capaz de destruir un país entero. Ojalá no estuviera oyéndolo ahora.

—Se llama El Destructor —dijo Lirael con voz suave, pero cargada del miedo que, desde que dejaran el lago Rojo, había ido creciendo en su interior—. Es una de las nueve eminencias, los espíritus libres del principio. Fue sometido y quebrado por

los siete, que lo sepultaron después en lo más profundo de la tierra. Hace poco un nigromante llamado Hedge ha desenterrado los dos hemisferios metálicos que lo mantienen prisionero, y mientras estamos hablando, es posible que esté cruzando el Muro con ellos.

—De manera que era eso —dijo el mayor, sin asomo de satisfacción en la voz—. Recibí una paloma mensajera de la Brigada para informarme de que en el oeste había problemas y de que había una alerta de defensa, pero desde entonces no ha ocurrido nada más. ¿Ha dicho Hedge? Conocí un sargento de los exploradores que respondía a ese nombre cuando me alisté. No puede tratarse de él, porque de eso han pasado treinta y cinco años y el hombre rondaría entonces los cincuenta y tantos...

—¡Mayor, tengo que conseguir un teléfono! —lo interrumpió Sameth.

—¡De inmediato! —exclamó el mayor. Al parecer se había acordado de pronto de una versión más joven y vigorosa de sí mismo—. Señor Tindall, reúna a su pelotón y dígame a Eduard y al sargento Porrít que organicen un traslado. Llevaré a estos dos...

—Tres —dijo la perra.

—Cuatro —interrumpió Zapirón asomando la cabeza por la mochila de Sam—. Estoy harto de estar callado.

—Él también es un amigo —le aseguró Lirael a los soldados, cuando llevaron la mano a la empuñadura de las espadas y calaron las bayonetas—. Zapirón es el gato y la *Perra Canalla* es... pues... la perra. Son... son siervos de las clarvis y la Abhorsen.

— ¡Es típico de las fronteras! ¡Las desgracias nunca vienen solas! —sentenció el mayor—. Ahora os llevaré a los cuatro de vuelta al camino de la línea de reserva y probaremos el teléfono que hay allí. Francis, vaya lo más deprisa posible hasta el lugar de transporte.

Tras una pausa, añadió:

—Imagino que no sabrá adonde se dirige ese tal Hedge, ni si ha cruzado la frontera.

—Va hacia la serrería de Forwin, donde hay una cosa denominada central productora de rayos que usarán para liberar al Destructor —le informó Lirael—. Es posible que crucen la frontera sin dificultades. Hedge lleva con él a Nicholas Sayre, sobrino del ministro supremo, y los recibirá alguien con una carta en la que el ministro los autoriza a entrar en el país con los hemisferios.

—Con eso no será suficiente —declaró el mayor—. Puede que funcione en el Paso Fronterizo, pero habrá muchas idas y venidas entre la guarnición de Bain y la de Corvere. Nadie en su sano juicio se tragaría esa carta en la frontera real. Deberán abrirse paso a la fuerza, pero si la aleta hace una hora tiene algo que ver con ellos, quizá ya lo hayan hecho. ¡(Ordenanza!

Un cabo que llevaba un cigarrillo encendido oculto en el hueco de la mano asomó la cabeza por la entrada del refugio subterráneo.

—Tráigame un mapa donde aparezca la serrería de Forwin, en algún lugar, al oeste de aquí. En mi vida había oído hablar del maldito sitio.

—Por la costa, estará a unos cincuenta kilómetros de aquí —le informó Tindall deteniéndose a mitad de camino de la salida—. Pesqué en esa zona... Hay un fiordo con unos salmones magníficos. Está a pocos kilómetros fuera de la zona de la frontera, señor.

—¿Ah, sí? ¡Hummm! —exclamó Greene y la cara volvió a teñírsele de un rojo intenso—. ¿Qué más hay allí?

—Había un aserradero abandonado, un muelle en precarias condiciones y los restos de las vías utilizadas en otros tiempos para bajar los árboles de lo alto de las colinas —contestó Tindall—. No sé lo que será esa central productora de rayos, pero hay...

—Nicholas mandó construir allí la central productora de rayos —lo interrumpió Lirael—. De eso hace muy poco, creo.

—¿Hay gente en el lugar? —inquirió el mayor.

—Ahora sí —contestó el teniente Tindall—. Dos campamentos de refugiados sureños que se construyeron a finales del año pasado. Norris y Erimton, se llaman, en las colinas situadas inmediatamente por encima del valle del fiordo. Serán en total unos cincuenta mil refugiados bajo control policial.

—Si El Destructor consigue recuperar su unidad, serán los primeros en morir —dijo la perra—. Y Hedge se apoderará de sus espíritus cuando se dispongan a cruzar al reino de los muertos para someterlos y convertirlos en sus esclavos.

—Entonces debemos ir para allá —dijo el mayor—. Aunque como se encuentra fuera de la frontera, nos resultará difícil hacer nada. El general Tindall lo comprenderá. Sólo espero que el general Kingswold esté en su casa. Es uno de los más fervientes defensores del partido Nuestro País...

—¡Debemos darnos prisa! —lo interrumpió Lirael. No había tiempo para conversaciones. Un mal presentimiento terrible se apoderó de ella, como si cada segundo que pasaran allí fuera un grano perdido en un reloj de arena casi vacío—. ¡Debemos llegar a la serrería de Forwin antes que Hedge y los hemisferios!

—¡De acuerdo! —gritó el mayor Greene recuperando otra vez las energías.

De vez en cuando daba la impresión de que precisara que lo animasen. Cogió el yelmo, se lo encasquetó en la cabeza y con el mismo ademán aferró el cordón por el que colgaba su revólver.

—En marcha, señor Tindall. ¡A toda prisa!

A partir de ese momento todo ocurrió muy deprisa. El teniente Tindall desapareció en la noche y el mayor los condujo al trote hacia otra trinchera de comunicaciones que, al cabo de un buen trecho, emergió del suelo y se convirtió en un sendero corriente y moliente, identificado cada pocos metros con una piedra

pintada de blanco que brillaba tenuemente bajo la luz de las estrellas. No había luna, pese a que había salido del lado del Reino Antiguo, y de este lado hacía mucho más frío.

Veinte minutos más tarde, en medio de sonoros resuellos, aunque sorprendentemente en forma, el mayor aminoró el paso y el sendero llegó a una ancha carretera asfaltada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista bajo la escasa luz en dirección al este y al oeste. Al costado de la carretera se alineaban los postes de teléfono, que formaban la red que conectaba la frontera en toda su extensión.

A un lado del camino se levantaba una fortificación de hormigón no muy alta hacia la cual iban a parar infinidad de cables de teléfono como si de espaguetis se tratara.

El mayor Greene se les adelantó como un misil corpulento y entró en el edificio gritando para despertar al desafortunado soldado que dormitaba sobre la centralita, con la cabeza apoyada en una maraña de cables y clavijas.

—¡Póngame con el cuartel general de la frontera! —le ordenó el mayor.

El soldado obedeció pese a estar casi dormido y se puso a conectar y desconectar clavijas con la maestría ciega de los muy adiestrados.

—¡Con el general Tindall en persona! ¡Despiértelo si hace falta!

—Sí, señor —masculló el ordenanza telefonista y deseó haber elegido otra noche para beberse su reserva secreta de ron.

Se tapó la boca con disimulo para que el despiadado del mayor y sus extraños acompañantes no le olieran el aliento.

Cuando consiguió comunicación, Greene aferró el auricular y habló deprisa. Era evidente que se dirigía a varias personas poco colaboradoras y de baja graduación, porque la cara se le fue poniendo cada vez más roja. Al final, consiguió hablar con alguien que lo escuchó un minuto entero sin interrumpirlo. Después, colgó el auricular muy despacio.

—En este mismo momento hay una incursión en el extremo occidental de la frontera —anunció—. Se informa de que se han visto cohetes de señales rojas para pedir socorro, hemos perdido contacto desde el kilómetro uno al catorce, por lo que se trata de un amplio ataque. Nadie sabe lo que está pasando. El general Tindall ha ordenado ya que parta una columna de vuelo, pero al parecer, ha tenido que atender otro problema en el Paso Fronterizo. El pelele del coronel que me atendió me ha ordenado que nos quedemos aquí.

—¡Que nos quedemos aquí! ¿No podemos ir al oeste y tratar de detener a Hedge en el Muro? —preguntó Lirael.

—La comunicación se cortó hace una hora —le comentó el mayor Greene—. No ha vuelto a restablecerse. No se han vuelto a ver cohetes de señales. Eso significa que no queda nadie vivo para lanzarlos. O que ha huido todo el mundo. En cualquiera de

los dos casos, ese Hedge del que habla y sus hemisferios ya habrán cruzado el Muro y estarán al otro lado de la Frontera.

—No entiendo cómo han hecho para alcanzarnos —dijo Lirael.

—Entre nuestro país y éste, el tiempo sufre ciertos desfases —dijo Zapirón con un tono sepulcral que horrorizó al telefonista. El minino salió de la mochila de Sam, hizo caso omiso del soldado y añadió—: Aunque espero que arrastrar los hemisferios hasta ese lugar llamado la serrería de Forwin sea un proceso lento. Quizá lleguemos allí antes que ellos.

—Será mejor que me ponga en contacto con mis padres —sugirió Sam—. ¿Podemos utilizar de alguna manera las líneas telefónicas civiles?

—Verá... —dijo el mayor. Se restregó la nariz sin saber bien qué decir—. Pensé que ya lo sabría. Ocurrió hace casi una semana...

—¿Qué?

—Lo siento, hijo —dijo el mayor. Se puso en posición de firmes y anunció—: Sus padres han muerto. Fueron asesinados en Corvere por los radicales de Corolini. Con una bomba. El vehículo en el que viajaban quedó completamente destruido.

Sam recibió las palabras del mayor con cara inexpresiva. Después se apoyó en la pared, se dejó caer hasta el suelo y se agarró la cabeza con las manos. Lirael le dio una palmada en el hombro izquierdo y la perra apoyó el hocico en el derecho. El único que no pareció afectado por las noticias era Zapirón. Siguió sentado cerca del telefonista; los ojos verdes del minino brillaban.

Lirael se paso unos cuantos segundos tratando de no admitir las novedades, ocultándolas donde siempre había ocultado su dolor, en un lugar que le permitía seguir adelante. Si vivía, lloraría por la hermana que no había llegado a conocer y también por Piedra de Toque, y por su madre, y por muchas otras cosas que habían salido mal. En ese momento, ni tenía tiempo para llantos, pues había cientos de hermanos, madres y padres que dependían de que ellos hicieran lo que debían.

—No pienses en ello —dijo Lirael apretando con fuerza el hombro de Sam—. ¡Ahora depende de nosotros! ¡Debemos llegar a la serrería de Forwin antes que Hedge!

—No podemos —dijo Sam—. Ya podemos darnos por vencidos...

Se interrumpió en mitad de la frase, apartó las manos de la cara y se levantó, pero de inmediato se dobló en dos como si le doliera el estómago. Se quedó así un buen rato. Después, se sacó de la manga una monedapluma y la lanzó. Llegó al techo de la fortificación y se quedó allí colgada. Sam se apoyó en la pared para observarla, todavía doblado, pero con la cabeza levantada.

Dejó entonces de observar la moneda que daba vueltas, se enderezó y se plantó bien erguido delante de Lirael. No chasqueó los dedos para hacer bajar la moneda.

—Lo lamento —susurró. Los ojos se le llenaron de lágrimas pero parpadeó para que no le rodaran por las mejillas—. Ya... ya estoy mejor —inclinó la cabeza ante

Lirael y añadió—: Abhorsen.

Lirael cerró los ojos un momento. Al oírse llamar así, de pronto se dio cuenta de la realidad. Era la Abhorsen. Ya no en ciernes.

—Sí —dijo aceptando el título y cuanto llevaba aparejado—. Soy la Abhorsen y como tal, necesito la ayuda de todos.

—Iré con usted —dijo el mayor Greene—. Legalmente no puedo obligar a mi compañía a que me siga. Aunque es probable que muchos se ofrezcan voluntarios.

—No comprendo —protestó Lirael—. ¿A quién le importa si es legal o no? ¡Su país entero podría quedar arrasado! ¡Todos muertos! ¿No lo entiende?

—Lo entiendo. No es tan sencillo... —comenzó a decir el mayor y se calló.

La cara enrojecida se le llenó de manchas y palideció en las sienes. Lirael lo vio fruncir el ceño como si un pensamiento extraño intentara liberarse. Luego mudó la expresión. Metió la mano despacio en el bolsillo, la sacó de golpe, asestó un puñetazo en el panel de baquelita e hizo estallar los delicados mecanismos internos que soltaron una nube de humo y chispas.

—¡Maldita sea! ¡Sí que es sencillo! Ordenaré a la compañía que me siga. Al fin y al cabo, los políticos sólo me fusilarán después, si es que ganamos. En cuanto a usted, soldado, si dice una sola palabra a alguien sobre todo esto, lo haré papilla y se la daré a comer a ese gato. ¿Entendido?

—¡Ñam! —dijo Zapirón.

—¡Sí, señor! —murmuró el telefonista y con manos temblorosas trató de apagar el incendio de la centralita con una manta.

El mayor, sin embargo, no había esperado a oír su contestación. Ya había salido y le gritaba a algún pobre subordinado que estaba fuera:

—¡Deprisa, pongan en marcha los camiones!

—¿Los camiones? —preguntó Lirael corriendo tras el mayor.

—Pues... son como carruajes sin caballos —contestó Sam mecánicamente. Las palabras le salieron de la boca despacio, como si tuviera que recordar lo que eran—. En ellos iremos... iremos mucho más deprisa hasta Serrería Forwin. Si funciona.

—Es muy probable que sí —anunció la perra levantando el hocico y olfateando el aire—. El viento vira hacia el suroeste y está refrescando. ¡Mirad hacia el oeste!

Y miraron. Hacia el oeste, el horizonte estaba iluminado por las descargas de relucientes relámpagos y, en la distancia, se oía el retumbo incesante de los truenos.

Zapirón también observaba desde lo alto de la mochila de Sam. Sus ojos verdes calculaban y Lirael se dio cuenta de que contaba en voz baja. Acto seguido, al notar la mirada de Lirael, preguntó muy contrariado:

—¿A qué distancia dijo el chico ese que estaba la serrería de Forwin?

—A unos cincuenta kilómetros —dijo Sam.

—Menos de diez leguas —dijo Lirael al mismo tiempo.

—Los relámpagos van al oeste, están a once o doce leguas. ¡Hedge y su cargamento todavía deben de estar cruzando el Muro!

Segundo Interludio

La furgoneta azul del servicio postal aminoró la marcha en medio de Inertes chirridos y enfiló por el desvío, hacia el paseo enladrillado.

Un trecho más adelante hubo de reducir más la velocidad y detenerse con sacudida porque las verjas, que normalmente estaban abiertas, se hallaban cerradas.

Al otro lado había gente con fusiles y espadas. Colegialas armadas que vestían blancos trajes de tenis o túnicas de hockey, y daban la impresión de portar raquetas o palos de hockey en lugar de fusiles. Dos de ellas apuntaban al conductor, mientras otras dos se acercaban a la pequeña puerta lateral que había en la pared; sus espadas reflejaban la última luz del sol poniente.

El conductor de la furgoneta leyó la inscripción «Colegio Wyverley» en letras góticas y doradas y, debajo, en tamaño más pequeño, aparecía: Fundado en 1652 para muchachas formales».

—Peculiares las muchachas formales —masculló. No le gustaba tenerle miedo a unas colegialas. Miró hacia el interior de la furgoneta y .inundó en voz más alta—: Ya estamos en el Colegio Wyverley.

En la parte trasera se oyó un movimiento que, poco a poco, se fue transformando en una serie de golpes secos y exclamaciones ahogadas. El conductor esperó un momento, mientras las sacas de la correspondencia se ponían en pie y unas manos salían del interior para desatar los ordeles de la abertura. Volvió a mirar al frente. Dos de las colegialas se aproximaban a la ventanilla y él se apresuró a bajar el cristal.

—Entrega especial —anunció, con un guiño—. Me han dicho que dijera que son el papá y la mamá de Ellie, que vosotras entenderíais y que si lo decía, no me ibais a disparar ni a atravesar con vuestras espadas.

La muchacha más cercana, que no debía de tener más de diecisiete años, se volvió hacia la otra, que era más joven aún, y le dijo:

—Ve a buscar a la megamaga Coelle.

—No se mueva de ahí y no quite las manos del volante —le ordenó al conductor—. Dígale a sus pasajeros que se queden quietos.

—Te oímos —dijo una voz, potente y vibrante, desde la parte trasera de la furgoneta—. ¿Eres Felicity?

La muchacha retrocedió y, sin bajar la espada, espió por la ventanilla del conductor.

—Sí, soy yo, señora —contestó la muchacha, cautelosa. Se apartó e hizo una señal a las muchachas de los fusiles, que se relajaron un poco aunque, para el desconsuelo del onductor, no bajaron las armas—. ¿Les importa esperar a que llegue la megamaga Coelle? Hoy en día toda precaución es poca. Sopla viento del norte y hemos recibido noticias de que hay problemas. ¿Cuántos vais ahí atrás?

—Esperaremos —dijo la voz—. Vamos dos. Yo misma y... el padre de Ellimere.

—Ah... hola —saludó Felicity—. Nos informaron de que... os habían... pero la megamaga Coelle no se lo creyó...

—No hables de eso ahora —dijo Sabriel.

Había salido de la saca de correspondencia y estaba agachada detrás del conductor. Felicity volvió a espiar por la ventanilla para asegurarse de que la mujer que le hablaba era realmente la madre de Ellimere. Aunque Sabriel vestía el mono azul del servicio postal y un gorro de lana bien calado que ocultaba parte de su cabellera negro azabache, resultaba reconocible. No obstante, Felicity seguía preocupada. La verdadera prueba llegaría cuando la megamaga Coelle comprobara las marcas del Gremio de estas personas.

—Aquí tiene la cantidad acordada —dijo Sabriel entregándole al conductor un grueso sobre.

El hombre lo cogió de inmediato, examinó su contenido y una sonrisa leve le iluminó los ojos.

—Muchísimas gracias —dijo—. Y mantendré la boca cerrada, como prometí.

—Más te vale —masculló Piedra de Toque.

El conductor se mostró abiertamente ofendido por el comentario. Y comentó con desdén:

—Vivo cerca de Bain de toda la vida y sé cómo están las cosas. No los he ayudado por dinero. Esto de aquí —dijo agitando el sobre— es sólo un aliciente.

—Le agradecemos la ayuda —dijo Sabriel al tiempo que con la mirax le indicaba a Piedra de Toque que se estuviera callado.

Haber pasado varias horas metido en una saca de correspondencia no había contribuido en nada a calmar su humor, ni tener que esperar, ahora que estaban tan cerca del Muro y de su tierra. El Colegio Wyverley se encontraba a unos sesenta kilómetros al sur de la frontera.

—Tome, se lo devuelvo —protestó el conductor.

Sacó el sobre y se lo lanzó a Piedra de Toque.

—No, no, considérelo una justa recompensa —le dijo Sabriel con calma, y le devolvió el sobre.

El conductor se resistió un momento, luego se encogió de hombros, se metió el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta y, con cara de enfado, volvió a acomodarse en su asiento.

—Ahí viene la megamaga —anunció Felicity, aliviada, al ver que por el paseo venían una mujer mayor y varias estudiantes.

Parecían haber surgido de la nada, porque el edificio principal del colegio estaba oculto, más allá de una curva, detrás la pantalla tupida formada por los chopos.

Tras la llegada de la megamaga Coelle, la comprobación de la pureza de las

marcas del Gremio que Sabriel y Piedra de Toque llevaban en la frente fue cuestión de minutos; después, todos se fueron para la escuela y la furgoneta de correos regresó a Bain.

—Sabía que las noticias eran falsas —comentó la megamaga Coelle mientras caminaban a toda prisa, casi al trote, hacia las enormes puertas de entrada del edificio principal—. El Corvere Times publicó una foto de dos coches quemados y unos cuerpos sin dar mucha más información. Tenía pinta de ser un montaje.

—Por desgracia fue real —dijo Sabriel sombríamente—. Damed y otras once personas murieron en el ataque, también perdimos a otros dos en las afueras de Hennen. Quizás haya habido más víctimas. Nos separamos pasado Hennen, para sembrar pistas falsas.

¿Ninguno de los nuestros ha llegado antes que nosotros?

Coelle negó con la cabeza.

—Damed no será olvidado —dijo Piedra de Toque—. Ni Barlest ni ninguno de los otros. Tampoco olvidaremos a nuestros enemigos.

—Corren tiempos muy difíciles —suspiró Coelle.

Sacudió la cabeza varias veces y entró, pasando delante de más colegialas armadas, que contemplaban mudas de asombro a la legendaria Sabriel y a su consorte, pese a tratarse simplemente del rey del Reino Antiguo, un personaje mucho menos interesante.

Sabriel había sido en otros tiempos una de ellas. Siguieron observándola mucho rato, hasta que Coelle hubo conducido a la ilustre pareja hasta la puerta de la sala de visita de los padres, la estancia tal vez más lujosa del colegio.

—Confío en que las cosas que dejamos sigan en su sitio —dijo Sabriel—. ¿Cuál es la situación? ¿Qué noticias hay?

—Todo está como lo dejaste —contestó Coelle—. Todavía no hemos tenido problemas dignos de mención. ¡Felicity! Por favor, manda que suban el baúl de la Abhorsen que está en el sótano. Pippa y Zettie... las que estén de guardia en el vestíbulo pueden ayudarte. En cuanto a las noticias, tengo mensajes y...

—¡Mensajes! ¿De Ellimere o Sameth? —preguntó Piedra de Toque, impaciente.

Coelle se sacó de la manga dos hojas de papel dobladas y se las entregó. Piedra de Toque las cogió muy nervioso y se puso al lado de Sabriel para leerlas mientras Felicity y sus compañeras desaparecían por una de las pesadas puertas de madera lustrosa.

El primer mensaje estaba escrito en lápiz azul en un papel con membrete roto que llevaba el mismo símbolo con la corneta y el pergamino que adornaba los laterales de la furgoneta de correos. Piedra de Toque y Sabriel lo leyeron atentamente y, de inmediato, fruncieron el ceño. Volvieron a leerlo y se miraron con cara de sorpresa.

—Lo envió una de nuestras antiguas alumnas —comentó Coelle, nerviosa, al ver

que nadie decía nada—. Lornella AerenJanes, ayudante del Jefe General de Correos. Es la copia de un telegrama. Ignoro si llegó a vuestra embajada.

—¿Será de fiar? —preguntó Piedra de Toque—. ¿Tía Lirael? ¿Abhorsen en ciernes? ¿Se trata de otra maniobra para confundirnos?

Sabriel negó con la cabeza y contestó:

—Parece de Sam. Aunque no entiendo el mensaje. Es evidente que en el Reino Antiguo han ocurrido muchas cosas. No creo que podamos llegar al fondo del asunto de inmediato.

Desdobló la otra hoja. A diferencia de la primera, ésta era de papel grueso, hecho a mano y lucía tres símbolos. Eran marcas del Gremio inactivas que resaltaban oscuras sobre la página blanca. Sabriel pasó la mano sobre ellas y se iluminaron, llenas de vida, dispuestas a saltar sobre su palma. Y con ellas llegó la voz de Ellimere, clara y segura, como si la tuvieran delante.

—¡Mamá, papá! Espero que recibáis esta nota pronto. Las clarvis han visto mucho más, demasiado para contarlo en este mensaje. Existe un peligro tan grande que supera toda imaginación. Estamos en Barhedrin con la guardia, las bandas adiestradas y setecientas ochenta y cuatro clarvis. Las clarvis intentan ver lo que debemos hacer. Dicen que Sam está vivo y peleando, y que, hagamos lo que hagamos, debéis ir a Karhedrin antes del día de Anstyr o será demasiado tarde. Debemos llevar las papelonaves a algún sitio. Ah... y tengo una tía que al parecer es medio hermana tuya... ¿Qué? No me interrumpas...

La voz de Ellimere cesó. Las marcas del Gremio se apagaron y regresaron al papel.

—La interrumpieron en mitad del hechizo —dijo Piedra de Toque—. Es muy raro que Ellimere no lo rehiciera. ¿La medio hermana de quién? Mía no puede ser...

—Lo importante es que por fin las clarvis han visto algo —dijo Sabriel—. El día de Anstyr... debemos consultar un almanaque. Debe de faltar poco... demasiado poco... habrá ue partir de inmediato.

—Me temo que no vais a poder —anunció Coelle, nerviosa—. Ese mensaje ha llegado esta misma mañana, lo trajo un explorador del Paso Fronterizo. Le urgía regresar. Al parecer han sufrido un ataque desde el otro lado del Muro y...

—¡Un ataque desde el otro lado del Muro! —la interrumpieron Sabriel y Piedra de Toque al unísono—. ¿Qué tipo de ataque?

—No supo precisarlo —balbuceó Coelle, sorprendida por la brusquedad de la pregunta y por tener a Sabriel y a Piedra de Toque prácticamente encima de ella—. Ocurrió en el extremo oeste. También hay problemas en el Paso Fronterizo. Al parecer, el general Kingswold, Inspector General visitante, se ha manifestado a favor de que gobierne el partido Nuestro País, pero el general Tindall va a aceptarlo, a él y a su gobierno. Varias unidades han tomado partido, algunas están con Tindall, otras

con Kingswold...

—¿O sea que Corolini intentó ocupar el gobierno? —preguntó Sabriel—. ¿Cuándo ha sido eso?

—Ha salido en el periódico de esta mañana —contestó Coelle—. Todavía no hemos recibido la edición vespertina. Hay enfrentamientos en Corvere... ¿No lo sabías?

—Llegamos hasta aquí clandestinamente y evitamos todo contacto con los ancelstierranos —dijo Piedra de Toque—. No hemos tenido tiempo de leer los periódicos.

—The Times decía que el ministro supremo posee todavía el control del arsenal, el Palacio de las Decisiones y la asamblea de Corvere —les informó Coelle.

—Si está al frente del Palacio, entonces sigue controlando al árbitro hereditario —dijo Piedra de Toque. Miró a Sabriel en busca de su confirmación—. Corolini no podrá formar gobierno sin el beneplácito del árbitro, ¿verdad?

—No, a menos que todo se venga abajo —dijo Sabriel con seguridad—. Pero da igual. Corolini, el intento de golpe, es todo secundario. Cuanto ha ocurrido aquí es obra de un poder del Reino Antiguo, nuestro reino. Las guerras continentales, el influjo de los refugiados sureños, el ascenso de Corolini, todo ha sido orquestado, planeado con un fin que desconocemos. ¿Qué podría querer en Ancelstierre un poder de nuestro Reino? Entiendo que pretenda sembrar la confusión en Ancelstierre para facilitar un ataque desde el otro lado del Muro. Pero ¿con qué fin? ¿Y quién será?

—El telegrama de Sam menciona a Chlorr —dijo Piedra de Toque.

—Chlorr no es más que un nigromante, poderoso, eso sí —dijo Sabriel—. Debe de tratarse de otra cosa. Algo maligno dice... cerca de Edge...

Sabriel se interrumpió en mitad de la frase cuando Felicity y sus tres compañeras entraron portando un baúl largo, con herrajes de bronce. Lo depositaron en medio de la habitación. Las marcas del Gremio formaban líneas que se movían lentamente sobre la tapa y la llave de la cerradura. En cuanto Sabriel tocó la cerradura y susurró unas palabras, cobraron vida y se iluminaron. Se oyó un clic, la tapa se levantó un dedo y Sabriel la abrió del todo dejando ver unas prendas, armadura, espadas y su bandolera con las campanas. Sabriel hizo caso omiso de todo ello, metió la mano en un costado y sacó un libraco encuadernado en cuero. Las letras doradas grabadas en la cubierta indicaban que se trataba del Almanaque de los dos países y de la región del Muro. Hojeó rápidamente las gruesas páginas hasta dar con una serie de tablas.

—¿Qué día es hoy? La fecha.

—Veinte —contestó Coelle.

Sabriel siguió con el dedo las entradas de una tabla hasta abajo y luego hacia la derecha. Miró el resultado y volvió a seguir con el dedo los números y a repasarlo todo.

—¿Cuándo es el día de Anstyr? —quiso saber Piedra de Toque.

—Hoy —dijo Sabriel.

La respuesta fue recibida en silencio. Al cabo de un instante, Piedra de Toque eaccionó.

—En el Reino debería ser todavía de mañana —dijo—. Llegaremos a tiempo.

—Si vamos por tierra, no, y menos ahora que el Paso Fronterizo no es seguro —dijo Sabriel—. Estamos demasiado al sur para llamar a una papelonave...

Y entonces, la Abhorsen tuvo una idea que le iluminó la mirada.

—Megamaga, ¿sigue Hugh Jorbert alquilando el prado del oeste del colegio para su escuela de vuelo?

—Sí, pero los Jorbert están de vacaciones —contestó Coelle—. No vuelven hasta el mes que viene.

—No podremos pilotar una máquina ancelstierrana —protestó Pielira de Toque—. El viento sopla del norte. El motor se apagará a pocos kilómetros de aquí.

—Si nos elevamos lo suficiente, deberíamos pasar —dijo Sabriel—. Pero sin piloto, no. ¿Cuántas muchachas toman clases de vuelo?

—Una decena —respondió Coelle a regañadientes—. No sé si sabrán volar solas...

—Yo he superado la prueba de vuelo en solitario —la interrumpió Felicity, entusiasmada—. Mi padre volaba con el coronel Jorbert en la Fuerza Aérea. He hecho doscientas horas de vuelo en el Humbert de mi casa y cincuenta en el Beskwith de aquí. He hecho aterrizajes de emergencia, vuelos nocturnos, de todo. Sabré volar por encima del Muro.

—Ni hablar —dijo la megamaga Coelle—. ¡Te lo prohíbo!

—No son tiempos normales —comentó Sabriel y con una mirada acalló a Coelle—. Todos debemos hacer lo que esté a nuestro alcance. Gracias, Felicity. Aceptamos. Por favor, ve a disponerlo todo, mientras nos ponemos ropa más adecuada.

Felicity soltó un grito de alegría y salió corriendo, seguida de sus compañeras. Coelle hizo ademán de detenerla, pero luego desistió. Se sentó en la butaca más próxima, sacó un pañuelo de la manga y se enjugó la frente. La marca del Gremio brilló suavemente cuando el pañuelo la rozó.

—Es una alumna —protestó Coelle—. ¿Qué voy a decirles a sus padres si... si no llega a...?

—No lo sé —contestó Sabriel—. Nunca he sabido qué decirle a nadie. Salvo que es mejor hacer algo que nada, aunque el precio sea alto.

Mientras hablaba con Coelle, miraba por la ventana. En el centro del prado se erguía un obelisco de mármol blanco de seis metros de alto. Llevaba grabados muchos nombres. Desde la ventana no alcanzaba a leerlos, pero Sabriel conocía la mayoría de esos nombres, aunque no hubiera conocido en persona a quienes los

llevaban. El obelisco era un monumento en memoria de todos los caídos aquella noche terrible, hacía veinte años, cuando Kerrigor había cruzado el Muro acompañado de una horda de muertos. Estaban los nombres del coronel Horyse, de muchos otros soldados, de colegialas, maestras, policías, dos cocineras, un jardinero...

Un destello de color, más allá del obelisco, captó la atención de Sabriel. Un conejo blanco cruzó corriendo el prado, perseguido por una niña cuyas coletas se agitaban mientras intentaba inútilmente capturar a su mascota. Por un momento, Sabriel retrocedió en el tiempo y recordó otro conejo que escapaba y otra colegiala con coletas.

Jacinthy Conejito.

Jacynth era uno de los nombres grabados en el obelisco, aunque el conejo al que veía retozar quizá fuese un descendiente lejano de Conejito. La vida continuaba, aunque nunca sin luchar.

Sabriel se alejó de la ventana y del pasado. Ahora le preocupaba el futuro. Disponían de doce horas para llegar a Barhedrin. Sorprendió a Coelle quitarse el mono azul y dejar ver que estaba desnuda. Cuando Piedra de Toque empezó a desabrocharse el suyo, Coelle anzó un grito ahogado y salió a toda prisa de la estancia.

Sabriel y Piedra de Toque se miraron y rieron un momento, antes de empezar a vestirse rápidamente con la ropa del baúl. Pronto recuperaron su aspecto de siempre y volvieron a sentirse cómodos con la ropa interior de lino, la camisa y las calzas de lana fina, la cota de malla y la sobrevesta reforzadas. Piedra de Toque llevaba sus dos espadas; Sabriel tenía la propia del Abhorsen; lo más importante era que la bandolera con las campanas volvía a cruzarle el pecho.

—¿Listo? —preguntó Sabriel cuando terminó de arreglarse la bandolera y ajustó la correa.

—Listo —confirmó su marido—. O tan listo como podré llegar a estarlo en estas circunstancias. Si en los buenos tiempos detesto volar, imagínate ahora, que tenemos que ir en una de esas máquinas tan poco fiables de los ancelstierranos.

—Imagino que será peor de lo habitual —dijo Sabriel—, pero no nos queda otra salida.

—Ya lo sé —suspiró Piedra de Toque—. No sé si preguntarte... ¿en qué sentido será peor de lo habitual?

—O mucho me equivoco —dijo Sabriel—, o Jorbert se fue con su mujer en el Beskwith de dos plazas. Con lo que a nosotros nos queda su Humbert Doce de una plaza. Tendremos que viajar en las alas.

—Nunca dejará de maravillarme la cantidad de cosas que sabes —dijo Piedra de Toque—. Yo no entiendo nada de máquinas. A mí todos los aparatos de Jorbert me

parecieron iguales.

—Por desgracia no lo son —dijo Sabriel—. Y no se me ocurre ninguna otra manera de volver a casa. Y menos si debemos estar en Barhedrin antes del día de Anstyr. ¡Vamos!

Salió de la estancia a grandes zancadas sin detenerse a comprobar si su marido la seguía. Iba justo detrás, pisándole los talones.

La escuela de vuelo de Jorbert no era grande, más bien un pasatiempo para el coronel retirado de la Fuerza Aérea. Había un solo hangar, situado a cien metros de su casa de labranza. El hangar se encontraba en una esquina del campo oeste del Colegio Wyverley; la pista de vuelo estaba marcada por una serie de bidones de aceite pintados de amarillo.

Sabriel no se equivocó respecto del aeroplano. Sólo había uno, un biplano de color verde y una sola plaza; en cuanto Piedra de Toque lo vio tuvo la impresión de que su integridad dependía en gran medida de que sus numerosos puntales y cables se mantuvieran en su sitio.

Irreconocible con el casco, las gafas y el traje de piel, Felicity ya estaba en la cabina de mandos. Otra muchacha se encontraba junto a la hélice, y otras dos más, agachadas al lado de las ruedas, debajo del fuselaje.

—Tendréis que tumbaros sobre las alas —gritó Felicity alegremente—. Me olvidé de que el coronel se había llevado el Beskwith. No os preocupéis, no es tan difícil. Hay asas para agarrarse. Yo he viajado así pilas de veces... bueno, en dos ocasiones... y también he caminado por las alas.

—Asas para agarrarse —masculló Piedra de Toque—. Ha caminado por las alas...

—Cállate —le ordenó Sabriel—. No molestes a la piloto. Subió ágilmente por el lado izquierdo, se acostó sobre el ala y se agarró con fuerza de las dos asas. Las campanas eran un engorro, pero era algo a lo que estaba acostumbrada.

Piedra de Toque subió con menos agilidad al lado izquierdo y a punto estuvo de perforar el ala con un pie. Se molestó al descubrir que no era más que un trozo de tela estirado en un marco de madera, pero se tumbó con mucho cuidado y se aferró con fuerza a las asas. Contrariamente a lo que había imaginado, éstas se mantuvieron firmes.

—¿Listos? —preguntó Felicity.

—¡Lista! —gritó Sabriel.

—Eso creo —masculló Piedra de Toque. Y luego añadió con toda su voz y todo su entusiasmo—: ¡Sí!

—¡Contacto! —ordenó Felicity.

La muchacha hizo girar la hélice con pericia y se apartó. La hélice dio unas cuantas vueltas mientras el motor arrancaba con cierta vacilación y, al coger velocidad, las palas dejaron de verse.

—¡Cuñas fuera!

Las otras muchachas tiraron de sus cuerdas y apartaron las cuñas que frenaban las ruedas. El avión avanzó a trompicones, describió luego un arco hasta quedar en la cabecera de la pista, con el viento de frente. El ruido del motor aumentó y el avión comenzó a rodar dando tumbos, como si se tratara de un pajarraco torpe que precisaba saltar y aletear Hincho antes de levantar vuelo.

Piedra de Toque observaba el suelo, los ojos se le llenaron de lágrimas a medida que fue aumentando la velocidad. Había imaginado que el avión despegaría como una papelonave, deprisa, sin dificultades, con bríos. Mientras iban recorriendo la pista y la pared baja de piedra situada en el extremo norte de la pista se fue acercando cada vez más, se dio cuenta de que no sabía nada sobre los aviones ancelstierranos. Estaba claro que emprenderían el vuelo bruscamente, justo al final de la pista.

O no, pensó, segundos después. Seguían en el suelo y la pared se encontraba a veinte o treinta pasos. Empezó a pensar que más le valía soltarse y tratar de saltar antes del choque inminente. El problema era que no veía a Sabriel, que iba en la otra ala, y no quería saltar sin ella.

El avión dio un bandazo y se elevó. Piedra de Toque soltó un suspiro de alivio cuando pasaron a escasos centímetros de la pared y aulló desesperado al ver que volvían a bajar. El golpe contra el suelo fue tan fuerte que se quedó sin respiración y no atinó a nada más cuando el aparato dio otro salto y, al fin, se elevó definitivamente.

—¡Lo siento! —gritó Felicity tratando de hacerse oír en medio del rugido del motor y la ventolera—. Se me olvidó que llevo más peso del habitual.

Oyó que Sabriel le gritaba algo a la muchacha, pero no alcanzó a enterarse bien de lo que le decía. Fuera lo que fuese, Felicity asentía con la cabeza. De inmediato, el avión comenzó a retroceder hacia el sur y a ganar altura. Piedra de Toque entendió que iban a cobrar la máxima altura posible para evitar que el viento del norte afectara el funcionamiento del motor cuando el aparato se encontrara cerca del Muro. De esa manera, si se elevaban lo suficiente, podrían cubrir planeando los últimos diez kilómetros, con suerte, un poco más. Habría sido una desgracia aterrizar en la frontera misma.

Ahora bien, hacerlo en el Reino Antiguo no sería cosa fácil. Piedra de Toque observó el ala de tela que se estremecía por encima de su cabeza y esperó que gran parte del aeroplano estuviese hecho a mano, porque de no ser así, las piezas dejarían de funcionar, tal como ocurría con toda la maquinaria y los dispositivos ancelstierranos en cuanto cruzaban el Muro.

—No volveré a volar en mi vida —murmuró Piedra de Toque.

Recordó entonces el mensaje de Ellimere. Si conseguían aterrizar al otro lado del Muro y llegar a Barhedrin, se verían obligados a volar hasta algún punto en una

papelonave para entablar batalla con un enemigo desconocido, con poderes ignotos.

Al pensarlo, Piedra de Toque hizo un gesto que le llenó la cara de arrugas. Esperaba con ansia la batalla. Sabriel y él se habían enfrentado durante mucho tiempo a contrincantes manipulados a distancia. Ahora, fuera lo que fuese, había salido a la luz y debería luchar contra las fuerzas unidas del rey, la Abhorsen y las clarvis.

Siempre y cuando el rey y la Abhorsen consiguieran sobrevivir a ese vuelo.

Tercera Parte

Casa asediada

—El viento vira al nornoroeste, señor —informó Yeoman Prindel al observar la flecha del anemómetro, conectada mecánicamente a la veleta, situada varios pisos por encima de donde se encontraban.

Fue moverse la flecha y las luces eléctricas se apagaron tras parpadear unas cuantas veces; la habitación quedó iluminada por dos farolitos que echaban bastante humo. Prindel iró el reloj: estaba parado. Luego observó la vela cronometrada, puesta entre los dos faroles.

—Fallo eléctrico aproximadamente a las 16:49.

—Muy bien, Prindel —comentó el teniente Drewe—. Ordene que enciendan los faroles de aceite y dé la alarma para que vuelvan al cuartel general. Subiré a la luz.

—De acuerdo, mi teniente —contestó Prindel. Destapó un tubo de comunicación y gritó—: ¡Encended los faroles de aceite! ¡Todos al cuartel general! ¡Repito, al cuartel general!

—¡Entendido, entendido!

El eco de respuesta subió por el tubo de comunicación, seguido del aullido de una sirena activada a mano y del toque de una campana quebrada; ambos se oirían en todo el faro.

Drewe se puso el chaquetón azul de lana gruesa y se abrochó encima un ancho cinturón de cuero del que colgaban un revólver y un alfanje, el yelmo de acero azul, adornado con el emblema de las cruces y las llaves que proclamaba su cargo de guardafaro del Faro Occidental, completaba su equipo. El yelmo había pertenecido a su antecesor y venía un poco grande, por lo que Drewe siempre se sentía un poco tonto al ponérselo, pero las reglas eran las reglas.

La sala de control se encontraba cinco plantas debajo de la luz. Mientras Drewe subía poco a poco las escaleras, se cruzó con el marinero Kerrick que bajaba a toda velocidad.

—¡Señor, será mejor que se dé prisa!

—Me doy prisa, Kerrick —le contestó Drewe con calma, y esperó a que su voz se mostrara más calmada que su pulso, que había comenzado a acelerarse—. ¿Qué ocurre? —Hay niebla...

—Siempre hay niebla. Para eso estamos aquí. Para avisar a los barcos que no naveguen hacia ella.

—¡No, no, señor! ¡No en el mar! En tierra. Una niebla que se arrastra despacio y baja del norte. Detrás se ven relámpagos. La niebla va hacia el Muro. ¡Y del sur va llegando gente!

Drewe abandonó la calma que con tanto cuidado le habían enseñado en el Colegio Naval, del que había salido dieciocho meses antes. Apartó a Kerrick y siguió

subiendo la escalera de tres en tres escalones. Cuando abrió la pesada trampilla de acero y entró en la sala del faro, jadeaba pesadamente, pero inspiró hondo y consiguió ofrecer la imagen del oficial naval sosegado, lleno de aplomo, que se suponía que era.

La luz del faro se había apagado y no volvería a encenderse al menos durante una hora. Existían dos sistemas, uno mecánico que funcionaba con aceite, el otro era completamente eléctrico, de ese modo se hacía frente a la forma tan extraña en que fallaban tanto la electricidad como la tecnología cuando soplaban el viento del norte, desde el Reino Antiguo. Drewe sintió alivio al comprobar que el más experimentado de sus suboficiales ya estaba allí. El timonel Berl se encontraba fuera, en la pasarela, pegado a los prismáticos. Drewe salió con él y se cerró la chaqueta, preparándose para recibir la brisa fría. Sin embargo, en cuanto estuvo fuera, comprobó que el viento era cálido, otra señal de que soplaban del norte. Berl le había contado que al otro lado del Muro las estaciones eran diferentes; Drewe llevaba el tiempo suficiente en el Faro Occidental para creerlo, pese a que al principio no se lo había creído.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Drewe.

La niebla normal, la que venía del mar, se acumulaba cerca de la costa, de noche y de día, como siempre. Ahora había otra más, una niebla oscura que avanzaba desde el norte, hacia el Muro. El destello de unos extraños relámpagos la iluminaba y se extendía hacia el este hasta perderse de vista.

—¿De dónde viene esa gente?

Berl le entregó los prismáticos y señaló hacia el frente.

—Son cientos, señor Drewe, quizá miles. Sureños, diría yo, vienen del nuevo campamento de Lington Hill. Van hacia el norte, tratan de cruzar Muro. El problema no son ellos.

Drewe ajustó el enfoque y, al hacerlo, se golpeó el borde del yelmo con los prismáticos y deseó haber podido ofrecerle a Berl una imagen más impactante de sí mismo.

Al principio no veía nada, pero a medida que fue ajustando el enfoque, las manchas informes adquirieron nitidez hasta convertirse en siluetas que corrían. Eran miles, hombres tocados con gorros azules y mujeres con pañuelos del mismo color, y niños, muchos niños vestidos de azul de los pies a la cabeza. Lanzaban tablas contra la alambrada para abrirse paso y cuando eso no surtía efecto, cortaban el alambre. Algunos habían conseguido entrar en la tierra de nadie sembrada de alambre espinoso y estaban llegando ya al Muro. Drewe sacudió la cabeza al contemplar aquel panorama. ¿Para qué diablos intentaban entrar en el Reino Antiguo? Para confundir aún más las cosas, algunos sureños que habían llegado al Muro retrocedían a la carrera...

—¿Hemos informado al cuartel general de la frontera de la presencia de esta gente? —preguntó.

Allí había un puesto del ejército dotado de al menos una compañía que ocupaba las trincheras de retaguardia con piquetes y disponían de postes de escucha distribuidos hacia delante y hacia atrás. ¿Qué hacían esos bestias?

—Los teléfonos no funcionarán —comentó Berl en tono grave—. Además, esa gente no es el problema. Eche un vistazo al borde frontal de la niebla, señor.

Drewe volvió a mirar por los prismáticos. La niebla se movía más deprisa de lo que había imaginado y lo hacía a paso regular. Como si se tratara de un muro que fuera al encuentro del de piedra. Una niebla rara, iluminada por los relámpagos que nacían de su mismo centro...

Drewe tragó saliva, parpadeó, ajustó el enfoque de los prismáticos, incapaz de dar crédito a sus ojos. En el frente de la niebla había cosas. Cosas que en otros tiempos pudieron ser personas, pero que ya no lo eran. Había oído historias sobre esas criaturas cuando ocupó su puesto en el faro, pero no se las había creído. Muertos vivientes, monstruos inexplicables, magia maligna y benigna...

—Esos sureños no saldrán vivos —susurró Berl—. Yo me crié en el norte. Vi lo que pasó en Bain hace veinte años...

—Cállese, Berl —le ordenó Drewe—. ¡Kerrick!

Kerrick asomó la cabeza por la puerta.

—Kerrick, consiga una docena de cohetes rojos y láncelos a intervalos de tres minutos.

—¿Ha dicho cohetes rojos, mi teniente? —balbuceó Kerrick.

Se trataba de la señal de máximo peligro utilizada en el faro.

—¡Cohetes rojos! ¡Muévase! —rugió Drewe—. ¡Berl! ¡Quiero a todos los hombres formados fuera dentro de cinco minutos, con el equipo tres y fusiles!

—Los fusiles no funcionarán, mi teniente —dijo Berl con pena—. Y esos sureños no habrían cruzado la frontera a menos que los de la guarnición estuviesen muertos. Había allí toda una compañía del ejército...

—¡Le he dado una orden! ¡Obedezca!

—Mi teniente, no podemos ayudarlos —insistió Berl—. ¡No sabe usted de lo que son capaces esas cosas! El reglamento dice que nuestro deber es defender el faro, no...

—Timonel Berl —dijo Drewe fríamente—, sean cuales fuesen los fallos del ejército, la Marina Real de Ancelstierre jamás ha permanecido impasible ante la muerte de inocentes. ¡Y no lo hará si yo estoy al mando!

—Sí, mi teniente —dijo Berl.

Hizo la venia con una mano musculosa y luego, de repente, la dejó caer con fuerza sobre el cuello de Drewe, justo debajo del borde del yelmo del oficial. El teniente se desplomó en brazos de Berl; el timonel depositó a su superior en el suelo con mucho cuidado y le quitó el revólver y el alfanje.

—¿Qué miras, Kerrick? ¡Lanza esos malditos cohetes!

—Pero... y... y...

—Si vuelve en sí, dale un vaso de agua y dile que he tomado el mando —le ordenó Berl—. Bajaré a organizar las defensas.

—¿Las defensas?

—Esos sureños vienen del sur, acaban de cruzar las líneas del ejército de manera que de este lado ya hay algo, algo que se ha cargado a los soldados. Algo muerto, a menos que me equivoque. Seremos los siguientes, si no están ya aquí entre nosotros. ¡Así que date prisa y lanza de una vez esos malditos cohetes!

El corpulento suboficial gritó esas últimas palabras, se metió por la trampilla y la cerró de golpe.

El eco producido por la trampilla al cerrarse continuaba flotando en el aire cuando Kerrick oyó los primeros aullidos allá abajo, en el patio. Siguió un clamor, un grito tremendo y al barullo generalizado se unió el i hot .ir de los aceros.

Kerrick abrió el polvorín donde guardaban los cohetes temblando de pies a cabeza y sacó uno con esfuerzo. El lanzador estaba colocado en la barandilla del balcón, pero pese a que en los entrenamientos había cumplido con la operación cientos de veces, fue incapaz de meter el cohete. Cuando al fin consiguió encajarlo en su sitio, tiró demasiado deprisa del cordel para encenderlo y, cuando el cohete salió disparado, le quemó las manos.

Entre sollozos de dolor y pánico, Kerrick regresó a buscar otro cohete. Desde el cielo comenzó a caer una lluvia de flores rojas que destacaron entre las nubes.

Kerrick no esperó los tres minutos para disparar el siguiente, ni el siguiente.

Seguía lanzando cohetes cuando los braceros muertos aparecieron por la trampilla. La niebla había envuelto por completo el faro; sólo Kerrick, sus cohetes y la sala del faro escapaban a su denso y húmedo fluir. Aquella nube tenía aspecto de suelo firme, resultaba tan convincente que Kerrick apenas tuvo tiempo de pensar cuando la criatura muerta atravesó la puerta de cristal haciéndolo añicos y tendió los brazos para destrozarlo con unas manos que contaban con demasiados dedos y acababan en huesos deformes, ensangrentados.

Kerrick saltó y durante los primeros pasos que dio, la niebla pareció sostenerlo; corría y reía como un histérico, pese a que estaba cayendo. Los braceros muertos lo observaron marchar: diminuta chispa de vida que se apagó de inmediato.

Kerrick no murió en vano. Los cohetes rojos fueron avistados en el sur y el este. Y en la sala del faro, el teniente Drewe volvió en sí y, con paso vacilante, se incorporó justo cuando Kerrick caía. Vio a los muertos y, en un golpe de inspiración, tiró de la palanca que accionaba el mecanismo de encendido y la alimentación del aceite a presión.

La luz brilló en lo alto del faro, una luz ampliada mil veces por los mejores lentes

confeccionados con el cristal soplado por los mejores maestros vidrieros de Corvere. El haz brilló hacia ambos lados y cayó sobre los muertos que ocupaban el balcón. Comenzaron a chillar y se cubrieron los ojos con las manos putrefactas. Desesperado, el joven oficial de la marina, puso en punto muerto el mecanismo de frenado y se echó encima del cabrestante para hacer girar el faro. Había sido diseñado expresamente por si se producía un fallo mecánico generalizado, pero no para ser empujado por un hombre.

La desesperación y el miedo le dieron la fuerza necesaria. La luz del faro giró y su blanquísimo haz cayó de lleno sobre los muertos, no les hacía daño, pero la detestaban y se retiraban hacia donde había ido Kerrick y desaparecían en la niebla. A diferencia de

Kerrick, los braceros muertos sobrevivían a la caída, aunque sus cuerpos quedaban muy maltrechos. Poco a poco, se levantaban y afirmándose en unas piernas quebradas, de movimientos temblorosos, se pusieron nuevamente a subir las escaleras. Allá arriba había vida y quería saborearla, el fastidio que les producía la luz ya estaba olvidado.

Nick se despertó con los truenos y los relámpagos. Como le ocurría últimamente con bastante frecuencia, la cabeza le daba vueltas y se sentía desorientado. Notó que el suelo se movía bajo sus pies y tardó un momento en caer en la cuenta de que lo transportaban en una camilla. Dos hombres cargaban con él. Hombres normales, o bastante normales. No eran como esos obreros leprosos que Hedge llamaba la cuadrilla nocturna.

—¿Dónde estamos? —preguntó. Tenía la voz ronca y en la boca un sabor a sangre. Se rozó los labios con mano temblorosa y notó que los tenía cubiertos de sangre reseca—. Quisiera beber un poco de agua.

—¡Amo! —gritó uno de los hombres—. ¡Se ha despertado!

Nick intentó sentarse y le fallaron las fuerzas. En el cielo no veía más que nubarrones de tormenta y relámpagos, que resplandecían en algún punto, allá adelante. ¡Los hemisferios! De repente lo recordó todo. ¡Debía asegurarse de que los hemisferios estaban a buen recaudo!

—¡Los hemisferios! —gritó, y al instante notó en la garganta unas dolorosas punzadas.

—Están a salvo —contestó una voz familiar.

Hedge lo miraba desde arriba.

Pese a que no tenía lógica, Nick lo notó más alto. Y más delgado. Se había estirado como si fuera un caramelo masticable que se disputan dos niños. Y aunque antes era bastante calvo, ahora tenía pelo. ¿O sería una sombra que se proyectaba sobre su frente?

Nick cerró los ojos. No lograba deducir dónde estaba ni cómo había licuado hasta

allí. Seguía enfermo, eso estaba claro, mucho más enfermo que antes, de lo contrario, no tendrían que llevarlo en camilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nick débilmente.

Abrió otra vez los ojos pero ya no vio a Hedge, aunque el hombre le i OH (esto desde algún punto, no muy lejos.

—Nos disponemos a cruzar el Muro —le contestó Hedge y soltó una carcajada desagradable.

Aun así, Nick no pudo contener la risa. No supo por qué y no dejó de reír hasta que se ahogó y se vio obligado a hacerlo.

Además de la carcajada de Hedge y del retumbo incesante del trueno, se oía otro ruido. Nick no consiguió reconocerlo al principio. Prestó atención, entretanto los camilleros siguieron avanzando, impasibles, hasta que al fin creyó saber de qué se trataba. Del público que presenciaba un partido de fútbol o de críquet. Gritaban y vitoreaban cuando alguien marcaba un tanto. Aunque el Muro no era el lugar más adecuado para organizar un partido. A lo mejor quienes jugaban eran los soldados de la frontera, pensó.

Cinco minutos después, Nick oyó gritos mezclados con el clamor de la multitud y supo que no se trataba de un partido de fútbol. Trató de sentarse otra vez, pero una mano lo obligó a acostarse y supo que esa mano era de Hedge, aunque era negra y parecía quemada y donde debía tener las uñas vio llamas.

«Alucinaciones —pensó Nick, desesperado—. Alucinaciones.»

—Debemos cruzar a toda prisa —dijo Hedge dándole instrucciones a los camilleros—. Los muertos sólo podrán abrirnos paso unos minutos más. En cuanto los hemisferios hayan cruzado, echaremos a correr.

—Sí, señor —contestaron a coro los camilleros. Nick se preguntó de qué estaría hablando Hedge. Pasaban entre dos filas de aquellos extraños y enfermos obreros. Nick trató de no mirarlos para no ver la carne putrefacta que los harapos azules mantenían en su sitio. Por suerte, no alcanzaba a verles las caras estragadas. Todos volvían la cabeza hacia el mismo sitio, como si se tratara de una guardia de honor formada de espaldas con los brazos enlazados.

—¡Los hemisferios han cruzado el Muro!

Nick no sabía quién le hablaba. La voz era extraña, retumbaba, lo hacía sentir impuro. Las palabras tuvieron un efecto inmediato. Los camilleros echaron a correr y Nick fue pegando saltos. Se agarró de los laterales de la camilla y en uno de los saltos aprovechó el impulso para incorporarse y mirar a su alrededor.

Corrían hacia un túnel excavado en el Muro que separaba el Reino Antiguo de Ancelstierre. Un túnel bajo, cavado en la piedra. La cuadrilla nocturna lo ocupaba de principio a fin, dos largas filas de obreros con los brazos entrelazados que dejaban un sendero estrechísimo entre ambas. Tanto hombres como mujeres despedían una luz

dorada, pero cuando Nick se acercó más, comprobó que el fulgor provenía de miles de llamas doradas que se extendían y se sumaban de modo tal que los obreros que se internaban más en el Muro estaban envueltos en fuego. Nick gritó horrorizado cuando entraron en el túnel. Había fuego por todas partes, un extraño fuego dorado que quemaba sin humo. Aunque los obreros de la cuadrilla nocturna se consumían con ese fuego, no intentaban huir, ni gritar, ni hacer nada por impedir que las llamas los devorasen. Peor aún, Nick comprobó que a medida que se consumían, otros ocupaban su sitio. Cientos y cientos de hombres y mujeres vestidos de azul salían del extremo opuesto para impedir que las filas se rompieran.

Nick vio a Hedge que luchaba más adelante. No era exactamente Hedge. Sino una cosa oscura, con su misma forma, iluminada por un fuego rojo que luchaba contra el dorado. Cada paso que daba le costaba un enorme esfuerzo y las llamas doradas parecían una fuerza física que intentara evitar que atravesase el túnel del Muro.

De repente, todos los componentes de la cuadrilla nocturna que había más adelante ardieron como velas que acaban derretidas en un charco de cera hasta desaparecer por completo. Antes de que la gente a ambos lados lograra volver a enlazar los brazos o de que aparecieran otros obreros de la cuadrilla nocturna, el fuego dorado aprovechó el hueco y, con fuerza arrolladora, recorrió el túnel entero. Los camilleros lo vieron, lanzaron maldiciones y chillidos, pero siguieron corriendo. Llegaron al fuego como nadadores que corren desde la playa para zambullirse entre las olas y lo atravesaron. Nick fue arrancado de la camilla por el fuego, envuelto en llamas y arrastrado por el suelo del túnel.

El contacto con el fuego dorado le produjo un dolor lacerante y helado que le traspasó el corazón, como si alguien le hubiese lanzado un carámbano en medio del pecho. El impacto le permitió notar también una increíble claridad mental y un aguzamiento extremo de los sentidos. En las llamas y las piedras alcanzó a ver símbolos que se movían, cambiaban y formaban nuevas combinaciones. Eran las marcas del Gremio de las que había oído hablar. La magia de Sameth... y Lirael. El recuerdo del pasado reciente acudió raudo a su memoria. Se acordó de Lirael y de la perra alada. Del vuelo desde su tienda de campaña. Del tiempo que se ocultó entre los juncos. De sus conversaciones con Lirael. Le había prometido que iba a hacer lo imposible por detener a Hedge.

Las llamas golpearon a Nick en el pecho, pero sin quemarlo. Intentó atacar a esa cosa que llevaba en su interior, para obligar al fragmento a abandonar su cuerpo. Por desgracia, se trataba de una fuerza que superaba magia del Muro y esa fuerza decidió reafirmarse pese a que Nick Intentaba abrazar el fuego del Gremio, agarrar las llamas, incluso tragar las ráfagas de dorada luz.

Nick sacó chispas por la boca, la nariz y las orejas; de repente, todo su cuerpo se estiró, uedó tieso como un palo y se puso en pie, las rodillas y los codos trabados.

Como si se tratara de un muñeco sin articulaciones, Nick se tambaleó hacia delante mientras las llamas doradas ardían más a cada paso que daba. En lo más profundo de su mente, sabía lo que ocurría, pero él no era más que un observador. No dominaba sus músculos. El fragmento lo controlaba aunque no supiera cómo hacerlo andar correctamente.

Las articulaciones se le trabaron, Nick avanzó torpemente, dejando atrás filas y más filas de obreros de la cuadrilla nocturna envueltos en llamas, a medida que iban entrando a raudales desde el otro extremo del túnel. Muchos de ellos ni siquiera parecían obreros de la cuadrilla nocturna, sino hombres y mujeres casi normales, con la piel y el pelo vivos.

Sólo sus ojos dejaban patente la diferencia; en el fondo de su alma, Nick supo que estaban muertos y no sólo enfermos. Como sus hermanos medio putrefactos, estos recién llegados también llevaban gorros y pañuelos azules.

Delante de él, Hedge salió del túnel con una explosión, se volvió y le hizo una seña a Nick. Aquella seña fue como una garra en su cuerpo, lo aferró y lo arrastró más deprisa. El fuego dorado intentó alcanzarlo por todas partes, pero los obreros de la cuadrilla nocturna eran muchísimos, había demasiados cadáveres ardiendo. El fuego no alcanzaba a tocar a Nicholas. Finalmente, el muchacho salió a trompicones del túnel y se alejó de las llamas doradas.

Había cruzado el Muro y se encontraba en Ancelstierre. Mejor dicho, en esa franja, tierra de nadie, que discurría entre el Muro y la frontera. Normalmente, se trataba de un lugar tranquilo, de tierra árida cubierta de alambre espinoso, en cierto modo apaciguado por el suave murmullo de las flautas eólicas, a las que Nick había tomado siempre como una especie de adorno o extraño monumento. En ese momento estaba envuelto en la niebla, una niebla recorrida por el inquietante fulgor rojizo del sol poniente y el resplandor de los relámpagos. En algunos lugares la niebla se disipaba un poco a medida que, inexorable, se dirigía hacia el sur, y entonces dejaba ver escenas de atroces matanzas. La masa blanca era como el telón de una espeluznante obra de teatro, se alzó brevemente para dejar ver pilas de cadáveres, cuerpos por todas partes, colgados del alambre espinoso, amontonados en el suelo. Todos llevaban gorros y pañuelos azules; Nick admitió al fin que se trataba de refugiados sureños asesinados y se dio cuenta también de que la cuadrilla nocturna de Hedge estaba formada por ellos.

Los relámpagos recorrían el cielo y se oía el retumbo del trueno. La niebla se partió en dos; a poca distancia, Nick alcanzó a ver los hemisferios, atados a los enormes trineos sobre los cuales los habían colocado al descargarlos de las barcasas en Redmouth. No recordaba que eso hubiese ocurrido, ni nada entre el momento en que habló con Lirael en la barca de juncos y el instante en que despertó, justo antes de cruzar el Muro. Los hemisferios habían sido arrastrados hasta allí, evidentemente

por los hombres que seguían arrastrándolos ahora. Eran hombres normales, al menos no se parecían a los miembros de la cuadrilla nocturna. Vestían una mezcla extraña de uniformes del ejército ancelstierrano y ropas del Reino Antiguo, túnicas de color caqui sobre ropas de cuero, bombachos de brillantes colores y cotas de malla herrumbradas.

La fuerza que lo había conducido a través del túnel se retiró de repente y Nick cayó a los pies de Hedge. El nigromante medía ya más de dos metros, su contorno despedía rojas llamas que ardían con más intensidad en la cuenca de sus ojos. Por primera vez, Nick le tuvo miedo y se preguntó por qué antes no le ocurría lo mismo. Su debilidad era tan extrema que no pudo más que quedarse acurrucado a los pies de Hedge y agarrarse el pecho dolorido.

—Pronto —dijo Hedge con voz de trueno—, pronto nuestro amo quedará libre.

Nick comprobó que asentía con entusiasmo y eso lo asustó tanto como Hedge. Volvía a aer en el estado de letargo que no le permitía pensar en otra cosa que no fueran los hemisferios, la central productora de rayos y lo que había que hacer...

—No —susurró Nick. En lo que no había que hacer. No sabía qué estaba ocurriendo y hasta que no lo supiera, no haría nada—. ¡No!

Hedge advirtió que Nick hablaba con voz independiente. Sonrió y el fuego titiló en su garganta. Levantó a Nick como a un bebé y lo acunó contra su pecho, contra la bandolera con las campanas.

—Ya casi has cumplido con tu parte, Nicholas Sayre —dijo. Su aliento quemaba y olía a podrido—. Nunca has sido más que un huésped imperfecto, aunque tu tío y tu padre se han mostrado más colaboradores de lo que cabía esperar; eso sí, nunca han sido conscientes de ello.

Nick no atinaba a hacer otra cosa que mirar fijamente aquellos ojos ardientes. Había vuelto a olvidar los recuerdos recuperados en el túnel. En los ojos de Hedge vio reflejados los hemisferios de plata, los relámpagos, la unión de ambos, y supo entonces, una vez más, que esa unión era el único fin de su corta vida.

—Los hemisferios —musitó como si se tratara de un rezo—. Los hemisferios deben unirse.

—Pronto, amo, muy pronto —canturreó Hedge.

A grandes zancadas se acercó a los camilleros, depositó a Nicholas en la camilla y, con una mano negra, envuelta en fuego, le dio unas palmaditas en el pecho, justo encima del corazón. Lo poco que quedaba de la camisa ancelstierrana de Nick se disolvió bajo la mano de Hedge dejando ver la piel cubierta de hematomas azules.

—¡Muy pronto!

Despojado de toda voluntad, Nick vio a Hedge alejarse. Ya no era capaz de pensar por sí mismo. En su mente no había sitio para nada más que la visión ardiente de los hemisferios y su unión. Intentó sentarse para observarlos, pero no tuvo fuerzas, y

además, la niebla volvía a espesarse. Cansado por el esfuerzo, las manos de Nick cayeron a ambos lados de la camilla; uno de sus dedos tocó un desecho que le produjo en el brazo una extraña sensación. Un dolor agudo y un calor suave, curativo. Intentó aferrar el objeto con la mano, pero sus dedos se negaron. Nick hizo un esfuerzo enorme y consiguió darse la vuelta para ver qué era. Entrecerró los ojos y vio que se trataba de un trozo de madera, un fragmento de una de las flautas eólicas destruidas, como el que sobresalía del suelo, a poca distancia. El fragmento conservaba las marcas del Gremio que fluían por la madera. Mientras Nick las miraba, en lo más profundo de su mente, algo cambió. Por un instante, volvió a recordar quién era y la promesa que le había hecho a Lirael.

La mano derecha no le respondía, de manera que Nick se inclinó un poco más y trató de recoger el fragmento de madera con la izquierda. Lo consiguió durante segundos; la mano izquierda tampoco le respondía. Los dedos se separaron y el trozo de flauta eólica cayó en la camilla, entre el brazo izquierdo del muchacho y su cuerpo, sin llegar a rozarlo.

Hedge caminaba no muy lejos de Nicholas. Atravesó la niebla que se abrió para dejarlo pasar y fue hasta la pila más alta donde se acumulaban los cadáveres de los sureños. Habían perdido la vida a manos de los muertos que Hedge había convocado poco antes, ese mismo día, en los cementerios situados en los alrededores de los campamentos. Le divertía la idea de utilizar sureños muertos para matar a los sureños vivos. También habían eliminado a los soldados que formaban parte del curiosamente llamado puesto de resistencia occidental, así como a los marineros del faro. Ese día, Hedge había cruzado el Muro en tres ocasiones. La primera, para iniciar los ataques en Ancelstierre, tarea que no le resultó nada difícil; la segunda, para preparar el cruce de los hemisferios, algo más difícil de organizar; la tercera, con los hemisferios y Nicholas. Ya no volvería a cruzar más, porque el Muro sería una de las primeras cosas que su amo iba a destruir, junto con todas las demás obras del odiado Gremio.

Ahora solo le restaba regresar al reino de los muertos y obligar a cuantos espíritus encontrara a que volvieran para habitar esos cuerpos. Aunque la serrería de Forwin se encontraba a menos de treinta kilómetros y podían llegar allí por la mañana, Hedge sabía que el ejército de Ancelstierre intentaría impedirles que salieran de la frontera. Precisaba braceros muertos para que lucharan contra el ejército pues gran parte de los que había traído desde el norte, así como los creados ese mismo día en los cementerios del campamento de los sureños se habían perdido en el cruce del Muro, los había utilizado para cruzar los hemisferios.

Hedge sacó dos campanas de la bandolera. Saraneth, maestra de la coacción. Mosrael, encargada de despertar a los espíritus dormidos que se encontraban allí en tierra de nadie, liberados ya de las cadenas con que las odiadas flautas eólicas de la Abhorsen los tenían atados. Usaría Mosrael para despertar a cuantos pudiese, aunque

el uso de esa campana lo enviase a él hacia lo más profundo del reino de los muertos. Daba igual, volvería a cruzar puertas y recintos, y usaría a Saraneth para llevar al mundo de los vivos a cuantos espíritus hallara a su paso. Había cuerpos para todos.

Antes de que pusiera manos a la obra, notó que algo se aproximaba en la oscuridad. Con sumo cuidado, Hedge guardó a Mosrael, no fuera ser que sonara por su propia voluntad, desenvainó la espada y, tras susurrar unas palabras, las llamas recorrieron el acero.

Sabía quién era, pero no se fiaba siquiera de los vínculos y encantamientos que le había hecho. Chlorr era ahora una de las muertas mayor es. En vida había estado bajo el dominio del Destructor, pero en el reino de los muertos se había vuelto un tanto incontrolable. Hedge la había obligado a obedecer por otros medios, aunque como solía ocurrir Con esos espíritus, el control que sobre ellos podía ejercer un nigromante era limitado; por tanto, su obediencia no era nunca firme. Chlorr apareció como silueta oscura con vaga forma humana; de su torso abultado colgaban varios apéndices deformados que hacían las veces de brazos, piernas y cabeza. En las cuencas de los ojos ardían llamas relucientes, pero aquellas llamas eran demasiado grandes y estaban demasiado separadas. Chlorr había cruzado el Muro cuando Hedge lo hizo por primera vez y había dirigido el ataque sorpresa de la guarnición del ejército ancelstierrano y su puesto de resistencia occidental. No esperaban un asalto desde el sur. Chlorr se había cobrado muchas vidas y eso la había hecho más poderosa. Hedge la miró desanimado y mantuvo firmemente asida a Saraneth. Las campanas no servían de buena gana a los nigromantes, e incluso las campanas que los Abhorsens consideraban seguras y firmes había que sujetarlas bien y en todo momento enseñarles quién mandaba.

Chlorr hizo una reverencia que a Hedge le pareció cargada de ironía. Luego habló y una boca retorcida se dibujó en la oscuridad. Su discurso era un galimatías plagado de palabras entrecortadas, ininteligibles. Hedge frunció el ceño y levantó la espada. La boca cobró firmeza y una lengua de fuego rojo se movió hacia las comisuras de aquellas horrendas fauces.

—Con perdón, amo —dijo Chlorr—. Desde el sur vienen muchos soldados a caballo. Algunos son magos del Gremio, aunque no muy expertos. Maté a los que iban al frente, pero detrás vienen muchos más, de manera que he regresado a advertirte, mi amo.

—Bien —dijo Hedge—. Me dispongo a preparar una nueva hornada de muertos que te enviaré cuando estén listos. De momento, trae aquí a todos los braceros que puedas para atacar a estos soldados. Hay que matar sobre todo a los magos del Gremio. ¡Nada debe demorar a nuestro señor!

Chlorr inclinó la inmensa cabeza informe. Después, tras buscar a sus espaldas, puso ante la vista de su amo a un hombre que había permanecido oculto por la niebla

y su propia sombra. Se trataba de un hombrecito delgado, le había quitado la chaqueta para que se le iera la clásica camisa blanca de los oficinistas, con los protectores para las mangas. Lo sujetó del cuello con dos dedos enormes y el pobre estaba paralizado por el miedo y la falta de aire. Cayó de rodillas ante Hedge respirando entrecortadamente y sollozando.

—Te busca a ti, o eso dice él —comentó Chlorr. Dicho lo cual, se alejó con las manos tendidas para tocar a los braceros muertos que estuviesen cerca. En cuanto sus manos entraban en contacto con ellos, se estremecían, se sacudían y después, poco a poco, la seguían. Resultaba sorprendente, pero quedaban muy pocos braceros, y en el túnel que atravesaba el Muro no había ninguno. Chlorr puso cuidado de no acercarse demasiado a la perturbante masa de piedra que continuaba brillando de vez en cuando con luz dorada. Ni siquiera ella se tomaba a la ligera eso de cruzar el Muro; probablemente no habría podido hacerlo de no haber contado con la ayuda de Hedge y el sacrificio de infinidad de muertos menores.

—¿Quién eres?—preguntó Hedge.

—Soy... soy Geanner, adjunto del señor Corolini—sollozó el hombre y le tendió un sobre—. Le he traído la carta convenida... el permiso para cruzar... para cruzar el Muro...

En cuanto Hedge tocó el sobre, éste se prendió fuego y se consumió soltando pavesas grises.

—No necesito permiso de nadie —murmuró Hedge—. También he venido a buscar el... el cuarto pago convenido—prosiguió Geanner y miró a Hedge desde su escasa altura—. Hemos hecho lo que pidió.

—¿Todo? —repitió Hedge—. ¿Y el rey y la Abhorsen?

—E... están muertos —contestó Geanner con un hilo de voz—. Saltaron por los aires y se quemaron en Corvere. No quedó nada.

—¿Y los campamentos cerca de la Serrería de Forwin?

—Los nuestros abrirán las puertas al amanecer, según las instrucciones. Los folletos están impresos y traducidos al azhdik y al chelánico. Estoy convencido de que se creerán las promesas.

—¿Y el golpe?

—Seguimos luchando en Corvere y otros pueblos... pero estoy seguro de que el partido Nuestro País saldrá victorioso.

—Entonces ya se ha hecho lo que me hace falta —dijo Hedge—. Todo menos una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Geanner.

No tuvo tiempo ni de levantar la vista para mirar a Hedge, ni de gritar siquiera, el acero llameante cayó con fuerza y le cercenó la cabeza a la altura de los hombros.

—Vaya desperdicio —dijo roncamente Chlorr que regresaba seguida de una fila

de braceros desgarrados—. Ahora el cuerpo no sirve para nada.

—¡Vete! —rugió Hedge, presa de una súbita ira. Envainó la espada que todavía chorreaba sangre y sacó a Mosrael—. ¡O te enviaré de vuelta al reino de los muertos y me buscaré un siervo más útil!

Chlorr soltó una risita que sonó como un puñado de piedras agitadas en un cubo de hierro vacío, y se perdió en la noche, seguida de una fila de unos cien braceros. En cuanto el último hubo cruzado las trincheras de vanguardia, Hedge agito a Mosrael. La campana emitió una única nota que sonó grave al principio y, poco a poco, aumentó en volumen y tono. A medida que su sonido se propagaba, los cuerpos de los sureños comenzaron a agitarse y a retorcerse y las pilas de cadáveres cobraron vida. Al mismo tiempo, Hedge se fue cubriendo de hielo. Mosrael siguió sonando, aunque quien la había agitado ya estaba atravesando el frío río de la muerte.

Chlorr, la de la máscara

Lirael se levantó sobresaltada, el corazón le latía con fuerza y con las manos tanteó en busca de las campanas y la espada. Era de noche y estaba atrapada en una especie de cámara... no, no era una cámara, se dio cuenta al despertar del todo. Dormía en la parte trasera de un ruidoso vehículo... un camión, como lo llamaba Sam. Aunque ahora ya no hacía ruido.

—Hemos parado —dijo la *Perra Canalla*. Asomó la cabeza por la portezuela de lona para echar un vistazo y su voz quedó algo amortiguada—. Y diría que de forma inesperada.

Lirael se incorporó y trató de no hacer caso a la sensación que tenía de que acababan de aporrearla en la cabeza y darle a beber vinagre. Seguía resfriada. Al menos no había empeorado, aunque en Ancelstierre la primavera acababa de comenzar y se seguía notando la presencia del invierno en las bajas temperaturas nocturnas.

La parada tenía todo el aspecto de ser inesperada, a juzgar por las maldiciones que echaba el conductor. Sam levantó desde fuera la portezuela de lona y esquivó justo a tiempo el lametazo de bienvenida de la *Perra Canalla*. Tenía aspecto de cansado y Lirael se preguntó si habría podido dormir tras enterarse de la terrible noticia sobre sus padres. Ella se había dormido en cuanto se habían subido al... al camión... No tenía idea de cuánto había dormido. No demasiado, a juzgar por cómo se sentía, y todavía era de noche, la única luz provenía del collar de la perra.

—Los camiones no arrancan —informó Sam—, aunque el viento sopla prácticamente del oeste. Creo que estamos demasiado cerca de los hemisferios. Tendremos que seguir andando.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lirael.

Se incorporó demasiado deprisa, tocó el techo de lona con la cabeza y a punto estuvo de golpearse con los puntales de acero. Fuera había mucho ruido, gritos y el estruendo de las botas con tachuelas en contacto con el camino, y debajo del alboroto general, un retumbo sordo, constante. Estaba todavía medio dormida y tardó un instante en comprender que no eran los truenos que esperaba, sino otra cosa.

La perra saltó por la puerta trasera y Lirael la siguió con más calma. Seguían en el camino de la frontera; al parecer amanecía. La luna seguía en el cielo, un delgado cuarto creciente, mientras que en el Reino Antiguo estaba llena. Su forma era levemente distinta. Y el color también, según notó Lirael. Menos plateada, de un tono más amarillento.

El retumbo venía del sur y en él se oía también un silbido débil. Lirael vio también destellos en el horizonte, pero no eran relámpagos. Hacia el oeste se oían truenos y los destellos que venían de esa dirección eran, sin duda, relámpagos.

Mientras observaba, Lirael creyó haber olido el hedor de la magia libre, aunque el viento soplara directamente del sur. Notaba también la presencia de muertos en algún punto, allá adelante, a poco más de un kilómetro.

—¿Qué son esas luces y ese ruido? —le preguntó a Sam mientras señalaba hacia el sur.

El muchacho se volvió a mirar pero tuvo que apartarse antes de contestar porque los soldados pasaron al trote junto a los camiones.

—Artillería —comentó al cabo de un momento—. Llevan armas pesadas. Seguramente están lejos de la frontera, no se verán afectadas por el Reino Antiguo ni los hemisferios y podrán disparar. Vaya... pero si son catapultas... lanzan explosivos a varios kilómetros de distancia, los explosivos estallan al golpear el suelo o bien en el aire y matan gente.

—Una pérdida de tiempo —lo interrumpió el mayor Greene, que avanzaba resollando—. ¿Acaso se oyen explosiones? No, ¿verdad? Seguro que lo que hacen es lanzar lo que encuentren, incluso piedras de gran tamaño, pero aunque las piedras o los proyectiles sin explotar les den de lleno a los muertos no servirá de nada. Lo único que se conseguirá es dejar el terreno sembrado de porquería que después deberán recoger los del cuerpo de armamento y materiales. Miles de bombas sin explotar, la mayoría de ellas de fósforo blanco, una sustancia peligrosa. ¡Vamos!

El mayor avanzó sin dejar de resollar, seguido de Lirael, la *Perra Canalla* y Sam. Dejaron las mochilas en los camiones y por un momento Lirael pensó que Zapirón seguía dormido en la de Sam. Entonces vio al gatito blanco detrás del primer pelotón que marchaba a paso ligero, corría por el camino como si persiguiera un ratón. Al verlo saltar, Lirael supo exactamente lo que hacía. Cazaba algo para comer.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lirael alcanzando sin esfuerzo al mayor Greene.

El hombre la miró, inspiró hondo, tosió y con la cabeza le indicó al teniente Tindall, que estaba más adelante. Lirael captó la sugerencia. Siguió corriendo hasta alcanzar al joven oficial y repitió la pregunta.

—A menos de cinco kilómetros del puesto de resistencia occidental de la frontera —contestó Tindall—. La Serrería de Forwin está a veinticinco kilómetros al sur de allí, con suerte, conseguiremos detener a ese Hedge en el Muro... ¡Primer pelotón, aaalto!

Lirael se sorprendió por lo abrupto de la orden y siguió corriendo hasta que se dio cuenta de que los soldados del frente se habían detenido. El teniente Tindall gritó más órdenes, repetidas por un sargento que upaba el frente, los soldados se desplegaron a ambos lados del camino y prepararon los fusiles.

—¡Caballería, señora! —le soltó Tindall agarrándola del brazo y apartándola del medio del camino—. No sabemos de quién.

Lirael volvió a ponerse al lado de Sam y desenvainó la espada. Miraron por el

camino y oyeron el golpeteo de los cascos en el pavimento. La perra también miraba, pero Zapirón jugaba con el ratón que acababa izar. El animalito seguía vivo y el gato lo soltaba, pero en cuanto se alejaba un palmo, lo agarraba otra vez y lo sujetaba al pobre, aterrorizado y frenético, en la boca entreabierta.

—No son muertos —dictaminó Lirael.

—Ni producto de la magia libre —añadió la *Perra Canalla* olfateando ruidosamente—. Pero se huele el miedo.

Poco después vieron al caballo y al jinete. Se trataba de un soldado ancelstierrano, un soldado de infantería montado, aunque había perdido la carabina y el sable. Al ver a los demás soldados, gritó:

—¡Salid de aquí! ¡Marchaos!

Intentó seguir galopando, pero el caballo se espantó al ver que los soldados se agolpaban en el camino. Alguien aferró las bridas y obligó al caballo a detenerse. El soldado fue desmontado de la silla cuando intentó azuzar al caballo con las manos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el mayor Greene de malos modos—. ¿Cómo se llama y cuál es su unidad?

—Soldado Maculler, número 732769, mayor—contestó el hombre automáticamente; le astañeteaban los dientes al hablar y tenía la cara cubierta de sudor—. Caballería ligera, regimiento catorce, destinado en destacamento volante de la frontera.

—Bien. Cuénteme qué es lo que está pasando —le pidió el mayor. —Están todos muertos —susurró el hombre—. Veníamos del sur y atravesamos la niebla. Una niebla rara, se retorció mucho... Los sorprendimos con dos enormes... parecían medias naranjas, pero muy grandes... eran de plata. Las ponían en unos carros, pero los caballos de tiro estaban muertos. Aunque no sé si muertos, bien muertos, porque se movían. Los caballos tiraban de los carros pese a estar muertos. Todos muertos...

El mayor Greene lo sacudió con fuerza. Lirael hizo ademán de detenerlo, pero Sam la contuvo.

—¡Soldado Maculler, siga informando de la situación!

—Están todos muertos menos yo, mayor —prosiguió Maculler sencillamente—. Griseta y yo caímos al suelo al cargar. Y cuando nos levantamos todo había terminado. Algo nos hizo vomitar. A lo mejor la niebla llevaba algún gas. De las tropas de reconocimiento cayeron todos, incluidos los caballos, algunos corrían desbocados. Por todas partes, alrededor de los carros, había unas cosas. Pensamos que serían cadáveres, sureños muertos, pero a medida que los nuestros caían, ellos se iban levantando. Los vi abalanzarse sobre mis compañeros... miles de monstruos, eran horribles. Vienen hacia aquí, mayor.

—Los hemisferios de plata —interrumpió Lirael con urgencia—. ¿Hacia dónde fueron los carros?

—No lo sé —balbuceó el hombre—. Cuando topamos con ellos, se dirigían hacia el sur, hacia nosotros. Después, ya no sé.

—Hedge ha logrado cruzar y los hemisferios van hacia la central productora de rayos —le dijo Lirael a los demás—. ¡Debemos llegar antes que ellos! ¡Es nuestra última oportunidad!

—¿Cómo? —preguntó Sam, blanco como un papel—. Si ya han cruzado el Muro...

El Teniente Tindall había sacado el mapa e intentaba encender la linterna eléctrica, pero ésta se negó a funcionar. Contuvo una maldición y lanzó a Lirael una mirada a modo de disculpa, luego desplegó el mapa a la luz de la luna.

En ese momento, Lirael notó que su sentido de la muerte reaccionaba y levantó la vista. No vio nada en el camino, pero sabía lo que se aproximaba. Eran braceros muertos. Un gran número de ellos. Y algo iba con ellos. Una fría presencia familiar. Uno de los muertos mayores, aunque no era nigromante. Debía de tratarse de Chlorr.

—Ya vienen —dijo con urgencia—. Son dos grupos de braceros. Al frente van unos cien, y a corta distancia, cientos más.

El mayor se puso a gritar una serie de órdenes y los soldados corrieron en todas direcciones, mayormente hacia delante; portaban trípodes, ametralladoras y otras armas. Un enfermero se llevó al soldado Maculler y el caballo los siguió, obediente. El teniente Tindall agitó el mapa y entrecerró los ojos por si conseguía ver mejor.

—¡Siempre caen en los malditos pliegues o donde el mapa se junta! —exclamó—. Deberíamos ir al sureste desde el cruce de caminos de allá atrás y luego cortar por el suroeste hasta un desvío que llega a la Serrería de Forwin desde el sur. Si vamos por ahí, quizá funcionen los camiones. Ahora, lo primero, es empujarlos hasta el cruce.

—¡Manos a la obra! —rugió el mayor Greene—. Llévese su pelotón para empujar. Nosotros aguantaremos aquí todo lo que podamos.

—Los dirige Chlorr —le dijo Lirael a Sam y a la perra—. ¿Qué debemos hacer?

—A pie no llegaremos a la central productora de rayos antes que Hedge —dijo Sam a toda prisa—. Podríamos ir en el caballo de ese hombre, pero sólo podría llevar a dos, y son casi veinticinco kilómetros en la oscuridad...

—El caballo está reventado —lo interrumpió Zapirón. Masticaba algo y no pronunciaba con claridad—. No llevaría a dos aunque quisiera. Y no quiere.

—De manera que habrá que ir con los soldados —dijo Lirael—. Eso significa mantener a raya a Chlorr y la primera oleada de muertos el tiempo suficiente para que empujen los camiones hasta donde consigan funcionar.

Miro camino abajo, más allá de los soldados arrodillados detrás de las ametralladoras montadas sobre sus trípodes. La luz de la luna y las estrellas alcanzaba para ver el camino y los arbustos achaparrados que lo flanqueaban, unos arbustos

raquíuticos, faltos de color. Entonces notó unas formas borrosas, más oscuras, allí donde el paisaje estaba más iluminado. Eran los muertos que avanzaban arrastrando los pies, apelotonados, sin rumbo fijo, como una muchedumbre desorganizada. Al frente iba una silueta más grande y más negra, y pese a encontrarse a bastante distancia, Lirael vio el fuego que ardía dentro de la sombra. Era Chlorr.

El mayor Greene también vio a los muertos y de repente gritó justo al lado de Lirael:

—¡Compañía! ¡Ciento ochenta metros, a las doce en punto, los muertos avanzan en masa por el camino! ¡Fuego! ¡Fuego, fuego!

Tras los gritos del mayor se oyeron los chasquidos de los gatillos, más altos aún que los gritos. Y no ocurrió nada más. No se oyó luego ningún estallido, ni un solo disparo. Sólo los chasquidos y una serie de sofocadas exclamaciones.

—No lo entiendo —dijo Greene—. ¡El viento sopla del oeste y normalmente las armas funcionan mucho después de que se hayan parado los motores!

—Los hemisferios —dijo Sam. Lanzó una mirada a la perra y ésta asintió—. Son una fuente de magia libre en sí mismos y nos encontramos cerca de ellos. Es probable que Hedge haya manipulado el viento. Tal como funciona su tecnología, es como si nos encontráramos todavía en el Reino Antiguo.

—¡Maldición! ¡Pelotón uno y dos! ¡A formar en dos filas en el camino! ¡Deprisa! —ordenó Greene—. ¡Arqueros en la retaguardia! ¡Artilleros, quiten los cerrojos y desenfunden las espadas!

Siguió un afanoso ajeteo cuando los artilleros quitaron los cerrojos de sus armas y desenfundaron las espadas. Lirael también desenfundó la suya y, tras vacilar un poco, sacó a Saraneth. Por algún motivo quiso usar a Kibeth, le resultaba más familiar al tacto, pero para ocuparse de Chlorr iba a necesitar la autoridad de la campana más grande. —Creí que eran más de las doce —le dijo a Sam. Avanzó hasta donde formaban los soldados y se puso a la cabeza. Serían unos sesenta, formados en dos filas que cruzaban el camino y se extendían a ambos lados, hacia el campo. Los de la fila del frente vestían cotas de malla y sus fusiles estaban dorados de relucientes bayonetas de plata. En la segunda fila estaban los arqueros; de un solo vistazo Lirael se dio cuenta, por la forma en que sostenían los arcos, que muchos de ellos no sabían ni siquiera usarlos. Notó, satisfecha, que las flechas también estaban bañadas en plata. Un detalle que sería de gran ayuda contra los muertos.

—Cuando el mayor Greene dijo «las doce en punto» se refería a justo al frente». Ahora son las dos de la mañana —le aclaró Sam, tras echar una mirada al cielo nocturno.

Era evidente que no sólo conocía las estrellas del Reino Antiguo sino los de Ancestierre, porque a Lirael el cielo no le decía nada.

—¡Primera fila, rodilla a tierra! —ordenó el mayor Greene.

Estaba delante, con Lirael y Sam y el hombre miró de reojo a la *Perra Canalla*, que en ese momento creció hasta adoptar su tamaño de combate. Los soldados más próximos al chucho se revolvieron nerviosamente, pese a estar con la rodilla en tierra, y prepararon los fusiles con las bayonetas disponiéndolos en un ángulo de cuarenta y cinco grados hasta que la primera fila pareció un matorral de lanzas.

—¡Arqueros, preparados!

Los arqueros colocaron las flechas en los arcos, pero no los tensaron. Los muertos se cercaban a buen ritmo, pero todavía no estaban lo bastante cerca para que Lirael y Sam distinguieran a los individuos en la oscuridad. Chlorr era la única que se veía. Se oía el golpeteo de sus huesos y el arrastrarse constante de cientos de pies contrahechos por el camino.

Lirael notó la tensión y el miedo en los soldados, que contenían el aliento y movían nerviosamente los pies y el equipo. Notó el silencio que siguió a las órdenes del mayor. A la menor reacción, todos saldrían huyendo para salvar la vida.

—Se han detenido —dijo la perra, mientras sus ojos perforaban la oscuridad de la noche.

Lirael escudriñó a lo lejos. Así era, la masa negra parecía haberse detenido y el rojo resplandor que despedía Chlorr avanzaba de lado, y no hacia delante.

—¿Intenta flanquearnos? —preguntó el mayor—. Me pregunto por qué.

—No —dijo Sam. Notaba la presencia del grupo de muertos más grande que se encontraba algo más lejos—. Espera al segundo grupo de muertos. Calculo que serán cerca de mil.

Habló en voz baja, pero entre los soldados más próximos se corrió la voz poco a poco por ambas filas.

—¡Silencio! —gritó Greene—. ¡Sargento! ¡Tómele el nombre a ese soldado!

—¡Sí, mayor! —confirmaron varios sargentos.

Muchos de ellos también habían hablado y ni se molestaron en apuntar nada en sus cuadernos.

—No podemos esperar —dijo Lirael llena de ansiedad—. ¡Debemos llegar a la central productora de rayos!

—No podemos volverle la espalda a estos que vienen —dijo Greene. Se aproximó más y la marca del Gremio de la frente brilló suavemente al reaccionar a la magia del Gremio de la perra, y susurró—: Los hombres están a punto de quebrarse. No son exploradores, no están acostumbrados a este tipo de cosas.

Lirael asintió. Apretó los dientes cuando notó un instante de indecisión y luego se apartó de la primera fila.

—Me enfrentaré a Chlorr —anunció—. Si consigo vencerla, los braceros tal vez se queden por ahí vagando o regresen con Hedge. De todas maneras, luchan bastante mal.

—No irás sin mí—dijo la perra.

Dio un paso al frente acompañado de un ladrido entusiasta, un ladrido que surcó la noche. Aquel ladrido tenía algo raro. Hizo que a todo el mundo se le erizaran los cabellos y la campana que Lirael sostenía en la mano tintineó suavemente hasta que la muchacha la hizo callar. Los dos sonidos contribuyeron a poner más nerviosos a los soldados.

—Ni sin mí —añadió Sam con firmeza.

También dio un paso al frente; su espada brillaba con las marcas del Gremio y en su mano izquierda relucía un hechizo, listo para ser lanzado.

—Yo iré de espectador —dijo Zapirón—. Con suerte, conseguiréis asustar a unos cuantos ratones para que salgan de sus agujeros.

—Si permite que un viejo pelee a su lado... —comenzó a decir Greene, pero Lirael le hizo un gesto negativo.

—Quédese aquí, mayor —le dijo. Su voz no era la de una muchacha sino la de una Abhorsen a punto de enfrentarse a la muerte—. Proteja la retaguardia.

—Sí, señora —dijo el mayor Greene.

Hizo una venia y volvió a ocupar su puesto en la fila.

Lirael avanzó haciendo crujir la grava bajo los pies. La *Perra Canalla* iba a su derecha; Sam a su izquierda. Zapirón, apenas visible como rauda mancha blanca, corría de un lado a otro del camino, tal vez en busca de más ratones para atormentarlos.

Los muertos no avanzaron hacia Lirael cuando ésta echó a andar. A medida que se fue acercando a ellos, la Abhorsen vio que se desplegaban en el campo para formar un frente más amplio. Chlorr esperaba en el camino, altísima, más negra que la noche, excepto sus ojos ardientes. Lirael notó la presencia de la muerta mayor como una mano fría en la nuca.

Cuando se encontraron a poco menos de cincuenta metros, Lirael se detuvo, y detrás de ella también lo hicieron la *Perra Canalla* y Sam. Levantó bien alta a Saraneth; la campana plateada brilló bajo la luz de la luna y las marcas del Gremio que se movían por el metal despidieron un leve fulgor.

—¡Chlorr, la de la máscara, regresa al reino de la muerte! —gritó Lirael.

Lanzó la campana al aire, la aferró por el mango y la hizo sonar al mismo tiempo. El toque de Saraneth se propagó en la noche; los braceros muertos se estremecieron cuando aquel sonido los golpeó. La campana, sin embargo, tocaba por Chlorr y Lirael concentró todas sus fuerzas y su atención en ese espíritu.

Chlorr levantó la espada de sombras por encima de la cabeza y le contestó con un grito de desafío. No obstante, el grito quedó ahogado por el tañido de la campana y Chlorr tuvo que retroceder pese a blandir la espada.

—¡Regresa al reino de la muerte! —le ordenó Lirael a medida que avanzaba y

agitaba despacio a Saraneth describiendo círculos que salían directamente de una página de El libro de los muertos que brillaba con fuerza en su mente—. ¡Te ha llegado la hora!

Chlorr siseó y retrocedió otro paso más. Entonces, otro sonido se unió al de la campana. Un ladrido imperioso y sostenido, que se prolongó mucho, mucho rato, mucho más agudo y más intenso que la voz profunda de Saraneth. Chlorr levantó la espada en un intento de esquivar los sonidos, pero se vio obligada a retroceder dos pasos más. Los braceros muertos, confundidos, se apartaban de su lado con movimientos vacilantes al tiempo que sus gargantas putrefactas emitían glugluteantes sonidos de desesperación.

Sam describió un movimiento circular, como quien lanza una bola de boliche y, de repente, el fuego dorado estalló envolviendo a Chlorr y extendiéndose a los braceros, que gritaban y se retorcían al notar que les quemaban la carne muerta.

Y entonces, una silueta blanca apareció de pronto casi a los pies de Chlorr. Era un gato que daba saltitos sobre las patas traseras, agitando las manos en el aire, delante del espíritu de la muerta mayor.

—¡Corre! ¡Vete, Chlorr sin cara! —rió Zapirón—. ¡La Abhorsen ha venido para enviarte más allá de la Novena Puerta!

Chlorr lanzó una estocada al gato que la esquivó ágilmente justo cuando la hoja a punto estuvo de rozarlo. Y entonces, la muerta mayor pegó un salto, un salto que la elevó nueve metros por encima de las cabezas de los braceros muertos que tenía a su espalda. A medida que saltaba se fue transformando hasta convertirse en un inmenso nubarrón negro, con forma de cuervo, que cruzó raudo los campos en dirección al norte, hacia la segundad del Muro, perseguido por el sonido de Saraneth y el ladrido de la *Perra Canalla*.

Una lata de sardinas

Chlorr huyó y la masa de braceros muertos estalló como un hormiguero regado con agua hirviendo. Corrían en todas direcciones, los más estúpidos lo hacían hacia Lirael, Sam y la *Perra Canalla*. Zapirón correteaba entre sus piernas riendo, mientras el fuego de la magia del Gremio quemaba los pocos músculos que conservaban hasta que los pobres caían al suelo. El ladrido de la perra envió sus espíritus de vuelta al reino de los muertos y

Saraneth les ordenó que abandonaran sus cuerpos.

Tras unos cuantos minutos de locura, todo acabó. Los ecos de la campana y el ladrido se apagaron. Lirael y sus compañeros quedaron de pie en medio del camino desierto iluminado por la luna y las estrellas, rodeados de cientos de cadáveres que no eran más que cascarones vacíos.

El silencio se vio roto por los alegres vítores de los soldados. Lirael no hizo caso y llamó a Zapirón.

—¿Por qué le dijiste a Chlorr que corriera? ¡Estábamos ganando! ¿Y por qué la llamaste «sin cara»? —

—Para que todo acabara antes. No sé, pensé que de eso se trataba —contestó Zapirón. Se acercó a los pies de Sam, se sentó y bostezó—. Chlorr siempre fue demasiado cauta, incluso cuando era una... cuando estaba viva. ¡Qué cansado estoy! ¿Me llevas?

Sam suspiró. Envainó la espada, levantó al gato y dejó que se acomodara en el hueco de sus brazos.

—Todo acabó antes —le dijo a Lirael a manera de disculpa—. Lamento decirlo, pero se aproximan más braceros muertos... y a menos que me equivoque... también vienen braceros fantasma...

—No te equivocas —gruñó la perra sin dejar de mirar a Zapirón con recelo—. Como a mi ama, a mí tampoco me satisfacen los motivos ni la explicación de Zapirón, sugiero que marchemos ahora mismo. Disponemos de poco tiempo.

Como si respondiera a sus palabras, el sonido de los motores de los camiones les llegó desde el camino. El teniente Tindall y sus hombres habían conseguido empujarlos a suficiente distancia y volvían a funcionar.

—Espero que podamos dar un rodeo —dijo Sam, nervioso, mientras corrían hacia los camiones—. Si el viento vuelve a cambiar, volveremos a quedar tirados aunque estemos más lejos.

—Podríamos tratar de hacer que funcionen... —dijo Lirael y de inmediato sacudió la cabeza—. No, no podemos. Eso empeoraría la... ¿Cómo la llamas? ¿Tecnología ancelstierrana?

—Algo parecido —bufó Sam—. ¡Vámonos!

Alcanzaron al mayor Greene y el pelotón de retaguardia, que regresaban a los camiones a paso ligero. El mayor les sonreía cuando pasaban a su lado, y algunos soldados daban palmadas a sus fusiles a manera de saludo. El ambiente era muy distinto del que reinaba momentos antes.

El teniente Tindall esperaba junto al camión de cabeza, estudiaba otra vez el mapa, esta vez bajo la luz de una linterna eléctrica que funcionaba. Levantó la vista e hizo la venia cuando Lirael, Sam y el mayor Greene se acercaron.

—He encontrado un camino que nos servirá —dijo a toda prisa—. ¡Y creo que podremos llegar antes que Hedge!

—¿Cómo? —preguntó Lirael.

—Desde el puesto de resistencia occidental el único camino al sur va serpenteando entre las colinas que ve aquí —le señaló el sitio—. Tiene un solo carril y ni siquiera está cubierto de grava. Unos carros muy cargados, como los que me describió Maculler, tardarán al menos un día para llegar por aquí. Es imposible que lleguen a la Serrería de Forwin antes de las últimas horas de la tarde. Nosotros estaremos poco después del amanecer.

—Lo felicito, Tindall —dijo el mayor y le dio una palmada en la espalda.

—¿Hay alguna otra forma de transportar los hemisferios hasta la serrería? —preguntó Sam—. Hedge lo planificó todo con sumo cuidado, en el Reino y aquí... lo tenía todo preparado. Usó a los sureños para crear más muertos, tenía los carros dispuestos...

Tindall volvió a mirar el mapa. El haz de la linterna se movió en varias direcciones mientras el teniente pensaba en las distintas posibilidades.

—Bueno —dijo al fin—, supongo que podrían transportar los hemisferios en carro hasta el mar, cargarlos en barcas, llevarlos al sur y luego subir por el fiordo hasta el viejo muelle de la serrería. Pero cerca del puesto de resistencia occidental no hay ningún sitio donde cargarlos...

—Sí lo hay —dijo el mayor poniéndose otra vez serio. Señaló un símbolo en el mapa, un trazo vertical rodeado de cuatro trazos angulares—. En el Faro Occidental hay un muelle de la marina.

—Es lo que hará Hedge —dijo Lirael invadida por una fría certidumbre—. ¿Cuánto tardarán por mar?

—Tardarán un poco en cargar los hemisferios —dijo Sam uniéndose a las cabezas inclinadas sobre el mapa—. Deberán navegar a vela y no a vapor. Pero Hedge manipulará el viento. Yo diría que menos de ocho horas.

Tras oírlo, se hizo un silencio y luego, sin mediar palabra, una actividad frenética deshizo el corrillo. Greene cogió el mapa y se subió a la cabina del primer camión, Lirael y sus compañeros corrieron a la parte trasera y se montaron en la caja, y el teniente Tindall salió disparado camino arriba agitando las manos y gritando:

«¡Vamos, vamos!», mientras los camiones aceleraban y, poco a poco, comenzaron a avanzar; la luz de sus faros temblaron con el esfuerzo de los motores.

En la caja del camión, Sam colocó a Zapirón en lo alto de su mochila llena de remiendos y se sentó a su lado. Acto seguido, sacó un pequeño recipiente metálico del morral y lo dejó justo al lado de la nariz del gato. El felino siguió durmiendo durante unos segundos y luego entornó un ojo verde.

—¿Qué es eso? —preguntó Zapirón.

—Sardinas —dijo Sam—. Como sabía que las raciones eran corrientes, cogí unas cuantas latas para ti.

—¿Qué son las sardinas? —preguntó Zapirón, receloso—. ¿Y por qué llevan una llave? ¿Se trata de un chiste típico de los Abhorsens?

Sam no le contestó y se limitó a extraer la llave y a enrollar la tapa de la lata. El exquisito olorcito de las sardinas flotó en el aire. Zapirón observaba todo ávidamente, sin quitarle los ojos de encima a la lata. Sam consiguió no cortarse cuando el camión dio una serie de saltos y depositó la latita en el suelo. Zapirón olisqueó las sardinas con cautela.

—¿Por qué me las das?

—Porque te gusta el pescado —contestó Sam—. Además, te lo había dicho.

Zapirón apartó la vista de las sardinas y miró a Sam. Entrecerró los ojos, pero no advirtió en el rostro de Sam malicia alguna. El gatito sacudió la cabeza, se comió las sardinas en un periquete y dejó la lata vacía y limpiísima.

Lirael y la perra contemplaron aquella exhibición de glotonería, pero a ambas les interesaba más lo que ocurría fuera y detrás de ellos. Lirael apartó la portezuela de lona y miraron más allá de los tres camiones que iban detrás. Lirael notó la presencia del segundo grupo mucho más nutrido de braceros muertos y fantasmas que avanzaba por el camino. Los braceros fantasma, más fuertes que los braceros muertos pues no sufrían las limitaciones de la carne, avanzaban veloces, algunos de ellos saltaban y planeaban como enormes murciélagos, algo más alejados del grupo principal formado por sus almas hermanas, ocupantes de los cadáveres robados. Seguramente causarían grandes daños en alguna parte, pero no podía dedicarles ni un solo pensamiento más. El peligro mayor estaba al oeste y en parte del sur, donde los relámpagos resplandecían en el horizonte. Lirael vio que el trueno artificial de la artillería ancelstierrana había cesado hacía rato, pero había estado demasiado ocupada para reparar en ello.

—*Perra Canalla* —susurró Lirael. Tiró de su mascota y se abrazó a su cuello—. ¿Y si legamos tarde para destruir la central productora de rayos? ¿Y si los hemisferios se juntan?

La perra no dijo nada. Se limitó a olisquear la oreja de su ama y a golpear el suelo con la cola.

—Tengo que ir al reino de la muerte, ¿verdad? —musitó Lirael—. Para utilizar el espejo oscuro y averiguar cómo lo sometieron al principio.

La perra siguió sin contestar.

—¿Me acompañarás? —preguntó Lirael con un susurro tan suave que ningún humano lo habría oído.

—Sí—contestó la perra—. Donde tú vayas, estaré a tu lado.

—¿Cuándo debemos ir? —preguntó Lirael.

—Todavía no —murmuró la perra—. Hasta que no nos quede otra salida. A lo mejor llegamos a la central productora de rayos antes que Hedge.

—Eso espero —dijo Lirael.

Abrazó a la perra otra vez, la soltó y se acostó sobre la mochila. Sam ya estaba durmiendo justo enfrente, con Zapirón ovillado contra él, mientras la lata de sardinas vacía se deslizaba de un lado al otro por el suelo de la caja del camión. Lirael la recogió, frunció la nariz y la encajó en un rincón para que dejara de golpetear.

—Montaré guardia —dijo la *Perra Canalla*—. Deberías dormir, amita. Faltan unas horas para que amanezca y vas a necesitar todas tus fuerzas.

—Creo que no podré dormir —dijo Lirael en voz baja.

No obstante, se acostó contra la mochila y cerró los ojos. Notaba el cuerpo tenso; de haber podido, se habría levantado a practicar con la espada, o habría hecho algo para quitarse de encima esa sensación desagradable con un poco de ejercicio. Por desgracia, estando como estaba en la caja de un vehículo en marcha, no había nada que pudiera hacer, más que seguir tumbada, preocupándose por lo que le esperaba. Y eso hizo, y lo sorprendente fue que pronto cruzó la línea que separa la preocupación desvelada del sueño inquieto.

La perra siguió echada con la cabeza apoyada en las patas mientras vigilaba a Lirael que no paraba de dar vueltas y de hablar en sueños. Entretanto, el camión seguía vibrando y dando tumbos; el rugido del motor subía y bajaba a medida que el vehículo se enfrentaba a las curvas y desniveles del camino.

Una hora más tarde, Zapirón abrió un ojo. Vio que la perra montaba guardia y lo cerró rápidamente. La *Perra Canalla* se levantó en silencio, se acercó al felino y apoyó el hocico en la nariz rosada del minino.

—Dame una razón por la que no debería agarrarte del cogote y lanzarte fuera ahora mismo —murmuró la perra.

Zapirón volvió a abrir un ojo sin inmutarse.

—Os seguiría corriendo —bisbiseó—. Además, ella me ha dado el beneficio de la duda. ¿Qué menos se puede hacer?

—Yo no soy tan comprensiva —dijo la perra enseñándole los dientes—. Permítame que te recuerde que si te desmandas, me ocuparé personalmente de que acaben contigo.

—¿Ah, sí? —ronroneó Zapirón y abrió el otro ojo—. ¿Y si no puedes?

La perra lanzó un gruñido bajito, amenazante. Bastó para despertar a Sam, que parpadeó y tanteó en busca de su espada.

—¿Qué pasa? —preguntó, soñoliento.

—Nada —contestó la perra, regresó al lado de Lirael y se echó pesadamente en el suelo con un suspiro cargado de frustración—. No hay nada de qué preocuparse. Duérmete.

Zapirón sonrió y sacudió la cabeza, la miniatura de Ranna tintineó. Sam abrió la boca en un bostezo descomunal al oír el sonido, se acomodó otra vez sobre la mochila y se durmió al instante.

Nicholas Sayre salió de su sopor como el pez que sube a la superficie en busca del anzuelo. El ascenso lo dejó confuso y jadeante, dando coletazos como ese mismo pescado fresco atrapado en las costas de un fiordo... exactamente el lugar donde se encontraba. Se incorporó y miró a su alrededor. Una parte de su mente se sintió reconfortada por el hecho de encontrarse en un mundo en penumbra a causa de los negros nubarrones que había en el cielo y de los relámpagos que no cesaban de lanzar sus destellos a escasa distancia. El medio sol pálido que se alzaba por el este, encima de las cumbres, le interesaba menos.

Nicholas estaba acostado sobre un montón de paja, cerca de una cabaña, cerca de lo que en otros tiempos había sido un muelle en uso. A veinte metros de allí, los hombres de Hedge lanzaban maldiciones mientras luchaban con las cabrias, cuerdas y poleas para descargar uno de los hemisferios de plata de un pequeño barco mercante. Otro barco esperaba anclado a cientos de metros de la entrada del fiordo, a prudente distancia, para que los hemisferios no ejercieran su violenta repulsión.

Nicholas sonrió. Estaban en la Serrería de Forwin. No recordaban cómo lo habían logrado, pero habían cruzado el Muro con los hemisferios. La central productora de rayos estaba preparada y lo único que les restaba hacer era unir los hemisferios y todas las piezas encajarían.

Sonó un trueno y alguien gritó. Un hombre cayó del barco con la piel renegrada y el pelo en llamas. Quedó tendido en el muelle, retorciéndose y gimiendo hasta que uno de sus compañeros bajó y le seccionó la yugular.

Nick lo observaba todo con una increíble calma. Era el precio que había que pagar por manipular los hemisferios, pero eran lo único que importaba.

Nick se puso a cuatro patas y, poquito a poco, consiguió sostenerse sobre los dos pies. Le costaba un enorme esfuerzo y tuvo que agarrarse del tubo roto del desagüe de la cabaña y quedarse así un rato, hasta que se le pasara el mareo. A medida que transcurrían los minutos se fue estabilizando. Mientras se incorporaba murió otro hombre, pero Nick ni siquiera lo notó. Sus ojos no veían otra cosa que el brillo de los hemisferios y la evolución del trabajo. El primer hemisferio no tardaría en estar listo

para ser levantado hasta las ruinas del aserradero. Una vez allí, lo depositarían en un receptáculo especial montado en un vagón del ferrocarril que descansaba en un corto trecho de vía, cerca de otro idéntico.

Al menos eso es lo que Nicholas había ordenado. Entonces cayó en la cuenta de que no había llevado a cabo una inspección de la central productora de rayos. Había dibujado los planos y pagado los gastos de construcción antes de marchar para el Reino Antiguo. Tuvo la sensación de que hacía mucho tiempo de todo eso. Nunca había llegado a ver la central. Sólo en los planos y en sus sueños agitados.

Seguía débil a causa de la enfermedad que había pillado al otro lado del Muro, demasiado débil para moverse libremente. Necesitaba un bastón o una muleta. Tenía a mano una camilla, algo sencillo de lona y madera. Si arrancaba una de las barras, le serviría de cayado, pensó Nick. Muy despacio, con infinito cuidado, fue hacia la camilla; cuando estuvo a punto de caerse maldijo su debilidad. Se arrodilló y extrajo la barra sacándola de las presillas de lona. Medía más de dos metros y pesaba un poco, pero era mejor que nada.

Se disponía a afirmarse en ella para levantarse cuando vio brillar algo en la camilla. Una astilla de madera pintada con unos extraños símbolos luminosos. Intrigado, tendió la mano para levantarla.

Al tocarla, sufrió una serie de convulsiones y sintió unas náuseas horribles. Y mientras omitaba, siguió tocando con un dedo aquel fragmento pues ahora sabía que venía de una flauta eólica. No podía levantarlo, porque la mano se negaba a obedecerlo y a cerrarse, pero podía tocarlo. Y mientras lo tocaba, los recuerdos acudieron en tropel. Mientras lo tocaba, era el verdadero Nicholas Sayre y no el títere de los hemisferios relucientes.

—Palabra de un Sayre —musitó al acordarse otra vez de Lirael—. Debo impedir todo esto.

Siguió encorvado en el improvisado bastón, en el charco de su propio vómito, tocando el fragmento, mientras su mente sopesaba frenética la situación en la que se encontraba. En cuanto soltara el amuleto, sufriría una regresión, volvería a ser un siervo descerebrado. No podía recogerlo ni llevarlo en la mano. Aunque debía existir una manera de mantenerlo cerca para que su magia surtiera efecto, para recordarle quién era.

Nick se miró. Sintió asombro y miedo al ver su delgadez y los hematomas morados y azules que le cubrían el costado izquierdo del pecho. Tenía la camisa hecha jirones y los pantalones, que también eran un puro harapo, los llevaba sujetos no con un cinto sino con un trozo de cuerda embreada. Los bolsillos habían desaparecido, igual que la ropa interior.

Sin embargo, las vueltas de los pantalones seguían en su sitio. Nick las palpó con la mano derecha para asegurarse de que no se deshicieran. La fina tela de lana había

perdido cuerpo en las últimas semanas, pero no se rompería fácilmente.

Con grandes jadeos acercó la pierna cuanto pudo al fragmento de flauta eólica, abrió la vuelta del pantalón y con la otra mano trató de echar dentro la astilla de madera. Tras unos cuantos intentos fallidos, al final lo consiguió. Entonces, se olvidó de lo que hacía, hasta que a los pocos segundos, la vuelta del pantalón volvió a estar en contacto con su piel. Una punzada de dolor le subió por el tobillo, pero la aguantó.

No quería mirar hacia los hemisferios, pero no pudo evitarlo. El primero se encontraba en el muelle donde muchísima gente pululaba a su alrededor atando nuevas cuerdas para arrastrarlo y desatando las empleadas para transportarlo hasta la orilla. Nick comprobó que muchos de los trabajadores que asían las cuerdas tendidas en dirección a tierra eran miembros de la cuadrilla nocturna. Tenían mejor aspecto, aunque bajo los gorros y pañuelos azules se notaba que se les pudría la carne.

No, pensó Nick, cuando el amuleto de madera le tocó el tobillo. No se trataba de seres humanos enfermos, sino de criaturas muertas, cadáveres a los que Hedge había insuflado una apariencia de vida. A diferencia de las personas normales, no se mostraban afectados por la proximidad de los hemisferios ni por los constantes relámpagos.

Como si el hecho de pensar en él hubiese servido para convocar a Hedge, al producirse el último resplandor del relámpago más reciente, el nigromante apareció de pronto al lado del hemisferio. Una vez más, Nick se sorprendió del crecimiento monstruoso de Hedge. Las sombras le recorrían el cráneo enroscándose al fuego que ardía en lo hondo de sus ojos y de los dedos le brotaban llamas rojas y viscosas.

El nigromante fue hasta la proa del barco y gritó algo. Los hombres se afanaron en obedecer, aunque era evidente que casi todos estaban heridos o enfermos. Soltaron amarras e izaron las velas y la embarcación se alejó del muelle. El otro barco cargado comenzó inmediatamente las maniobras de aproximación al muelle.

Hedge lo vio acercarse y levantó las manos por encima de la cabeza. Y pronunció palabras violentas que agitaron el aire a su alrededor e hicieron temblar el suelo. Tendió una mano hacia las aguas del fiordo y gritó otra vez haciendo gestos que dejaban estelas de rojo fuego en el aire.

La niebla comenzó a surgir del fiordo. Unos zarcillos delgados y blancos comenzaron a elevarse más y más, dejando un rastro neblinoso por donde pasaban. Hedge movió el brazo a derecha e izquierda y los zarcillos se desplazaron de lado sacando más niebla del agua hasta formar una pared que, poco a poco, se extendió a lo largo de todo el fiordo. El movimiento lateral fue acompañado de otro de avance, en dirección al muelle, el aserradero, el valle y las colinas que se veían a lo lejos.

Hedge batió palmas y se dio la vuelta. Reparó entonces en Nick, y el muchacho bajó inmediatamente la vista y se agarró el pecho. Notó que el nigromante se aproximaba taconeando por las tablas de madera.

—Los hemisferios... —murmuró Nick rápidamente cuando los pasos se detuvieron delante de él—. Los hemisferios deben... debemos...

—Todo marcha bien —dijo Hedge—. He levantado un mar de niebla que resistirá todo intento de eliminarlo en caso de que entre nuestros enemigos haya alguien con la pericia necesaria para conseguirlo. ¿Deseas darme más instrucciones, amo?

Nick notó que algo se movía en su pecho. Una especie de latido aterrado, pero más fuerte y más espantoso y repulsivo. Boqueó a causa del dolor, cayó de bruces, manoteó las tablas y se rompió las uñas al arañar la madera.

Hedge esperó hasta que se le pasara el espasmo. Nick siguió en el suelo, jadeante, incapaz de hablar, a la espera de que la pérdida de la conciencia y la cosa que llevaba dentro tomaran las riendas. No ocurrió así y al cabo de unos minutos, Hedge se alejó.

Nick se volvió de espaldas y observó que la niebla cruzaba el cielo cubriendo las nubes tormentosas, pero no los relámpagos. La niebla iluminada por los relámpagos, un espectáculo que no esperaba ver, pensó, mientras en alguna parte de su mente iba tomando nota de los extraños efectos.

Sin embargo, la mayor parte de su atención estaba entregada a algo mucho más importante. Debía impedir que Hedge utilizase la central productora de rayos.

El principio del fin

Despuntaba el amanecer cuando los motores de los camiones comenzaron a soltar ronquidos y a resollar otra vez hasta detenerse del todo.

El teniente Tindall lanzó una maldición cuando la pluma Chinagraph roja resbaló y el punto que se disponía a marcar en el mapa se convirtió en una línea que él después transformó en cruz. La cruz estaba sobre las demarcaciones densamente apiñadas que indicaban el descenso a Forvalle, un ancho valle separado de la Serrería de Forwin y del fiordo por una cadena de montañas larga y baja.

Lirael había vuelto a dormirse mientras los camiones proseguían su marcha en la noche, por lo que se había perdido los pequeños dramas que habían llenado esas horas en que los vehículos avanzaban sin parar ante nada, conducidos por unos hombres que iban más deprisa de lo que el sentido común aconsejaba. Gracias a la suerte o a la pericia de esos hombres no se habían producido accidentes dignos de mención. Algunos choques menores, arañazos, uno que otro susto, pero ningún accidente grave.

Lirael tampoco se enteró de las deserciones ocurridas a lo largo de la noche. Cada vez que los camiones aminoraban la marcha en las curvas complicadas, o cuando se veían obligados a detenerse antes de cruzar el tramo dañado del cruce de un camino secundario, los soldados que no se sentían con ánimos para otros encuentros con los muertos saltaban de los vehículos y desaparecían en la oscuridad. Al salir de la frontera, la compañía estaba formada por más de cien hombres. Cuando llegaron a Forvalle, sólo quedaban setenta y tres.

—¡Todos abajo ahora mismo!

Los gritos del sargento de la compañía despertaron a Lirael. Se incorporó como un esorte y con una mano tanteó en busca de las campanas, mientras con la otra empuñaba a Nehima. Sam reaccionó del mismo modo. Desorientado y asustado, fue a los tropezones hasta la parte trasera, justo detrás de la *Perra Canalla* que, poco después, se apeó de un salto.

—¡Cinco minutos de descanso! ¡Cinco minutos! ¡Hagan lo que tengan que hacer, pero háganlo deprisa! ¡Nada de bebidas calientes!

Lirael saltó del camión, bostezó y se restregó los ojos. Todavía había poca luz, hacia el este, detrás de las montañas comenzaba a verse la luz, pero el sol no había asomado. Gran parte del cielo comenzaba a volverse azul, menos un trozo, no muy lejos, que continuaba a oscuras, con aspecto amenazante. Lirael lo vio por el rabillo del ojo, se volvió rápidamente y comprobó que sus peores temores se habían hecho realidad. Los relámpagos surcaban la nube. Muchos relámpagos, más que antes, extendidos por una zona más amplia. Todo ocurría detrás de las montañas.

—La Serrería de Forwin y el fiordo —dijo el mayor Greene—. Está detrás de esas

montañas... será posible...

Todos miraban hacia las montañas. Greene señaló el valle que los separaba. Eran tierras fértiles, tapizadas de verde y divididas en campos de cinco áreas por alambradas. En algunos de esos campos pastaban las ovejas. En el extremo sur del valle se notaba una masa azulada que iba avanzando. Miles de personas, una multitud de sureños tocados con pañuelos o gorros azules, una migración inmensa que cruzaba el valle de lado a lado.

Greene y Tindall se llevaron los prismáticos a los ojos en un santiamén. A Lirael no le hicieron falta prismáticos para ver hacia dónde iba la multitud. Los grupos de cabeza ya se dirigían al oeste, a las montañas y a la Serrería de Forwin que se encontraba al otro lado. A la central productora de rayos donde, a juzgar por la tormenta, los hemisferios ya estaban en su sitio.

—¡Debemos detenerlos! —dijo Sam señalando a los sureños.

—Es más importante impedir que los hemisferios se junten —dijo Lirael.

Dudó un segundo sin saber qué hacer ni qué decir. Había una única salida posible. Debían subir a la cima de las montañas, por la parte occidental, para ver qué ocurría del otro lado, lo cual implicaba que debían cruzar el valle a toda prisa.

—¡Debemos subir esas montañas! ¡Andando!

Fue camino abajo, en dirección al valle, partió trotando despacio y luego fue aumentando el ritmo. La perra corría a su lado, con la lengua colgando. Sam la seguía de cerca, con Zapirón montado sobre sus hombros. El mayor Greene y el teniente Tindall fueron más despacio, gritaban órdenes a voz en cuello y los soldados abandonaron la acequia, al costado del camino y comenzaron a formar.

El camino era más bien un sendero y, colina abajo, atravesaba recto los campos, cruzaba el arroyo que fluía en el centro del valle, por una zona que parecía un vado o quizás un puente hundido, y luego continuaba al costado de las montañas.

Lirael corrió como nunca en su vida. Su silueta solitaria cruzó el vado salpicando agua en todas direcciones y cortó camino justo delante de los sureños. Al verlos de cerca comprobó que iban en grupos de familias, a veces de varias generaciones. Cientos de familias. Abuelos, padres, hijos, bebés. Todos tenían la misma expresión horrorizada y casi todos, independientemente de la edad, cargaban con maletas, bolsos y hatillos. Algunos llevaban consigo extrañas posesiones, máquinas pequeñas y objetos de metal que Lirael no había visto nunca, pero Sam sí. Se trataba de máquinas de coser, fonógrafos y máquinas de escribir. Lo más extraño de todo era que la mayoría de los adultos llevaban pequeños trozos de papel.

—Hay que impedirles que crucen las montañas —dijo la *Perra Canalla* cuando Lirael se puso a observarlos—. Pero no debemos detenernos. Temo que los relámpagos estén umentando.

Lirael paró un momento y miró atrás. Sam se encontraba a unos cincuenta metros

y corría con fría determinación.

—¡Sam! —gritó Lirael. Le señaló a los sureños que comenzaban a dirigirse a las montañas. Algunos jóvenes iniciaron el ascenso de la ladera—. ¡Detenlos! ¡Yo voy a seguir!

Lirael echó a correr otra vez haciendo caso omiso de la dolorosa punzada en el costado. Cuanto más avanzaba, más se extendían los relámpagos al otro lado de las montañas, y los truenos se fueron haciendo más sonoros y frecuentes. Lirael abandonó el camino y subió en zigzag por un largo espolón. Para ayudarse, se agarró de las piedras y las ramas de los árboles de blanca corteza distribuidos por la ladera.

A medida que subía fue notando cada vez más la presencia de los muertos al otro lado de las montañas. Al principio no superaban la veintena, subió más y aparecieron al menos otra decena. Era evidente que Hedge sacaba espíritus del más allá. En alguna parte debía de haber encontrado un suministro de cadáveres. Lirael dudaba de que se tratase de braceros fantasma, pues se tardaba más en preparar a un espíritu para volver a la vida si no había carne donde alojarlo. O al menos eso se suponía. Lirael temía no tener ni idea de lo que Hedge era capaz.

Y entonces, sin darse cuenta, se vio en la cima de las montañas, donde ya no había árboles de blanca corteza ni grandes piedras. Desde allí vio con claridad cuanto había desde la desnuda ladera occidental hasta las aguas azules del fiordo. La colina estaba completamente despejada, como si hubiese habido un gran incendio o por ella hubiese pasado una escoba gigantesca y dejado sólo la tierra parda, llena de surcos. De la tierra brotaba un extraño cultivo. Finas barras metálicas que doblaban a Lirael en altura. Eran cientos, distribuidas a intervalos de algo menos de dos metros, unidas en la parte inferior por gruesos cables negros que serpenteaban ladera abajo hacia un edificio de piedra destartado que había perdido el techo. Unos haces metálicos paralelos, colocados encima de muchos travesaños cortos de madera formaban una especie de pista. Iban por el suelo, atravesaban el edificio y terminaban abruptamente a veinte metros de él. Sobre los haces metálicos había dos plataformas con ruedas, una a ambos lados. Lirael supo por instinto que se trataba de los hemisferios. Los cargarían sobre las plataformas y, de algún modo, los unirían utilizando la potencia de la tormenta eléctrica.

Los relámpagos cruzaron el cielo como para corroborar sus pensamientos. Cayeron sobre el muelle bifurcándose; brillaban tanto que Lirael hubo de cubrirse los ojos con la mano. Sabía lo que iba a ver, porque percibía el olor a metal caliente, el hedor corrosivo de la magia libre. Se le revolvió el estómago y dio gracias de llevar varias horas en ayunas.

Uno de los hemisferios de plata ya estaba en el muelle. Despedía destellos azules en cuanto lo tocaba un rayo. El otro hemisferio estaba en un barco, en el fiordo. Aunque gran parte de los rayos y relámpagos caían sobre los hemisferios, Lirael

comprobó que la tormenta eléctrica ampliaba su radio de acción avanzando ladera arriba y golpeando las barras metálicas. Eran pararrayos, los mil pararrayos que juntos formaban la central productora de rayos de Nicholas.

Como si los negros nubarrones no hubiesen bastado, del fiordo comenzó a levantarse una densa niebla. Lirael supo que se trataba de una niebla mágica, hecha con agua de verdad, lo cual dificultaba más disiparla, luchar contra ella. Sintió crecer en su interior la magia libre y notó su fuente. Hedge se encontraba en el muelle y, secundado por muchos muertos, movía el primer hemisferio; alrededor de varios edificios cercanos al muelle había más muertos. Lirael sentía sus movimientos, y en el centro de todo estaba siempre Hedge. Se sintió como la mosca en el borde de la telaraña que nota el movimiento de la araña madre en el centro y sus crías distribuidas por toda la tela.

La Abhorsen desenvainó a Nehima; tras vacilar un momento, asió a Astarael. La plañidera. Todo aquel que la oyera sería lanzado al reino de los muertos, incluida Lirael. Si conseguía acercarse lo suficiente, enviaría a Hedge y a todos los muertos muy, muy lejos. Probablemente Hedge sería capaz de regresar al mundo de los vivos, pero cabía la remota posibilidad de que Lirael también pudiera regresar, con lo cual ganaría un tiempo precioso.

Cuando se disponía a sacar la campana de la bandolera, la *Perra Canalla* pegó un salto y desvió la mano de su ama con el hocico.

—No, amita —dijo—. Astarael sola no conseguirá nada. Hemos llegado demasiado tarde para impedir que los hemisferios se unan.

—Sam, los soldados... —dijo Lirael—. Si atacamos ahora mismo...

—No creo que consigamos atravesar fácilmente esta central productora de rayos —dijo la perra sacudiendo la cabeza—. El poder del Destructor está menos contenido aquí, y él es quien dirige los relámpagos. Además, los muertos de aquí están bajo las órdenes de Hedge, no de Chlorr.

—Pero si los hemisferios se juntan... —susurró Lirael para sus adentros. Tragó saliva y dijo—: Ha llegado la hora, ¿verdad?

—Sí —contestó la perra—. Pero no aquí. Hedge nos habrá visto, igual que nosotras lo hemos visto a él. Por el momento está concentrado en los hemisferios, aunque creo que no tardará mucho en ordenar un ataque.

Lirael se dio la vuelta para bajar por la ladera oriental de las montañas, se detuvo y volvió a mirar atrás.

—¿Y Nicholas?

—Ahora ya no hay nada que podamos hacer por él —contestó la perra con tristeza—. Cuando los hemisferios se junten, el fragmento que lleva en su interior estallará en su corazón y formará parte del todo. Él no se enterará. Será un fin rápido, aunque me temo que Hedge esclavice su espíritu.

—Pobre Nick —dijo Lirael—. Nunca debí dejarlo marchar.

—No tenías otra salida —dijo la perra. Empujó a Lirael dándole un topetazo en las rodillas, ansiosa por hacer que su ama se pusiera en marcha—. ¡Debemos darnos prisa!

Lirael asintió y volvió por el sendero que iba ladera abajo. Comenzó a bajar; en los trechos más inclinados resbaló y a punto estuvo de caer y mientras bajaba no dejaba de pensar en Nicholas y en todos los demás, incluida ella misma. Quizás a Nick le había tocado la parte más sencilla. Al fin y al cabo, era altamente probable que fuera de los primeros en morir, sin darse cuenta de nada. Todos los demás serían muy conscientes de su destino y, probablemente, todos acabarían sirviendo a Hedge.

Lirael había bajado hasta la mitad de la ladera cuando un vozarrón retumbante llenó el valle. Al principio se quedó de una pieza, hasta que reconoció que era Sam quien hablaba con una voz amplificadas enormemente gracias a la magia del Gremio. Estaba de pie sobre un enorme peñasco a apenas cien metros del espolón, hacía bocina con la mano y los dedos le brillaban por efecto del hechizo.

—¡Sureños! ¡Amigos! ¡No crucéis las montañas occidentales! ¡Os espera la muerte! ¡No hagáis caso de las octavillas que os han dado, todo lo que dicen es mentira! ¡Soy el príncipe Sameth del Reino Antiguo y prometo distribuir tierras y granjas entre quienes se queden en el valle! ¡Si os quedáis en el valle, dispondréis de granjas y unas tierras al otro lado del Muro!

Sam repitió el mensaje y Lirael se detuvo jadeante cerca del peñasco desde el cual hablaba. Más abajo, los hombres del mayor Greene formaban una larga hilera al pie de las montañas. Los sureños se encontraban reunidos detrás de aquella hilera y ocupaban una amplia zona que se extendía varios cientos de metros hacia el extremo sur. La gran mayoría se había detenido para escuchar a Sam, aunque unos pocos seguían subiendo las montañas.

Sam dejó de hablar y bajó de un salto.

—Es lo único que puedo hacer —dijo, nervioso—. Quizá consiga detener a algunos. Si es que han entendido lo que acabo de decirles.

—No podemos hacer nada más —comentó el mayor Greene—. No podemos disparar a estos pordioseros, y si intentásemos detenerlos a punta de bayoneta, nos arrollarían. Me gustaría hablar con la policía que se suponía que iba a...

—Ya han descargado uno de los hemisferios y se encuentra en la costa; el otro está muy cerca —lo interrumpió Lirael y sus noticias captaron de inmediato la atención de todos—. Hedge está allí, ha levantado una cortina de niebla y ha creado muchos más muertos. La central productora de rayos comienza a funcionar y El Destructor es ahora quien conjura a los rayos y los dirige.

—Será mejor que iniciemos la ofensiva ahora mismo —sugirió el mayor Greene. Inspiró hondo para gritar y Lirael volvió a interrumpirlo.

—No —le dijo—. No podemos atravesar la central productora de rayos. Además, hay muchos muertos. No podemos impedir que los hemisferios se junten.

—Pero... eso significa que hemos perdido —dijo Sam—. Todo. El Destructor...

—¡No! —exclamó Lirael—. Me internaré en el más allá y utilizará el espejo oscuro. El Destructor fue sojuzgado y quebrado al principio. Cuando averigüe cómo lo hicieron, podemos repetirlo. Deberéis proteger mi cuerpo hasta que regrese y lo más seguro es que Hedge ataque.

Al hablar, Lirael miró a los ojos, muy decidida, primero a Sam, luego al mayor Greene y a los tenientes Tindall y Gotley. Abrió la esperanza de infundirles algo de confianza. Era preciso que creyese que había una respuesta en el reino de la muerte, en el pasado. Algún secreto que les permitiera derrotar a Orannis.

—La perra me acompañará —dijo—. ¿Dónde está Zapirón?

—¡Aquí! —contestó una voz a sus pies.

Lirael bajó la vista y vio a Zapirón a la sombra del peñasco: lamía una segunda lata de sardinas vacía.

—Me pareció que ya puestos, podía comerse ésa también—observó Sam en voz baja.

—¡Zapirón! Ayúdanos en lo que puedas —le ordenó Lirael.

—En lo que pueda —confirmó el felino con una sonrisa maliciosa.

Su confirmación sonó casi a pregunta.

Lirael echó un vistazo a su alrededor, caminó hasta el centro de un círculo de piedras tapizadas de líquenes, donde el espolón se elevaba un poco tras desgajarse de las montañas. Comprobó que llevaba el espejo oscuro en el morral. Desvainó a Nehima y empuñó a Saraneth, en esta ocasión, directamente por el mango. De esa manera resultaba más fácil que sonara accidentalmente, aunque sería más rápido emplearla.

—Me internaré en el reino de los muertos por aquí —anunció—. Mi protección depende de todos vosotros. Regresaré lo antes posible.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Sam.

Extrajo la zampona y aferró la empuñadura de la espada. Lirael supo que su ofrecimiento era sincero.

—No —le dijo—. Creo que aquí tendrás bastante trabajo. Hedge no nos dejará tranquilos y menos estando en la puerta de su propia casa. ¿No sientes cómo se mueven los muertos? Nos atacarán pronto y alguien debe proteger mi cuerpo vivo mientras me interno en el reino de los muertos. Te dejo a ti el encargo, príncipe Sameth. Si tienes tiempo, levanta un escudo protector.

Sam asintió con seriedad y respondió:

—Sí, tía Lirael.

—¿Tía? —preguntó el teniente Tindall, pero Lirael ni siquiera lo oyó.

La muchacha se agachó con cuidado y abrazó a la *Perra Canalla* al tiempo que pugnaba por deshacerse de la horrible sensación de que quizá fuera la última vez que notaría la suave pelambre de la perra rozarle la mejilla llena de vida.

—Pongamos que consigo averiguar cómo hicieron los Siete para sojuzgar al Destructor, ¿cómo vamos a hacerlo? —le susurró en la oreja a la perra en voz muy, muy baja, para que no la oyeran—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

La *Perra Canalla* la miró con sus tristes ojos pardos y no le contestó. Lirael recibió aquella mirada con una sonrisa atribulada y agridulce.

—Hemos recorrido mucho camino, ¿verdad? Estamos muy lejos del Glaciar —dijo—. Ahora nos alejaremos todavía más.

Se puso en pie y se internó en el reino de los muertos. A medida que el frío le mordía los huesos, oyó que Sam decía algo y un grito lejano. Después, los sonidos quedaron amortiguados, como la luz del día. Espada en alto, Lirael se adentró en el más allá, seguida de cerca de su perra fiel.

El sentido de la muerte de Sam dio un respingo. A Lirael se le congeló el aliento y la boca y la nariz se le cubrieron de escarcha. La *Perra Canalla* avanzó a su lado y desapareció dejando una momentánea silueta de luz dorada que, poco a poco, se fue apagando.

—¡Nick! ¿Qué me dices de Nick? —gritó Sam de repente. Se golpeó la cabeza y lanzó una maldición—. ¡Debí preguntarle!

—¡Algo se mueve en las montañas! —gritó alguien y siguió un frenesí de actividad.

Tindall y Gotley acudieron a la carrera a sus respectivos pelotones y el mayor Greene comenzó a vociferar una serie de órdenes. Los sureños, que se habían sentado a escuchar a Sam, se levantaron. Algunos de ellos empezaron a subir la ladera de las montañas; a continuación, una multitud avanzó en tropel.

Al mismo tiempo, al otro lado de las montañas, aumentó la frecuencia de los relámpagos y los truenos, más sonoros y más constantes, hacían temblar la tierra.

—Mandaré a cerrar filas y formaremos un círculo a su alrededor para defenderla —gritó Greene.

Sam asintió. Notaba la presencia de la muerte que avanzaba al otro lado de las montañas. Cincuenta o sesenta braceros muertos iban hacia ellos.

—Que vienen los muertos —dijo.

Miró hacia la cima de las montañas, luego a Lirael y, a continuación, a los sureños que había más allá. Todos comenzaban a avanzar pesadamente en dirección a las montañas, se alejaban del valle. Los soldados corrieron hacia el espolón, la hilera que formaban se contrajo. Ya nada separaba a los sureños de su sino.

—¡Maldición! —exclamó Greene—. ¡Pensé que los habías detenido!

—¡Hablaré con ellos! —dijo Sam tomando una súbita decisión. Los muertos

estaban cerca y Lirael acababa de encomendarle que detuviera a los sureños. La Abhorsen no estaría en peligro si se daba prisa—. Regresaré dentro de unos minutos. ¡Mayor Greene, no abandone a Lirael! ¡Zapirón, protéjala!

Dicho esto, corrió hacia un grupo de sureños a los que había visto pero a los que no había considerado importantes hasta ese momento, cuando tuvo una idea. El grupo era conducido por una anciana matriarca, de blanca cabellera, mucho mejor vestida que cuantos la rodeaban. Además, varios hombres y mujeres más jóvenes la sostenían. Se trataba del único grupo que no formaba una familia, iban sin niños y sin equipaje. La matriarca era la jefa, pensó Sam. Era cuanto sabía de los sureños. Y, además, sabía que se trataba de alguien capaz de hacer que la marea humana retrocediera.

Siempre y cuando consiguiera convencerla en pocos minutos. Cuando los muertos tacaran, podía ocurrir cualquier cosa. Los sureños podían espantarse, muchos saldrían corriendo hacia donde no debían y serían pisoteados. O bien podían negarse a aceptar lo que veían sus ojos y seguir ciegamente ladera arriba, impulsados por el optimismo y la esperanza de que por fin encontrarían un lugar al que llamar hogar.

En lo más profundo de la muerte

Lirael no se detuvo a echar un vistazo a su alrededor cuando entró en el reino de la muerte y la corriente la embistió tratando de arrastrarla hacia abajo en el primer instante de frío absoluto. Siguió andando enseguida, mientras la *Perra Canalla* daba saltos delante de ella y olisqueaba el río en busca de muertos acechantes.

Lirael avanzaba y al mismo tiempo repasaba mentalmente las lecciones clave aprendidas en El libro de los muertos y El libro del recuerdo y el olvido. Veía sus páginas como si las tuviera delante de los ojos y por ellas sabía cosas sobre los nueve recintos y los secretos de las nueve puertas. Conocer estos secretos, aunque fuese a través de un libro mágico, no era lo mismo que haberlos experimentado. Lirael no había pasado nunca del primer recinto, ni siquiera había cruzado la primera puerta.

No obstante, siguió caminando confiada y procuró relegar las dudas al rincón más hondo de su ser. En el más allá las dudas no tenían cabida. El río se encargaba de atacar toda debilidad, porque la fuerza de voluntad era lo único que impedía que la corriente se tragara el espíritu de Lirael. Si titubeaba, las aguas la acogerían en su seno y todo estaría perdido.

Llegó a la primera puerta con sorprendente rapidez. Un momento antes, el rugido del agua le llegaba amortiguado y el muro de niebla lejano se extendía hasta perderse de vista a derecha e izquierda. Y ahora, apenas un instante después, Lirael se encontraba tan cerca que podía tocar la niebla y el rugido de la cascada era ensordecedor.

Acudieron a sus labios unas palabras, palabras de fuerza que los dos libros habían grabado en su mente. Las pronunció y sintió la magia libre retorcerse y burbujear en la lengua y los labios a medida que las palabras salían por su boca.

El velo de niebla se abrió entonces, se descorrió despacio y dejó al descubierto una serie de cascadas que parecían caer sin fin en un abismo negro e interminable. Lirael habló otra vez y movió la espada a derecha e izquierda. Apareció un sendero que se internaba en la cascada, un paso estrecho entre dos montañas líquidas. Lirael enfiló el sendero seguida tan de cerca por la perra que a punto estuvo de enredarse en las piernas de su ama. Echaron a andar, la niebla se cerró y el sendero fue desapareciendo a sus espaldas.

Un trecho más adelante, un espíritu pequeñísimo y sigiloso salió del agua, cerca de la primera puerta y echó a andar hacia el mundo de los vivos, seguido de un hilo negro casi invisible que le colgaba del ombligo. Se retorció y farfullaba al tiempo que andaba, entusiasmado ante la perspectiva de la recompensa que recibiría de su amo cuando le hablara de esas viajeras. Tal vez le permitiera incluso quedarse en el mundo de los vivos y le diera un cuerpo, esa delicia suprema tan preciada.

El paso a través de la primera puerta era engañoso. Lirael no supo calcular cuánto

se tardaba, pero el río no tardó en volver a transformarse en una extensión infinita y plana cuando volvió a fluir por el segundo recinto. Lirael sondó el agua con la espada en cuanto abandonó el sendero y comprobó si hacía pie. Este recinto era parecido al primero, aunque abía en él peligrosas pozas, además de la eterna presencia de la corriente. Avanzar se hacía mucho más difícil debido al efecto borroso que hacía que la luz se tornara gris, poco definida, de manera que Lirael no veía más allá de donde llegaba su espada al extenderla al frente.

Había un camino sencillo que seguir, un sendero marcado por otros Abhorsens que El libro de los muertos describía. Lirael se internó en él, aunque no se fiaba demasiado de lo que había aprendido, por lo que prefirió seguir sondando con la espada. Tal como indicaba el libro, contó los pasos y dobló en las curvas que había memorizado.

Iba tan concentrada en ello que perdió la cadencia de los pasos y a punto estuvo de embestir contra la segunda puerta. La *Perra Canalla* la agarró rápidamente del cinturón y tiró de ella poniéndola a salvo, pues iba a dar un paso de más y a contar once, pese a que una voz interior le indicaba: «Detente en el décimo».

Rauda como la voz interior de su pensamiento, intentó retroceder, pero la segunda puerta asía con mucha más fuerza que la corriente normal del río. La valentía de su perra, que le hizo de ancla, la salvó, aunque hizo falta la fuerza de ambas para arrastrar a Lirael lejos del precipicio de la puerta.

La segunda puerta era un agujero enorme en el que el río se precipitaba como el agua de una pila por el drenaje, y creaba un remolino de una fuerza descomunal.

—Gracias —dijo Lirael.

Se echó a temblar cuando se asomó al remolino y meditó sobre lo que podía haber ocurrido. La perra no le contestó de inmediato pues estaba ocupada en quitarse de los dientes un pedazo muy maltrecho de cuero que momentos antes había sido un práctico cinturón.

—Ve con calma, amita —le aconsejó la perra—. Deberemos darnos prisa en otros lugares, no aquí.

—De acuerdo.

Lirael respiró despacio y muy hondo para calmarse y luego se irguió cuan alta era y recitó otras palabras de la magia libre, palabras que llenaron su boca de un calor súbito y encendieron sus mejillas heladas con un extraño fulgor.

Las palabras hicieron eco y las aguas de la segunda puerta aminoraron su rápido movimiento circular hasta detenerse del todo, como si el torbellino entero se hubiese congelado de repente. Cada uno de los remolinos de la corriente se había convertido en una terraza y formaba un sendero largo y espiralado que descendía por el vórtice de la puerta. Lirael bajó al inicio del sendero y echó a andar. A su espalda, más arriba, el torbellino comenzó a girar otra vez.

Al parecer iba a verse obligada a dar cientos de vueltas o más para llegar al fondo, pero una vez más, Lirael supo que aquello era engañoso. Se tardaba apenas unos minutos en cruzar la segunda puerta y ella se pasó el tiempo pensando en el tercer recinto y en la trampa con la que esperaba a los incautos.

En ese punto, el río llegaba apenas a la altura del tobillo y estaba algo más caliente. La luz también mejoraba. Era más brillante, menos difusa, aunque conservaba su tono gris pálido. Y la corriente apenas se hacía notar, era poco más que un cosquilleo en los tobillos. En general, se trataba de un lugar mucho más atractivo que el primero y el segundo recinto, hasta tal punto que algunos nigromantes ilusos o mal preparados sentían la tentación de aminorar la marcha o descansar.

Si lo hacían, no sería por mucho rato, porque en el tercer recinto había olas.

Lirael lo sabía y abandonó la segunda puerta a la carrera. Se trataba de uno de los parajes de la muerte donde era necesario darse prisa, pensó, mientras las piernas corrían a toda velocidad. Oyó el ruido atronador de la ola a sus espaldas, una ola hasta ese momento contenida por el mismo hechizo que había calmado al remolino. No miró atrás, se con— entró en la carrera. Si la alcanzaba la ola, la lanzaría con fuerza por la tercera puerta haciéndole perder el sentido y quedaría a la deriva, incapaz de salvarse.

—¡Más deprisa! —gritó la perra y Lirael corrió más.

El sonido de la ola estaba tan cerca que parecía que iba a darles alcance.

Lirael llegó a las brumas de la tercera puerta a uno a dos pasos de las aguas torrenciales y, sin detener la carrera, gritó desesperadamente el hechizo de la magia libre que necesitaba. En esta ocasión, la perra iba delante y el hechizo partió la bruma a un centímetro de su hocico.

Cuando se detuvieron jadeando en la puerta de bruma creada por el encantamiento, la ola se rompió alrededor de ellas lanzando su carga de muertos a la cascada que había más allá. Lirael esperó para recuperar el aliento y, poco después, apareció el sendero. Entonces siguió caminando en dirección al cuarto recinto.

Cruzaron el recinto como una exhalación. Era relativamente sencillo, sin pozas ni otras trampas para incautos, aunque la corriente volvía a cobrar fuerza y arrastraba más que en el primer recinto, pero Lirael se había acostumbrado a su fría y maligna garra.

Se mantuvo atenta. Además de los peligros conocidos de cada recinto, de los que había registro, siempre cabía la posibilidad de que apareciera algo nuevo o tan antiguo e infrecuente que no estaba incluido en El libro de los muertos. Además de esas anomalías, el libro hacía referencia a poderes capaces de viajar por el reino de la muerte, aparte de los muertos mismos y los nigromantes. Algunos de estos entes creaban unas extrañas condiciones locales o bien distorsionaban la naturaleza habitual de los recintos. Lirael supuso que ella misma era uno de los poderes que

alteraban la naturaleza del río y de sus puertas.

En la cuarta puerta había otra cascada; en esta ocasión, no estaba envuelta en la niebla. A primera vista, parecía un salto de agua de poco menos de un metro, después del cual, el río daba la impresión de seguir su curso.

Lirael sabía que no era así. Lo había leído en El libro de los muertos. Se detuvo a prudente distancia y pronunció el hechizo que le permitiría pasar. Poco a poco, del borde de la cascada comenzó a desenrollarse una cinta negra que flotó en el aire, por encima de la caída de agua. Medía dos palmos de ancho y parecía contener la noche, una noche sin estrellas. Se extendió horizontalmente desde lo alto de la cascada hasta perderse de vista.

La Abhorsen pisó el sendero, movió los pies para mantenerse mejor y echó a andar. Aquella senda estrecha no sólo era el camino que cruzaba la cuarta puerta, sino que también era la única manera de atravesar el quinto recinto. El río era aquí profundo, demasiado para vadearlo, y el agua tenía un fuerte efecto metamórfico. El nigromante que pasara en esas aguas el tiempo suficiente vería alterado tanto el espíritu como el cuerpo, y no para bien. El espíritu muerto capaz de vadear de regreso hasta este recinto no guardaba parecido alguno con la forma que había tenido en vida.

El cruce del recinto era peligroso incluso si se iba por el sendero oscuro. Además de ser angosto, era el camino preferido de los muertos mayores o de los seres de la magia libre para cruzar el quinto recinto en sentido contrario, hacia la vida. Esperaban ocultos a que un nigromante creara el sendero y luego se lanzaban a recorrerlo como balas con la esperanza de sorprender a su creador y vencerlo.

Lirael lo sabía; no obstante, la *Perra Canalla* acudió, una vez más, en su ayuda al advertirle de que se aproximaba algo voraz surgido de la nada. Tras una larga estancia en el reino de los muertos, aquello que en otro tiempo había sido humano se había transformado en algo horrendo y temible. Avanzaba impulsándose con los brazos y las piernas, como una araña. Tenía un cuerpo gordo y bulboso, y el cuello articulado de modo tal que podía ver delante incluso cuando iba a cuatro patas.

Aquella cosa se abalanzó sobre Lirael y apenas le dio tiempo a lanzar una estocada; la unta de la espada traspasó una mejilla grumosa y salió por la nuca. Aquel ser repugnante siguió avanzando a pesar de la nube de chispas que caían por todas partes mientras la magia del Gremio le corroía el espíritu. Siguió empujando hasta llegar casi a la empuñadura de la espada, los ojos de fuego fijos en Lirael, la boca echaba espuma y siseaba.

Lirael le dio una patada para desensartarlo de la espada y al mismo tiempo hizo tañer a Saranath. Por desgracia, no consiguió mantener bien el equilibrio y la campana no tocó con la debida fuerza. Una nota discordante se propagó por el reino de la muerte y en lugar de notar su voluntad concentrada en aquella cosa muerta y en la primera fase de la dominación, Lirael se sintió distraída. Su mente se dispersó y

por un instante olvidó lo que hacía.

Un segundo más tarde se dio cuenta, el horror la sacudió, el miedo electrizó todos los nervios de su cuerpo. Al mirar comprobó que la criatura muerta se había desprendido de la espada y se disponía a lanzar un segundo ataque.

—¡Acalla la campana! —ladró la perra, se hizo pequeñita y trató de meterse entre las piernas de Lirael para atacar a la criatura—. ¡Acalla la campana!

—¿Qué? —gritó Lirael.

El asombro y el miedo volvieron a recorrerla cuando notó que su mano seguía agitando a Saraneth sin que fuese consciente de ello. Le entró el pánico y procuró frenar el badajo. La campana tocó una vez más y luego quedó en silencio, de vuelta en su morral.

Entonces, la Abhorsen se distrajo otra vez y, en ese momento, la criatura atacó. Se le echó encima con la intención de aplastarla bajo su espantosa y pálida masa. La perra notó que el monstruo se ponía tenso y adivinó sus intenciones. En lugar de escurrirse entre las piernas de Lirael, avanzó de un salto y apoyó las dos patas delanteras en la espalda de su ama.

Cuando quiso darse cuenta, Lirael se vio de rodillas y sintió que la criatura volaba encima de ella. Un dedo rematado en un garfio le agarró un mechón de pelo al pasar y se lo arrancó de raíz. Lirael apenas lo notó, se volvió con desesperación en el sendero angosto y se levantó. Había perdido toda la confianza, temía perder el equilibrio, por tanto, no fue una maniobra rápida.

Cuando se volvió, la criatura había desaparecido. Sólo quedaba la *Perra Canalla*. Un chucho enorme, con los pelos del lomo erizados como cerdas de un cepillo, al que le goteaba fuego de unos dientes del tamaño de los dedos de Lirael. Echó a su ama una mirada demencial.

—¿*Perra Canalla*? —susurró Lirael.

Era la primera vez que tenía miedo de su amiga, pero nunca antes se había internado tanto en el más allá. Tuvo la sensación de que podía ocurrir cualquier cosa. Los cambios podían afectar a todos.

La perra se sacudió, disminuyó de tamaño y la mirada se le dulcificó. Empezó a menear el rabo, se lo mordisqueó un poco antes de acercarse a Lirael para lamerle la mano que le tendía.

—Perdóname, es que me enfadé.

—¿Adonde ha ido? —preguntó Lirael mirando a su alrededor.

En el sendero no había nada más, al menos hasta donde alcanzaba a ver, y tampoco en el río, que fluía debajo de ellas. Tampoco le pareció haber oído un chapuzón. ¿O sí? Estaba aturullada, el sonido discordante de Saraneth seguía resonándole en la cabeza.

—Allá abajo —contestó la perra inclinando la cabeza en esa dirección—. Será

mejor que nos demos prisa. Saca una campana. Tal vez a Ranna. Aquí es la más comprensiva.

Lirael se arrodilló y acercó la nariz al hocico de su perra.

—Sin ti no podría con esto —dijo y la besó.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó la perra distraídamente mientras sus orejas describían un movimiento semicircular—. ¿No lo oyes?

—No —contestó Lirael. Se levantó para escuchar y con la mano sacó automáticamente a Ranna de la bandolera—. ¿Y tú?

—Me pareció que alguien... algo nos seguía —dijo la perra—. Ahora estoy segura. Algo se nos acerca desde atrás. Algo poderoso que se mueve deprisa.

—¡Hedge! —exclamó Lirael, se olvidó de la crisis de confianza que minutos antes había estado a punto de hacerle perder por completo el equilibrio, se volvió y siguió a toda prisa por el sendero—. ¿No podría ser Zapirón otra vez?

—Dudo que sea Zapirón —dijo la perra frunciendo el ceño. Se detuvo y miró hacia atrás, con las orejas levantadas. Luego sacudió la cabeza—. Sean quien sean... o sea lo que sea... debemos tratar de dejarlo atrás.

Lirael estuvo de acuerdo. Siguió andando mientras aferraba con fuerza la campana y la espada. No importaba con qué se iba a encontrar, ni si iba a acercarse por delante o por detrás, estaba decidida a no dejarse sorprender.

Sureños y cajas de empalmes

La niebla había envuelto el muelle hasta ocultarlo y avanzaba inexorable ladera arriba. Nick observaba su evolución y veía los relámpagos que la atravesaban. Le sugirió la desagradable imagen de unas venas luminosas en unas carnes transparentes. Claro que no había ningún ser vivo que tuviera la carne así...

Algo tenía que hacer, pero no se acordaba de qué era. Sabía que los hemisferios no estaban muy lejos, en algún lugar entre la niebla. Una parte de él quería acercarse para supervisar la unión final. Pero la otra, su yo rebelde, quería justamente lo contrario, impedir a toda costa que los hemisferios se juntaran. Eran como dos voces que susurraban dentro de su cabeza, tan estridentes que, al mezclarse, resultaban ininteligibles.

—¡Nick! ¿Qué te han hecho?

Nick pensó por un momento que se trataba de una tercera voz dentro de su cabeza. Al oír que repetía las mismas palabras, se dio cuenta de que no era así.

El muchacho se movió con dificultad. Al principio no veía nada a causa de la niebla. Luego distinguió una cara asomada a la esquina del cobertizo más cercano. Tardó unos segundos en deducir quién era. Su amigo de la Universidad de Corvere. Timothy Wallach, el estudiante algo mayor que él al que había contratado para supervisar la construcción de la central productora de rayos. Normalmente, Tim era un hombre afable aunque un tanto lánguido, que siempre iba muy atildado.

Tim distaba mucho de estar impecable ahora. Estaba pálido y sucio, llevaba la camisa sin cuello y los zapatos y los pantalones cubiertos de barro. Agachado detrás de la choza, temblaba sin parar, como si tuviera fiebre o estuviese muerto de miedo.

Nick lo saludó con la mano y se obligó a dar unos cuantos pasos indecisos hacia Tim. No pudo, a último momento tuvo que agarrarse a la pared para no caer de bruces.

—¡Debes detenerlo, Nick! —exclamó Tim. No miró a su amigo, sino en todas direcciones, sus ojos atemorizados iban de aquí para allá—. No sé lo que él está haciendo... lo que vosotros dos estáis haciendo... ¡pero está mal!

—¿Qué? —inquirió Nick, cansinamente. La caminata lo había dejado exhausto y una de las voces internas había cobrado fuerza—. ¿Qué estamos haciendo? Se trata de un experimento científico, es todo. ¿Y quién es ése al que tengo que detener? Yo soy quien manda.

—¡Él! ¡Hedge! —le soltó Tim, señalando en dirección a los hemisferios, donde la niebla era más espesa—. ¡Ha matado a mis obreros, Nick! ¡Los ha matado! Los señalaba con el dedo y caían como moscas. ¡Sin más!

Imitó el movimiento de la mano lanzando un hechizo y sollozó sin lágrimas, las palabras le salían a borbotones, en una mezcla de jadeos y gritos.

—Lo vi con mis propios ojos. Eran apenas las... las... Echó un vistazo al reloj. Las manecillas habían dejado de moverse, fijas para siempre en las siete menos seis minutos.

—Eran apenas las siete menos seis minutos —susurró Tim—. Robert vio llegar los barcos y nos despertó a todos para que pudiéramos festejar el fin de las obras. Volví a la cabaña a buscar una botella que había guardado... lo vi todo por la ventana...

—¿Qué viste? —preguntó Nick.

Intentaba comprender qué había alterado de aquella manera a Tim, pero el pecho le dolía tanto que le impedía pensar. No conseguía relacionar el concepto de Hedge con los obreros asesinados de Tim.

—Estás muy raro, Nick —musitó Tim y se alejó de él andando a gatas—. ¿No lo entiendes? ¡Esos hemisferios son puro veneno y Hedge ha matado a mis obreros! A rodos, incluidos los dos aprendices. ¡Lo vi con mis propios ojos!

Y acto seguido, Tim comenzó a tener violentas arcadas, tosía y jadeaba, pero de su boca no salía nada. Ya lo había vomitado todo.

Nick lo observaba como un tonto, como si algo en su interior se excitaba con la noticia de esas muertes y de tanto sufrimiento, y una fuerza de signo opuesto se rebeló contra ella con sentimientos de temor, repulsión y terrible duda. El dolor del pecho se hizo más fuerte aún y Nick cayó al suelo, con una mano se tocaba el corazón y con la otra el tobillo.

—Debemos huir de aquí—dijo Tim, limpiándose la boca con el dorso de la mano temblorosa—. Debemos avisar a alguien.

—Sí —murmuró Nick.

Había conseguido sentarse pero seguía encorvado, con una mano en el corazón y la otra apretada al fragmento de flauta eólica que llevaba en la vuelta del pantalón. Pugnó por superar el dolor que sentía en ambos lugares, así como la presión de la cabeza.

—Sí... vete, vete, Tim. Dile... diles que trataré de detenerlo. Dile que...

—¿Qué? ¿A quién? ¡Tienes que venir conmigo!

—No puedo —musitó Nick.

Volvió a recordarlo. Había hablado con Lirael en la barca de juncos, mientras trataba de mantener a raya el fragmento del Destructor. Se acordó de las náuseas, del sabor metálico en la boca. Volvió a notarlo, le subía por la garganta.

—¡Vete! —insistió y empujó a Tim para que se marchara—. Corre antes de que me... ¡Aaah!

Ahogó un grito, cayó al suelo y se hizo un ovillo. Tim se arrastró hasta él y vio que Nick ponía los ojos en blanco. Por un momento pensó en levantarlo. Desistió al ver que por la boca entreabierta comenzaba a salirle humo blanco.

El miedo tomó entonces las riendas y lo impulsó a correr entre los pararrayos, colina arriba. Ojalá pudiera alcanzar la cima y perderse de vista al otro lado. Lejos de la central productora de rayos y de la niebla persistente que no cesaba de extenderse...

A sus espaldas, Nick aferraba la vuelta de los pantalones con más firmeza. Hablaba solo, presa de un frenesí, soltaba palabras sin sentido.

—Corvere, capital de dos millones los principales productos elaborados la atracción entre dos objetos es directamente proporcional al producto de pausas diarias en el corazón cuatro mil ochocientos y el viento rola generalmente en dirección blanco y sagrado padre ayúdame madre Sam ayúdame Lirael...

Nick guardó silencio, tosió e inspiró hondo. El humo blanco salió volando en medio de la niebla y no volvió a salir de su boca. Nick volvió a inspirar, luego probó a soltar la vuelta del pantalón y el trozo de flauta eólica que había dentro. Un pinchazo helado le recorrió todo el cuerpo, pero todavía sabía quién era y lo que debía hacer. Se apoyó en la pared de la choza, se levantó y tambaleándose se internó en la niebla. Como siempre, los hemisferios de plata brillaron en su mente, pero había conseguido relegarlos a un segundo plano. Pensaba ahora en los dibujos de la central productora de rayos. Si Tim la había construido según las instrucciones de diseño de Nick, entonces, una de las nueve cajas de empalmes eléctricos debía de estar justo al otro lado del edificio principal de la serrería.

Nick casi echa a correr hacia la pared occidental de la serrería. La niebla estaba muy espesa. La bordeó por el norte dándose toda la prisa que le permitían sus piernas cansadas y manteniéndose lejos del extremo sur, donde los muertos seguían trabajando para colocar el primer hemisferio sobre un vagón plataforma de ferrocarril.

Los hemisferios. Refulgieron en la mente de Nick más brillantes que los destellos de los relámpagos. De repente le dio el súbito afán de asegurarse de que los depositaran debidamente en sus receptáculos, de que conectaran bien los cables, de que cubrieran las vías de arena para que, pese a la humedad reinante, no perdieran tracción. Debía supervisar la operación. ¡Los hemisferios debían juntarse!

Nick cayó de rodillas sobre las vías, escorado hacia delante, y se acurrucó sobre el acero frío y los durmientes de madera gastada. Se agarró la vuelta del pantalón y luchó contra la urgente necesidad de doblar a la derecha y acercarse al hemisferio que ya estaba en el vagón plataforma. Desesperado, pensó en Lirael cuando lo depositó en la barca de juncos, en la promesa que le había hecho. Se acordó de su amigo Sam, de cuando lo levantó del suelo tras haber recibido un pelotazo durante una partida de críquet. Y de Tim Wallach, ulcro, con pajarita, sirviéndole un gin tonic.

—Palabra de un Sayre, palabra de un Sayre, palabra de un Sayre —repitió una y otra vez.

Sin dejar de murmurar, hizo un esfuerzo sobrehumano y omenzó a rrastrarse por

las vías, sin hacer caso de las astillas que se le clavaban de los viejos durmientes. Llegó hasta el extremo más alejado de la serrería y, afirmándose en la pared, consiguió al fin llegar a la caja de empalmes que, en realidad, era una pequeña caseta de cemento. En su interior, cientos de cables de los pararrayos iban a parar a nueve cables maestros del grosor del cuerpo de Nick.

—Lo impediré —masculló para sus adentros al llegar a la caja de empalmes.

Ensordecido por el trueno, medio ciego por los relámpagos, paralizado por el dolor y las náuseas, intentó abrir la puerta metálica donde había grabado un rayo de un intenso color amarillo y la palabra PELIGRO.

La puerta estaba cerrada con llave. Nick sacudió el picaporte; su pequeña muestra de desafío no consiguió otra cosa que consumir las pocas energías que le quedaban. Exhausto, Nick se dejó caer y quedó atravesado delante de la puerta.

Había fallado. Los relámpagos seguían extendiéndose ladera arriba, acompañados de la niebla y de truenos retumbantes. Los muertos seguían afanándose con los hemisferios. Uno ya estaba colocado encima del vagón plataforma, movido ahora por las vías en dirección al extremo de la línea, pese a que los muertos que empujaban eran alcanzados una y otra vez por los rayos. El otro hemisferio iba a salir del barco hasta que un rayo quemó la cuerda y cayó de golpe aplastando a varios braceros muertos. Cuando por fin volvieron a izarlo, los braceros aplastados salieron arrastrándose como cucarachas. Como ya no conservaban ni una remota apariencia humana, ni servían para trabajar, se alejaron retorciéndose en dirección al este. Subieron las montañas para reunirse con los muertos que Hedge había enviado a asegurarse de que nadie impidiese el triunfo definitivo del Destructor.

—¡Tenéis que creerme! —exclamó Sam, exasperado—. ¡Dile otra vez que le doy mi palabra de príncipe del Reino Antiguo de que todos vosotros tendréis una granja!

Un joven sureño le hacía de traductor, aunque Sam estaba seguro de que, como la mayoría de sureños, la matriarca entendía el ancelsierrano. En esta ocasión, la mujer interrumpió al intérprete en mitad de la frase y lanzó el papel que le enseñaba a Sam. El muchacho lo recogió y le echó un rápido vistazo, consciente de que disponía de apenas unos minutos antes de verse obligado a regresar junto a Lirael.

El papel estaba impreso por ambas caras, en varios idiomas. El titular rezaba: «Tierra para los sureños». Prometía diez áreas de tierra fértil por cada hoja de papel entregada en la «oficina de propiedades» de la Serrería de Forwin. Constaba un sello con aspecto de oficial y el papel supuestamente venía de la «Oficina de Reasentamiento del Gobierno de Ancelstierre».

—Es falso —protestó Sam—. No existe ninguna Oficina de Reasentamiento de Ancelstierre y, si existiera, ¿para qué iban a querer mandaros a un sitio como la Serrería de Forwin?

—Porque allí están las tierras —contestó el joven traductor velozmente—. Y tiene

que haber una Oficina de Reasentamiento. ¿Por qué si no la policía iba a permitir que nos marchásemos de los campamentos?

—¡Mira lo que está pasando allí! —gritó Sam, señalando los nubarrones negros y las constantes horquillas de los relámpagos, bien visibles ahora. Incluso desde el mismo valle—. ¡Si vais en esa dirección, moriréis todos! ¡Por eso os han soltado! ¡Si morís todos, llos resuelven el problema y pueden decir que no han tenido la culpa!

La matriarca irguió la cabeza y observó los rayos que caían en la cima de las montañas. Luego observó el cielo azul hacia el norte, el sur y el este. Le dio un golpecito en el brazo al intérprete y le dijo tres palabras.

—¿Nos lo juras por tu sangre? —preguntó el intérprete. Sacó un cuchillo confeccionado con el extremo limado de una cuchara—. ¿Juras por tu sangre que nos darás tierras en tu país?

—Sí, lo juro por mi sangre —se apresuró a contestar Sam—. Os daré tierras y toda la ayuda que podamos para que podáis vivir allí.

La matriarca tendió la palma de la mano, cubierta por cientos de puntos, pequeñas cicatrices que formaban una compleja voluta. El intérprete la pinchó con el cuchillo y lo atornilló varias veces para dibujar otro punto.

Sam tendió la mano. No notó el cuchillo. Estaba concentrado en lo que había dejado atrás, aguzaba los oídos por si percibía el sonido de un ataque.

La matriarca habló deprisa y siguió con la palma de la mano tendida. El intérprete le indicó a Sam que colocara su mano sobre la de ella. Así lo hizo y ella la aferró con una fuerza increíble, pese a tener los dedos muy huesudos.

—Bien, magnífico —farfulló Sam—. Lleva a los tuyos al otro lado del arroyo y esperad allí. En cuanto pueda, dispondré... dispondré lo necesario para que os den vuestras tierras.

—¿Y por qué no podemos esperar aquí? —preguntó el intérprete.

—Porque habrá una batalla —contestó Sam, inquieto—. ¡Ay, que el Gremio me ayude! ¡Por favor, esperad al otro lado del arroyo! ¡El agua corriente será la única protección que tendréis!

Se volvió y echó a correr antes de que le preguntaran algo más. El intérprete lo llamó, pero Sam no le contestó. Notaba que los muertos bajaban por este lado de las montañas y temía haber estado alejado de Lirael demasiado rato. La Abhorsen se encontraba allá arriba, en el espolón, y él era su principal protector. Los ancelstierranos podían ayudar mucho, incluso los que no tenían un gran dominio de la magia del Gremio.

Sam no lo vio porque corría como alma que lleva el diablo, pero a sus espaldas, el intérprete y la matriarca hablaban acaloradamente. El intérprete señaló luego el centro del valle y el arroyo. La matriarca miró una vez más los relámpagos, rasgó el papel que tenía en la mano, lo tiró al suelo y le escupió encima. Fue imitada por

cuantos estaban cerca de ella, y luego por los que estaban más lejos y así, poco a poco, la multitud entera se puso a rasgar los papeles y a escupirles encima. La matriarca se dio entonces media vuelta y echó a andar hacia el este, al centro del valle y el arroyo. Como un rebaño que sigue al pastor, todos los sureños se dieron la vuelta.

Sam subía el espolón con enorme fatiga, había cubierto gran parte del ascenso cuando allá adelante oyó unos gritos.

—¡Alto, alto!

Sam no notó la proximidad de los muertos, pero sacó fuerzas de flaqueza y corrió más deprisa al tiempo que desenvainaba la espada. Sorprendidos, unos soldados se apartaron a su paso y el muchacho se acercó a Lirael. Seguía helada en el centro del círculo de piedras. Greene y dos soldados se encontraban delante de ella. Pocos metros más adelante, otros dos soldados tenían acorralado a un hombre joven y lo apuntaban con las bayonetas. El muchacho estaba tirado en el suelo y chillaba. Tenía la ropa y la piel renegridas y había perdido gran parte del pelo.

Pero no era un bracero muerto. De hecho, Sam comprobó que el chamuscado fugitivo no era mucho mayor que él.

—Yo no soy, yo no soy, no soy uno de ellos, vienen detrás de mí —gritaba—. ¡Tenéis que ayudarme!

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el mayor Greene—. ¿Qué pasa allá atrás?

—Me llamo Timothy Wallach —se identificó el joven—. ¡No sé lo que pasa! ¡Es una pesadilla! Ese... no sé lo que es... Hedge. ¡Ha matado a mis obreros! A todos. Los señalaba con el dedo y caían muertos.

—¿Quién viene detrás de ti? —preguntó Sam.

—No lo sé —sollozó Tim—. Eran mis hombres. Ahora no sé lo que son. Vi que a Krontas lo alcanzaba un rayo de lleno. La cabeza se le prendió fuego, pero no se detuvo. Son...

—Son muertos —dijo Sam—. ¿Qué hacías en la Serrería de Forwin?

—Soy de la Universidad de Corvere —murmuró Tim. Hizo un visible esfuerzo por controlarse—. Construí la central productora de rayos para Nicholas Sayre. No sabía... no sé para qué sirve, pero no es nada bueno. ¡Debemos impedir que la utilicen! Nick dijo que lo intentaría, pero...

—¿Nicholas está allí? —le soltó Sam.

—Sí, pero está muy maltrecho. Casi no me reconocía. Dudo que pueda hacer nada. Le salía humo blanco por la nariz...

Sam lo escuchaba acongojado. Sabía por Lirael que el humo blanco era señal de que El Destructor había tomado el control. Perdió la poca esperanza que tenía de que Nick hubiese escapado. Su amigo estaba perdido.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sam—. ¿Hay alguna forma de desactivar la central productor de rayos?

—Hay unos interruptores de circuito en cada una de las nueve cajas de empalmes —murmuró Tim—. Si es que se pueden abrir... Pero ignoro cuántos circuitos hacen realmente falta. También... también se podrían cortar los cables de los pararrayos. Hay mil y un pararrayos y como en este mismo instante están absorbiendo los rayos que caen... se necesitaría un equipo muy especial.

Sam no oyó las últimas palabras de Tim. La preocupación por la difícil situación de Nick y por la central productora de rayos desapareció en cuanto una fría corriente le erizó los pelos de la nuca. Levantó la cabeza, apartó a Tim y avanzó. La primera oleada de muertos estaba a punto de alcanzarlos y toda pregunta relacionada con las cajas de empalmes era meramente académica.

—¡Aquí vienen! —gritó.

Saltó entonces sobre un peñasco y buceó en el Gremio en busca de los elementos necesarios para preparar los hechizos destructivos. Le sorprendió lo fácil que le resultaba. El viento seguía soplando del oeste y debería haber sido más fuerte a tanta distancia del Muro. Notaba la fuerza del Gremio con la misma fuerza y claridad que en el Reino Antiguo, aunque en cierta manera la sentía dentro de él tanto como fuera.

—¡Preparados! —gritó Greene. Los sargentos y cabos que formaban en el círculo de soldados que rodeaban el cuerpo helado de Lirael repitieron la orden—. ¡Recuerden que nada debe alcanzar a la Abhorsen! ¡Nada!

—La Abhorsen. —Sam cerró los ojos un momento y trató de olvidarse del dolor.

No tenía tiempo para llorar la muerte de nadie ni de imaginar cómo sería el mundo sin sus padres. Vio que los braceros muertos bajaban desmañadamente la ladera, cada vez a más velocidad, al sentir la presencia de vida en las inmediaciones.

Sam preparó un encantamiento y echó un vistazo a su alrededor. Todos los arqueros estaban preparados para disparar y habían formado por parejas con los soldados armados de bayonetas. Greene y Tindall estaban al lado de Sam, los dos listos para lanzar sendos hechizos del Gremio. Lirael se encontraba a unos cuantos pasos detrás de ellos, a salvo, rodeada de soldados.

¿Dónde estaría Zapirón? El gatito blanco brillaba por su ausencia.

Lathal, el abominable

La quinta puerta era una cascada al revés, una cuesta líquida. El río golpeaba contra un muro invisible y, a partir de ese momento, fluía hacia arriba. La cinta negra del sendero que cruzaba el quinto recinto terminaba abruptamente en esta cuesta líquida y dejaba una brecha. Lirael y la *Perra Canalla* miraron hacia arriba desde el final del sendero y notaron un nudo en la garganta. Desorientaba mucho eso de ver el agua subir en lugar de caer. Por suerte, antes de que ascendiera demasiado, la cascada al revés se perdía en una bruma gris. Pese a todo, Lirael tuvo la desagradable sensación de que su cuerpo ya no se regía por las normas de la gravedad y que podía caer hacia arriba.

Esa sensación se vio alimentada por sus conocimientos: sabía que eso era exactamente lo que ocurriría cuando pronunciara el hechizo de la magia libre para cruzar la quinta puerta. Allí no había ni sendero ni escaleras... el hechizo servía simplemente para que la cuesta líquida no te arrastrara demasiado lejos.

—Será mejor que te agarres de mi collar, amita —sugirió la perra mientras de reojo veía subir el agua—. De lo contrario, el hechizo no me incluirá.

Lirael envainó la espada, se agarró del collar de la perra y notó en las manos el calorillo y la cómoda familiaridad de las marcas del Gremio que lo formaban. Tuvo una extraña sensación de haber estado en esa situación cuando pasó los dedos por el collar, como si conociera las marcas del Gremio por otras circunstancias... otras circunstancias relativamente nuevas y no por las miles de veces que lo había tenido entre sus manos. No tenía tiempo de investigar a fondo para sacar conclusiones.

Asida con fuerza a la perra, Lirael pronunció las palabras que las haría subir la cuesta líquida y, una vez más, notó el calor de la magia libre en la nariz y la garganta. Al final, cabaría quedándose afónica, pensó, pero otro efecto secundario era que se había curado del resfriado pillado en Ancelstierre. Sin embargo, allá en el mundo de los vivos, tal vez su cuerpo verdadero siguiera resfriado. No conocía a fondo cómo esas cosas que ocurrían en el más allá podían afectarla en el reino de los vivos. Sobre lo que no cabía ninguna duda era que si la mataban en el más allá, el cuerpo que había dejado en el mundo de los vivos también moriría.

El hechizo tardó en arrancar y, por un momento, Lirael sopesó la posibilidad de volver a pronunciarlo. Entonces vio que una cortina de agua salía de la superficie de la cuesta líquida y se movía como un tentáculo extrañísimo, delgado y muy ancho. Cruzó la brecha hasta llegar a la cinta del sendero en una serie de extensiones temblorosas y envolvió a Lirael y a la perra como una manta amplia, aunque sin llegar a tocarlas. Comenzó entonces a ascender por la cuesta líquida, a la misma velocidad que la corriente vertical, llevándose con ella a Lirael y a la perra a la que se asía con firmeza.

Subieron a buen ritmo durante varios minutos, hasta que el recinto situado más abajo se perdió de vista en la luz grisácea. La cuesta líquida seguía subiendo, tal vez eternamente, pero la extensión que sostenía a Lirael se detuvo y, tras detenerse, volvió a incorporarse súbitamente a la cuesta líquida lanzando a sus pasajeras al otro lado.

Lirael parpadeó al verse proyectada hacia lo que su sentido común identificaba como un precipicio, pero la parte trasera de la cuesta líquida no obedecía las normas del sentido común, de la misma manera que la cuesta líquida desafiaba las leyes de la gravedad. La Abhorsen no supo cómo, pero la extensión las había impulsado al recinto siguiente, el sexto, un lugar donde el río volvía a ser poco profundo y sin corriente. Pero había allí muchos, muchísimos muertos.

Lirael los notó con tanta fuerza que muy bien podían haberse encontrado de pie, a su lado, y probablemente algunos lo estuvieran, debajo del agua. Soltó rápidamente el collar de la *Perra Canalla* y desenvainó a Nehima; la espada soltó una especie de zumbido al salir de la vaina.

Llevar la espada en una mano y la campana en la otra servía de advertencia suficiente a la mayoría de los muertos. En cualquier caso, la gran mayoría de ellos se encontraba allí a la espera de que sucediera algo y se veían obligados a continuar adelante, puesto que carecían de la fuerza de voluntad y del conocimiento para desandar el camino recorrido. Pocos eran los que luchaban activamente por regresar a la vida.

Los que sí lo hacían vieron la inmensa chispa de vida en Lirael y la ansiaron con gran avidez. Otros nigromantes habían aliviado esas ansias en ocasiones anteriores ayudándolos a regresar desde la orilla de la Novena Puerta, de buen grado o no. Éste, en particular, era joven, por lo que constituía una presa fácil para cualquier muerto mayor que anduviera cerca.

Y allí cerca había exactamente tres.

Lirael descubrió unas sombras muy grandes que acechaban entre los espíritus menores y más apáticos; donde habían tenido los ojos brillaban sendas hogueras. Eran tres y estaban lo bastante cerca para interponerse en su camino... y eran demasiados.

Una vez más, El libro de los muertos explicaba qué hacer en caso de que, al entrar en el sexto recinto, se encontrara en esa situación. Y, como de costumbre, la *Perra Canalla* estaba a su lado.

Cuando los tres monstruosos muertos menores se abalanzaron sobre ella, Lirael guardó a Ranna y empuñó a Saraneth. Esta vez afirmó los pies, hizo tañer la campana y, a su sonido, sumó su indómita voluntad.

Las criaturas muertas vacilaron ante la voz potente de Saraneth, cuyo eco se propagó por el recinto, y se dispusieron a pelear, a enfrentarse a aquella nigromante

presuntuosa que se creía capaz de manejarlos a su antojo.

Y entonces rieron, una risa espantosa que reverberó como una inmensa multitud atrapada entre la pena y lo absurdo. Esta nigromante era tan incompetente que había centrado su voluntad no en ellos, sino en los muertos menores que pululaban por ahí.

Sin dejar de reírse, los muertos mayores avanzaron, impulsados por una avidez incontenible, mientras se miraban de reojo para calcular si los otros eran más débiles y podían quitarlos de en medio. Porque el primero que alcanzara a esta nigromante gozaría del deleite de consumir gran parte de su vida. Vida y poder, las únicas cosas que permitían equiparse para proseguir el largo viaje que los sacara del reino de los muertos.

Ni siquiera se percataron de los primeros espíritus que se agarraron a sus piernas oscuras o les mordieron los tobillos; se los quitaban de encima como una persona viva espanta a unos cuantos mosquitos.

Cada vez fueron más los espíritus que salían del agua y se abalanzaban sobre los tres muertos mayores. Los tres se vieron obligados a detenerse y a echar a estos molestos muertos menores, se los arrancaron con violencia de encima y los partieron con sus garras de fuego. Los tres estaban enfurecidos, daban patadas y soltaban golpes por doquier, rugían de rabia, ninguno reía.

Distraído, el muerto mayor más próximo a Lirael apenas notó el hechizo del Gremio que le revelaba su nombre a la muchacha, y tampoco la vio cuando se acercó donde estaba luchando contra la masa arremolinada formada por sus hermanos menores.

Lirael consiguió toda la atención de la criatura cuando sonó una nueva campana que reemplazó la orden estridente de Saraneth con una marcha nerviosa. Esta campana se llamaba Kibeth y, cerca de la cabeza de aquella cosa, emitió un tono atroz reservado sólo para sus oídos. Una melodía que aquella criatura no podía dejar de oír, ni siquiera cuando la campana hubo cesado de sonar.

—¡Lathal, el abominable! —ordenó Lirael—. Te ha llegado la hora. ¡La Novena Puerta te llama y deberás cruzarla!

Lathal lanzó un grito mientras Lirael hablaba, un grito cargado de una angustia milenaria. Conocía aquella voz, porque en los últimos mil años, Lathal había recorrido en dos ocasiones la larga senda de regreso a la vida, sólo para que otros lo obligaran a regresar al más allá con ese mismo tono gélido. Y siempre había conseguido impedir que lo obligaran a trasponer la última puerta. Ahora, Lathal no volvería a caminar jamás bajo el sol, ni a beber el dulce néctar de los vivos confiados. Se encontraba demasiado cerca de la Novena Puerta y la fuerza que lo impulsaba a internarse en el más allá era irresistible.

Drubas y Sonmir oyeron la campana, el grito y la voz, y supieron de inmediato que no se trataba de una nigromante insensata, sino de la Abhorsen misma. Una

nueva, porque a la anterior la conocían y habrían salido corriendo. La espada también era distinta, pero la recordarían para futuras ocasiones.

Sin dejar de gritar, Lathal se volvió y empezó a alejarse a los tumbos; los muertos menores le arrancaban las piernas a trozos, andaba vacilante por el agua e intentaba una y otra vez darse la vuelta sin conseguirlo.

Lirael no lo siguió, no quería estar demasiado cerca cuando Lathal cruzara la sexta puerta, por si la corriente se la llevaba a ella también. Con macabra satisfacción comprobó que los otros muertos mayores se alejaban a toda prisa, abriéndose paso a golpes entre los espíritus que continuaban acosándolos.

—¿Me dejas que los persiga, amita? —preguntó la *Perra Canalla* entusiasmada, mientras veía a las negras siluetas internarse en la oscuridad—. ¿Me dejas?

—No —contestó Lirael, rotunda—. A Lathal conseguí sorprenderlo. Los otros dos estarán ahora en guardia y juntos serían mucho más peligrosos. Además, no tenemos tiempo.

Mientras decía esto, el grito de Lathal se vio interrumpido de pronto y Lirael notó que el gua del río le subía por las piernas. Apartó los pies y aguantó firme, apoyada en la perra que aguantaba como una roca. La corriente tiró con fuerza durante un momento y amenazó con arrastrarla. Al cabo de unos minutos desapareció y, una vez más, las aguas del sexto recinto se calmaron.

Lirael se puso a vadear hasta el lugar donde pudiera llamar a la sexta puerta. A diferencia de los otros recintos, la puerta que se alzaba en el sexto no se encontraba en ningún sitio determinado. Se abría de vez en cuando, al azar, lo cual resultaba sumamente peligroso, o podía abrirse en cualquier sitio, a cierta distancia de la quinta puerta.

Por si llegaba a ser igual a la puerta anterior, Lirael se agarró al collar de la *Perra Canalla*, aunque para ello hubo de envainar a Nehima. Recitó el hechizo y entre frase y frase se humedeció los labios para aliviar el calor abrasador de la magia libre.

A medida que se fue formando el hechizo, el agua se escurrió por un círculo de unos tres metros de ancho, justo debajo de Lirael y la perra. Cuando todo quedó seco, el círculo comenzó a hundirse y el agua a elevarse a su alrededor. Se hundió más y más deprisa, hasta que se vieron en la base de un estrecho cilindro de aire seco perforado en los noventa metros de agua.

Entonces, en medio de un gran rugido las paredes líquidas del cilindro se vinieron abajo, cayeron en todas las direcciones. Tras varios minutos, las aguas terminaron de pasar y la espuma y el rocío disminuyeron. El río volvió entonces a fluir alrededor de las piernas de Lirael. El aire se aclaró y la muchacha vio que estaban de pie, en medio del río, y que la corriente intentaba una vez más tragárselas.

Habían llegado al séptimo recinto y Lirael divisó la primera de las tres puertas que señalaban las zonas más profundas del reino de la muerte. La séptima puerta, una

línea infinita de fuego rojo que ardía de forma inquietante sobre la superficie del agua y desprendía una luz intensa e inquietante después del gris uniforme de los recintos anteriores.

—Nos estamos acercando —dijo Lirael con una mezcla de alivio por haber llegado tan lejos y de aprensión por el camino que aún faltaba recorrer.

La *Perra Canalla* no le prestaba atención, miraba hacia atrás levantando las orejas. Cuando por fin miró a Lirael, se limitó a informarle:

—Nuestro perseguidor nos está dando alcance, ama. ¡Creo que es Hedge! ¡Debemos darnos más prisa!

La inescrutable iniciativa de Zapirón

Nick se levantó con gran esfuerzo y se apoyó contra la puerta. En el suelo había encontrado un clavo doblado; armado con ese clavo y el tenue recuerdo de cómo funcionaban las cerraduras, intentó una vez más entrar en la caseta de cemento donde se alojaba una de las nueve cajas de empalmes que resultaban de vital importancia para el funcionamiento de la central productora de rayos.

No oía más que truenos; no podía levantar la vista porque los relámpagos caían demasiado cerca y eran demasiado brillantes. La cosa que llevaba dentro quería que mirase, quería asegurarse de que los hemisferios fueran depositados correctamente en sus soportes de bronce. Aunque cediera a esa coacción, su cuerpo estaba demasiado débil para obedecer.

Se dejó caer otra vez en el suelo y soltó el clavo. Empezó a buscarlo, aunque sabía que no serviría de nada. Debía hacer algo. Por inútil que fuese.

Notó que algo le rozaba la mejilla y dio un respingo. Lo rozó otra vez... Era algo más húmedo que la niebla y raspaba. Entreabrió los ojos con cuidado, apenas, y se preparó para recibir el blanco destello del relámpago.

Y llegó el destello, pero percibió también otra blancura más suave. La pelambre de un gatito blanco que le lamía la cara con delicadeza.

—¡Vete, morrongo! —balbuceó Nick. Su voz sonó pequeñita y patética en medio de los truenos. Agitó la mano y añadió—: Te caerá un rayo encima.

—Lo dudo —le contestó Zapirón al oído—. Además, he decidido llevarte conmigo. Por desgracia. ¿Puedes andar?

Nick sacudió la cabeza y, para gran sorpresa suya, descubrió que todavía le quedaban lágrimas. El gato parlanchín no le sorprendía en absoluto. A su alrededor, el mundo se venía abajo y todo era posible.

—No —susurró—. Hay algo dentro de mí, gato. Y no se marcha.

—El Destructor está distraído —dijo Zapirón.

Alcanzó a ver que el segundo hemisferio ya estaba depositado sobre su receptáculo en la plataforma del vagón; los braceros muertos, medio quemados y completamente destrozados, se afanaban con mecánica devoción. En los ojos verdes de Zapirón se reflejó un rosario de relámpagos, pero el gato no pestañeó.

—Igual que Hedge —agregó.

Zapirón ya había realizado un reconocimiento a fondo y había visto al nigromante de pie, en el cementerio de lo que en otros tiempos había sido un próspero centro maderero. Hedge estaba cubierto de hielo, por lo que resultaba evidente que había partido al reino de los muertos en busca de refuerzos para traerlos de vuelta a la vida. Con un éxito rotundo, ensó Zapirón, tras haber visto la gran cantidad de cadáveres putrefactos y esqueletos que comenzaban a levantarse de sus tumbas.

Nick supo que aquélla sería su última oportunidad, que ese animal parlante era como la perra que había visto en sueños, que guardaba alguna relación con Lirael y su amigo Sam. Sacó fuerzas de flaqueza, se incorporó hasta quedar sentado, pero no pasó de ahí. Se encontraba demasiado débil y demasiado cerca de los hemisferios.

Zapirón lo miró al tiempo que meneaba la cola en señal de fastidio.

—Si es todo lo que puedes hacer, imagino que no me quedará más remedio que cargar contigo —dijo el gato.

—¿Y... y cómo?—murmuró Nick.

Por más empeño que pusiera no lograba imaginar de qué manera iba el gatito a cargar con un hombre hecho y derecho. Aunque se tratara de uno maltrecho y flaco como él.

Zapirón no contestó. Se levantó sobre las patas traseras y comenzó a transformarse.

Nick miro fijamente el lugar donde el gatito blanco había estado. Le lloraron los ojos a causa del resplandor constante de los relámpagos. Había presenciado la transformación del animal, pero aun así, le costaba creer lo que veía.

En lugar de un gatito, ahora tenía delante a un hombre bajito, de cintura estrecha y anchísimos hombros. No era mucho más alto que un niño de diez años, y tenía el pelo tan rubio que parecía blanco y la piel pálida y transparente de los albinos, aunque los ojos no eran rojos, sino de un verde intenso y brillante, almendrados... igual que los del gato. Llevaba un cinturón de cuero rojo brillante del que colgaba una campanita de plata. Nick cayó en la cuenta de que la túnica blanca que vestía aquella aparición tenía dos anchas bandas en la bocamanga, salpicadas de llavecitas de plata, las mismas llaves de plata que había visto en el abrigo de Lirael.

—Vamos a ver —dijo Zapirón con cuidado. Notaba el fragmento del Destructor que Nick llevaba en su interior, y aunque gran parte del resto se concentraba en su unión, sabía que debía tener cuidado. El engaño quizá resultara útil cuando fallara la fuerza—. Te levantaré y los dos iremos a buscar un buen sitio desde donde ver cómo se unen los hemisferios.

Al oír mencionar la palabra «hemisferios», Nick notó un fuerte dolor y una quemazón insoportable en el pecho. Sí, estaban cada vez más cerca, los notaba...

—He de supervisar el trabajo —dijo con voz ronca.

Cerró otra vez los ojos y la visión de los hemisferios ardió en su mente despidiendo más brillo que los relámpagos.

—El trabajo ya está hecho —lo tranquilizó Zapirón.

Levantó a Nick y lo sostuvo en sus brazos anormalmente fuertes, pero se cuidó mucho de no tocarle el pecho. El albino parecía una hormiga, pues llevaba una carga mucho más voluminosa a cierta distancia de su cuerpo.

—Sólo iremos a algún lugar desde donde veamos mejor cómo se unen los

hemisferios.

—Donde veamos mejor —murmuró Nick.

En cierto modo, eso le calmó el dolor del pecho, pero también le permitió volver a pensar con su propia cabeza.

Abrió los ojos y se encontró con la verde mirada de su portador. Fue incapaz de descifrar qué tipo de emociones había en ellos. ¿Miedo... o ansiosa expectativa?

—¡Debemos detenerlo! —resolló.

El dolor volvió con tanta fuerza que lanzó un grito, un grito que los truenos se encargaron de ahogar. Zapirón inclinó la cabeza para oír mejor lo que Nick continuaba susurrando:

—Te enseño cómo... hay que... desatornillar las cajas de empalmes... desconectar los cables maestros...

—Es demasiado tarde para eso —sentenció Zapirón.

Comenzó a subir entre los pararrayos y a agacharse y a serpentear con una precisión que indicaba que era capaz de prever dónde y cuándo caerían los rayos.

Allá atrás, más abajo de donde se encontraba Zapirón con su carga, uno de los últimos trabajadores vivientes de Hedge conectó los cables maestros a los receptáculos donde descansaban los hemisferios, encima de las plataformas con ruedas estacionadas en las vías. Las plataformas se encontraban a algo menos de cincuenta metros de distancia, sobre el corto tramo de raíles y los hemisferios habían sido dispuestos de modo que sus fondos planos quedaran enfrentados y sobresalieran de los receptáculos. Los cables alimentaban el marco de bronce que los sujetaba. No había señales de que nada pudiera hacer que las plataformas, y los hemisferios, se juntaran, pero evidentemente ésa era la intención.

Los pararrayos comenzaron a atraer gran parte de los rayos y, así, a llevar energía a los hemisferios. Infinidad de chispas azules saltaron alrededor de las plataformas con ruedas, y Zapirón notó que El Destructor absorbía ávidamente y, al hacerlo, el ente antiquísimo encerrado en el metal plateado comenzó a moverse.

El albino apuró el paso, aunque no tanto como habría querido, para no alarmar al fragmento que Nick llevaba en su interior. El muchacho yacía pacífico en sus brazos, una parte de su mente satisfecha de que fuera demasiado tarde para impedir la unión, la otra parte apenada por haber fracasado.

No tardaron en hacerse visibles las señales de que Orannis comenzaba a librarse de sus ataduras. Los relámpagos cesaron alrededor de los hemisferios y comenzaron a alejarse, como empujados por una mano invisible. En lugar de caer de forma concentrada sobre las plataformas y alrededor de éstas, los rayos golpearon con frecuencia cada vez mayor sobre los pararrayos que salpicaban la colina. La tormenta se desencadenó del todo, con gran profusión de relámpagos, rayos y truenos. En una pequeña zona alrededor de los hemisferios, los rayos que antes caían a razón de

nueve por minuto, aumentaron su frecuencia a noventa, y su alcance hasta cruzar la ladera de la colina, luego a varios cientos de metros, a medida que la tormenta se tornaba más virulenta y se extendía por toda la central productora de rayos.

Minutos más tarde, los rayos desaparecieron del cielo. Pero allá abajo, los hemisferios relucían con una energía nueva, y cada vez que Zapirón echaba una mirada atrás, veía unas sombras negrísimas retorcerse en el interior del metal plateado. Estas sombras se movían por ambos hemisferios hasta oscurecer los extremos que se encontraban más próximos, luchando de ese modo contra la repulsión que continuaba manteniéndolos separados.

Cayeron más rayos, los truenos hicieron temblar el suelo. Los hemisferios despedían mucha luz y las sombras se hicieron más oscuras. Con un agudo chirrido metálico, las ruedas que llevaban mucho tiempo en desuso, comenzaron a moverse y las plataformas se fueron aproximando.

—¡Los hemisferios se juntan! —gritó Zapirón y corrió más deprisa, colina arriba, zigzagueando entre los pararrayos, agachado para proteger a su carga de las violentas energías que caían por doquier.

En el corazón de Nick, un diminuto fragmento metálico tembló al notar la atracción del todo del que procedía. Por un momento, se desplazó hacia la pared cardiaca, como si deseara salir disparado en sangrienta gloria. Sin embargo, la fuerza de atracción no era aún lo bastante fuerte y se encontraba demasiado lejos. En lugar de perforar la carne y los huesos, el fragmento del Destructor se dejó llevar por el torrente sanguíneo y comenzó a recorrer el camino que había realizado casi un año antes.

Sam bajó la mano y uno de los braceros muertos cayó gritando como un poseso, a medida que el dorado fuego del Gremio le corroía la poca carne que conservaba. Se retorció de aquí para allá y llegó reptando hasta dos árboles en llamas. El humo de los fuegos se elevaba en espirales y, como soldados batidores fueron en busca del banco de niebla que comenzaba a asomar por la cima de las montañas.

—Ojalá mis flechas hicieran lo mismo —observó el sargento Evans. Le había clavado varias flechas de plata al mismo bracero muerto, sin conseguir detenerlo del todo.

—El espíritu sigue allí —dijo Sam con amargura—. Pero ahora el cuerpo no le sirve de nada.

Notó la presencia de más muertos que subían desde el otro lado de las montañas al abrigo de la niebla. Hasta ese momento, Sam y los soldados habían conseguido repeler el primer ataque. Pero sólo habían sido media docena de braceros muertos.

—Nos están entreteniendo mientras preparan el ataque principal —dijo el mayor Greene al tiempo que se echaba el yelmo hacia atrás para secarse el sudor de la frente.

—Sí —dijo Sam. Vaciló y luego añadió en voz baja—: Allá hay al menos cien braceros muertos y detrás van a llegar muchos más.

Echó un vistazo a sus espaldas, donde el cuerpo cubierto de hielo de Lirael seguía entre las piedras, y luego observó el círculo que formaban los soldados, sus filas muy mermadas. Los muertos no habían matado a ninguno, pero al menos una decena o más habían huido despavoridos ante la que se avecinaba. El mayor los había dejado marchar a regañadientes mientras mascullaba que él no podía dispararles cuando, para empezar, la compañía entera no debía encontrarse donde estaba.

—¡Ojalá supiera lo que está pasando! —soltó Sam—. ¡Con Lirael y con esos hemisferios que el Gremio maldiga!

—El que espera siempre desespera —dijo el mayor Greene—. Creo que no vamos a tener que esperar mucho más, para bien o para mal. Esa niebla avanza que da pavor. Dentro de poco nos tendrá cubiertos.

Sam miró hacia delante. Era verdad, la niebla avanzaba más deprisa, sus largos zarcillos bajaban por la ladera, seguidos de una densa masa brumosa. Al mismo tiempo, notó que una oleada de muertos asomaba por la cima.

—¡Ahí vienen! —gritó el mayor—. ¡Aguanten firmes, soldados!

Sam se dio cuenta de que eran demasiados para lanzar encantamientos del Gremio. Dudó un momento, luego sacó la zampona que Lirael le había regalado y se la llevó a los labios. Ya no era la Abhorsen en ciernes, pero iba a tener que ejercer de tal ante la avalancha de muertos.

Sam perdió de vista al mayor, pues puso toda su atención en los muertos que avanzaban y en la zampona. Posó los labios en la flauta Saraneth, inspiró hondo por la nariz y sopló; el sonido fuerte y puro se impuso al ruido del trueno y al efecto amortiguador de la niebla.

Y entonces Sam sumó al sonido toda su voluntad, la notó extenderse por el campo de batalla y envolver a más de cincuenta braceros muertos. Notó que aminoraban la velocidad del descenso, notó que luchaban contra él, sus espíritus se debatían mientras la carne muerta pugnaba por seguir adelante.

Por un momento, Sam los mantuvo sujetos y los braceros muertos se detuvieron hasta quedar como estatuas horrendas, envueltos en volutas de niebla. Las flechas se hundieron en sus cuerpos y algunos de los soldados que estaban más cerca se abalanzaron sobre ellos para traspasarle piernas y rodillas con las bayonetas.

Los espíritus que habitaban la carne muerta siguieron luchando y Sam supo que no conseguiría dominarlos del todo. Sintió que el eco de Saraneth se iba debilitando colina arriba y entonces posó los labios en la flauta Ranna. Tuvo que volver a inspirar hondo y, en ese instante, el sonido de Saraneth dejó de oírse y la voluntad de Sam cayó hecha pedazos.

Perdió el control y a lo largo de las líneas, los muertos se estremecieron,

comenzaron a moverse y, una vez más, cargaron espolón abajo, hambrientos de vida.

La novena puerta

Lirael y la *Perra Canalla* cruzaron el séptimo recinto a la carrera, no se detuvieron siquiera cuando Lirael pronunció el hechizo para abrir la séptima puerta. Allá adelante, la línea de fuego se estremeció al proferir ella las palabras y, justo enfrente de donde se hallaban la Abhorsen y su mascota, se levantó de un salto hasta formar un arco estrecho, con apenas espacio para que pasaran ambas.

Lirael se agachó y echó un vistazo hacia atrás; vio entonces la silueta de un hombre que corría tras ellas, iba envuelto en fuego y oscuridad, empuñaba una espada que echaba llamas rojas, del mismo rojo que las que ardían en la séptima puerta.

Cruzaron entonces el octavo recinto y Lirael tuvo que apresurarse para pronunciar con un hilo de voz otro encantamiento que le permitiera esquivar unas lenguas de fuego que surgían de las aguas e iban hacia ellas. Estas llamas eran la principal amenaza del recinto, pues el río estaba iluminado por infinidad de fuegos flotantes que flotaban siguiendo el capricho de extrañas corrientes o bien surgían con fuerza de la nada.

Lirael consiguió evitar uno por los pelos y lo dejó atrás. Notó que uno de los párpados comenzaba a latirle de forma incontrolable, era síntoma de que tenía miedo, y lo tenía, porque por todas partes comenzaron a encenderse fogatas, algunas se movían deprisa, otras más despacio. Además, temía que de un momento a otro Hedge fuera a acercársele por detrás para atacarla.

La perra ladró junto a su ama y un muro de fuego se apartó. Lirael ni siquiera lo había visto encenderse de tan concentrada que estaba en los que sí veía y en la amenaza que se aproximaba por detrás.

—Calma, amita —dijo la perra—. Pronto habremos salido de ésta.

—¡Hedge! —exclamó Lirael y, acto seguido, gritó dos palabras y dos largas serpientes de fuego se agitaron en el aire hasta unirse en una ígnea danza.

Sí parecían vivas, pensó la Abhorsen, viéndolas girar. Criaturas, más que manchas de aceitosa escoria ardiente, que es lo que parecían cuando dejaban de moverse. Se diferenciaban del fuego normal en otro aspecto más, porque no despedían humo.

—He visto a Hedge —repitió una vez superada la amenaza inmediata de la inmolación—. A nuestras espaldas.

—Ya lo sé —dijo la perra—. Cuando lleguemos a la octava puerta, me quedaré aquí y lo detendré mientras tú sigues.

—¡No! —gritó Lirael—. ¡Tienes que acompañarme! ¡No le tengo miedo... es que... es que es inoportuno!

—¡Cuidado! —ladró la perra y las dos se apartaron de un salto cuando un enorme globo de fuego pasó tan cerca que Lirael se ahogó con el calor que despedía.

Comenzó a toser y se dobló en dos. Y entonces el río aprovechó ese instante para

tirar de sus piernas y hacerle perder el equilibrio.

Y casi lo consigue. El repentino oleaje hizo trastabillar a Lirael y se hundió sólo hasta la cintura, pero se apoyó en la espada, hizo palanca con ella y se levantó de un salto.

Para salvar a su ama, la perra se zambulló como un rayo y al volver a la superficie completamente empapada se sintió avergonzada al descubrir que Lirael no sólo seguía en pie, sino seca.

—Pensé que te habías hundido —balbuceó y luego le ladró a uno de los fuegos para cambiar de tema, pero también para distraer al intruso.

—¡Vamos! —ordenó Lirael.

—Esperaré y le tenderé una trampa a... —comenzó a decir la perra, pero Lirael se dio media vuelta y la agarró del collar.

La perra se puso tozuda y se sentó en los cuartos traseros, de modo que Lirael intentó llevarla a rastras.

—¡Vendrás conmigo! —le ordenó Lirael con voz temblorosa, con lo cual, el tono imperioso se diluyó un poco—. Pelearemos juntas contra Hedge... cuando llegue el momento. ¡Y ahora vamos de una vez! —Está bien, está bien —protestó la *Perra Canalla*. Se levantó y se sacudió con fuerza echando agua por todas partes. —Pase lo que pase —añadió Lirael con voz queda—, quiero que estemos juntas.

La *Perra Canalla* la miró con gesto preocupado pero no dijo nada. Lirael estuvo a punto de añadir algo más, pero se le hizo un nudo en la garganta y prefirió hacer frente a otra incursión de fuegos flotantes.

Cuando terminaron de ocuparse de ellos, echaron a andar una al lado de la otra y, minutos después, se internaban confiadas en el muro de oscuridad de la octava puerta. La luz desapareció y Lirael no veía nada, no oía nada, no sentía nada, ni siquiera su propio cuerpo. Tuvo la sensación de haberse convertido en una inteligencia incorpórea que estaba completamente sola, aislada de los estímulos externos.

Sin embargo, estaba preparada, y aunque no sentía ni la boca ni los labios, y era como si no tuviese orejas, porque no oía nada, pronunció el hechizo que les permitiría cruzar aquella oscuridad extrema e internarse en el noveno y último recinto de la muerte.

El noveno recinto difería mucho de los demás lugares del reino de los muertos. Lirael parpadeó al salir de la oscuridad de la octava puerta y encontrarse de pronto con la luz. El tirón familiar del río a la altura de las rodillas dejó de notarse al desaparecer la corriente. El río fluía suave a la altura de sus tobillos y el agua estaba caliente; el frío tremendo que reinaba en los recintos anteriores de la muerte quedaba atrás.

En los demás lugares del reino de los muertos, se tenía una sensación de opresión debida en parte a la luz grisácea que impedía ver con claridad. Allí, sin embargo,

ocurría lo contrario. Se tenía una sensación de inmensidad, y Lirael alcanzaba a ver a kilómetros de distancia, a través de la inmensa planicie de agua reluciente.

Por primera vez consiguió levantar la vista y percibir algo más que una mancha gris, deprimente y borrosa. Mucho más. En lo alto había un cielo, un cielo nocturno tan tachonado de estrellas que se superponían y se fundían para formar una vasta nube luminosa, imposible de imaginar. No se distinguían las constelaciones, las estrellas no formaban ningún patrón definido. Sólo se veía una multitud de estrellas que proyectaban una luz tan intensa como la del sol del mundo de los vivos, pero más suave.

Lirael sintió la llamada de las estrellas y su corazón anhelante sintió el impulso de responder. Guardó la campana y la espada y tendió los brazos hacia el cielo brillante. Sintió que se elevaba y que sus pies abandonaban el río provocando un suave remolino y un suspiro en las aguas.

Comprobó que los muertos también se elevaban. Los muertos de todo tipo y condición ascendían hacia el mar de estrellas. Algunos iban despacio, otros, tan deprisa que apenas se distinguían sus formas, pasaban como una exhalación.

Una ínfima parte de la mente de Lirael le advirtió que respondía a la llamada de la Novena Puerta. El velo de estrellas era la última frontera, la muerte definitiva, sin vuelta atrás. Y fue precisamente ese ínfimo resto de conciencia el que le recordó su responsabilidad, el que le mencionó a Orannis, a la *Perra Canalla*, a Sam, a Nick y a todo el mundo de los vivos. Ese ínfimo resto de conciencia luchó con uñas y dientes para no ceder a la abrumadora sensación de paz que ofrecían las estrellas.

«Todavía no te ha llegado la hora —le gritaba—. Todavía no.»

Y aquel grito obtuvo respuesta, aunque no se oyó ninguna voz. Las estrellas se retiraron de pronto, se hicieron infinitamente lejanas. Lirael parpadeó, sacudió la cabeza y, desde una altura considerable, cayó al agua, a los pies de la perra, que seguía contemplando el cielo luminoso.

—¿Por qué no me detuviste? —preguntó Lirael, indignada por el susto que se había dado.

Hubieran bastado pocos segundos más y ya no habría podido regresar. Habría cruzado la Novena Puerta para siempre.

—Es algo a lo que todos los que llegan hasta aquí deben enfrentarse solos —susurró la perra. Seguía con la vista clavada en el cielo, le hablaba sin mirarla—. A todos los seres y a todas las cosas les llega el momento de morir. Algunos no lo saben, o preferirían retrasarlo, pero se trata de una verdad imposible de negar. Y menos cuando miras las estrellas de la Novena Puerta. Me alegro de que volvieras, amita.

—Yo también —dijo Lirael, inquieta.

Veía a los muertos surgir de la masa negra de la octava puerta. Cada vez que salía

uno, se ponía tensa, pues pensaba que podía ser Hedge. Sentía la presencia de muchos muertos, aunque viera pocos, y todos atravesaban el umbral e inmediatamente se elevaban hacia el cielo hasta desaparecer entre las estrellas. Hedge, que debía de encontrarse a escasa distancia de Lirael y de la perra, no atravesó la octava puerta.

La perra seguía con la vista clavada en el cielo. Y, finalmente, Lirael se dio cuenta y a punto estuvo de parársele el corazón. ¿Acaso no estaría la perra respondiendo a la llamada de la Novena Puerta? La perra apartó la vista del cielo y soltó un suave bufido. —A mí tampoco me ha llegado la hora —dijo y Lirael suspiró aliviada—. Amita, ¿no deberías hacer eso que vinimos a hacer?

—Lo sé, lo sé —contestó Lirael, desconsolada, plenamente consciente del tiempo que habían malgastado. Palpó el espejo oscuro que llevaba en el morral—. ¿Y si Hedge aparece cuando estoy mirando?

—Si no ha cruzado todavía, probablemente no lo haga —contestó la perra, olfateando el río—. Pocos nigromantes se arriesgan a ver la Novena Puerta, por su misma naturaleza, se niegan a atender a su llamada. Lirael recibió aquel consejo con inmenso alivio. —Seguro que nos esperará en algún lugar cuando regresemos —prosiguió la perra y destruyó el efímero alivio de su ama—. De momento, o te vigilaré.

Lirael sonrió y en su sonrisa atribulada le transmitió a su mascota su amor y su gratitud. Era doblemente vulnerable, pensó, porque su cuerpo estaba en el mundo de los vivos, vigilado por Sam, y ahora su espíritu estaba en el reino de la muerte, vigilado por la *Perra Canalla*.

Pero debía cumplir con su deber, por más grande que fuera el riesgo. Primero se pinchó la yema del dedo con Nehima y luego envainó la espada. Luego sacó el espejo oscuro y lo abrió con un golpe seco.

La gota de sangre de la yema de su dedo cayó, pero en lugar de ir hacia abajo, donde estaba el río, se elevó hacia el cielo. Lirael no se dio cuenta. Recordaba las páginas de El libro del recuerdo y el olvido, concentradísima, mientras mantenía el dedo cerca del espejo para que cayera sobre la superficie opaca una gota brillante. La gota tocó el cristal y se expandió sobre su superficie oscura para formar un delicado lustre.

Lirael levantó el espejo y se lo acercó al ojo derecho, mientras con el izquierdo seguía mirando el reino de la muerte. La sangre tiñó el espejo de una suave tonalidad roja que se desvaneció rápidamente cuando Lirael fijó la vista y la oscuridad comenzó a iluminarse. Una vez más, gracias al espejo, Lirael alcanzó a ver otro lugar, sin perder de vista las aguas centelleantes del noveno recinto. Las dos visiones se mezclaron y Lirael vio que las luces se movían en torbellino y, de alguna manera, el sol se batía en retirada a través de las aguas del reino de los muertos. La Abhorsen notó entonces que caía cada vez más deprisa en dirección a un pasado lejano.

Lirael comenzó a pensar en lo que quería ver y su mano izquierda se movió involuntariamente hasta tocar una por una las campanas de la bandolera.

—Por el derecho que me da mi sangre —dijo, la voz iba adquiriendo firmeza con cada alabra—, por el derecho que me da mi linaje, por el derecho que me dan el Gremio y los siete que lo crearon, a través del velo del tiempo, he de ver hasta el mismo principio. Y asistir al instante en que Orannis fue sometido y quebrado y he de saber lo que ocurrió y lo que ha de ocurrir. ¡Así sea!

Mucho después que hubo callado, los soles siguieron retrocediendo y Lirael se fue hundiendo más y más en ellos, hasta que todos los soles fueron uno que la encegueció con su luz. Luego, poco a poco, la luz se fue apagando y ella se encontró ante un negro vacío. En el vacío había una única fuente de luz, y se precipitó hacia ella; la luz dejó de ser luz y se convirtió en luna, luego en un enorme planeta que llenó el horizonte y ella se precipitó por aquel cielo y planeó en el aire, sobre un desierto que se extendía de un extremo al otro del horizonte. Y Lirael supo de alguna manera que aquel desierto abarcaba el mundo por entero. Nada se movía sobre la tierra cuarteada y reseca. Nada crecía. Nada vivía.

Debajo de ella, el mundo giraba cada vez más deprisa y Lirael lo vio en sus comienzos, presencié la extinción de todas las especies. Entonces volvió a caer a través de los soles y se encontró ante otro vacío, ante otro mundo único que se convertiría en desierto.

Lirael fue testigo de la destrucción de seis mundos. La séptima vez, asistió a la desaparición del suyo. Supo que era el suyo pese a que no encontró en él puntos de referencia. Vio el momento exacto en que El Destructor eligió su mundo y vio que no era el único, había otros que también lo escogieron. El mundo de Lirael sería utilizado de campo de batalla por estos últimos para enfrentarse al Destructor; había llegado el momento de tomar partido, de decidir en quién se depositaría la lealtad para siempre.

Y la visión de Lirael pareció durar muchos días, todos ellos plagados de horrores. Al mismo tiempo, con su otro ojo, veía a la perra pasearse de aquí para allá, y entonces se daba cuenta de que en el reino de la muerte había transcurrido muy poco tiempo.

Finalmente, decidió que había visto bastante, que ya no soportaba Ver más. Entornó los ojos, cerró el espejo y, poco a poco, cayó de rodillas, apretando entre las manos la cajita de plata. Notaba a su alrededor la caricia del agua caliente, pero eso no la reconfortó.

Cuando abrió los ojos poco después, la perra le lamió la boca y la miró con gran preocupación.

—Debemos darnos prisa —dijo Lirael, incorporándose—. ¡Hasta este momento no lo entendí del todo! ¡Debemos darnos prisa!

Regresó hacia la octava puerta, desenvainó la espada y sacó la campana con ademán decidido. Había visto de lo que era capaz Orannis: era mucho peor de lo que jamás había imaginado. No en vano lo habían llamado Destructor. Orannis existía únicamente para destruir y el Gremio era el enemigo que le había impedido seguir haciéndolo. Detestaba cuanto tuviese vida, no sólo quería destruirlas sino que tenía el poder de hacerlo.

Lirael era ahora la única que sabía cómo sojuzgar de nuevo a Orannis. Sería difícil, quizás imposible. Pero era la única oportunidad que tenían; ella estaba completamente decidida a regresar al mundo de los vivos. Era preciso que lo consiguiera. Por ella, por la *Perra Canalla*, por Sam, por Nick, por el mayor Greene y sus hombres, por los habitantes de Ancelstierre que morirían sin haberse dado cuenta siquiera del peligro en el que estaban, y por cuantos vivían en el Reino Antiguo. Sus primas, las clarvis. Incluso por su tía Kirrith...

Mientras pensaba en ellos y en su responsabilidad, llegó a la octava puerta, con las palabras del hechizo de apertura en los labios. En el preciso instante en que abría la boca para pronunciar el encantamiento, de la oscuridad de la puerta, justo enfrente de Lirael y la perra, partieron las llamas.

Y Hedge la atravesó envuelto en ellas. Su espada alcanzó a Lirael en el brazo izquierdo; fue tan fuerte la estocada que la muchacha soltó a Saraneth y el breve toque de la campana fue rápidamente ahogado por el río. El tañido del acero hechizado sobre placas de gezre se ropagó por el agua. La armadura aguantó el ataque, aun así, el brazo de Lirael quedó muy lastimado... por segunda vez en pocos días.

La Abhorsen apenas consiguió parar el siguiente mandoble lanzado a su cabeza. Retrocedió ele un salto y tropezó con la perra, que se disponía a lanzarse al ataque. Una punzada tremenda recorrió el brazo izquierdo de la Abhorsen hasta llegarle al hombro y el cuello. No obstante, tendió la mano y buscó una campana.

Hedge fue más rápido. Ya empuñaba una campana y la agitó. Lirael reconoció a Saraneth y se preparó para resistir su influjo. Nada ocurrió tras el repique de la campana. No sintió compulsión alguna; su voluntad no fue sometida a ninguna prueba.

—¡Siéntate! —le ordenó Hedge y Lirael entendió entonces que Hedge había centrado el poder de Saraneth en la *Perra Canalla*.

La perra obedeció sin dejar de gruñir, y se quedó inmóvil justo cuando, apoyada en los cuartos traseros, se disponía a saltar. Saraneth la tenía en sus garras y la perra no podía moverse.

Lirael rodeó a su mascota e intentó lanzar una estocada al brazo con el que Hedge sostenía la campana. Pero él también se movió en círculo y se alejó de ella. La Abhorsen notó algo extraño en la postura que adoptaba el nigromante para el ataque.

De inmediato no consiguió darse cuenta de qué se trataba. Luego comprobó que mantenía la cabeza inclinada hacia abajo, para no mirar hacia arriba. Era evidente que Hedge temía ver las estrellas de la Novena Puerta.

Comenzó a avanzar hacia ella, pero ella retrocedió otra vez, la perra inmóvil seguía entre los dos. Cuando pasó delante, Lirael vio que la perra le hacía un guiño.

—Me has traído muy lejos —dijo Hedge.

Su voz cargada de magia libre sonaba más a la de un muerto que a la de un hombre vivo. Y su aspecto también era el de un muerto. Se elevaba por encima de Lirael, en su interior llevaba mil fuegos, despedía llamas rojas por los ojos y la boca, las llamas caían también de la punta de sus dedos y le brillaban a través de la piel. La Abhorsen ni siquiera estaba segura de que fuese un hombre vivo. Era un espíritu producto de la magia libre ataviado con carne humana. Y entonces le dijo:

—Me has traído muy lejos, pero ya se acabó, esto se acaba aquí y en el mundo de los vivos. Mi amo está entero otra vez y la destrucción ha comenzado. Sólo los muertos habitan el mundo de los vivos, loado sea Orannis por su obra. Sólo los muertos... y yo, su fiel visir.

Aquella voz tenía un efecto hipnótico. Lirael comprendió que intentaba distraerla mientras se preparaba para asestarle un hendiente mortal. No había usado la campana contra ella, lo cual no dejaba de resultar curioso... aunque luego se dio cuenta que era porque en otras ocasiones había conseguido liberarse de Hedge y Saraneth.

—Mira al cielo, Hedge —le contestó y los dos siguieron caminando en círculo—. La Novena Puerta te llama. ¿No sientes la llamada de las estrellas?

Atacó al pronunciar la última palabra, pero Hedge estaba preparado y, además, dominaba mejor la espada. Rechazó el ataque y respondió veloz con otra estocada que cortó la tela de la sobrevesta de Lirael a la altura del corazón.

Ella retrocedió rápidamente y se alejó de la perra. Hedge la siguió, la cabeza gacha, los ojos entornados.

Detrás de él, la perra se movió. Poco a poco, sacó una pata del agua, con mucho cuidado, para no chapotear. Y siguió con sigilo al nigromante mientras éste asediaba a Lirael.

—Y no creo eso que dices del Destructor —le advirtió Lirael mientras reculaba, con la esperanza de que su voz cubriera el ruido del avance de la perra—. Me habría enterado si algo le hubiese pasado a mi cuerpo allá en el mundo de los vivos. Además, no estarías aquí cupándote de mí si Orannis estuviese libre.

—Eres un fastidio, nada más —dijo Hedge. Sonreía y las llamas de su espada cobraron intensidad, alimentadas por las ansias asesinas del nigromante—. Será para mí un placer acabar contigo. No hay mucho más que analizar. Del mismo modo que mi amo destruye cuanto le disgusta, yo hago igual.

Lanzó un mandoble hacia Lirael. La muchacha consiguió frenarlo apenas y

apartar la espada del nigromante. Y entonces se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo; la cabeza de él inclinada sobre la de la muchacha, al notar el aliento metálico, cargado de fuego, en la mejilla, se apartó de un salto.

—A lo mejor antes de matarte juego un poco contigo —sonrió Hedge y dio un paso atrás.

Hecha una furia, Lirael lo atacó con todas sus fuerzas. Hedge lanzó una carcajada, paró el golpe, dio otro paso atrás y... tropezó con la *Perra Canalla*.

Soltó la campana y la espada a la vez y se tapó los ojos con las manos justo en el momento en que caía al agua levantando una siseante nube de vapor. No fue lo bastante rápido. Vio las estrellas justo cuando caía y lo llamaron, vencieron el peso de los hechizos y el poder que lo había mantenido en el mundo de los vivos durante más de cien años, dando largas a la muerte, siempre buscando algo que le permitiera seguir bajo el sol. Creyó encontrarlo al ponerse al servicio de Orannis, pues a él no le importaba nada de nadie. El Destructor le había prometido como recompensa la vida eterna y un dominio todavía mayor sobre los muertos. Hedge había hecho lo imposible por ganársela.

Mas bastó un solo atisbo de aquellas estrellas invitantes y se quedó sin nada. Hedge dejó caer las manos. La luz de las estrellas le llenó los ojos de lágrimas, lágrimas que poco a poco fueron apagando los fuegos que ardían en su interior. Las volutas de vapor se diluyeron y el río quedó en calma. Hedge levantó los brazos y comenzó a caer en dirección al cielo, las estrellas y la Novena Puerta.

La *Perra Canalla* recogió la campana de Lirael del río y se la llevó procurando que no sonara. La Abhorsen la aceptó en silencio y la guardó. No tenían tiempo de saborear la victoria frente al nigromante. Lirael sabía que se trataba de un enemigo de menor importancia.

Juntas traspusieron la octava puerta, con un miedo atroz. El miedo de que pese a que las palabras de Hedge eran mentira, se convirtieran en verdad antes de que lograsen regresar a la vida.

Por otra parte, Lirael llevaba además el peso del conocimiento. Ahora sabía cómo sojuzgar nuevamente al Destructor, pero también sabía que se trataba de una empresa que no iba a poder emprender sola. Sam se vería obligado a asumir realmente el papel de heredero de los constructores del Muro, porque no bastaba con que tuviese derecho a usar la llana de plata y la sobrevesta que los caracterizaba.

Otros con la sangre del linaje debían participar también, pero no estaban allí.

Lo peor de todo era que el sojuzgamiento constituía sólo una parte de lo que debía hacerse. Aunque Lirael y Sam consiguieran arreglárselas, quedaba el quebrantamiento, que exigía más valor del que Lirael creía tener.

Sam y los braceros muertos

Cuando los muertos se libraron del control de Saraneth, Sam sopló la flauta de Ranna. La suave nana llegó demasiado tarde y Sam sopló con demasiada prisa. Apenas media decena de muertos se echaron a dormir por influjo del hechizo de Ranna, lo malo fue que también se durmieron varios soldados. Los noventa braceros muertos restantes salieron de la niebla a la carga y fueron recibidos por espadas, bayonetas, cuchillos de plata y los blancos rayos de las blancas centellas de los magos del

Gremio.

Durante un minuto entero de frenética acción, Sam no pudo ver lo que ocurría. Y entonces, el bracero que tenía delante se derrumbó, las piernas cercenadas. Sam se llevó una sorpresa al comprobar que él se las había cortado y que las marcas del Gremio de su espada refulgían con furia blanco azulada.

—¡Toca otra vez la zampona! —gritó el mayor. Se colocó delante de Sam para combatir a la siguiente aparición de mandíbula desencajada—. ¡Te cubriremos!

Sam asintió, se llevó la zampona a los labios con renovada determinación. Los muertos habían hecho retroceder las defensas con su carga y ahora Lirael se encontraba a pocos metros a espaldas del muchacho, era una estatua helada, completamente vulnerable al ataque.

Gran parte de los braceros muertos eran cadáveres recientes, todavía vestidos con los monos de trabajo. Pero muchos estaban habitados por espíritus que habían pasado una larga temporada en el más allá y transformaban muy deprisa la carne muerta ocupada que, erdido todo vestigio humano, se parecía cada vez más a las formas horrendas que esos mismos espíritus habían asumido en la muerte. Uno de ellos se acercó a Sam; se retorció como una serpiente entre el mayor Greene y el teniente Tindall, con la mandíbula colgando, para poder morder más. Sam reaccionó instintivamente y le atravesó la garganta. Saltaron las chispas cuando las marcas del Gremio de su acero destruyó la carne muerta. Aquella cosa se agitó frenéticamente pero no consiguió liberarse de la espada, y el espíritu que llevaba dentro salió a rastras de su cáscara pulposa, como un gusano que abandona una manzana completamente podrida.

Sam la observó desde arriba y notó que el miedo que lo embargaba se convertía en una rabia ciega. ¿Cómo se atrevían esos muertos a irrumpir en el mundo de los vivos? Se puso rojo de ira, las aletas de su nariz se agitaron cuando inspiró hondo para soplar una de las flautas de la zampona. No era ése el camino que debían transitar los muertos, él les enseñaría a escoger otro.

Los pulmones se le llenaron de aire, escogió la flauta de Kibeth y sopló. Sonó una sola nota, alta y clara, y luego, de repente, se convirtió en una giga alegre y

contagiosa. Levantó el ánimo a los soldados, incluso logró arrancar alguna sonrisa haciéndolos mover las armas al ritmo de la canción de Kibeth.

Los muertos oían una música diferente y los que todavía conservaban la boca, los pulmones y la garganta soltaron angustiados aullidos de terror. Por más que aullaran, no conseguían ahogar la llamada de Kibeth, y los espíritus muertos comenzaron a moverse contra su voluntad, salieron de la carne putrefacta que ocupaban y fueron enviados de vuelta al reino de los muertos.

—¡A ver si aprenden! —gritó el teniente Tindall cuando los braceros muertos que formaban las líneas de ataque comenzaron a caer dejando cadáveres vacíos, pues Kibeth obligaba a los espíritus que los ocupaban a regresar al lugar del que nunca debían haber salido.

—No se entusiasme demasiado —gruñó el mayor.

Miró a su alrededor y vio a algunos hombres en el suelo, muertos o moribundos. Varios heridos iban hacia el puesto de primeros auxilios situado en la base del espolón, sostenidos por demasiados compañeros en perfectas condiciones. Y después, comprobó que muchísimos más se limitaban a salir corriendo colina abajo, de vuelta a donde estaban los sureños y la relativa protección del arroyo.

De hecho, gran parte de la compañía había desertado y Greene sintió una punzada de decepción porque sabía que aquella sería su última misión. La mayoría de los hombres eran reclutas, e incluso los que habían servido una temporada en la Frontera, jamás habían visto tantos muertos juntos.

—¡Condenados! ¡Mira que irse justo cuando estamos ganando, serán idiotas!

Con la indignación propia de su juventud, el teniente Tindall se había percatado de que los hombres desertaban. Hizo ademán de ir tras ellos, pero el mayor Greene se lo impidió.

—Déjelos que se vayan, Francis. No son exploradores y esto es demasiado para ellos. A usted lo necesitamos aquí... probablemente esto no ha sido más que la primera oleada. Vendrán más.

—Sí, y pronto —confirmó Sam a toda prisa—. Mayor... hay que hacer que todos se acerquen más a Lirael. Me temo que si logra pasar una sola criatura muerta...

—¡De acuerdo! —contestó el mayor con fervor—. Francis, Edward... que todos se acerquen más, deprisa. A ver si pueden echarle una mano a los heridos, no quiero perder más efectivos. ¡Vamos, deprisa! —¡A sus órdenes! —contestaron los dos tenientes al unísono. Y se pusieron a dar instrucciones a voz en grito; los sargentos las repetían con renovado ímpetu. Sólo quedaban algo más de treinta soldados; minutos después habían formado en círculo, hombro con hombro, alrededor del cuerpo cubierto de hielo de Lirael.

—¿Cuántos muertos más vienen? —preguntó el mayor al ver que Sam tenía la vista clavada en lontananza.

La niebla seguía avanzando más espesa, sus densas volutas serpenteaban alrededor de los soldados a medida que descendía colina abajo. Al otro lado de la cima continuaban los relámpagos, y las nubes de tormenta se habían esparcido por el cielo como una inmensa mancha de tinta, en sintonía con la bruma blanca que había abajo.

—No estoy seguro —contestó Sam frunciendo el entrecejo—. Son cada vez más los que vuelven al mundo de los vivos. Hedge debe de haberse internado en el más allá y los está enviando. Seguro que habrá encontrado un antiguo cementerio o cualquier otra fuente de cadáveres, porque hasta ahora son todos braceros muertos. Timothy dijo que sólo tenía sesenta obreros y éstos vinieron todos en el primer ataque.

Los dos echaron una mirada a Tim Wallach. Se había apoderado del fusil de un soldado muerto, de una espada y un yelmo y, para sorpresa de todos, incluso de él mismo, se encontraba en el círculo defensivo.

—Siempre es mejor la acción —dijo Sam citando a la *Perra Canalla*.

Después de haberlo dicho, se dio cuenta de que lo creía de corazón. El miedo seguía atenazándole las tripas, pero sabía que no impediría que hiciese lo que debía hacer. Era lo que sus padres habrían esperado, pensó Sam, sin darle muchas más vueltas. Debía apartar el pensamiento de Sabriel y Piedra de Toque o se vendría abajo... y eso era lo último que podía hacer.

—Yo tengo la misma filosofía... —comenzó a decir el mayor y entonces vio que Sam se echaba a temblar y buscaba la zampona.

—¡Braceros muertos! —exclamó Sam apuntando con la espada al tiempo que se llevaba la zampona a los labios.

—¡Preparados! —rugió el mayor y empezó a bucear en el Gremio en busca de las marcas del fuego y la destrucción, aunque sabía que de poco iban a servir contra los braceros muertos, pues no tenían cuerpos que quemar, ni huesos que quebrar.

Los soldados sabían que la magia del Gremio los entretendría, nada más.

En la cima de las montañas, cuatro siluetas vagamente humanas, completamente oscuras, bajaron entre la niebla meciéndose entre las piedras y los arbustos de espino. Silenciosas como tumbas, ni se inmutaron ante las flechas que las atravesaron y continuaron avanzando, inexorables, en dirección a Lirael y el hueco entre los peñascos donde Sam, el mayor Greene y el teniente Tindall se habían colocado para impedirles el paso.

Cuando se encontraban a veinte metros, un bracero muerto se detuvo y se abalanzó sobre un soldado herido al que nadie había visto y seguía tirado debajo de una saliente de roca. El pobre intentó ponerse en pie por todos los medios, pero el bracero muerto lo envolvió como una mortaja y le sorbió la vida.

Cuando el grito moribundo del soldado se perdió en la nada, Sam nspiro hondo y soplo con desesperación en la llanta de Saraneth. Debía dominar a los braceros

muertos, someterlos a su voluntad, porque tanto él como sus aliados no disponían de más armas que pudiesen funcionar. Su espada y las marcas que la adornaban les harían daño, poco más.

Sopló y rogó al Gremio que le diera fuerzas para vencer a los braceros muertos.

La voz potente de Saraneth se impuso incluso al trueno. De inmediato, Sam notó que los braceros muertos se resistían a su dominio. Lucharon para no someterse a su voluntad, y el muchacho comenzó a sudar por todos los poros a causa del esfuerzo. Era cuanto podía hacer para mantenerlos a raya. Estos espíritus eran antiguos, mucho más fuertes que los braceros muertos que Sam había enviado de vuelta al más allá con Kibeth. Hubo de emplearse a fondo para impedirles que siguieran avanzando, tiraban constantemente de losínculos que Saraneth había tejido para atarlos a todos.

Poco a poco, para Sam el mundo se fue estrechando, hasta que no pudo sentir más que los cuatro espíritus y la resistencia que le ofrecían. Todo lo demás desapareció, la humedad de la bruma, los soldados, los truenos, los relámpagos. Sólo quedaron él y sus contrincantes.

—¡Inclinaos ante mí! —gritó con la mente y la voluntad, no con la voz que oían los humanos.

Sam oyó que los mudos espíritus le contestaban del mismo modo, desafiándolo con un coro de aullidos y siseos mentales.

Aquellos braceros muertos eran listos. Uno de ellos fingió que flaqueaba, y cuando Sam concentró su voluntad en ése, los demás contraatacaron y a punto estuvieron de librarse de su dominio.

El muchacho fue entonces consciente de que no sólo se le resistían sino que empezaban a erosionar el hechizo vinculante. Cada vez que perdía un poco la concentración, ellos avanzaban unos cuantos centímetros más arrastrando los pies. Paso a paso, poco a poco, la distancia se fue reduciendo. No tardarían en saltarle encima, en absorber la vida de los soldados que tenía a su lado... y en atacar el cuerpo indefenso de Lirael.

Sam también se dio cuenta de que apenas habían transcurrido unos cuantos segundos desde que había soplado la flauta de Saraneth, y que debía volver a inspirar por segunda vez. Aunque el sonido de la flauta continuaba, se había debilitado. Ojalá pudiera hacer una pausa, llenarse los pulmones de aire y volver a tocar a Saraneth, de ese modo podría reforzar el hechizo vinculante. El muchacho sabía que estaba a punto de dominar por completo a aquellos espíritus. También sabía que si apartaba la concentración de los cuatro braceros muertos para inspirar, se le echarían encima.

Así las cosas, no le quedó más que continuar la pugna de voluntades y tratar de retenerlos. Lirael podía regresar en cualquier momento y, con sus campanas, enviarlos al destierro, al otro mundo. Sam tenía que mantenerlos a raya el tiempo suficiente.

Y ya no trató de recobrar el aliento, se negó a responder a las exigencias de su cuerpo que le pedía aire, más aire. No había nada más importante que detener a los braceros fantasma. Se concentraría en ellos con todas las fibras de su ser, reservaría hasta el último hálito para tocar la flauta. No llegarían hasta Lirael. No debían llegar hasta Lirael. Ella era la última esperanza de salvar al mundo del Destructor.

Además, era de su misma sangre y se lo había prometido.

Los braceros avanzaron un paso más y el cuerpo de Sam se estremeció de los pies a la cabeza a causa del esfuerzo que hubo de hacer para mantenerlos a raya; la pugna que mantenía su mente se reflejaba en sus músculos. El muchacho sabía que comenzaba a debilitarse y que los muertos iban cobrando fuerzas. Además, estaba a punto de desmayarse por falta de aire; en su interior comenzó a notar un irrefrenable deseo de retroceder. ¡Apártate! ¡Recobra el aliento! ¡Deja pasar a los monstruos!

Luchó contra los muertos, luchó contra sus temores, los acorraló en el fondo más recóndito de su mente, de su mente que tanto se empeñaba en que llenara los pulmones de aire. Se quedarían allí y estaba decidido a luchar hasta el último suspiro. Al mismo tiempo, pensaba afanosamente a ver si se le ocurría alguna estratagema ingeniosa.

No hubo manera, y aunque no los había notado moverse, los braceros fantasma le habían robado algo de terreno. Se encontraban apenas fuera del alcance de su espada, eran columnas altas y negras como la tinta que desprendía un frío más frío que el más gélido día invernal.

Los dos que estaban más lejos rodearon a Sam. Querían acercarse a él lo suficiente para sofocarlo con sus sombras y luego envolverlo en el capullo formado por los cuatro espíritus hambrientos. Después de lo cual, se ocuparían de Lirael.

La cabeza del bracero muerto más próximo a Sam comenzó a arder, una bola de fuego azul del tamaño de un puño iluminó el aire. La criatura muerta no se inmutó siquiera y el fuego se apagó con un chisporroteo amortiguado dejando atrás la estela de marcas del gremio que lo habían encendido, hasta que al final éstas también desaparecieron en la niebla.

Otro hechizo del Gremio hizo mella en su objetivo, aunque sólo sirvió para hacer que los árboles secos ardieran cuando el fuego rebotó en la masa de sombras de los muertos. Sam se dio cuenta de que el mayor Greene y el teniente Tindall trataban de ayudarlo con esos encantamientos, pero no podía dedicar un solo pensamiento para advertirles de la inutilidad del fuego frente a semejantes enemigos.

Sam concentraba toda su atención en los muertos y éstos, a su vez, se concentraban en el muchacho y luchaban por librarse de él.

Ninguno notó la niebla que comenzó a envolverlos, como agitada por una repentina ráfaga de viento; tampoco oyeron los gritos de los soldados que había a sus espaldas.

Hasta que oyeron la campana. Un repique feroz que cayó sobre ellos desde el aire y aferró a los cuatro braceros fantasma como un titiritero que levanta a sus títeres para guardarlos en la caja. Incapaces de oponer resistencia, se doblaron sobre las piernas, las cabezas de perfiles imprecisos levantadas para implorar piedad en silencio.

No hubo piedad. Sonó otra campana y su toque, una violenta canción, se sumó al grito más amplio de la primera. Al oír aquella aguda canción, los braceros fantasma se levantaron como impelidos por un resorte y la sombra de la que estaban hechos se prolongó en finísimas líneas, como si algo los estuviera absorbiendo por un agujerito.

Y desaparecieron, en ejecución sumaria, esta vez de forma definitiva.

Sam cayó de rodillas en el mismo instante en que los muertos desaparecían, inspiró muy, muy hondo y se llenó los pulmones que clamaban desesperados un poco de aire. En lo alto, una papelonave de brillantes tonos azules y plateados planeó un instante, como un halcón enorme encima de su presa. Luego descendió velozmente en círculos hasta depositarse sobre el valle, donde el suelo algo más nivelado y despejado permitía el aterrizaje. Sam miró con fijeza a esa papelonave y a otras dos que bajaban delante de los sureños.

Tres papelonaves. La que acababa de sobrevolar por encima de su cabeza era de tonos azules y plata, los colores de la Abhorsen. La segunda era verde y plata, correspondientes a las clarvis. La tercera, pintada de rojo y oro, pertenecía a la línea real. Dos de las tres papelonaves llevaban un pasajero además del piloto.

—No lo entiendo —susurró Sam—. ¿Quién empuña las campanas?

Zapirón se encontraba a un tiro de piedra de la cima, seguía zigzagueando entre braceros muertos y pararrayos, cuando oyó las campanas. Sonrió e hizo una pausa para gritarle al único bracero muerto que se interponía en su camino.

—¡Oye la voz plena de Saraneth! ¡Huye mientras puedas!

Como ardid era bastante malo. El bracero muerto había regresado al mundo de los vivos hacía muy poco tiempo y era demasiado estúpido para comprender las palabras de Zapirón, además, no tenía el oído tan agudo como él. El retumbo de los truenos le había impedido oír las campanas, además, no tenía ni idea del poder desatado al otro lado de las montañas. Por lo que a él respectaba, tenía delante una presa viva, al alcance de la mano.

Estiró los dedos putrefactos y aferró la pierna del pequeño albino. Zapirón soltó un aullido y lanzó una patada; los huesos secos de su atacante se quebraron por efecto del golpe. Pero no soltó a su presa y los demás muertos avanzaron hacia Zapirón, atraídos por la perspectiva del inminente banquete con algo vivo.

Zapirón volvió a aullar y soltó a Nick. Se volvió como una flecha, sus dedos de largas uñas y los dientes afilados se clavaron con fuerza en la muñeca del bracero muerto.

Si todavía conservaba algo de inteligencia humana, el bracero se habría sorprendido, orque ningún hombre luchaba como aquél, arqueando la espalda, con una combinación de siseos, mordiscos y zarpazos.

Zapirón le arrancó por completo la muñeca al muerto. Retrocedió de un salto, recogió a Nick, rodeó al bracero y salió corriendo al tiempo que lanzaba un aullido triunfal.

La criatura hizo caso omiso de la pérdida de la mano e intentó seguirlos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su extraño oponente también le había cercenado los ligamentos de la corva. Dio dos pasos inseguros y cayó; el espíritu muerto que la habitaba miró desesperadamente a su alrededor a ver si encontraba otro cuerpo en el que habitar.

Para entonces, Zapirón ya estaba al otro lado de la cima. Mientras seguía corriendo, mantenía el brazo de Nick a prudente distancia de su propio cuerpo. El brazo se estremecía, los músculos no cesaban de moverse debajo de la piel, y unos negros hematomas brotaron alrededor del codo y el antebrazo.

A espaldas de Zapirón, la tormenta de relámpagos amainó y los truenos empezaron a espaciarse más. Los bordes de la niebla seguían iluminados de azul, pero en el centro, tanto la niebla como las nubes tormentosas que había más arriba se tiñeron de un rojo intensísimo.

Cuando cese el relámpago

Sam se levantó. Estaba muy débil y confundido. Se volvió despacio para observar las tres papelonaves posadas en el valle, a varios cientos de metros. Parecían pequeñísimas en frente de la multitud de sureños. Eran aeronaves mágicas, hechas de papel laminado y magia del Gremio, que tenían más de inmensas aves de brillante plumaje que de aviones.

Los pilotos y pasajeros de las tres papelonaves comenzaron a bajar. Sam los miró fijamente, incapaz de dar crédito a sus ojos.

—Son el rey y la Abhorsen, ¿no es así, príncipe Sameth? —preguntó el teniente Tindall—. ¡Creí que habían muerto!

Sam asintió, sonrió y sacudió la cabeza todo al mismo tiempo. El alivio lo invadió con una oleada irresistible. No sabía si reír, si llorar, si cantar; no se sorprendió al notar que las lágrimas le bañaban las mejillas, y entonces la risa brotó espontánea de su boca. Porque las personas que bajaban de la papelonave azul y plata eran, sin lugar a dudas, Piedra de Toque y Sabriel. Estaban sanos y salvos; las historias sobre su desaparición se vinieron abajo en cuanto los vio ante él.

Las sorpresas no acabaron allí. Sam se enjugó las lágrimas, contuvo la risa antes de que se convirtiera en carcajada histérica y se quedó sin respiración al ver que una muchacha de cabello color azabache descendía con agilidad de la nave roja y dorada, y corría para alcanzar a sus padres, con la espada desenvainada. Detrás de ella, dos mujeres esbeltas, muy rubias, de piel bronceada, descendían de la papelonave verde y plata, sin correr, pero a paso vivo.

—¿Quién es esa chica? —preguntó el teniente Tindall. Su pregunta dejó traslucir algo más que un mero interés profesional por sus salvadores—. Quiero decir, ¿quiénes son esas señoras?

—¡Ésa es mi hermana, Ellimere! —exclamó Sam—. ¡Y esas dos de ahí, por el aspecto, son clarvis!

Se disponía a correr hacia ellos, pero se contuvo. Todos avanzaban deprisa, y Sam pensó que era mejor que se quedara en su sitio, al lado de Lirael, cuyo cuerpo seguía congelado, mientras su espíritu se encontraba en algún lugar del más allá, enfrentándose a quién sabe qué tipo de peligros. Ese pensamiento devolvió a Sam a la situación en la que se encontraban. Los muertos habían huido de Saraneth tal como la Abhorsen la había hecho sonar. Pero se trataba de meros subalternos del verdadero enemigo.

—Los relámpagos han cesado —observó Tim Wallach—. Ya no se oyen los truenos.

Todos se volvieron para observar la cima de las montañas. A Sam le duró poco la sensación de alivio. Los relámpagos y los truenos habían desaparecido, eso estaba

claro, pero la niebla era más espesa que nunca. Ya no la iluminaban los destellos azulados, sino una luz rojiza que latía y, a ojos vistas, se iba haciendo cada vez más brillante, como si un enorme corazón de fuego brotara del valle, al otro lado de las montañas.

De la cima bajaba algo, una silueta con un exceso de brazos, iluminada desde atrás por n fulgor rojo sangre.

Sam levantó la espada y tanteó en busca de la zampona. No sabía lo que era aquello, pero no tenía pinta de estar muerto... o al menos no lograba sentirlo así. Despedía un hedor caliente a magia libre... e iba directamente hacia ellos.

Y entonces, aquella cosa gritó con la voz de Zapirón.

—¡Soy yo... Zapirón! ¡Traigo a Nicholas!

La niebla se arremolinó y Sam vio que la voz provenía de un extraño hombrecito de cabello y piel casi transparentes al que había visto por última vez en la colina, cerca del lago Rojo. Cargaba un cuerpo descarnado que le recordó al de Nick. Fuera quien fuese, Zapirón sostenía el brazo derecho del hombre a un lado, donde se retorció y se movía con vida propia, como si fuese un tentáculo.

—¿Qué es eso? —preguntó el mayor Greene en voz baja al tiempo que ordenaba a sus hombres que cerraran filas alrededor de Lirael.

—Es Zapirón —contestó Sam con el ceño fruncido—. En tiempos de mi abuelo tenía esa forma. Y ése... ese de ahí es mi amigo Nick.

—¡Claro que es tu amigo Nick! ¿Quién iba a ser? —gritó Zapirón, que seguía bajando la ladera—. ¿Dónde está la Abhorsen? ¿Y Lirael? Debemos darnos prisa, los hemisferios están casi unidos. Si conseguimos alejar más a Nicholas, el fragmento no podrá sumarse a la unión y los hemisferios estarán incompletos...

Un grito tremendo lo interrumpió. Nick abrió los ojos de par en par y su cuerpo, completamente rígido, se sacudió: con un brazo apuntaba hacia el valle del fiordo como si fuese una pistola. Algo más reluciente que el sol brilló un instante en la punta de su dedo y luego partió como el rayo hasta la cima de las montañas, a una velocidad tan impresionante que fue imposible seguirlo.

—¡No! —gritó Nick.

La boca se le llenó de espuma ensangrentada y con los dedos intentaba aferrar inútilmente el vacío. Su grito quedó ahogado por otro sonido, un sonido que comenzó a brotar del corazón rojo de la niebla acumulada más allá. Un grito indescriptible de triunfo, codicia, furia, acompañado de una columna de fuego que se proyectó hacia el cielo. Subió y subió hasta llegar más alto que la cadena de montañas. La niebla daba vueltas a su alrededor como un manto y comenzó a disiparse.

—¡Libreee! —bramó El Destructor.

Aquel alarido pasó encima de los espectadores como un vendaval de aire caliente bebiéndose la humedad de sus ojos y sus bocas. Y siguió y siguió, su eco llegó hasta

las colinas distantes, recorrió pueblos lejanos, llenó de miedo los corazones de cuantos lo oían hasta mucho después de haberse acallado.

—Demasiado tarde —dijo Zapirón.

Depositó a Nick con sumo cuidado sobre el suelo de piedra y se agachó. El pelo blanco comenzó a caerle sobre el cuello y la cara, los huesos se le contrajeron y juntaron debajo de la piel. Un minuto más tarde, volvía a ser un gatito blanco de cuyo collar colgaba Ranna.

Sam apenas notó la transformación. Corrió al lado de Nick, se inclinó sobre él mientras buscaba las marcas del Gremio de los hechizos curativos más potentes y las reunió en su mente. No cabía duda de que su migo se moría. Además de ver en el rostro de su amigo una palidez mortal, la boca llena de sangre, el pecho y el brazo cubiertos de hematomas, Sam sintió que su espíritu se deslizaba hacia el más allá.

En las manos del príncipe Sameth comenzó a formarse un fuego dorado a medida que extraía marcas del Gremio afanosamente. Con delicadeza posó las palmas de las manos sobre el pecho de Nick y transmitió al cuerpo enfermo la magia curativa.

El hechizo se negaba a arraigar. Las marcas resbalaban y se perdían, unas chispas azules repitaban bajo las palmas de Sam. El muchacho lanzó una maldición y repitió el encantamiento sin ningún éxito. Nick conservaba en su interior un residuo demasiado fuerte de magia libre que hacía que los esfuerzos de Sam resultaran baldíos.

Lo único que consiguió la magia del príncipe fue devolverle a su amigo algo de conciencia. Nick sonrió al ver a Sam, creyó estar otra vez en la escuela, noqueado por una pelota lanzada con demasiada fuerza. Lo que no cuadraba era que Sam vestía una extraña armadura en lugar del equipo de críquet. Y a su espalda se veía una densa niebla y no el sol brillante; piedras y árboles achaparrados en lugar del césped bien cortado.

Nick lo recordó todo y la sonrisa se le borró de los labios. Con el recuerdo llegó la conciencia del dolor, pues le dolía todo el cuerpo, pero también llegó la sensación de alivio. Se sintió limpio y libre, como si fuese un prisionero al que acabaran de liberar tras haberse pasado casi toda la vida en el interior de un cuarto reducido.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz, ahogándose con la sangre—. No lo sabía, Sam. No lo sabía...

—Quédate tranquilo —le pidió Sam. Con la manga de la sobrevesta le limpió la boca cubierta de espumarajos ensangrentados—. Tú no tienes la culpa. Debí darte cuenta de que algo te había pasado...

—En el camino hundido —murmuró Nick. Cerró los ojos, respiraba con un enorme esfuerzo—. Fue en el camino hundido, después de que tú te internaras en el reino de la muerte, en la colina. Ahora lo recuerdo. Corrí para ver qué podía hacer y me caí. Hedge estaba esperando. Pensó que eras tú, Sam...

La voz se le fue apagando. Sam se inclinó otra vez sobre él e intentó que las marcas curativas entraran en su amigo poniendo en ello toda su voluntad. Por tercera vez resbalaron y desaparecieron.

Nick movió los labios y dijo algo apenas audible. Sam se acercó más y pegó la oreja a la boca de Nick. Lo tomó de la mano y lo sujetó con fuerza, como si pudiera tirar físicamente de su amigo e impedir que partiera al más allá.

—Lirael —musitó Nick—. Dile a Lirael que la recuerdo. Intenté...

—Se lo dirás tú mismo —se apresuró a comentar Sam—. ¡Volverá en cualquier momento! ¡Nick... tienes que luchar!

—Eso mismo me dijo ella.

Nick tosió.

Unas cuantas gotitas de sangre mancharon la mejilla de Sam, pero no se movió. No oyó el ladrido quedo de la *Perra Canalla* cuando Lirael regresó a la vida, ni el hielo al resquebrajarse, ni la exclamación sorprendida de su tía. Para Sam no existía más espacio que el que ocupaban él y su amigo Nicholas. Todo lo demás había dejado de existir.

Notó entonces una mano fría en el hombro y se volvió. Lirael estaba allí. Seguía cubierta de escarcha y, al moverse, iba dejando un rastro de pedacitos de hielo. Miró a Nick, y Sam notó en ella una efímera expresión que no consiguió interpretar. Desapareció de inmediato, reprimida por una dureza que a Sam le recordó a su madre.

—Nick se está muriendo —dijo Sam, los ojos brillantes de lágrimas—. Los hechizos curativos no... el fragmento salió de él volando... ¡no hay nada que yo pueda hacer!

—Sé cómo sojuzgar y quebrar al Destructor —dijo Lirael con tono urgente. Apartó la vista de Nick y miró a Sam a los ojos—. Tienes que construirme un arma ahora mismo, Sam. ¡Ahora mismo!

—Pero... ¿y Nick? —protestó Sam, sin soltarle la mano a su amigo.

Lirael observó la columna de fuego. Notó su calor y pudo calibrar el grado de poder del Destructor por el color y la altura de las llamas. Quedaban unos pocos minutos... muy pocos. Y tal vez, aunque fuesen el doble, a Nick no le habrían bastado.

—No puedes hacer nada por Nick —dijo con un sollozo—. No hay tiempo y debo... ebo decirte lo que se ha de hacer. ¡Tenemos una oportunidad, Sam! No creí que sería posible, pero las clarvis vieron quiénes debían intervenir y están aquí. ¡Pero debemos poner manos a la obra ahora mismo!

Sam miró a su mejor amigo. Nick había abierto otra vez los ojos, pero no miraba a Sam, sino a Lirael.

—Haz lo que ella te dice, Sam—susurró Nick, tratando de sonreír—. Y trata de

arreglarlo.

Se le vidrió la vista y la respiración entrecortada se fue haciendo cada vez más débil hasta cesar del todo. Sam y Lirael notaron cómo volaba su espíritu y supieron que Nicholas Sayre estaba muerto.

Sam abrió la mano y se puso en pie. Se sentía viejo y cansado, le dolían las articulaciones. Además, era presa del desconcierto, incapaz de aceptar que el cuerpo que yacía a sus pies era el de Nick. Se había propuesto salvarlo y había fallado. Todo lo demás también parecía destinado al fracaso.

Lirael lo agarró al ver que le fallaban las piernas y se le nublaba la vista. El gesto de su tía contribuyó a sacarlo de su ensimismamiento y, de mala gana, la miró a los ojos. Lo obligó a darse media vuelta y señaló a Sabriel, a Piedra de Toque, a Ellimere y a dos clarvis, que trepaban rápidamente el espolón.

—Debes tomar una gota de sangre mía, otra de tus padres, de Ellimere, de Sanar y de Ryelle, mezclarla con la tuya, y luego fundirla con Nehima y el metal de la zampona. ¿Crees que podrás hacerlo? ¡Muévete!

—No dispongo de forja —contestó Sam como un tonto, pero aceptó la espada Nehima que Lirael le entregaba.

Seguía mirando a Nick.

—¡Utiliza la magia! —le gritó Lirael y lo sacudió con fuerza—. ¡Eres un constructor del Muro, Sam! ¡Date prisa!

Fue tal el sacudón que Sam acabó por volver al presente. Y entonces notó el calor de la columna de fuego y el horror del Destructor le llegó hasta los huesos. Se alejó de Nick, utilizó la espada para hacerse un corte en la palma y enjugar la sangre con la hoja.

Lirael fue la siguiente en hacerse el corte y dejar fluir su sangre por la hoja de la espada.

—Me acordaré —murmuró, tocando la espada.

Y acto seguido, consciente del poco tiempo del que disponían, gritó a los soldados:

—¡Mayor Greene! ¡Reúna a sus hombres con los sureños! ¡Adviértales! Deben ir todos al otro lado del arroyo y ocultarse lo más posible. Que no miren el fuego. ¡Y cuando se vuelva más brillante, que cierren los ojos! ¡Vamos, vamos, vamos!

Antes de que nadie le contestara, Lirael volvió a gritar, esta vez al grupo encabezado por Sabriel, que se encontraba casi a su lado:

—¡Deprisa! ¡Deprisa, por favor! ¡Debemos levantar al menos tres escudos protectores en los próximos diez minutos! ¡Daos prisa!

Sam corrió hacia sus padres, su hermana y las dos clarvis con la espada plana, dispuesta a recibir la sangre de todos ellos. Mientras avanzaba, lanzó mentalmente un hechizo para fraguar y vincular, con las marcas tejó una red amplia y compleja.

Cuando la hoja de la espada estuviera llena de sangre, colocaría la zampona encima y lo envolvería todo con el hechizo. Si funcionaba, la sangre y el metal se fundirían para fraguar una espada nueva y única. Si funcionaba...

A sus espaldas, la perra se acercó sigilosa al cuerpo inerte de Nicholas. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se fijaba en ella y le ladró despacito en la oreja.

Nada ocurrió. La perra se mostró perpleja, como si hubiese esperado un efecto inmediato, y le lamió la frente. El lametón dejó una marca brillante. Una vez más, nada ocurrió. Al cabo de un instante, la perra dejó el cuerpo y corrió a reunirse con Lirael, que estaba lanzando la marca oriental de un escudo protector inmenso. Iba a ser el más exterior de los tres, si quedaba tiempo de levantarlos, porque si no quedaba tiempo, no sobreviviría nadie.

Al otro lado de las montañas, la inmensa columna de fuego ardía con más fuerza emitiendo un intenso calor, sin que las llamas perdieran el inquietante tono rojizo. Era el color de la sangre fresca de una herida.

Los siete

«¿Se puede saber qué has hecho, Sameth?» Ésas fueron las primeras palabras que brotaron de los labios de Ellimere y, para disimular el tono, hizo un intento por abrazarlo del que Sam se zafó limpiamente.

—¡No tengo tiempo de explicártelo! —exclamó mientras le tendía a Nehima, cubierta de sangre—. Necesito un poco de tu sangre en la hoja; luego tendrás que ir a ayudar a tía

Lirael.

Ellimere obedeció al instante. En otra época, Sam se habría sorprendido mucho de la inmediata colaboración de su hermana. Ellimere no era ninguna tonta, sabía que la columna de fuego que se elevaba por encima de las montañas era el comienzo de algo extrañísimo, de algo tremendo.

—¡Madre! ¡Padre! ¡Cuánto... cuánto me alegro de que no hayáis muerto! —gritó Sam mientras Ellimere pasaba corriendo a su lado con la palma ensangrentada, y Sabriel y Piedra de Toque se aproximaban a su hijo.

—Lo mismo digo —contestó Piedra de Toque y, sin perder tiempo, le tendió la mano a Sam para que pudiera hacerle el corte.

Sabriel le ofreció la suya mientras con la otra le alborotó el pelo a su hijo.

—Tengo una hermana, o al menos es lo que las clarvis me han dicho, y una nueva Abhorsen en ciernes —dijo Sabriel, mientras se limpiaban las palmas de las manos en el acero, las marcas brillaron al sentir el parentesco de la sangre del Gremio—. Y tú has encontrado otro camino, aunque no menos importante. Confío en que le hayas sido de utilidad a tu tía.

—Supongo que sí —dijo Sam. Trataba de retener en la cabeza todo el hechizo del fraguado y no tenía tiempo para charlar—. ¡Necesita que la ayudemos ya mismo con tres escudos protectores!

Sabriel y Piedra de Toque ya se habían puesto en marcha antes de que Sam terminara de hablar. Las dos clarvis se plantaron delante del muchacho, con las manos tendidas. Sin decir una sola palabra, Sam les hizo sendos cortes en las palmas y ellas también mancharon la hoja con su sangre. Sam ni se percató pues en ese momento su cabeza era un hervidero de marcas del Gremio que no cesaban de dar vueltas. Tampoco se dio cuenta cuando las dos lo sujetaron del brazo y lo condujeron colina arriba. Era incapaz de pensar en nimiedades mundanas como caminar. Estaba perdido en el Gremio, desenterrando marcas que apenas conocía. Miles y miles de marcas del Gremio que le llenaron la cabeza de luz y se fueron extendiendo hacia dentro y hacia fuera, hasta formar un hechizo que uniría a Nehima con las siete flautas de la zampona para reproducir un arma tan letal para quien la esgrimiera como para quien le sirviera de diana.

Al llegar a la cima de las montañas, tampoco hubo tiempo para saludos. Lirael se limitó a dar órdenes en cuanto llegaron Ellimere, Sabriel y Piedra de Toque. Los mandó a ayudar a confeccionar las primeras tres marcas de cada escudo protector, y que guardaran la última hasta que todos estuviesen dentro y los escudos se hubiesen completado. Por un instante, Lirael había dudado al dar las instrucciones, temía que protestaran, porque ¿quién era ella para darle órdenes al rey y a la Abhorsen? Nadie dijo ni media palabra, todos cumplieron con su parte de la tarea y, para ahorrar tiempo, cada uno de ellos se encargó de uno de los puntos cardinales y, juntos, levantaron el escudo.

El mayor Greene tampoco había cuestionado sus órdenes, según comprobó Lirael con gran alivio. Los pocos hombres que quedaban de su compañía corrían sin orden ni concierto por el valle, los sanos sostenían a los heridos, mientras tanto, el mayor les metía prisa con sus gritos. A su vez, los soldados ordenaban a voz en cuello a los sureños que se echaran al suelo, que no miraran. Lirael esperaba que los sureños hicieran caso, porque la visión de la columna de fuego que no cesaba de dar vueltas tenía al mismo tiempo el poder de embelesar y aterrorizar.

Sam subió a los tumbos entre Sanar y Ryelle; las gemelas le sonrieron a Lirael en cuanto metieron al muchacho en el centro del incipiente escudo en forma de rombo. Lirael sonrió a su vez brevemente y ese gesto bastó para devolverle por un instante las palabras que las dos clarvis habían pronunciado el día en que salió del Glaciar. «No olvides que tengas o no el don de la visión, eres hija de las clarvis.»

Lirael cerró el escudo protector externo con una defensa cardinal y entró en el siguiente escudo incompleto. En cuanto pasó a su lado, Piedra de Toque dejó que la marca del norte saliera de su espada para cerrar el segundo escudo a espaldas de la muchacha. Le sonrió a Lirael cuando los dos entraron en el tercer y último escudo y, en ese momento, la muchacha notó el enorme parecido que había entre el rey y su hijo.

Sabriel se encargó de cerrar el escudo más interior. En apenas unos cuantos minutos habían levantado defensas mágicas de triple fuerza. Lirael abrigó la esperanza de que fueran suficientes y de que aguantaran el tiempo necesario para completar cuanto había de hacerse. Tuvo un instante de pánico: contó rápidamente con los dedos para asegurarse de que eran siete. Ella, Sameth, Ellimere, Sabriel, Piedra de Toque, Sanar, Ryelle. Eran siete, aunque no estaba del todo segura de que fueran los siete correctos.

Las líneas del escudo con forma de rombo despidieron un brillo dorado, pálido en comparación con la luz feroz de la columna de fuego. Pese a lo colosal del tamaño de aquella columna rugiente, Lirael sabía que era sólo la primera y la menos importante de las nueve manifestaciones del poder del Destructor. Lo peor estaba por venir y no tardaría en llegar.

Sam se arrodilló sobre la espada y la zampona y tejió el hechizo. Lirael comprobó que la *Perra Canalla* y Zapirón se encontraban a salvo, dentro del escudo, y notó que el cuerpo de Nick también estaba dentro, cosa que le pareció bien. Le dio mucha rabia comprobar que dentro del escudo había quedado encerrada una planta de cardos, porque delataba sus prisas. No había tenido tiempo de pensar cuál sería el lugar más adecuado para los escudos.

Cuantos se hallaban en el interior de los escudos protectores se mostraron algo envarados por un momento, en la calma que precede al desastre. Es decir, todos menos Sam. Después, Sabriel abrazó a Lirael y la besó en la mejilla.

—De manera que tú eres la hermana que no sabía que tenía —dijo Sabriel—. Me habría gustado conocerte antes y en una ocasión más propicia. Nos hemos enterado de golpe de un montón de novedades, me temo que más de las que mi pobre mente cansada puede soportar. Para llegar hasta aquí hemos tenido que viajar en barco, furgón, aeroplano y en las papelonaves; no hemos tenido un minuto de descanso, y las clarvis han visto muchísimo, así de repente. Me dicen que nos enfrentamos a un gran espíritu del principio, y que tú no sólo eres la heredera de mi cargo sino una recordadora, lo cual te ha permitido ver el pasado, del mismo modo que las clarvis ven el futuro. De modo que dime, por favor, ¿qué debemos hacer?

—Me alegro infinitamente que estéis todos aquí —contestó Lirael.

¡Qué fácil y qué tentador aprovechar ese paréntesis para venirse abajo, pero no podía! Todo dependía de ella. Todo. Inspiró hondo y añadió:

—El Destructor se prepara para mostrarse en su segunda manifestación, espero... espero que los escudos protectores nos protejan de ella. Después, se calmará durante unos instantes, que nosotros deberemos aprovechar para acercarnos a él, defendiéndonos de los fuegos que la segunda manifestación dejará atrás. El hechizo vinculante que usaremos es sencillo, os lo enseñaré ahora mismo. Pero antes, cada uno de vosotros deberá quedarse con una de mis campanas... o las de la Abhorsen.

—Lláname Sabriel —le pidió Sabriel con firmeza—. ¿Podemos coger cualquier campana?

—Sólo una os parecerá adecuada, será la que apele a vuestra sangre. Cada uno de nosotros representará a los siete originales, tal como siguen viviendo en nuestro linaje y en las campanas —balbuceó Lirael, nerviosísima por tener que darle instrucciones a sus mayores.

Vista de cerca, Sabriel resultaba imponente y le costaba mucho recordar que era su hermana además de la legendaria sojuzgadora de los muertos. Pero Lirael sabía lo que acía. En el espejo oscuro había visto cómo se había llevado a cabo el sojuzgamiento y cómo debía repetirse, y sentía las afinidades entre las campanas y cada persona.

Sin embargo, Sanar y Ryelle la inquietaban un poco. Lirael las miró y el corazón

le dio un vuelco al caer en la cuenta de que, como gemelas, sus espíritus estaban entrelazados. Solo podrían sostener una campana entre las dos. Necesitaba siete personas y contaba con seis.

Fue tal su horror que se quedó petrificada mientras los demás se adelantaban y cogían las campanas de Sabriel.

—Creo que Saraneth es para mí —anunció Sabriel, pero dejó la campana en la bandolera—. ¿Piedra de Toque?

—Para mí, Ranna —contestó Piedra de Toque—. En vista de mi pasado, la durmiente parece la más adecuada.

—Yo tomaré una campana de las de mi tía, si es posible —dijo Ellimere—. Me quedo con Dyrin.

Lirael le entregó mecánicamente la campana a su sobrina. Ellimere guardaba un gran parecido con Sabriel, en su interior llevaba la misma fuerza contenida. Pero tenía la sonrisa de su padre, pese al miedo que sentía.

—Nosotras sostendremos juntas a Mosrael —dijeron Sanar y Ryelle al unísono.

Lirael cerró los ojos. Tal vez no había contado bien, pensó. Pero notaba quién debía coger cada campana. Abrió los ojos otra vez y, con manos temblorosas, comenzó a desatar una correa de su bandolera.

—Sam se quedará con Belgaer y... y yo empuñaré a Astarael y... y Kibeth, así serán siete.

Procuró imprimir a sus palabras toda la confianza posible, pero no consiguió disimular el temblor de su voz. No podía empuñar dos campanas. Y menos para realizar ese hechizo vinculante. Era preciso que hubiese siete personas, no sólo siete campanas.

—¡Guau! —ladró la perra, se levantó y meneó los cuartos traseros de un modo un tanto bochornoso—. Deja a Kibeth. Yo me representaré a mí misma.

Lirael tanteó la correa que mantenía en silencio a Astarael y a duras penas consiguió impedir que la campana lanzara el lastimero tañido que enviaría a cuantos lo oyeran al más allá.

—¡Dijiste que no eras uno de los siete! —protestó Lirael, aunque hacía tiempo que sospechaba la verdad acerca de la perra.

Sencillamente no había querido reconocerlo, ni siquiera para sus adentros, porque la *Perra Canalla* era su amiga del alma, la única que había tenido en mucho tiempo. Lirael era incapaz de imaginar a Kibeth como amiga suya.

—Te mentí —dijo la perra alegremente—. Es uno de los motivos por los que me llamo *Perra Canalla*. Además, soy sólo lo que quedó de Kibeth, de una manera heredada e indirecta. No es exactamente lo mismo. Pero me enfrentaré al Destructor. Plantaré cara a Orannis como una de vuestros siete.

Cuando la perra pronunció el nombre del Destructor, la columna de fuego crepitó

estruendosamente, se elevó más y atravesó las nubes tormentosas que quedaban en el cielo. Se alzaba a más de mil metros por encima del suelo y dominaba el cielo por el lado de poniente, derrotando con su luz roja la amarilla del sol.

Lirael quiso decir algo, pero se le hizo un nudo en la garganta y no le salieron las palabras. Los ojos se le llenaron de lágrimas y no supo si eran de alivio o de tristeza. Pasara lo que pasara, sabía que las cosas entre ella y la *Perra Canalla* no volverían a ser nunca como antes.

En lugar de hablar, le rascó la cabeza a su mascota. Pasó dos veces la mano por la suave pelambre del can. A continuación, recitó rápidamente el hechizo vinculante y le indicó a todos las marcas y las palabras que debían emplear.

—Sam está haciendo la espada que usaré para quebrar al Destructor una vez que lo hayamos sojuzgado —concluyó Lirael y deseó que su sobrino estuviera confeccionando la espada. Para darse ánimos, agregó—: Es un genuino heredero de los poderes de los constructores del Muro.

Señaló hacia donde Sam se encontraba inclinado sobre Nehima, movía las manos con una serie de complejos gestos; los nombres de las marcas del Gremio le salían como un torrente de la boca mientras sus manos tejían los símbolos brillantes hasta formar un hilo complejo que se enroscó en el aire y cayó sobre la hoja desnuda de la espada.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Ellimere.

—No lo sé —murmuró Lirael. Y para que todos la oyeran, repitió en voz alta—: No lo sé.

Se quedaron esperando; los segundos se estiraban angustiosos hasta convertirse en minutos terribles, mientras Sam invocaba las marcas del Gremio y Orannis retumbaba al otro lado de las montañas, conjurando, cada uno de ellos, unos hechizos muy diferentes. Lirael se dio cuenta de pronto de que cada pocos minutos miraba hacia el valle, donde parecía que el mayor Greene conseguía que los sureños se echaran al suelo; luego miraba a Sam, y a continuación el fuego del Destructor, y vuelta al valle, aunque cada mirada iba cargada de nuevos temores, de nuevas ansiedades.

Los sureños estaban todavía demasiado cerca; Lirael lo sabía, aunque no tanto como antes. Sam no parecía avanzar demasiado. El Destructor crecía y crecía, se volvía más y más fuerte, y Lirael sabía que en cualquier momento se mostraría en su segunda manifestación, la que le daba su nombre.

El Destructor.

Todos dieron un brinco en cuanto Sam se puso en pie. Volvieron a brincar cuando el muchacho pronunció siete marcas maestras seguidas. Un río de oro líquido y plata llameante fluyó de sus manos tendidas sobre la espada ensangrentada de Lirael y la zampona, que él había separado previamente en sus flautas individuales y dispuesto a

lo largo de la hoja plateada.

Momentos más tarde, El Destructor brilló con unos destellos descomunales y el suelo tembló bajo los pies de los siete.

—¡Apartad la vista y cerrad los ojos! —gritó Lirael.

Se tapó la cara con un brazo, se agachó y se colocó en dirección al valle. Detrás de ella, una esfera brillante de plata, los hemisferios unidos, ascendió al cielo, hacia lo alto de la columna de fuego. A medida que subía, la esfera brillaba más y más hasta resplandecer más que el mismo sol. Se mantuvo inmóvil en el aire unos segundos, como si explorara el suelo, y luego desapareció.

Durante nueve segundos que se hicieron eternos, Lirael esperó, los ojos firmemente cerrados, la cara apretada contra la manga percutida. Sabía lo que ocurriría después, pero no le sirvió de mucho.

La explosión se produjo cuando ella terminó de contar hasta nueve, una descarga de furia incandescente que aniquiló cuanto había en el valle del fiordo. La serrería y las vías del ferrocarril se evaporaron con la primera descarga. Poco después, el fiordo hirvió hasta quedarse seco y lanzó al cielo una nube de vapor a gran temperatura. Se fundió la roca, los árboles se convirtieron en ceniza, los pájaros y los peces desaparecieron. Los pararrayos se achicharraron y el metal fundido salió disparado al aire, para caer luego en forma de lluvia letal.

La explosión se llevó por delante la cima de las montañas, destruyó la tierra, las piedras, los pararrayos, los árboles, cuanto encontró a su paso. Todo lo que quedó en pie se prendió fuego, minutos después, ese fuego era apagado por el viento y el vapor.

El escudo protector más externo absorbió lo que quedaba de la explosión una vez que ésta hubo destruido la tierra de la colina. La defensa mágica se encendió un instante y desapareció.

El segundo escudo recibió el embate del viento caliente y el vapor, capaces de arrancar las carnes hasta el mismo hueso. Aguantó unos segundos y terminó por ceder también.

El tercer y último escudo se sostuvo más de un minuto, recibió una descarga de piedras, metal fundido y desechos. Y también cayó, pero lo hizo cuando lo peor todavía no había pasado. En cuanto el escudo cayó, un viento caliente, aunque soportable, sopló sobre los siete, acurrucados en el suelo, los ojos cerrados, sacudidos en cuerpo y alma.

Por encima de sus cabezas, se elevó una inmensa nube de polvo, cenizas, vapor y destrucción, subió y subió centenares de metros hasta que se expandió como el casquete de una seta cubriéndolo todo con su sombra.

Lirael fue la primera en recuperarse. Abrió los ojos y vio la ceniza que caía en forma de nieve negra, vio el pequeño trozo de terreno con forma de rombo, intacto; era una isla en medio de un erial al que le habían robado todos los colores, bajo un

cielo negro como una noche nublada del que había desaparecido el sol. No le produjo la impresión que podía haber sido. Ya lo había visto en el pasado y la cabeza le funcionaba a toda velocidad, pensaba en lo que debían hacer luego. En lo que ella debía hacer.

—¡Protégeos del calor! —gritó mientras los demás se fueron levantando poco a poco y miraron a su alrededor con ojos de asombro y miedo.

Invocó velozmente las marcas de protección, dejó que fluyeran de su mente y le cubrieran la piel y la ropa. Luego buscó el arma que esperaba que Sam hubiese terminado de confeccionar.

Su sobrino la sujetaba por la hoja y parecía desconcertado, como si no supiera qué había forjado. Le ofreció el arma a Lirael y ella la tomó por la empuñadura, sin poder reprimir la punzada del pánico. Era más larga, la hoja, más ancha, la piedra verde había desaparecido del pomo de la guarnición. Las marcas del Gremio fluían por el metal, que despedía un brillo plateado con tonalidades rojizas, como si lo hubiesen bañado con un aceite extraño. Era la espada de un verdugo, pensó Lirael. La inscripción de la hoja parecía la misma. ¿O había cambiado? No la recordaba con exactitud. Ahora decía simplemente: «Recuerda Nehima».

—¿Es eso? —preguntó Sam. Estaba blanco como el papel.

Miró por encima del hombro de su tía, hacia el valle, pero no encontró ni a los sureños, ni al mayor Greene, ni a sus hombres. Había demasiado polvo y muy poca luz. Tampoco oía nada. Ni chillidos, ni gritos de socorro. Temió lo peor.

—Hice lo que me dijiste.

—Sí —contestó Lirael con voz ronca.

Tenía la garganta reseca. La espada pesaba mucho, más que la congoja que le estrujaba el corazón. Cuando sojuzgaran a Orannis... si lo conseguían, la utilizaría para partirlo en dos, porque no había hechizo vinculante ni sojuzgamiento capaz de contener al Destructor si se lo dejaba entero. Aquel acero quebraría a Orannis, pero para ello, se cobraría también la vida de quien lo empuñara.

Su vida.

—¿Tenéis todos una campana? —se apresuró a preguntar para ahuyentar aquellos pensamientos—. Sabriel, por favor, coge a Belgaer, dásela a Sam y dile el hechizo vinculante.

Sin esperar que le respondiera, se abrió paso por las montañas destruidas, bajó entre los fuegos y la ladera destrozada, los montones de ceniza y los charcos de metal que se iban enfriando. Llegó a la orilla del fiordo seco, donde El Destructor descansaba un instante antes de mostrarse en su tercera manifestación, que desencadenaría unos poderes de estrucción aún mayores.

Tras ella partieron los demás, con caras adustas; cada uno de ellos llevaba en la mano una campana y repetía mentalmente, una y otra vez, el hechizo vinculante que

Lirael les había enseñado.

Cuando se acercaron, el hedor de la magia libre se impuso sobre el del humo, hasta que su acidez se les metió en los pulmones provocándoles arcadas y unas náuseas insoportables. Aquella acidez parecía corroerlos hasta los huesos, pero Lirael no aminoró el paso pese al dolor y el asco, y los demás la siguieron, pugnando por tragarse la bilis que les subía por la garganta y los retortijones que les apretaban las tripas.

El vapor había descendido desde el cielo en forma de niebla y la nube que flotaba allá en lo alto hizo caer la noche; pese a todo, Lirael siguió avanzando, guiada sólo por su instinto. Escogía el camino siguiendo el dictado de sus peores presagios, segura de que de ese modo llegarían hasta la esfera, núcleo del Destructor. Sabía que si aminoraban el paso para tratar de encontrar un camino por medios más convencionales, no tardarían en ver una nueva columna de fuego, almenara que sería señal de fracaso.

Y de repente, Lirael vio la esfera de fuego líquido, la manifestación actual del Destructor. Colgaba en el aire, delante de ella, en su suave y lustrosa superficie, las corrientes oscuras se alternaban con lenguas de fuego.

—Disponeos en círculo a su alrededor —ordenó Lirael.

Su voz sonó débil y diminuta en aquel abismo de destrucción, en medio de la oscuridad y la niebla. La muchacha sujetó a Astarael con la mano izquierda y notó una fuerte punzada. Con las prisas se había olvidado del golpe de Hedge. No disponía de tiempo para curarse y, de inmediato, un pensamiento le pasó raudo por la mente: muy pronto, la herida carecería de importancia. Se apoyó la espada sobre el hombro derecho, dispuesta a atacar.

En silencio, sus compañeros (Lirael pensó entonces con nostalgia que eran sus parientes de antes y los nuevos) formaron un círculo alrededor de la esfera de fuego y oscuridad. En ese instante, Lirael cayó en la cuenta de que no había visto a Zapirón desde la destrucción, a pesar de que el gato se encontraba dentro de los escudos protectores. No lo veía por ninguna parte, y en su corazón floreció otro pequeño temor.

El círculo quedó completo. Todos miraban a Lirael. Ella inspiró hondo y tosió, la magia libre tenía efectos corrosivos en las gargantas. Antes de que pudiera recuperarse y dar comienzo al encantamiento, la esfera empezó a expandirse y las rojas llamas partieron de ella brincando hacia el círculo de los siete, como si fuesen mil largas lenguas ígneas deseosas de saborear sus carnes.

Las llamas se retorcieron y Orannis habló.

La decisión de Irreal

—De manera que Hedge me ha fallado, era de esperar —dijo Orannis, la voz como un susurro, pero áspera y penetrante—. Como es de esperar que todas las cosas vivas fallen, hasta que el silencio me acoja en su eterna calma, sobre un mar de polvo.

»Y ahora vienen otros siete clamando para encerrar una vez más a Orannis en el metal, en lo más profundo de la tierra. ¿Podrán esos siete, de sangre aguada y menguados poderes, imponerse al Destructor, el último y más poderoso de los nueve?

Orannis hizo una pausa en la que el silencio fue absoluto, terrible. Cuando volvió a hablar, pronunció tres palabras que todos recibieron con un estremecimiento, como si acabaran de recibir una bofetada.

—No lo creo.

Las palabras fueron pronunciadas con tanta fuerza que nadie osó moverse ni hablar. Lirael debía comenzar el hechizo vinculante, pero tenía la garganta tan seca que le costaba articularlo y notaba las piernas tan pesadas que no lograba moverse. Se opuso desesperadamente a la fuerza que la mantenía sujeta, se aferró al dolor del brazo, a la sorpresa de ver el rostro moribundo de Nick, a la destrucción completa y tremenda que la rodeaba.

Movió la lengua y notó un resto de saliva en la boca, en el preciso instante en que Orannis se abalanzaba hacia el anillo de los siete, escupido lenguas de fuego que se enredaban alrededor de los tontos que intentaban ofrecer resistencia.

—Me opongo a ti en representación de Astarael —graznó Lirael, y con la punta de la espada dibujó una marca del Gremio.

La marca flotó brillante en el aire y las lenguas de fuego se alejaron de ella... sólo un poco.

Bastó para librar a los demás y comenzar el hechizo vinculante. Sabriel dibujó una marca con la espada y dijo:

—Me opongo a ti en representación de Saraneth.

Su voz sonó alta y clara, llena de confianza, lo cual infundió esperanza a los demás.

—Me opongo a ti en representación de Belgaer —dijo Sam imprimiendo a sus palabras toda la rabia que le inspiraba el recuerdo de Nick, su cara exangüe cuando le dijo que tratara de arreglarlo.

Y con los dedos dibujó velozmente ante él su marca del Gremio.

—Me opongo a ti en representación de Dyrin —pronunció Ellimere, orgullosa, como retándolo a duelo. Y dibujó su marca, una línea, en la arena.

—Tal como lo hice entonces, lo hago ahora —dijo la *Perra Canalla*—. Soy Kibeth y me opongo a ti.

A diferencia de los demás, no dibujó una marca del Gremio, sino que su cuerpo se

tenso y de la parda pelambre salió un arco iris de marcas que danzaron a su alrededor haciendo extraños diseños y conjunciones de forma y color. Una de estas marcas partió de su hocico y entonces la perra sopló sobre ella para que quedase colgando en el aire.

—Como una sola nos oponemos a ti en representación de Mosrael —entonaron Sanar y Ryelle al unísono.

Juntas dibujaron su marca, enérgicos trazos hechos con las manos entrelazadas.

—Yo soy Torrigan, llamado Piedra de Toque, y me opongo a ti en representación de Ranna —declaró Piedra de Toque y su voz sonó en toda su majestad, como corresponde a un rey.

Dibujó su marca y, mientras se encendía, fue el primero en tañer su campana. Las clarvis se sumaron con la voz de Mosrael, la perra empezó un ladrido rítmico, Ellimere agitó a Dyrin, Sam hizo sonar a Belgaer y Sabriel dejó que Saraneth emitiera su canto profundo por encima de todos los demás.

Finalmente, Lirael hizo sonar a Astarael y su luctuoso tañido se sumó a los otros sonidos que salían del círculo y a la magia que rodeaba a Orannis. Normalmente, la Plañidera enviaba a cuantos la oían al reino de los muertos. Sin embargo, en esta ocasión, combinada con las otras seis voces, su canto evocó una pena irremediable. Juntas, las campanas y la *Perra Canalla* entonaron una canción que era algo más que sonido y fuerza. Era la canción de la tierra, de la luna, las estrellas, el mar y el cielo, de la vida y de la muerte y de todo lo que era y sería. Era la canción del Gremio, la canción que había sojuzgado a Orannis hacía mucho, mucho tiempo, la canción que intentaba sojuzgar, una vez más, al Destructor.

Las campanas tocaron y tocaron hasta que su eco llegó a los lugares más recónditos de Lirael. Quedó saturada con su fuerza, como una esponja que ya no absorbe más líquido. La notó dentro de sí y en los demás, brotaba de tal modo que los llenó a todos hasta que tuvieron que dejarla salir.

Y salió, fluyó hacia la marca que ella había dibujado, la hizo brillar y extenderse hacia los lados hasta convertirse en una luz que fue a juntarse con la marca siguiente, y con la que venía después, para formar un círculo refulgente que se cerró alrededor del globo de Orannis y formó un anillo brillante, en órbita alrededor de la esfera negra y amenazante.

Lirael pronunció el resto del hechizo vinculante, las palabras salieron volando de su boca, transportadas por un torrente incontenible. Con el hechizo, el anillo brilló más y comenzó a ceñirse más y más, obligando a las lenguas de fuego a retroceder de vuelta al interior de la esfera de oscuridad de Orannis.

Lirael dio un paso al frente y los siete la imitaron, cerrando el círculo humano detrás del anillo mágico de luz. Dieron un paso más, y otro, a medida que el anillo mágico se ceñía más y más, hasta tocar la esfera misma. Las campanas seguían

tañendo, gloriosas, el ladrido de la perra marcaba un ritmo que los siete seguían sin pensarlo siquiera, mecánicamente. Una sensación de triunfo y alivio inundó a Lirael, templada por el pavor que le producía la espada posada sobre su hombro. No tardaría en esgrimirla y, una vez más, volvería a recorrer todo el camino que conducía hasta la Novena Puerta, para no regresar jamás.

El anillo mágico se detuvo. Detrás de él, las campanas titubearon cuando quienes las tañían se detuvieron con un pie en el aire. Lirael dio un brinco, notó el contragolpe de la fuerza, como si hubiese chocado de repente contra una pared inesperada.

—No —dijo Orannis con voz calma, despojada de emoción.

El anillo mágico tembló en cuanto Orannis habló y comenzó a expandirse otra vez, empujado hacia fuera cuando la esfera se hizo más grande. Las lenguas de fuego reaparecieron, más numerosas que antes.

Las campanas continuaron tocando, pero quienes las sujetaban se vieron obligados a retroceder; en sus caras se reflejaron emociones que iban de la más absoluta desesperación a la más feroz resolución. El anillo mágico perdió intensidad al abrirse hacia fuera y, por obra de la fuerza creciente de Orannis, se estiró y se estiró hasta quedar muy, muy delgado.

—He pasado demasiado tiempo en mi tumba metálica —dijo Orannis—. He soportado durante demasiado tiempo la afrenta de la vida, la vida ardiente. ¡Soy El Destructor... y todo debe ser destruido!

Dicho esto, las llamas se proyectaron hacia fuera y aferraron el anillo mágico con miles de dedos pequeñísimos que despedían fuego incandescente. Lo retorcieron de aquí para allá, le arrancaron trozos hasta acelerar su destrucción.

Lirael presenció todo aquello como si estuviera a miles de kilómetros de allí. Todo estaba perdido. No había nada más que hacer. Había visto el principio y también el sojuzgamiento de Orannis. Entonces, los siete habían salido vencedores. En esta ocasión, habían fallado. Lirael había aceptado la certeza de su propia muerte en aquella empresa, y hasta lo había considerado un precio justo por la derrota de Orannis y la salvación de cuanto amaba y conocía.

Sólo serían los primeros en morir de una multitud de personas, hasta que Orannis contemplara un mundo cubierto de un manto de cenizas, con los muertos por única compañía.

Y entonces, en medio de la desesperación, Lirael oyó hablar a Sam y vio un destello de luz brillante surgir cerca de él para formar una alta pared de fuego blanco vagamente humana.

—¡Te libero, Zapirón! —gritó Sam levantando en el aire un collar—. ¡Decide bien!

La silueta de fuego se hizo más alta. Se apartó de Sam y fue hacia Sabriel; bajó la

cabeza como si se dispusiera a morder. Sabriel levantó la vista y la observó estoicamente, y aquella cosa dudó. Luego se dirigió a Lirael y la muchacha notó el calor que desprendía, y la descarga de su magia libre, que se mezclaba con el impacto de Orannis, ese impacto que destrozaba los pulmones.

—Por favor, Zapirón —susurró Lirael en voz demasiado queda para que la oyera nadie.

La blanca silueta oyó el ruego. Se detuvo, retrocedió y quedó frente a Orannis, tras abandonar su forma de columna de fuego y adoptar otra más humana, con la piel tan brillante como una estrella.

—Soy Yrael —dijo con voz cargada de fuerza y tendió una mano de la que partió una llamarada plateada en dirección al anillo mágico que se estaba rompiendo—. Yo también me opongo a ti.

El anillo mágico volvió a cerrarse y todos dieron automáticamente un paso adelante. En esta ocasión, no se detuvo, sino que volvió a contraerse. A medida que el anillo se contraía, comenzaron a brotar lenguas de fuego y la esfera se oscureció más. Luego despidió un fulgor plateado, del mismo tono que los hemisferios que habían sojuzgado a Orannis durante tanto tiempo.

Lirael dio un paso al frente, los ojos fijos en la esfera menguante. Notó vagamente que Astarael seguía tañendo en su mano; también percibió sin demasiada claridad que Yrael antaba y que su voz se imponía al repique de las campanas y los ladridos de la perra, mientras iba entonando una canción.

La esfera se contrajo todavía más, el color plateado se esparció por ella como mercurio derramado en el agua, moviéndose en remolinos lentos. Cuando quedó plateada por completo, Lirael supo que debía golpear en los pocos instantes en que Orannis permanecería completamente sujeto. No por los siete, sino por los ocho, porque Zapirón, es decir, Yrael, no podía ser otro que la octava eminencia, también sojuzgado hacía mucho tiempo atrás por los siete.

Las campanas tocaban, Yrael cantaba, Kibeth ladraba, Astarael lloraba. El color plateado se extendía más y más y entonces Lirael se acercó y levantó el arma que Sam le había forjado con sangre, la espada y el espíritu de los siete contenido en las flautas de la zampona.

Orannis habló entonces con voz amarga y tajante.

—¿Por qué, Yrael? —preguntó mientras los últimos restos oscuros se teñían de plata y la esfera de metal brillante bajaba despacio al suelo—. ¿Por qué?

La respuesta de Yrael cruzó un espacio extensísimo, las palabras fluyeron hacia la conciencia de Lirael como un torrente a medida que levantaba la espada bien alta, el cuerpo arqueado hacia atrás, dispuesto a asestar el potente mandoble que debía cortar en dos la esfera.

—Por la vida —dijo Yrael, que tenía más de Zapirón que nunca—. Por los peces

y las aves, por el sol caliente y los árboles de rica sombra, por el ratoncillo de los trigales, bajo la fresca luz de la luna. Por todo el...

Lirael no oyó más. Se armó de valor y golpeó con todas sus fuerzas.

La espada cayó sobre el metal plateado con un chirrido que impuso un silencio sepulcral; al cortar, la hoja desprendió una nube de chispas blanco azuladas que se elevaron hacia el cielo ceniciento. Y mientras cortaba, la espada se fue fundiendo y unas llamas rojas subieron hasta la mano de Lirael. La muchacha lanzó un aullido de dolor, pero aguantó firme, y aplicó todo el peso del cuerpo y toda la fuerza de su furia en el golpe. Notaba a Orannis en el fuego, lo sentía en el calor. Buscaba vengarse de ella, llenándola con su fuerza destructiva, una fuerza capaz de convertirla en cenizas.

Lirael gritó otra vez cuando las llamas envolvieron la empuñadura y su mano fue un muñón dolorido. Pero no cejó, se mantuvo firme para completar el quebrantamiento.

La espada traspasó la esfera y la partió en dos. Aunque sabía que sería imposible, Lirael intentó soltarla. Pero Orannis la tenía atrapada, su espíritu se mantenía momentáneamente entero gracias al finísimo puente de la espada, los últimos restos de la hoja prendidos a los hemisferios. Y ese puente la conduciría a ella a su propia destrucción.

—¡Perra! —gritó Lirael instintivamente, sin saber lo que decía; el miedo y el dolor ahogaron su intención de dejarse morir.

Trató de abrir la mano una vez más, pero sus dedos estaban soldados al metal y Orannis le fluía por las venas, dispuesto a consumirla con las últimas llamas que le quedaban.

Y entonces la *Perra Canalla* mordió con fuerza la muñeca de Lirael. La muchacha sintió otra punzada aguda, pero esta vez el dolor era limpio y repentino. Orannis ya no estaba dentro de ella, tampoco el fuego que amenazaba con acabar con ella. Poco después, Lirael se dio cuenta de que la perra le había arrancado la mano de un mordisco.

La fuerza vengativa de Orannis que aún quedaba libre se volvió contra la *Perra Canalla*. La mascota de Lirael quedó envuelta cuando escupió la mano y la lanzó entre los hemisferios, donde comenzó a retorcerse y a menearse como una horrenda araña hecha de carne renegrida y chamuscada.

Una inmensa bocanada de fuego se tragó a la perra lanzando lejos a Lirael, a la que se le quemaron las cejas y las pestañas. Y con un prolongado grito de rabia por la esperanza runcada, los hemisferios se separaron. Uno estuvo a punto de aplastar a Lirael, pasó muy cerca de ella y fue a parar al fiordo y al mar que había regresado a su sitio. El otro voló por encima de Sabriel y aterrizó detrás de ella levantando una masa de polvo y cenizas.

—Sojuzgado y quebrado —susurró Lirael, mientras se miraba la muñeca

completamente azorada.

Seguía notando la mano, aunque sólo le quedaba un muñón cauterizado y la manga quemada.

Y entonces se echó a temblar, y las lágrimas brotaron incontenibles, hasta nublarle por completo la vista. Sólo atinó a hacer una cosa, avanzó a ciegas y llamó a la perra.

—Aquí estoy —dijo la *Perra Canalla* en voz baja respondiendo a la llamada de su ama.

Se había tumbado de lado, sobre un lecho de cenizas, donde antes se encontraba la esfera. Meneó el rabo al oír a Lirael, pero sólo la punta, y no se levantó.

Lirael se arrodilló junto a su mascota. La perra no parecía herida, pero su ama notó que tenía el hocico canoso y la piel suelta en la zona del cogote, como si de repente hubiese envejecido. Cuando Lirael se inclinó sobre ella, la *Perra Canalla* levantó la cabeza muy despacio y le lamió la cara.

—Bueno, amita, misión cumplida —susurró y apoyó otra vez la cabeza en el suelo—. Ahora te tengo que dejar.

—No —sollozó Lirael. Abrazó a su mascota con el brazo manco y frotó la mejilla contra su hocico—. ¡Era yo la que tenía que irse! ¡No te dejaré partir! ¡Te quiero, perrita!

—Tendrás otros perros, amigos y amores —susurró la *Perra Canalla*—. Has encontrado a tu familia, tu herencia, y has conseguido ocupar un puesto muy importante en el mundo. Yo también te quiero, pero ya me ha llegado la hora. Adiós, Lirael.

Dicho esto, desapareció y Lirael se quedó inclinada sobre la estatua de esteatita de una perra.

A su espalda, oyó hablar a Yrael, y a Sabriel y el breve tañido de Belgaer, extrañísimo después de la canción cantada a coro por todas las campanas, su voz solitaria liberó a Zapirón de milenios de servidumbre. Pero aquel sonido venía de lejos, de otro lugar, de otro tiempo.

Sam encontró a Lirael un momento después, hecha un ovillo entre las cenizas, con la talla de la perra aprisionada en el pliegue del brazo manco. Sostenía a Astarael, la plañidera, con la mano que le quedaba, los dedos firmemente apretados alrededor del badajo para que no sonara.

EPÍLOGO

Nick se encontraba en el río y observaba con interés la corriente, que tiraba de él a la altura de las rodillas. Quería echarse y dejarse llevar, que el agua lo arrastrara a él, su sentido de culpa y su pena adonde fuese que desembocara el río. Pero no podía moverse, porque una fuerza lo mantenía clavado donde se encontraba, una fuerza que emanaba de un punto caliente de su frente, algo que le extrañó sobremanera, pues cuanto lo rodeaba estaba frío.

Al cabo de un lapso que tal vez fueran minutos, horas o incluso días, pues no había modo de saber si el tiempo tenía significado alguno en aquel lugar iluminado por una luz constantemente gris, Nick advirtió que a su lado había un perro sentado. Un perro grande, de pelambre parda y negra, y expresión seria. Le resultaba un tanto familiar.

—Eres la perra que vi en sueños —dijo Nick. Se inclinó y le rascó la cabeza—. Pero no fue un sueño, ¿verdad? Tenías alas.

—Sí—contestó el can—. Soy la *Perra Canalla*, Nicholas.

—Encantado —dijo Nick muy formal. La perra le tendió la pata y Nicholas se la estrechó—. ¿Por casualidad sabes dónde estamos? Creí que me había...

—Muerto —completó la perra alegremente—. Pues sí, te has muerto. Estamos en el reino de la muerte.

—Ah —dijo Nick. En otros tiempos tal vez se hubiese puesto a polemizar. Pero ahora tenía una perspectiva diferente y otras cosas en las que pensar—. ¿Has... han... podido con los hemisferios?

—Orannis ha vuelto a ser sojuzgado —anunció la *Perra Canalla*—. Se encuentra otra vez preso en los hemisferios. A su debido tiempo, serán transportados de vuelta al Reino Antiguo y enterrados en lo más hondo, bajo piedras y hechizos.

El alivio se reflejó en la cara de Nicle, desaparecieron las arrugas de preocupación de alrededor de sus ojos y su boca. Se arrodilló al lado de la perra y la abrazó, al hacerlo, el calor de su pelambre contrastó enormemente con el frío del río. El brillante collar que llevaba alrededor del cuello era muy bonito. Le producía una cálida sensación en el pecho.

—¿Y Sam y Lirael...? —preguntó Nick, esperanzado, con la cabeza inclinada, cerca de la oreja de la perra.

—Viven —contestó la perra—. Aunque no enteros. Mi amita ha perdido la mano. El príncipe Sameth le hará una, claro, de oro brillante e ingeniosa magia. Y a partir de entonces y para siempre será Lirael Manodioro. Recordadora y Abhorsen y muchas cosas más. Pero hay otros daños que requieren otros remedios. Es muy joven. Levántate, Nicholas.

Nicholas se levantó. Se tambaleó un poco cuando la corriente trató de hacerlo

caer y hundirlo.

—Te administré un bautismo tardío para conservar tu espíritu —dijo la perra—. Llevas ahora la marca del Gremio en la frente, para equilibrar la magia libre que sobrevive en tus venas y tus huesos. Descubrirás que la marca del Gremio y la magia libre son a la vez una bendición y una carga, porque te llevarán lejos de Ancelstierre, y el sendero que tomarás no será ese que tú creíste ver ante ti durante tanto tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nick, desconcertado. Se tocó la marca de la frente y arpadeó al notarla brillar de pronto. El collar de la perra también brilló, plagado de muchas marcas relucientes que formaron un halo dorado alrededor de su cabeza—. ¿A qué te refieres cuando dices que estaré lejos de Ancelstierre? ¿Cómo iba yo a ir a ninguna parte? Estoy muerto, ¿o...?

—Te mando de vuelta —dijo la *Perra Canalla*.

Con el hocico golpeó suavemente a Nick en la pierna e hizo que se volviera hacia el mundo de los vivos. Lanzó un solo ladrido agudo de despedida y bienvenida a la vez.

—¿Y eso se puede hacer? —preguntó Nick al notar que la corriente lo soltaba de mala gana cuando él daba el primer paso para regresar.

—No —le contestó—. Pero yo soy la *Perra Canalla*.

Nick dio otro paso y sonrió al notar el calor de la vida y la sonrisa se transformó en carcajada, una carcajada con la que lo agradecía todo, incluso el dolor que le esperaba a su cuerpo.

En el mundo de los vivos, volvió los ojos al cielo y vio el sol asomar a través de un negro nubarrón, notó que su luz y su calor caían sobre un trozo de tierra con forma de diamante donde estaba él tendido, a salvo, en medio de las ruinas y la destrucción. Nick se incorporó y vio que los soldados se aproximaban, cruzando con sumo cuidado un desierto gris. Detrás de los soldados iban los sureños, sus sombreros y sus pañuelos de un azul brillante eran el único color en aquel erial.

Un gato blanco apareció de repente al lado de los pies de Nicholas. Lo olfateó con disgusto y dijo:

—Debí imaginarlo.

Fijó los ojos en un punto, más allá de Nick, en algo que no estaba allí e hizo un guiño, antes de salir al trote hacia el norte.

Poco después, con paso cansino, detrás del gato siguieron seis personas que llevaban a la séptima. Nick logró ponerse en pie y agitar los brazos, y en la fracción de tiempo transcurrida entre ese gesto y la respuesta asombrada que recibió, tuvo ocasión de preguntarse qué le depararía el futuro y de pensar que iba a ser mucho más radiante que el pasado.

La *Perra Canalla* siguió sentada durante un buen rato, con la cabeza inclinada hacia un lado, sus ojos antiguos y sabios veían mucho más que el río, su oído

agudísimo captaba más que el borboteo de la corriente. Después, en lo más profundo de su pecho sonó un murmullo satisfecho. Se levantó, esperó a que las patas le crecieran un poco más para sacar el cuerpo del agua y se sacudió hasta quedar seca. Y echó a andar en zigzag por la frontera entre la vida y la muerte, mientras meneaba la cola con un entusiasmo tal que con la punta iba dejando tras de sí una estela de espuma.